

**AUTONOMÍA Y REFORMAS  
EN LA UNIVERSIDAD  
DE VALENCIA  
(1900-1922)**

**DANIEL COMAS CARABALLO**

**AUTONOMÍA Y REFORMAS  
EN LA UNIVERSIDAD  
DE VALENCIA  
(1900-1922)**

**5**

---

**2 0 0 1**

**BIBLIOTECA DEL INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA  
DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD**

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistemas de recuperación, sin permiso escrito del AUTOR y de la Editorial DYKINSON, S.L.

Esta edición se realiza gracias al patrocinio del Banco Santander

© Edita: Instituto Antonio de Nebrija de estudios sobre la universidad  
Universidad Carlos III de Madrid  
c/ Madrid, 126 - 28903 Getafe (Madrid) España  
Tel. 916 24 97 97 - Fax. 916 24 98 77  
e-mail: anebrija @der-pu.uc3m.es  
Internet: [www.uc3m.es/uc3m/inst/AN/anebrija.html](http://www.uc3m.es/uc3m/inst/AN/anebrija.html)

Editorial Dykinson, SL  
Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid  
Tel. 915 44 28 46/915 44 28 69  
e-mail: [dykinson@tsai.es](mailto:dykinson@tsai.es)  
Diseño de cubierta: Emilio Torné

IISBN: 84-8155-821-4  
Depósito legal: M-43409-2001

*Preimpresión:*  
SAFEKAT, S. L.

*Impreso por:*  
JACARYAN, S. A.  
Avda. Pedro Díez, 3  
28019 Madrid

*Edición electrónica disponible en E-Archivo de la Universidad Carlos III de Madrid:*  
<http://hdl.handle.net/10016/7878>

*A mi familia y a Hanna por su paciencia,  
amor y ánimo incondicionales en todo tiempo*

# ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Introducción .....	13
I. La reacción al desastre del 98.....	19
1. Valencia a la vanguardia de la reforma .....	27
2. El fracaso del regeneracionismo ministerial.....	38
3. El Cuarto centenario de la fundación de la universidad de Valencia .....	46
4. La segunda asamblea universitaria .....	53
II. La solución regeneracionista .....	63
1. Francisco Giner, el visionario de la reforma universitaria .	63
a) La creación de instituciones científico-académicas como alternativa a la universidad.....	68
b) La influencia sobre los políticos liberales .....	74
2. La violencia como salida a la crisis .....	81
a) La «revolución educativa» de Francisco Moliner .....	88
b) La decisiva actuación del gobernador civil.....	95
c) Disciplina o represión ideológica.....	97
3. El movimiento estudiantil: una fallida alternativa de cambio .....	100
a) La Unión Escolar .....	101
b) La Unión valenciana.....	104
Las actividades.....	108
La crisis.....	115
c) El resurgir asociacionista: La Federación Nacional Escolar .....	118
La asamblea de Madrid: el desacierto de Rosario Acuña ..	122
Barcelona confirma las diferencias .....	129
Granada: se consuma la quiebra de la unidad escolar..	134
4. El bloqueo de los conservadores a la reforma .....	142
a) Los sucesivos congresos fracasados .....	142
b) El giro del conservadurismo .....	156
c) El impulso regenerador de Rafael Altamira.....	167
III. La autonomía de Silió .....	179
1. El decreto de 1919 .....	186

a) Objetivos de la universidad .....	186
b) Organización.....	189
Órganos colegiados .....	189
Órganos unipersonales.....	191
c) La sensible cuestión económica.....	191
d) Becas .....	193
e) Profesores .....	195
f) Disciplina y demás disposiciones complementarias ..	196
g) La acogida del plan.....	197
2. El gobierno continuista de Prado Palacio .....	201
3. El segundo mandato de César Silió .....	206
a) La aprobación de los estatutos.....	208
b) La asamblea interuniversitaria .....	210
c) La crisis de la autonomía .....	217
Las razones .....	217
Un tropiezo imperdonable .....	224
El final.....	231
Las reacciones.....	235
4. La autonomía Silió en Valencia .....	241
a) La redacción previa del proyecto estatutario .....	241
b) El estatuto .....	247
Integración, fines y organización .....	248
Órganos colegiados .....	249
Órganos unipersonales. Constitución y competencia.	252
Régimen académico .....	255
Personal docente.....	258
El patrimonio de la universidad, su hacienda y régi-	
men económico .....	260
Inspección, procedimiento administrativo y régimen	
disciplinario .....	267
Reforma del estatuto. Disposiciones complementa-	
rias y transitorias.....	268
c) El escrito complementario .....	270
5. La vida universitaria bajo el estatuto.....	275
a) La comisión ejecutiva .....	278
b) Los acuerdos de desarrollo .....	284
c) Los frutos de la independencia .....	287
Conferencias .....	288

Los anales de la universidad de Valencia .....	292
El Instituto de idiomas.....	292
d) Los estudiantes en el proceso de autonomía .....	294
Las conferencias informativas y las charlas culturales.	295
El desarrollo del asociacionismo escolar .....	302
Las nuevas asociaciones confesionales .....	307
La búsqueda del reconocimiento oficial .....	314
El arrollador crecimiento del corporativismo católico.	317
La inevitable ruptura.....	320
Bibliografía .....	325

## INTRODUCCIÓN

*En materia como la instrucción pública, a la cual van ligados tantos intereses, toda obra reformadora es arriesgada; sólo es discutible lo anodino. Como quiera que al promover una reforma es menester proceder con energía, forzoso es que resulten preocupaciones heridas, intereses lesionados, entidades perjudicadas. Tales preocupaciones y tales intereses natural es que se opongan contra el intento reformador voces de contradicción y actos de protesta. Para acallar aquellas voces nada sirve tanto como los persuasivos acentos de la razón; para sobreponerse a las maquinaciones nada es más eficaz que la firme decisión en el cumplimiento de los propósitos justos. Por eso en esta clase de reformas no basta proponerlas; hay que efectuarlas.*

Á. de Figueroa, *Discurso leído en la universidad de Salamanca en la inauguración del curso académico de 1902 a 1903*, Madrid, 1902.

La universidad española de finales del siglo XIX se encontraba en un estado de precariedad y abandono totales. Se constataba el fracaso del sistema que el liberalismo había establecido a mediados del siglo XIX. En él se trocaban los estudios del Antiguo Régimen por una deficiente copia del centralismo napoleónico. Primero Pedro José Pidal y luego Claudio Moyano, convirtieron a las universidades españolas en instituciones al servicio de la administración. La ley de instrucción pública de 9 de septiembre de 1857, vigente hasta 1943, estableció diez universidades que se dividían el territorio nacional en idéntico número de distritos universitarios<sup>1</sup>. Todas ellas carecían de ingresos propios y dependían de las consignaciones que el Estado determinase en su presupuesto. La Universidad de Madrid se configuraba como Central y era privilegiada por muchos motivos, entre otros contaba con el favor presupuestario del gobierno, poseía las mejores instalaciones, monopolizaba los estudios de doctorado, y contaba con todas las licenciaturas que podían ofrecerse. El resto de

---

<sup>1</sup> *Colección legislativa de España*, t. 73, Madrid, 1857, pp. 265-320. El reglamento que la desarrollaba se estableció en el real decreto de 20 de julio de 1859, *Gaceta de Madrid* de 8 de agosto, *Colección legislativa de España*, t. 81, Madrid, 1859, pp. 156-181.



universidades no contenían todas las titulaciones, y muchas estaban desposeídas de parte de las secciones en que algunas facultades se dividían. Las carreras eran cinco desde que la Gloriosa acabara con teología. A saber: derecho, medicina, farmacia y las facultades de filosofía y letras y ciencias. La organización universitaria dependía del ministro de fomento que era la máxima autoridad en educación. Éste durante la etapa de la Restauración se verá asesorado por el consejo de instrucción pública, un órgano muy controvertido y compuesto de políticos, académicos y eminencias intelectuales. Bajo ellos estaban las universidades que dependían completamente del poder central. Carentes de la más mínima autonomía, poco más podían hacer que distribuir entre las facultades las ridículas cantidades que el Estado les asignaba. Planes de estudio, nombramiento de profesores y personal administrativo o auxiliar, reglamentación, concesión de títulos..., todo giraba en torno al ministerio.

El gobierno de cada universidad lo ejercía básicamente el rector. Éste era la máxima autoridad del distrito universitario, que incluía todos los centros de educación pública y respondía ante el ministro personalmente. Era pues, un cargo de designación política de manera que su nombramiento y destitución dependía directamente de éste. El rector convocaba los claustros generales, se encargaba de la disciplina más importante, nombramiento de cargos, tomaba diversas iniciativas... El vicerrector era su sustituto. Debajo del rector estaban los decanos que a su vez poseían la jefatura de sus respectivas facultades. Eran también cargos de designación política, disponían de potestades menores y contaban con cierta relevancia pues conocían de algunos actos de indisciplina, presidían e influían en las juntas de facultad, designaban a los jueces y tribunales de exámenes y grados, etc. Los catedráticos numerarios y supernumerarios estaban obligados a dar las clases y a reunirse cuando se les convocaba a claustro. También había un secretario de la universidad y otro por cada facultad; se encargaban de redactar actas, firmar cédulas, instruir expedientes, etc.

Junto a estos órganos personales, se encontraban los colegiados que, en la práctica, contaban con escaso poder. El más importante era el claustro de catedráticos que se reunía con carácter ordinario o extraordinario. En ellos generalmente se deliberaban cuestiones que afectaban a toda la universidad. El consejo universitario por su parte era el órgano consultivo del rector. Se formaba por los decanos, los directores de los institutos y escuelas normales, así como el vicerrector y el

secretario. En él se ventilaban los asuntos más importantes del distrito universitario, e incluso tenía competencias disciplinarias. Las juntas de facultad se componían de los profesores de cada carrera, en ellas, los profesores auxiliares tenían voz pero no voto. Lo cierto es que en el sistema centralista su importancia era muy reducida. Se reunía para resolver cuestiones menores como determinar el cuadro de horarios, la forma de evaluar, los componentes de los tribunales de examen, la resolución de pequeñas rencillas o confusiones entre los académicos, etc. Cuando se congregaban con funciones sancionadoras, adoptaba el nombre de consejo de disciplina. Por último, la junta de decanos congregaba una vez al mes al rector y a los decanos, para consultarse cuestiones o dudas que pudieran surgir, y para mantener un diálogo fluido entre las facultades. En Valencia al menos, este órgano tuvo notable valor como vehículo informativo entre todos ellos<sup>2</sup>.

La mayoría de los profesores de finales del siglo XIX estaban acomodados en sus cátedras como funcionarios, y apenas nadie se interesaba por la investigación científica. Los pocos que lo hacían, se enfrentaban a enormes obstáculos como la falta de medios o la incomprensión de sus compañeros. Por su parte, los escolares, enclaustrados en edificios inmundos y sin bibliotecas o salas de estudio adecuadas, únicamente se preocupaban de pasar los cursos al precio que fuera, sin que les importara apenas su formación:

¡Que hay individuos anormales, individuos con vocación, deseosos de aprender, aficionados a la investigación y al estudio, preocupados constantemente con sus nobilísimas tareas! ¡Ya lo creo! Quizá el número de semejantes anormalidades llegue hasta el uno por ciento. Pero ¡desgraciados de ellos! No hay tormento como el suyo: son los mártires de la cultura patria. Desean aprender. ¿Dónde? Quisieran observar y experimentar. ¿Cómo? Harían éstas y las otras investigaciones. ¿Con qué medios? No hay vacío como el vacío que rodea al estudiante español (y al catedrático) que quiere serlo. Ni libros, ni bibliotecas, ni gabinetes, ni laboratorios, ni museos, ni nada<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> En este punto he seguido el práctico resumen que hace sobre la organización universitaria: Y. Blasco Gil, *La facultad de derecho de Valencia durante la Restauración (1875-1900)*, Valencia, 2000, pp. 49-76.

<sup>3</sup> R. Macías Picavea, *El Problema Nacional. Hechos causas. Remedios*, Madrid, 1899; uso la edición facsímil de Biblioteca Nueva, Madrid, 1996, p. 106.

Macías Picavea con sus palabras no hacía sino evidenciar que la ley Moyano de 1857 se había quedado anticuada ante las nuevas realidades y necesidades de la universidad finisecular. El centralismo liberal era impotente para solucionar los grandes problemas, sobre todo económicos, que ahogaban a aquélla. La universidad de la Restauración estaba moribunda y la apatía lo inundaba todo.

\* \* \*

El presente trabajo pretende estudiar los trabajos que desde las cátedras, se desarrollaron precisamente en sacar a las universidades de esa quietud intelectual y científica<sup>4</sup>. Descartamos abarcar la enseñanza en sus tres niveles porque su estudio necesitaría varias obras como la presente. A lo largo de los siguientes capítulos, pretendemos mostrar las diversas recetas que desde la órbita liberal, republicana, conservadora y tradicionalista se dieron para acabar con una situación de precariedad absoluta en las universidades. La mayoría de los esfuerzos regeneracionistas fracasaron, pero nos dicen mucho del interés que unos pocos catedráticos pusieron, ante una mayoría despreocupada, por sacar a las universidades españolas de la crisis que las atenazaba. Asimismo, nuestra obra ofrece una óptica particular y parcial pues se hace desde un estudio de provincias como lo fue Valencia: los problemas, las inquietudes, las disputas ideológicas y trabajos que entre los catedráticos se produjeron nos interesaban... Sin embargo no desatenderemos otros planos, si bien los abordaremos secundariamente para encuadrar, justificar y comprender mejor la visión desde la universidad valentina.

Ello explica el origen y uso que de las fuentes se hace: el Archivo Universitario de Valencia nos ha servido para conocer las discusiones en los distintos claustros, juntas y reuniones que de muy diversa índole, contenido y finalidad, se desarrollaron en el periodo. Para completar esta información, las hemerotecas del ayuntamiento de Valencia —a través de la politizada prensa local— y universitaria —anales, boletines, anuarios, etc.—, nos han sido sumamente útiles, pues además de seguir con detalle algunos acon-

---

<sup>4</sup> Esta obra forma parte de la tesis doctoral defendida el año 2001 en Valencia, por Daniel Comas Caraballo, titulada: *Autonomía, reformas y movimientos estudiantiles en la universidad de Valencia. (1900-1922)*. Fue dirigida por los profesores Mariano Peset Reig y Pascual Marzal Rodríguez.

tecimientos intra y extrauniversitarios, nos permiten conocer la universidad tal y como la prensa y la ciudadanía la apreciaba: sus problemas, defectos y aciertos quedaran en algunos casos perfectamente detallados..., así como el desarrollo de algunas decisiones o conflictos políticos que podían afectar a los estudios. Asimismo hacemos uso de numerosa bibliografía, para completar los datos, si bien hemos de reconocer que es escasa y parcial, pues la historiografía moderna que ha abordado el periodo —salvo brillantes excepciones—, se ha centrado en otros asuntos, y cuando se ha referido a la cuestión educativa, lo ha hecho principalmente sobre la enseñanza primaria o secundaria, y ha dejado de lado el estudio profundo de la superior.

## CAPÍTULO I

### LA REACCIÓN AL DESASTRE DEL 98

La inquietud por mejorar la universidad venía de antiguo entre un puñado de catedráticos españoles. El precedente más inmediato de este deseo reformista, lo encontramos hacia 1868. Aunque la universidad ya había mostrado síntomas de vitalidad —la primera cuestión universitaria acaeció tres años antes—<sup>1</sup>, no será sino con la Gloriosa y el periodo republicano cuando el deseo de mejorar proliferara y contara con un respaldo legal. En este tiempo se dio una libertad que enamoró a muchos intelectuales<sup>2</sup>. La Universidad y el ministerio de fomento no fueron ajenos a la nueva realidad. Desde éste, bajo la influencia krausista y dirigido por institucionistas o sus simpatizantes, se promulgaron decretos y se idearon proyectos favorables a la renovación y la reforma: se suprimió la facultad de teología y el consejo de instrucción pública, considerado como un instrumento represor del ministro; se concedieron más prerrogativas a los rectores, se decretó la libertad de cátedra, de asistencia a clase, para la fundación de establecimientos docentes, etc.

La llegada de la Restauración restringió o eliminó numerosas libertades, proyectos y cambios, pero las cosas ya no serían iguales. La libertad había abierto nuevos horizontes e inquietudes: «La semilla estaba en el surco y germinará lentamente, pero germinará»<sup>3</sup>. El ultraconservador marqués de Orovio, retomó la política inmovilista

---

<sup>1</sup> Sobre ella V. Cacho Viu, *La Institución libre de enseñanza. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*, Madrid, 1962, pp. 134-189. Con gran detalle P. Rupérez, *La cuestión universitaria y la noche de San Daniel*, Madrid, 1975. También: V. Cárcel Ortí, «La Santa Sede ante las revueltas universitarias de 1865», *Hispania. Revista española de historia*, 126, (1974), pp. 199-210.

<sup>2</sup> Francisco Giner reconocía durante la Primera República un aumento de la neutralidad religiosa y mayores libertades en los estudios universitarios. Archivo Universitario de Valencia (en adelante AUV), Sección general, *IV Centenario*, caja 456. Se tituló *Non flere, non indignare, sed intelligere-Spinoza.*, p. 20.

<sup>3</sup> F. Giner de los Ríos, «Sobre reformas en nuestras universidades», *La universidad española, Obras completas de D. Francisco Giner de los Ríos*, 20 vols., Madrid, 1916, II, p. 36.

y expulsó a los catedráticos más liberales. Francisco Giner de los Ríos y otros pagaron sus deseos de cambio y su defensa de la libertad de cátedra con la destitución: era la segunda cuestión universitaria<sup>4</sup>. La llegada de los liberales al poder —Práxedes Mateo Sagasta— les devolvieron sus cargos<sup>5</sup>. Desde entonces, el impulso de la reforma educativa se articularía principalmente en torno a la Institución libre de enseñanza<sup>6</sup>. Prueba de ello son los numerosos escritos que sobre el particular aparecieron en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza* y las asambleas de profesores que organizaron o en las que participaron. Primero el Congreso pedagógico nacional de 1885 donde el político más destacado fue Gumersindo de Azcárate: allí entre otros profesores asistieron Labra, Francisco Giner, Belmás, Joaquín Sama, Costa, Bartolomé Cossío y otros. En el Congreso pedagógico hispano-portugués-americano celebrado en octubre de 1892 tampoco faltó una importante presencia institucionista<sup>7</sup>. Frente a ello, salvo excepciones como la de Segismundo Moret, los partidos dinásticos no prestaron demasiada atención a sus sugerencias.

---

<sup>4</sup> M. Peset Reig, «Autonomía universitaria y libertad de cátedra: una síntesis histórica a través de los siglos XVIII, XIX, y XX», *Cuadernos constitucionales de la cátedra Fadrique Furió Ceriol*, 22/23, Valencia, 1998, pp. 12-14. V. Cacho Viu hace un estudio detallado de la segunda cuestión universitaria en: *La Institución libre de enseñanza...*, pp. 282-318. También J. Caro Baroja, «El miedo al mono o la causa directa de la cuestión universitaria, en 1875», *En el Centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1977, pp. 23-41.

<sup>5</sup> La denominada Circular Albareda de 3 de marzo de 1881, además de permitir la vuelta de los profesores destituidos, restableció la libertad de cátedra y reconoció la independencia docente.

<sup>6</sup> En esta idea también insiste el profesor Mainer: «Tampoco puede olvidarse que el precedente inmediato de la inquietud renovadora procedía en España del binomio krausismo-Institución Libre de Enseñanza, orientados a un cambio cuya actividad —centrada no sólo en las facultades, sino también en un lugar como el Ateneo madrileño— ilustra sobre la amplitud y politización del movimiento». J. C. Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura. Los casos de la revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Valencia, 1974, p. 63.

<sup>7</sup> En la sección referida a la enseñanza superior, ya se apostó por la autonomía universitaria en todo lo referido al gobierno interno de la universidad. «Congreso pedagógico hispano-portugués-americano», *Boletín de la institución libre de enseñanza* (en adelante *BILE*), (1892), pp. 325-332.

Dos circunstancias permitirían que las inquietudes de estos profesores y catedráticos por la reforma de los estudios superiores, conectaran con la sociedad. En primer lugar la ley de reforma francesa de 1896 que pretendía modificar y actualizar su régimen universitario<sup>8</sup>. El sistema español que supuestamente seguía el galo, debía cambiar en consecuencia<sup>9</sup>. La segunda, más importante, será el desastre de 1898 que llevaría a un replanteamiento de la situación española.

La pérdida de las últimas colonias ultramarinas, y los duros análisis del catastrófico estado del país, sirvieron de catalizador a las denuncias que desde hacía tiempo, venían vertiéndose respecto a la necesidad de que debía mejorarse la preparación de los españoles y desarrollar debidamente la ciencia. Además permitió sensibilizar a la sociedad española sobre estos asuntos que hasta entonces permanecían despreciados:

Acaecida la catástrofe, surgen voces por doquiera para señalar sus causas y el remedio: ¿dónde, cuándo un partido político de silvelistas, sagastinos o disidentes inscribió en su bandera la reforma pedagógica?<sup>10</sup>

El desastre del 98 hizo que la sociedad se preguntara por sus causas. La respuesta fue la crisis general en que se encontraba España. El problema social, el económico, el nacionalismo..., cuestiones de gran calado que los regeneracionistas pondrán sobre la palestra demandando soluciones. Entre ellos destacó el deficiente sistema educativo. El contumaz abandono gubernamental de la instrucción nacional era el más grave error que podía haberse cometido. El pueblo analfabeto no podían formarse para mejorar su esta-

---

<sup>8</sup> Nos referimos a la ley de 10 de julio de 1896, relativa a la constitución de las universidades. Su voluntad era completar y mejorar la legislación decimonónica desde la etapa napoleónica. M. Raymond Poincaré, *Annuaire de Legislation Française, publié par la Société de législation comparée, contenant le texte des principales Lois votées en France en 1896*, París, 1897, pp. 101-104.

<sup>9</sup> El asunto ha sido tratado por L. A. Baratas Díaz, «Influencia francesa en el proyecto de reforma universitaria española de principios de siglo XX: una analogía incompleta», *Hispania*, 190, (1995), pp. 643-672.

<sup>10</sup> R. Gómez Ferrer, catedrático de medicina en Valencia, «Cuestiones de enseñanza. La opinión y los políticos», *El Mercantil Valenciano*, 20 de diciembre de 1901, p. 1.

do y ello generaba conflictos sociales. Las escuelas eran en su mayoría lugares inmundos, atestados y con famélicos maestros. El bachillerato que apenas preparaba para estudiar en unas universidades sin medios, con los catedráticos mal pagados y acomodados en la burocracia. Éstos, víctimas de sus escasos salarios y de la falta de medios materiales e instalaciones científicas, apenas podían preparar profesionales dignos, y menos investigar para el enriquecimiento del nivel cultural y económico nacionales. En fin, la instrucción o más bien su ausencia, se apuntó como una de las principales claves del fracaso <sup>11</sup>.

Ante la triste evidencia, los partidos dinásticos, se vieron obligados a atender la problemática situación. Por primera vez en mucho tiempo, conservadores y liberales debían ocuparse sin rodeos del problema de la enseñanza. La cuestión educativa ocuparía a los pensadores más notables. Grandes esfuerzos se hicieron en exponer diversas ideas y tendencias que pudieran cambiar, mejorar o revolucionar el panorama de la instrucción nacional. La pésima gestión y preparación nacionales habían llevado a la ruina. A fin de cuentas se confirmaban las predicciones de quienes venían advirtiéndolo la necesidad de reformas. Las conciencias fueron removidas y se despertó el afán por los cambios:

...fundar improvisadamente en la Península una España nueva, es decir, una España rica y que coma, una España culta y que piense, una España libre y que gobierne, una España fuerte y que venza, una España, en fin, contemporánea de la humanidad, que al trasponer las fronteras no se sienta forastera, como si hubiese penetrado en otro planeta o en otro siglo; tal es la magna, tal la urgente e inaplazable, si tal vez no ya tardía, revolución que se impone... <sup>12</sup>

El regeneracionismo en materia universitaria no puede identificarse plenamente con la Institución libre de enseñanza, sin embargo, se entendieron porque ambos coincidían en su deseo de amplia

---

<sup>11</sup> Sigo a M. Peset Reig, «Política universitaria tras el desastre del 98», *Las universidades hispánicas: de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal. V Congreso internacional sobre historia de las universidades hispánicas*, 2 vols., Salamanca, 2000, II, pp. 425-447. También nos ha orientado la obra de F. Villacorta Baños, *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Madrid, 1989, pp. 76-125.

<sup>12</sup> J. Costa, *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos*, edición de Rafael Pérez, Madrid, 1979, p. 38.



reforma<sup>13</sup>. La segunda iba más lejos pues no se conformaba con denunciar, sino que contaba con un plan definido, con un camino para la transformación universitaria del que los regeneracionistas sociales, claros en sus pesimistas diagnósticos, carecían. Ni Joaquín Costa, ni Macías Picavea, ni Damián Isern, dieron soluciones concretas y serias a los problemas de instrucción que ellos mismos denunciaban y que supuestamente debían ser resueltos por los gobiernos dinásticos<sup>14</sup>. La transformación pasaba necesariamente por la preparación de los ciudadanos, por la revolución de las conciencias, por aumentar las inversiones en educación, por el avance científico y tecnológico, por una apertura a Europa... Se hacía imprescindible salir de la quietud existente para salvar al país.

Y de nuestra universidad, el infortunado Macías Picavea señalaba la parte que la incultura nacional tenía en nuestra desgracia, y gran número de profesores, los Posada, los Alas, los Unamuno, los Ramón y Cajal, los Olóriz, los Gómez Osaña, unos en Madrid, otros en el rincón de las provincias, cuyos ecos, ¡ay!, tan débil eco tienen en los palacios de la corte, señalaron la urgencia de rectificar nuestra pedagogía<sup>15</sup>.

Los partidos dinásticos se vieron acosados repentinamente por la opinión pública<sup>16</sup>. Nadie discutía que el sistema de Claudio Moya-

---

<sup>13</sup> En el caso de Costa es evidente la influencia institucionista. Su propuesta de aleccionar e involucrar a intelectuales en el gobierno y de mejorar los estudios superiores es resultado de sus buenas relaciones con Rafael Altamira, Adolfo Posada y Aniceto Sela. Así se observa en el epistolario que mantenía con el primero. *El renacimiento ideal: epistolario de Joaquín Costa y Rafael Altamira (1888-1911)*, Introducción y edición de G. J. G. Cheyne, Alicante, 1992.

<sup>14</sup> Puede verse un resumen de su ideario en P. Cuesta Escudero, *La escuela en la reestructuración de la sociedad española, (1900-1923)*, Madrid, 1994, pp. 355-366. En la misma idea L. Vega, «Regeneracionismo social y universidad en España», *Las universidades hispánicas: de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal*, 2 vols., Salamanca, 2000, II, pp. 375-386.

<sup>15</sup> R. Gómez Ferrer, «Cuestiones de enseñanza. La opinión y los políticos», *El Mercantil Valenciano*, 20 de diciembre de 1901, p. 1.

<sup>16</sup> La falta de una política educativa por los partidos dinásticos ha sido puesta de relieve por A. Álvarez de Morales, «Los precedentes del ministerio de educación», *Estudios de historia de la universidad española*, Madrid, 1993, pp. 231-234.

no estaba en crisis y que se necesitaban cambios profundos. Quien pasara por cualquiera de las universidades españolas encontraba miseria, desgana, abatimiento... Mil y un males se enumeraron de la educación superior. A pesar de que fueron muchos los catedráticos que se acomodaron en sus puestos de funcionarios, no todos se resignaron al ordenancismo, la monotonía y la pobreza de la universidad <sup>17</sup>.

Sería la autonomía universitaria la que se convertiría en el estandarte de la renovación y el cambio universitario. A principios de siglo sería fomentada desde dos posiciones. La nacionalista, propia de la universidad de Barcelona que progresivamente se convertiría en una firme defensora de la cultura e identidad catalanas <sup>18</sup>. La reformadora, que buscaba el cambio del sistema universitario hacia un nuevo modelo con objetivos y realidades modernos. Dentro de esta visión existía una escisión importante entre dos ideologías. La conservadora, que apoyada por la Iglesia, defendía cierta vuelta o resurgir del espíritu de las universidades del Antiguo Régimen <sup>19</sup>. La euro-

---

<sup>17</sup> M. Peset Reig, «Autonomía universitaria y libertad de cátedra...», pp. 12-14.

<sup>18</sup> En Barcelona se identificó la precariedad de la universidad con el centralismo y el mal gobierno que desde Madrid se hacía. Los catalanistas vieron en esto un buen argumento para atraerse a la universidad a sus posiciones. Se identificará la autonomía universitaria con la política regionalista como demostró el II Congreso Catalán de 1918. R. Bori i Alcañiz; J. Cortada i Corredor y X. Pujadas i Martí, «Autonomia universitària i autonomia nacional: el catalanisme en el Segon Congrés Universitari Català», *Història de la Universitat de Barcelona*, Barcelona, 1988, pp. 587-598.

<sup>19</sup> Ya antes del desastre se planteó como medida patriótica y necesaria la vuelta a las universidades del Antiguo Régimen: «...el ideal para la organización de nuestras universidades no debemos buscarlo en las escuelas ni las universidades inglesas con su régimen liberal antiguo, ni las universidades de los Estados Unidos con su autonomía moderna, ni las alemanas, que después de la ley de Bismark de 1877 viven casi tan centralizadas como las de nuestro país, ni las universidades italianas y belgas pueden enseñarnos nada que nosotros no hayamos tenido en nuestras antiguas universidades. Hacia estas debemos encaminar o dirigir todos nuestros pensamientos de reforma, haciendo compatible la parte fundamental de su organización con las necesidades de los tiempos modernos y favoreciendo la creación de nuevos centros de enseñanza, encaminados a resucitar la gloriosa tradición universitaria de la nación española.», F. Fer-

peísta y liberal, identificada casi por completo con el ideal institucionalista<sup>20</sup>, que pretendía modernizar el sistema español y asimilar modelos que aplicaban con éxito los países más avanzados. Claro está que entre ambas surgieron múltiples opiniones eclécticas, pero en esta dicotomía se desarrollaron las disputas principales que ocuparon el primer cuarto del siglo XX a los intelectuales y que acabaron con el predominio del segundo planteamiento.

La autonomía universitaria del primer cuarto del siglo XX podemos dividirla cronológicamente en tres etapas. Una primera que abarcaría desde la creación del ministerio de instrucción pública en 1900 hasta el gobierno de Santamaría de Paredes en 1905. En ella se produjo un enorme interés desde la Administración por la enseñanza. Proyectos, iniciativas y discusiones se sucedieron en las Cámaras legislativas para reformar y conformar el modelo educativo. La segunda iría desde 1906 hasta el gobierno de Santiago Alba en 1918. Se verá presidido por la desgana de muchos catedráticos y políticos, y por la lucha ideológica de unos pocos, deseosos de cambiar la penosa situación existente. La última arrancaría desde la llegada al ministerio de Cesar Silió en 1919, hasta la suspensión de su decreto de autonomía en 1922. Supondrá un esfuerzo muy serio desarrollado para reformar las universidades, que fracasará por llegar tarde a un país sumido en la crisis total.

\* \* \*

El movimiento reformador en la universidad de Valencia coincide a grandes rasgos con el resto de la nación. En él distinguimos tres fases. El periodo de 1898 a 1905 será un tiempo de trabajo en el que Valencia por unos años se convertiría en la pionera y principal promotora de la reforma universitaria. Los rectorados de

---

nández, «Las universidades hasta 1836. Su transformación y nueva organización. La enseñanza confiada al Estado. Deficiencia del sistema actual», *La España del siglo XIX. Colección de conferencias históricas. Curso de 1886-1887*, 3 vols., Madrid, 1887, III, p. 544.

<sup>20</sup> El mismo Giner deseaba lograr la autonomía universitaria como medio para recuperar las libertades y derechos disfrutados durante la Gloriosa y la República. La autonomía suponía para él, progreso científico e intelectual. F. Giner de los Ríos, «Sobre reformas en nuestras universidades», *La universidad española...*, pp. 43-44.

Ferrer y Julve y de Manuel Candela, ambos liberales y simpatizantes con el movimiento institucionista, impulsaron cambios. Los avalan los trabajos desarrollados en los claustros hacia 1899 y la primera asamblea de catedráticos de universidad celebrada en 1902. Ya en el rectorado de José María Machí Burguete destacó la abundante asistencia de profesores de Valencia, en la segunda asamblea de catedráticos, celebrada en Barcelona a principios de 1905.

La segunda etapa transcurriría desde 1906 a 1919. Fue la más extensa y se divide en tres partes. La primera partiría de la ruptura que se ocasionó entre los académicos en 1905. Aunque las inquietudes reformistas se mantuvieron algún tiempo, como se verá en la revuelta protagonizada por Moliner y en las asambleas pedagógicas desarrolladas con motivo de la Exposición Regional de 1909. La desmoralización se apoderó de los claustros valencianos entre 1910 y 1916, convirtiendo esta segunda parte en un tiempo de crisis, de pasividad, al compararlo con la febril actividad de finales del siglo XIX y principios del XX. Un periodo de transición y decadencia en el que las críticas al sistema serán casi inaudibles. Coincidimos con Marc Baldó cuando afirma que este tiempo será un momento de burocrática obediencia al ministerio de instrucción <sup>21</sup>. Las iniciativas desde los claustros valencianos fueron casi nulas, limitando sus actividades a poco más que a responder las consultas ministeriales o a enviar delegados a los congresos a los que se les convocó. La tercera parte se iniciaría con la llegada de Rafael Altamira al Senado por la universidad de Valencia en 1916. El destacado institucionista trajo con su actividad, un afán por la mejora, por el cambio, que se contagiaria lentamente al resto de catedráticos.

Paulatinamente crecerá la simpatía por la reforma y por la autonomía y que llevará a la tercera y última etapa. Abarcó desde el real decreto de Silió de 1919 hasta su suspensión de 1922. La universidad valenciana pasó por un tiempo de hiperactividad en la que creyó firmemente en la posibilidad de transformarse radicalmente. Son las que abordamos a continuación.

---

<sup>21</sup> M. Baldó Lacomba, *La Universitat de València*, Valencia, 1986, pp. 177-178.

### 1. *Valencia a la vanguardia de la reforma*

Fue la universidad valentina, junto con la de Oviedo y Madrid, adelantada en el deseo regeneracionista. Ya desde 1890 aquélla se planteaba la necesidad de alcanzar una cierta libertad científica y organizativa<sup>22</sup>. Su afán sería mayor si cabe que el de la propia Universidad Central. Si bien es cierto que el claustro de ésta en 1894 —seguramente siguiendo la consigna del congreso de 1892— había declarado la necesidad de llevar a cabo un cambio de régimen que permitiera que las universidades se rigieran, gobernaran y administraran por ellas mismas, todo acabó siendo un brindis al sol. En 1896, el mismo año en que Francia aprobaba su ley de reforma universitaria, en Valencia el catedrático de medicina Orts y Orts en el discurso inaugural del curso, denunció las carencias y el malestar en los centros superiores, así como las deficiencias de los planes de estudio y el sistema pedagógico memorista.

No se mira en España la enseñanza con la predilección con que se la atiende en otras naciones, en las que dependiendo las universidades del Estado, asegura éste su engrandecimiento con un presupuesto grandioso que satisface a estos centros docentes [citaba Berlín, Viena y Göttinger], o como en otras existentes en distinto continente del nuestro, en los que tienen las universidades verdadera autonomía; su creación y sostenimiento esplendoroso, es objeto preferente del patriotismo de los ciudadanos que continuamente protegen aquellos centros y tratan de rivalizar unos estados con otros por la riqueza y perfeccionamiento en pro del adelanto de la ciencia<sup>23</sup>.

Aún no estaba definido el deseo de autonomía, pero sí el de protestar contra la situación de las universidades. La catástrofe de 1898 no hará sino reforzar aquella voluntad de cambio. El primero en llamar la atención del gobierno sobre las necesidades universitarias fue el catedrático institucionista Rafael Altamira. El mismo año de las derrotas de Cuba y Filipinas, en el discurso inaugural del estu-

---

<sup>22</sup> A. Mayordomo Pérez y C. Ruiz Rodrigo, *La universidad como problema en los intelectuales regeneracionistas*, Valencia, 1982, p. 13.

<sup>23</sup> F. Orts Orts, *Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1896 a 1897 en la universidad literaria de Valencia*, Valencia, 1896, pp. 56-57.

dio ovetense, aprovechó para ocuparse de la necesidad de salvar el país aprovechando lo bueno y desechando lo caduco. La universidad debía ser el eje de la transformación intelectual de los españoles y para ello manifestó la necesidad de una profunda reforma, no sólo en lo material sino también en lo espiritual. El segundo sería Miguel de Unamuno que en ocho artículos manifestaba la necesidad de cambiar el rumbo de la universidad —renunció a solicitar la autonomía universitaria por creerla demasiado prematura—. La fórmula para salir de la crisis pasaba por mantener los caracteres positivos de la cultura nacional y tomar de Europa aquello que conviniera y enriqueciera <sup>24</sup>. En 1899 en la Asamblea Nacional de Productores, promovida por Joaquín Costa, se discutió un dictamen de Bartolomé Cossío en el que se pronunciaba sobre las reformas a acometer en la educación nacional. Su trabajo cambió la sensibilidad de los gobernantes e influiría notablemente en la actuación de los primeros ministros de instrucción <sup>25</sup>.

El ambiente institucionista que se respiraba a finales de siglo en la universidad valenciana, hizo que los catedráticos decidieran finalmente proponer una reforma concreta desde la universidad. Ramón Gómez Ferrer, catedrático de medicina, se felicitaba porque despuntaban en la ola de regeneracionismo intelectual que recorría el país.

¿Quién extrañará que tan franca acogida tuviera la campaña del Ateneo en la Universidad de Valencia, cuyo paraninfo sirvió de tornavoz a las aspiraciones de la opinión, si era rector el malogrado Ferrer y Julve, cuya buena fe y ardiente deseo en pro de la enseñanza había sentido la necesidad de conmover a los distraídos poderes públicos, ante cuya indiferencia se estrellaron más de seis exposiciones elevadas por nuestro claustro de Medicina, poniendo de relieve la miseria de los medios disponibles para dar una enseñanza en armonía con las exigencias de los tiempos presentes? <sup>26</sup>

La campaña mencionada fue iniciada por la junta directiva del Ateneo Científico al inicio del curso de 1898-1899. Los catedráticos

---

<sup>24</sup> M. Peset Reig, «Política universitaria...», II, pp. 428-429.

<sup>25</sup> L. A. Baratas Díaz, «Influencia francesa...», p. 657.

<sup>26</sup> R. Gómez Ferrer, «Cuestiones de enseñanza. La opinión y los políticos», *El Mercantil Valenciano*, 20 de diciembre de 1901, p. 1.

liberales, demócratas y republicanos, en nombre del profesorado, solicitaron del gobierno por escrito una reforma de calado. Entre otras peticiones estaba la de que impartiera una educación integral, obligatoria y gratuita para los ciudadanos<sup>27</sup>. Amalio Gimeno, senador de la universidad de Valencia<sup>28</sup>, se esforzó en que sus peticiones fueran atendidas<sup>29</sup>. Sacudió a la opinión pública para que se hiciera eco del malestar y de la esperanza existente en las cátedras. En Madrid intentó despertar entre las esferas del poder el interés por la cuestión universitaria. Su trabajo no tuvo demasiado éxito pues aunque logró que algunos políticos —Pi, Muro, Azcárate, Canalejas— y periodistas —Gasset, Peris Mencheta, Moya, Sánchez Guerra, etc.— se concien- ciaran de la necesidad de emprender una reforma legal para mejorar las cosas, pero no consiguió implicar a Silvela y Sagasta.

Poco pudo hacerse en aquellas Cortes; gracias que la semilla quedaba abundantemente esparcida, cual fue la idea del Ateneo y el mínimum de las aspiraciones de sus comisionados. No pros-

---

<sup>27</sup> E. Sánchez Santiró, «La crisis del 98 y la autonomía universitaria», *Millars. Espai i Història*, 21 (1998), p. 96. En este punto cita su tesis doctoral, *Història de la Facultat de Ciències de València: orígens d'una comunitat científica i professional (1857-1939)*, València, 1995. También A. Gil y Morte, «Por la educación integral, obligatoria y gratuita», *Las Provincias*, 26 de octubre de 1899, p. 2.

<sup>28</sup> La constitución canovista de 30 de junio de 1876 estableció que cada universidad contara con un senador que la representara en la Cámara Alta. El artículo 22.10 reconocía la legitimidad para serlo a los catedráticos de término de las universidades, siempre que contaran con cuatro años de anti- güedad y ejercicio. *Gaceta de Madrid* de 1 de julio, *Boletín de la revista general de legislación y jurisprudencia*, t. 50, Madrid, 1876, pp. 497-506. El capítulo referido al Senado se contenía en los artículos 20 al 27, pp. 499-501. La ley de 8 de febrero de 1877 desarrolló la elección y organización del Sena- do. *Boletín de la revista general...*, t. 52, Madrid, 1877, pp. 227-237.

<sup>29</sup> Nacido en Cartagena en 1850. Licenciado en medicina en 1872 y doctorado dos años después. Ejerció de médico en Puzol y logró la plaza de catedrático de patología general en la universidad de Santiago el 10 de agosto de 1875. Pasó por Valladolid y por Valencia hasta que acabó en la Central. Representó a España en algún congreso internacional y era autor de varios libros, artículos y conferencias. Gimeno destacó además por su talante democrático y liberal. *El Correo*, 6 de julio de 1906, p. 1. Su expediente como senador se encuentra en el Archivo del Senado (en adelante AS), *HIS*, legajo 192, 1.



peró porque el terreno era ingrato; pero algo quedó; quedó en pie la prueba de que la opinión se anticipó a los políticos en la expresión de un anhelo<sup>30</sup>.

La universidad valenciana no se conformó con que su propuesta, como tantas otras, cayera en el olvido. Pretendía que el movimiento llegara más lejos, y para ello nada mejor que plantear al ministerio planes más ambiciosos serios, concretos y viables. El 3 de mayo de 1899 el rector de Valencia, Nicolás Ferrer y Julve<sup>31</sup>, destacado regeneracionista de la universidad, atendió las solicitudes de algunos catedráticos y convocó una junta de decanos presididos por Gimeno. Se convino enviar al resto de universidades una circular demandándoles que redactaran un informe con los cambios que en su opinión debían realizarse, y que los remitieran al ministerio para presionarle. Para dar ejemplo, ellos mismos a través de las juntas de facultad plantearían con libertad unas bases con las reformas que entendieran convenientes. Como se había hecho con la ley Moyano, la idea era establecer una serie de principios que sirvieran al gobierno para configurar un nuevo modelo universitario<sup>32</sup>.

Aunque el plan entusiasmó a los catedráticos, se ejecutó con gran secreto probablemente por dos motivos<sup>33</sup>. El primero era la falta de

---

<sup>30</sup> R. Gómez Ferrer, «Cuestiones de enseñanza. La opinión y los políticos», *El Mercantil Valenciano*, 20 de diciembre de 1901, p. 1.

<sup>31</sup> Este turolense inició su vida académica tras lograr en una oposición la plaza de tercer profesor clínico en medicina de la universidad de Valencia en 24 de enero de 1863. Tras ocupare varios puestos fue nombrado catedrático por oposición de la asignatura de anatomía quirúrgica el 13 de marzo de 1872. AUV, Sección medicina, *Hojas de servicios. Expedientes docentes*, caja 32/10. Por real orden de 2 de noviembre de 1889 fue nombrado decano de la facultad de medicina. Por real orden de 31 de diciembre de 1894 fue nombrado vicerrector de la universidad con posesión del 10 de enero siguiente. Por real decreto de 14 de enero de 1898 se le nombró rector de la universidad posesionándose el día 24. Cesó por fallecimiento el 16 de abril de 1901. AUV, Sección general, *Libros*, l. 431, *Empleados 1882-1939*, p. 50 v.

<sup>32</sup> Sobre la promulgación de la ley de bases y la culminación de la ley de 1857 véase, M. de Puelles Benítez, *Educación e ideología en la España contemporánea. (1767-1975)*, Barcelona, 1980, pp. 134-157.

<sup>33</sup> El intento de reforma desarrollado en 1899 ha sido estudiado por E. Sánchez Santiró, «La crisis del 98...», pp. 91-106.



legitimidad, pues ni el claustro ordinario de la universidad ni sus juntas de facultad podían reunirse para este fin. Menos aún, si como pretendían, iban a exigir del ministro reformas políticas para las que la ley no les reconocía potestad alguna. Su deseo por el cambio les hizo desembarazarse del temor a ser descubiertos y quizás sancionados. La otra razón pudo ser la intención de mantener contactos previos con el resto de universidades para que todas al unísono remitieran sus escritos. Si el planteamiento reformador se hacía por la totalidad de los estudios, sería apoyado por la opinión pública y le dotaría de mayor fuerza. De esa manera el ministro silvelista Alejandro Pidal y Mon, conocido ultramontano, no tomaría represalias y probablemente suavizaría su posición y aceptaría las demandas.

Era general la simpatía de los catedráticos por la reforma. La junta de ciencias acogió gustosa la oferta. Nombraron una comisión para que redactara un informe sobre el que discutiría el claustro<sup>34</sup>. El interés de la facultad se evidencia en que la ponencia presentó los resultados nueve días después del encargo. El 20 de mayo de 1899 se leyeron las bases que sin discusión fueron aprobadas y remitidas al rectorado<sup>35</sup>. La de medicina también respondió de manera favorable, y centró su interés en la modificación de su plan de estudios. Por la complejidad de redactar uno nuevo que pudiera generalizarse a todas las universidades, pensaron en realizar un congreso de la enseñanza, sin perjuicio de comenzar los trabajos solicitados valiéndose de una delegación<sup>36</sup>. En la siguiente junta se presentó el documento para estudiarlo y presentar enmiendas<sup>37</sup>. Diez días después

---

<sup>34</sup> Los ponentes fueron Eduardo Boscá Casanoves —catedrático de historia natural—, Cecilio Jiménez Rueda —geometría— y Vicente Felipe Lavilla —química orgánica—. AUV, Sección general, *Libros*, l. 2.530, *Libro de actas de la facultad de ciencias. Años 1/X/1895 a III/1907*, junta de 11 de mayo de 1899, p. 11 v.

<sup>35</sup> AUV, Sección general, *Libros*, l. 2.530, *Libro de actas de la facultad de ciencias. Años 1/X/1895 a III/1907*, junta de 20 de mayo de 1899, pp. 12-15.

<sup>36</sup> Fueron Enrique Slócker de la Pola —catedrático de patología—, Juan Bartual Moret —histología e histoquímica normales y anatomía patológica— y Ramón Gómez Ferrer —enfermedades de la infancia—. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 8 de mayo de 1899, pp. 109-111.

<sup>37</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 19 de mayo de 1899, p. 112.

el decano, Peregrín Casanova Ciurana, quizás advertido por el rector y viendo el gran trabajo que se tomaban sus compañeros por los planes, les advirtió que la idea no era tanto dar reformas de detalle sino amplias y generales. Se trataba de evidenciar al gobierno las necesidades de las facultades de medicina<sup>38</sup>.

En derecho el desarrollo fue más complicado porque los catedráticos estaban divididos en dos bandos difícilmente reconciliables: conservadores y liberales<sup>39</sup>. El 10 de mayo el canonista ultraconservador, Juan Juseu, como decano accidental, convocó una reunión para designar una comisión que redactara un dictamen referido a las reformas que debían hacerse en la facultad<sup>40</sup>. La lentitud con que trabajó aquélla, evidenció el desinterés de los catedráticos conservadores por la reforma. Su inhibición por presionar al ministro tradicionalista fue tan evidente, que desesperó al claustro de medicina. En septiembre preguntaron a su decano por el estado de los dictámenes<sup>41</sup>. Peregrín Casanova les informó que su proyecto y el de ciencias estaban listos pero no los de filosofía y letras y derecho. En consecuencia, la junta de medicina acordó apremiarles<sup>42</sup>.

Las presiones sobre la comisión de derecho, los trabajos de Rafael Olóriz y la más que probable intervención de su decano, el destacado institucionista Eduardo Soler, allanaron los obstáculos ideológicos y permitieron la redacción de una serie de peticiones al ministerio. Se presentaron el 26 de octubre no sin algunas cesiones a los catedráticos más conservadores como que no se mencionara nada acerca de la libertad de cátedra<sup>43</sup>. Si en la junta de 8 de

---

<sup>38</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 29 de mayo de 1899, p. 113-114.

<sup>39</sup> Sobre las tendencias políticas de los catedráticos de esta facultad puede verse el trabajo de Y. Blasco Gil, *La Facultad de derecho de Valencia...*, pp. 289-293.

<sup>40</sup> Rafael Olóriz Martínez —catedrático de derecho político y administrativo—, Rafael Rodríguez de Cepeda —derecho natural— y Lorenzo de Benito Endara —mercantil—. *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, junta de 10 de mayo de 1899.

<sup>41</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 20 de septiembre de 1899, pp. 115-116.

<sup>42</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 24 de septiembre de 1899, pp. 117-122.

<sup>43</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, junta de 26 de octubre de 1899.

noviembre se discutían y aprobaban las peticiones, dos días después el decano de derecho se mostraba más ambicioso con la reforma. A Soler no le bastaba con manifestar necesidades materiales o consejos referidos a cómo desarrollar las lecciones en la facultad. El cambio debía ser mayor, de manera que sometió a la consideración de sus compañeros un proyecto de bases para la reforma global de las universidades. Era sin duda una apuesta seria por la independencia universitaria<sup>44</sup>. La propuesta apenas se discutió en la siguiente junta pues además de saber bien lo que se hacía, el decano era catedrático de derecho político y administrativo, hizo valer su poder para que se aprobara por los más reticentes. El escrito se adjuntó al resto de peticiones parciales de la comisión de leyes<sup>45</sup>.

La demora de la facultad de derecho en contestar, había permitido a Eduardo Soler elaborar un escrito que contenía el primer plan de autonomía universitaria y que además era el que mejor se ceñía a la idea planteada desde el rectorado. Más que proponer nuevos planes de estudio o formas de enseñar, se deseaba fijar unas bases que orientaran la política universitaria. Al decano de leyes le guió el juicio de lo útil por encima de lo utópico. Debía ser realista si se deseaban resultados concretos y ciertos.

Tan pronto como la facultad de derecho envió sus respuestas, se reunió el claustro ordinario. Las propuestas podían agruparse en dos bloques. Unas de carácter técnico —especialmente las referidas a planes de estudio— y otras sobre organización universitaria. El claustro decidió que las primeras se respetaran y las segundas se estudiaran por una comisión especial compuesta por un catedrático de cada facultad para unificar posiciones y limar los escollos que surgieran. Finalmente el proyecto fue aprobado por el claustro ordinario y se remitió al ministerio<sup>46</sup>. Se proponían una serie de bases

---

<sup>44</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, juntas de 8 y 10 de noviembre de 1899.

<sup>45</sup> Su propuesta se recogió en el *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, junta de 11 de noviembre de 1899. Yolanda Blasco recoge la labor pionera de la facultad de derecho de Valencia en los trabajos de autonomía. Y. Blasco Gil, *La facultad de derecho de Valencia...*, pp. 78-80.

<sup>46</sup> La comisión se compuso por el vicerrector Rafael Olóriz —derecho—; Juan Bartual —medicina—; Pedro M<sup>a</sup> López —filosofía y letras— y Cecilio Giménez Rueda —ciencias—. La aprobación final se hizo en los

flexibles que facilitaran al gobierno la redacción de una ley. Éstas se dividieron en dos bloques. Uno referido a cuestiones generales de la universidad y otro que aludía a las demandas de las diversas facultades.

Las bases referidas a cuestiones generales eran cinco y se distribuían en capítulos. La primera se refería a la capacidad civil de las universidades. Cada una debía poseer plena capacidad conforme al código civil. Además contaría con la absoluta disposición de sus bienes, la administración de su patrimonio correspondería al claustro de profesores. También formaría y aprobaría sus presupuestos, a propuesta de la junta de decanos en los gastos comunes de la universidad y de cada decano en lo correspondiente a cada facultad. Se daría conocimiento del presupuesto aprobado por el claustro al ministro, que vigilaría la legalidad y el control de su debida ejecución de lo solicitado. La inversión y aplicación de las cantidades se dejaba en manos de la junta de decanos, la del presupuesto a cada facultad a través de una junta administrativa compuesta del jefe y varios profesores y auxiliada por un administrador. El claustro y las facultades también podrían fiscalizar sus actos. Si la universidad o alguna de sus facultades fuera suprimida, deberían sus bienes pasar a constituir una fundación de enseñanza superior igual o análoga. Las facultades podrían percibir honorarios por tareas científicas o técnicas que se solicitaran de ellas.

La base segunda aludía al régimen académico. Las disposiciones oficiales debían adaptarse a la índole especial de las nuevas enseñanzas. Para alcanzar la independencia política, los claustros serían presididos por un rector y un decano elegido por los catedráticos de la universidad y de la facultad, respectivamente. Asimismo se prohibió que las autoridades académicas, profesores y estudiantes realizaran cualquier clase de manifestaciones y actos de aprobación o censura de personas y acontecimientos extraños a la enseñanza. Tampoco se podría exigir el cumplimiento de cualquier orden contraria al título primero de la constitución. La junta de profesores podría juzgar y privar del derecho de concurrir a las juntas y claustros a los universitarios, a cualquiera de sus individuos, por actos que sin causar expediente administrativo o judicial, le hicieran

---

claustros de 25 y 29 de noviembre. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094/5, *Borradores de las actas del claustro de la universidad de los días 25 y 29 de noviembre de 1899*.

indigno de estar con sus compañeros. En ningún caso se castigarían las convicciones científicas, religiosas o políticas, ni su expresión de manera prudente. Un consejo de hombres eminentes elegido por todo el profesorado universitario, inspeccionaría la actividad de los profesores para premiarlos o censurarlos, e incluso proponer su destitución en casos graves. Ese consejo se encargaría de valorar los trabajos que le presentaran los docentes. Los decanos y juntas de facultad recibían la mayor parte de las funciones que venían teniendo los rectores y consejo universitario para corregir las faltas colectivas y las indisciplinas de los alumnos. Pidieron armonizar las disposiciones de disciplina escolar con las necesidades del momento. Asimismo solicitaron reducir las vacaciones.

La base tercera abordaba la enseñanza universitaria. Subsistiría en sus dos clases: oficiales y libres. Los alumnos serían examinados por tribunal de profesores oficiales sobre un temario que abarcara todo el programa de la asignatura: en lo posible las pruebas serían prácticas. Los no oficiales deberían responder el doble de preguntas. Asimismo el gobierno debería dictar disposiciones para frenar los abusos de los alumnos libres. El examen de ingreso se establecería para cada facultad y sección individualizadamente. Solicitaron que se redujera el número de alumnos por clase y que todas las enseñanzas contaran con un complemento práctico. Habrían premios y pensiones para los estudiantes aplicados y pobres. Se fomentarían las excursiones y el establecimiento de bibliotecas.

La base cuarta alusiva al personal docente, pidió que el ingreso del profesorado se hiciera únicamente desde la plaza de auxiliares —única clase que se mantendría—. Estos cargos serían temporales y se alcanzarían por oposición verificada en Madrid. El acceso a la plaza de numerario sería a través de concurso de auxiliares.

La base quinta trataba de la exteriorización de los trabajos universitarios a fin de que las universidades contribuyeran en el desarrollo nacional. Solicitaron que se dieran conferencias relacionadas con las necesidades que la sociedad demandaba, que se publicaran folletos sobre estos asuntos y que todos los profesores se obligaran a participar en la extensión universitaria. La universidad en todo caso publicaría anualmente los trabajos científicos del personal docente.

El segundo bloque que se envió al ministerio recogía las soluciones técnicas y cohesionaba las demandas que aisladamente habían planteado las facultades —especialmente ciencias y medicina—.

La base primera solicitaba que se ampliaran los horizontes de la carrera para atraer más a los jóvenes, y que los estudios públicos de carácter científico fueran todos ellos realizados por doctores y licenciados de la carrera de ciencias. Por ejemplo las escuelas especiales, de geodesia, topografía, laboratorios químicos municipales, etc. También que el preparatorio para las carreras especiales se cursara con validez en ciencias.

La base segunda demandaba fomentar y ampliar la enseñanza de la física y la química así como una ampliación de estas cátedras. Solicitaban la separación de las secciones de física y matemáticas. Las clases numerosas se debían dividir en grupos, para que la enseñanza resultara más provechosa. En su defecto, se limitaría el número de alumnos que accedieran a la facultad. Se establecerían pensiones para que los doctores pudieran estudiar en el extranjero. Pidieron que el ministerio completara la sección de exactas para que se pudiera cursar el preparatorio de ingenieros y arquitectos. Mientras no se aprobara el plan de estudios solicitado, se completaría en Valencia la sección de física-matemáticas.

La base tercera exigía mayor diferencia entre la licenciatura y el doctorado, concretamente que el segundo permitiera la formación especializada. Solicitaron establecer cuatro licenciaturas y cuatro doctorados: exactas, físicas, químicas y naturales. A continuación propusieron el plan de estudios que debían comprender cada licenciatura. Entre otras demandas solicitaron que en el doctorado se presentara un trabajo original o de investigación propia. En el acceso al preparatorio de ciencias se exigiría a los estudiantes conocimiento del alemán. La base cuarta se ocupaba de pedir un aumento de las clases prácticas y de los elementos imprescindibles para ellas: museos, bibliotecas, laboratorios, gabinetes, excursiones... Requirieron aumentos en las consignaciones de material para cubrir sus inmensas necesidades —además de las inversiones estatales se pensó en exigir el doble en las matrículas de las asignaturas prácticas—. También que se reorganizara los jardines botánicos tal y como se había solicitado entre 1880-1882 al ministerio de fomento. La facultad de medicina pidió el examen de ingreso, pero a través de un sistema que no fuera traumático para el alumno. Además, a los estudiantes se les exigirían conocimientos de ciencia, dominio de idiomas, cultura general, sus aptitudes y resistencia. Los exámenes prácticos versarían sobre curso y no sobre asignaturas. Después describían su propio plan de estudios. Solicitaban aumentos en la asignación presu-

puestaria y laboratorios para cada cátedra, ampliación de plantillas y la mejora económica de los alumnos internos.

La facultad de derecho fue la menos ambiciosa. Muchas de sus solicitudes quedaron recogidas en las demandas generales: más prácticas en la enseñanza del derecho y menos memorismo, mayores asignaciones presupuestarias para la adquisición de material, libertad en la elección de manuales y programas, potestad de elegir a los auxiliares, que los profesores pudieran declarar la pérdida de curso cuando se produjeran indisciplinas y medidas contra la proliferación y movilidad del alumnado no oficial. De filosofía y letras no consta respuesta alguna, seguramente porque apenas tenía peso en la universidad valenciana y tampoco contaba con muchos catedráticos desde que se restableciera en 1896<sup>47</sup>. En general las peticiones que se enviaron al ministerio eran modestas, pragmáticas y nada utópicas. El plan no demandaba imposibles y era viable:

No pretendieron los catedráticos perseguir el ideal en materia de enseñanza, sino que prefirieron buscar lo que es posible hacer en los actuales momentos, dentro del régimen presente, de los agobios económicos en los que vivimos y de la rémora que la tradición ha de poner y pone a toda innovación trascendental.

Por eso las reformas propuestas son en verdad pequeñas; pero ya nos contentaríamos nosotros con ver realizadas la mitad de ellas dentro de un plazo relativamente breve<sup>48</sup>.

El resto de universidades tuvieron noticia del intento reformador gracias a la circular que la universidad les remitió. Barcelona, Granada y Sevilla se mostraron conformes con el esfuerzo, pero pesimistas sobre la posibilidad de alcanzar un acuerdo<sup>49</sup>. Otras universidades respondieron solicitando que fueran algo más explícitas las peticiones, que se les presentara un cuestionario. Incluso alguna propuso celebrar un congreso nacional universitario para unificar criterios<sup>50</sup>. El plan

---

<sup>47</sup> Tampoco se conservan los libros de actas de sus juntas de facultad.

<sup>48</sup> «Universidad Literaria de Valencia», *El Mercantil Valenciano*, 1 de julio de 1900, pp. 1 y 2.

<sup>49</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 19 de mayo de 1899, p. 112.

<sup>50</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 24 de septiembre de 1899, pp. 117-122.



fracasó tal y como se había planteado<sup>51</sup>, pero logró inquietar a las universidades que presionaron a favor de su reforma. Seguramente la campaña de reformas iniciada por García Alix y su consulta a los claustros acerca de su decreto de autonomía universitaria, fue la respuesta a esta presión de los catedráticos. También inspiraría la I Asamblea de profesores que se celebró en Valencia hacia 1902.

## 2. *El fracaso del regeneracionismo ministerial*

La primera respuesta desde el poder fue la creación del ministerio de instrucción pública en 1900. El mismo día que la cartera de instrucción se desgajaba de la de fomento, se nombró a su titular el conservador Antonio García Alix<sup>52</sup>. Hombre preocupado por la educación nacional, influido por las corrientes regeneracionistas, y presionado por una opinión pública muy sensibilizada, trazó pronto un ambicioso plan de reformas. Desarrolló una campaña de dignidad educativa por medio de numerosos reales decretos<sup>53</sup>. Se destacó por su gran interés en mejorar la disciplina, la integridad académica, la seriedad y la eficacia en el cumplimiento de las obligaciones y de la ley. Con el fin de aclarar la confusión legal existente, creó una comisión para que codificara la dispersa legislación de la instrucción nacional<sup>54</sup>. Asimismo inició diversos proyectos entre los que se

---

<sup>51</sup> Así lo demuestran las palabras del decano de medicina Casanova quien afirmaba que la circular que había enviado al resto de claustros de medicina españoles no había recibido contestación alguna. Tampoco rechistó el senador de la universidad. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 27 de noviembre de 1900, pp. 138-139.

<sup>52</sup> La separación se produjo en el real decreto 18 de abril de 1900, *Gaceta de Madrid* de 19 de abril. Pasaron a llamarse: ministerio de instrucción pública y bellas artes y ministerio de agricultura, industria, comercio y obras públicas. La regente M<sup>a</sup> Cristina aceptó la dimisión de Luis Pidal y Mon y nombró a Antonio García Alix —que en esos momentos era vicepresidente del Congreso de los Diputados— en dos reales decretos de 18 de abril de 1900. *Anuario legislativo de instrucción pública de 1900*, Madrid, 1901, p. 169. El presidente era Francisco Silvela.

<sup>53</sup> Las normas que dictó se recogieron en: *Disposiciones dictadas para la reorganización de la enseñanza*, Madrid, 1900.

<sup>54</sup> Se creó en el real decreto de 27 de septiembre de 1900. Su esfuerzo fue alabado por el ministro Romanones que la disolvió al concluir el tra-



encontraba el de autonomía universitaria. Lo hizo en el real decreto de 18 de mayo de 1900<sup>55</sup>. Desafortunadamente no logró la aquiescencia política necesaria en las Cortes para que sus esfuerzos culminaran en ley<sup>56</sup>. No nos extenderemos en las discusiones de Cortes referidas a su contenido, ni en la manera en que influyó de forma determinante en la obra de Romanones pues ya ha sido abordado por otros autores<sup>57</sup>.

---

bajo por medio del real decreto de 21 de febrero de 1902, *Gaceta de Madrid* del 27, *Boletín de la revista general...*, t. 115, Madrid, 1902, p. 252. Años más tarde tuvo que repetirse la maniobra. Antonio Barroso dispuso la creación de un *Anuario legislativo del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes* a partir de 1910, con el objetivo de agrupar todas las disposiciones relativas a los estudios para repartirlos a todos los centros dependientes del ramo. Se dividió en dos publicaciones: el *Boletín oficial del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes* y la *Colección Legislativa de Instrucción pública y Bellas Artes*. Real decreto de 10 de diciembre de 1909, *Gaceta de Madrid* del día 11, *Boletín de la revista general...*, t. 140, Madrid, 1909, pp. 682-684. Su reglamento se desarrolló en la real orden de 29 de diciembre de 1909, *Gaceta de Madrid* de 31 de diciembre. Poco después la reforma del consejo de instrucción pública creó una comisión codificadora en el real decreto de 7 de noviembre de 1913, *Gaceta de Madrid* del día 8, *Boletín de la revista general...*, t. 153, Madrid, 1914, pp. 745-747. También véase el real decreto de 7 de febrero de 1914, *Gaceta de Madrid* del día 10, *Boletín de la revista general...*, t. 154, Madrid, 1914, pp. 136-137. El aluvión legislativo y las renovadas inquietudes por la cuestión educativa, requirieron una nueva ordenación. Por eso se creó una junta compuesta de un consejero de instrucción pública, un abogado de la asesoría jurídica y un funcionario del ministerio para dicha tarea. Real orden de 29 de septiembre de 1916, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1916*, Madrid, 1916, p. 475.

<sup>55</sup> Buscaba una mayor autonomía reforzando el papel de los rectores. *Gaceta de Madrid* del día 19, *Boletín de la revista general...*, t. 110, pp. 82-84,

<sup>56</sup> El proyecto que presentó al Congreso sobre reforma de las enseñanzas quedó recogido en *Diario de sesiones del Congreso de los Diputados*, t. 371, legislatura de 1899-1900, I, Apéndice 1 al nº 29, pp. 1-5.

<sup>57</sup> En esta materia destaca la obra de Ivonne Turín, *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902. Liberalismo y tradición*, Madrid, 1967. También Y. Blasco Gil en *La facultad de derecho de Valencia...*, pp. 77-107. Con menor profusión de datos, M. de Puellas Benítez, «Política universitaria y debate público en España (1902-1928)», *La Universidad en el siglo XX (España e Iberoamérica)*, Murcia, 1998, pp. 36-45.

El proyecto fue consensuado acertadamente con las autoridades universitarias —claustros y rectores fueron consultados— y aunque se trataba de una reforma de carácter administrativo y económico prometía ir a más<sup>58</sup>. Su valiente iniciativa animó a los catedráticos regeneracionistas, pero asustó a sus compañeros de partido. Su talante aperturista y simpatizante con la reforma educativa, bandera de los avanzados, puso en su contra al clero y a los más tradicionalistas. Las disposiciones y actitudes que tomó fueron entendidas por los suyos como actos contrarios a la fe. García Alix —que antes de liderar a los silvelistas, había militado con los liberales— padeció fuertes presiones desde el ala más radical del partido conservador. Los integristas católicos para salir de dudas en lo tocante a su actitud respecto a la enseñanza superior, le demandaron que autorizara a los centros de Oñate y Deusto para que concedieran títulos equiparados a los de las universidades públicas. La excusa fue que ya existía el precedente de la católica facultad de derecho del Sacromonte granadino<sup>59</sup>. También se le pidió que declarara confesional la universidad de Salamanca<sup>60</sup>. El diario republicano *El Mercantil Valenciano* se sumó a las críticas contra los clericales:

Deusto y Monte Sacro son dos venturosos ensayos de universidad ultramontana. La castración espiritual se practica aquí en grande escala. Seis años de latín preparan a los muchachos para el desempeño de las profesiones útiles y les ponen al tanto de las exigencias de la época y del espíritu del siglo [...] Veinte años más de este régimen y el pueblo español será una horda de bárbaros gobernada por una cofradía de sacristanes<sup>61</sup>.

---

<sup>58</sup> El claustro de la universidad de Oviedo no ocultó la satisfacción de los catedráticos a favor de la mencionada reforma. Aunque confiaban en que se ahondara en ella, estaban de acuerdo con el gobierno en que los cambios para ser firmes y no traumáticos debían desarrollarse progresivamente, *Anales de la Universidad de Oviedo*, año I, Oviedo, 1902, pp. 399-407.

<sup>59</sup> Un detallado estudio sobre las universidades católicas en España puede verse en La falta de una política para la enseñanza por parte de los dos políticos, A. Álvarez de Morales, «Origen y desarrollo de las universidades católicas en España», *Estudios de historia...*, pp. 307-347.

<sup>60</sup> D. Goig, «Crónica. Universidad Católica», *El Correo*, 21 de junio de 1900, p. 1.

<sup>61</sup> A. Calderón, «Enseñanza libre», *El Mercantil Valenciano*, 15 de enero de 1900, p. 1.

El ministro rechazó la exigencia y para sorpresa de todos, designó como rector para la universidad salmantina nada menos que al heterodoxo Miguel de Unamuno<sup>62</sup>. La medida fue atacada por sus compañeros de partido tanto casi como su intención de acabar con la obligatoriedad de la asignatura de religión y moral en la secundaria<sup>63</sup>. La alternancia de partidos apartó a los conservadores del poder, e impidió la aprobación del proyecto que ya contaba con el visto bueno del consejo de instrucción pública<sup>64</sup>.

Su sucesor, Álvaro de Figueroa —conde de Romanones—, coincidió en líneas generales con la trayectoria que García Alix había desarrollado<sup>65</sup>. En materia de estudios superiores acabó con las aspiraciones de los clericales privando al Sacromonte de Granada de su capacidad para conceder títulos universitarios<sup>66</sup>. Como el plan de reforma de su predecesor, en líneas generales era positivo y avanzado, Romanones no tuvo más remedio que retomar los trabajos. El espíritu que orientaba el proyecto era compatible con los principios liberales y además, los intelectuales presionaron pues les agradaba. El ministro liberal explicó que sus planes para la instrucción eran avanzados e institucionistas: lucharía por separar las atribuciones y relaciones entre la Iglesia y el Estado. Contra lo que los clericales demandaban rechazó el sistema anglosajón de libertad en la creación de centros de estudios superiores, debido a la tesitura en que se encontraba la sociedad española. Primero era preciso fortalecer el poder civil frente a la Iglesia para con el tiempo ceder cuotas de

---

<sup>62</sup> En una carta a Pedro Jiménez de Ilundáin, Unamuno admitía que la proposición ministerial para que se ocupara del cargo, cayó en la ciudad como una «bomba» debido a su ideario. *Miguel de Unamuno. Epistolario americano (1890-1936)*, Edición, introducción y notas de Laureano Robles, Salamanca, 1996, pp. 95-96.

<sup>63</sup> A. Calderón, «Desde Madrid. Religión y moral», *El Mercantil Valenciano*, 2 de julio de 1900, p. 1. «¡Pobre García Alix! Le veo y no le veo. En mal hora se le ha ocurrido habérselas con el ultramontanismo.»

<sup>64</sup> En este punto seguimos a M. Peset Reig, «Autonomía universitaria y libertad de cátedra...», pp. 16-19.

<sup>65</sup> La regente M<sup>a</sup> Cristina aceptó la dimisión de García Alix y designó a Romanones como ministro en los reales decretos de 6 de marzo de 1901, *Anuario legislativo de instrucción pública de 1901*, Madrid, 1902, pp. 195-196. Presidía el consejo de ministros Sagasta.

<sup>66</sup> Real decreto de 7 de noviembre de 1902, *Gaceta de Madrid* de 11 de noviembre.

poder y mayores libertades a la ciudadanía. Cuando dicha madurez se alcanzara sí podría desentenderse el Estado de la enseñanza. Para acabar con la continua promulgación de decretos y contra decretos que perjudicaban continuamente la seguridad jurídica en la enseñanza, se mostró partidario de alcanzar una ley de instrucción pública. Ahora bien, un proyecto de tal magnitud no podía imponerse a los demás, sino que debía hacerse como en tiempo de Moyaño, de manera pactada entre los partidos.

Mientras dicha ley se aprobaba, había que avanzar a través de decretos y disposiciones que allanaran los obstáculos de la reforma. Prueba de ello fue su pretensión de consumir el plan de autonomía universitaria en lo económico y en lo administrativo; en la pedagogía dejó libertad. Como él mismo reconoció, el espíritu que lo guiaba era el del decreto de 29 de julio de 1874<sup>67</sup>. En su real decreto de 25 de octubre de 1901 plasmó dichas ideas<sup>68</sup>. El conde de Romanones como buen ministro de su tiempo, no se conformó con potenciar el proyecto de su predecesor. Simpatizaba con el plan de Alix por el contenido avanzado de sus bases. Para presentar la obra como propia, hizo algunos retoques leves y sometió el proyecto a las Cortes<sup>69</sup>. Dicha disposición que luego se denominó «de autonomía universitaria», básicamente pretendía descentralizar la organización económico-administrativa de las universidades para preparar el terreno de ulteriores reformas. El centralismo estatal, se apuntaba como una de las causas de la pobreza intelectual universitaria. El control debía suavizarse para no ahogar las iniciativas locales. Se creía conveniente fomentar una mayor independencia frente al ministerio, así como impulsar el corporativismo. El proyecto pretendía un tímido avance a favor de la autonomía que gozaron las universidades en siglos anteriores, pero esta vez lejos de la Iglesia y de la política ministerial.

El decreto se dividía en cinco títulos: de las corporaciones universitarias, administración de la universidad, autoridades universi-

---

<sup>67</sup> *Las Provincias*, 3 de octubre de 1901, p. 1. También Á. de Figueroa, *Discurso leído en la universidad de Salamanca en la inauguración del curso académico de 1902 a 1903*, Madrid, 1902.

<sup>68</sup> *Gaceta de Madrid* de 30 de octubre de 1902. La prensa se hizo eco: *Las Provincias*, 2 de noviembre de 1901, p. 1.

<sup>69</sup> Quedó recogido en el *Diario de Sesiones del Congreso*, 25 de octubre de 1901, Legislatura de 1901, II, Apéndice 5 al nº 47, pp. 1-5.

tarias, de las facultades, corporaciones y autoridades del distrito universitario. Romanones a diferencia de su predecesor, separaba a las facultades de las escuelas superiores. Éstas aunque supeditadas al rector, no eran consideradas parte de la universidad. A ésta y a las facultades les reconoció personalidad jurídica y les cedió una cierta independencia económica al permitir que cada universidad tuviese su propio presupuesto y aumentó levemente sus ingresos. Los formarían el 2% de las cantidades obtenidas en las matrículas —tras las discusiones parlamentarias se subió a un 6%—, las cuotas que los doctores desembolsaran para pagar su derecho a elegir senador, rentas si las hubiera, subvenciones de las entidades públicas, donaciones y legados, los supuestos beneficios de los libros y publicaciones que saliesen de la universidad, así como «cualesquiera otros ingresos obtenidos por servicios universitarios».

Asimismo se regularon los antiguos órganos de gobierno y se instituyeron nuevos: el claustro ordinario, compuesto por los catedráticos titulares; las juntas de facultades en las que participaban los catedráticos más los ayudantes y los auxiliares —los dos últimos, con voz pero no voto—; el claustro extraordinario que comprendía a los profesores numerarios de la universidad, jubilados y excedentes, directores de los establecimientos de enseñanza oficiales del distrito y a los doctores matriculados; la asamblea general de la universidad, formada por todos los que tenían o habían tenido alguna relación académica: alumnos, profesores, doctores, profesores jubilados..., sin valor deliberante; y por último dio cabida a las asociaciones estudiantiles debidamente constituidas.

Junto a estos órganos deliberantes y colectivos, se recogían dos ejecutivos: el consejo universitario y la junta de autoridades académicas. El primero estaba al servicio de la universidad. Lo componía el rector, el vicerrector, los decanos, el senador de la universidad, el asesor jurídico del rectorado —cargo gratuito que debía recaer sobre un catedrático de derecho elegido cada tres años—. También dos doctores elegidos por el claustro extraordinario y dos alumnos oficiales. La gran novedad era la intervención de las asociaciones escolares en el gobierno universitario. Los nombraría el rector a propuesta de los decanos.

Este órgano tenía numerosas y variadas prerrogativas, unas de tipo resolutorio como era la de decidir sobre la aceptación de donaciones, legados y herencias, la adquisición o permuta de bienes inmuebles, la decisión referida a los recursos que debieran

interponerse ante los tribunales para la defensa de los intereses de la entidad, así como la capacidad de hacer uso de cuantos derechos y acciones tuviera facultad de hacer valer. Otras de carácter económico como la intervención en la administración de los bienes y rentas de la universidad, así como formar su presupuesto anual de los fondos que tuviera como propios, aprobar las cuentas definitivas de las facultades y las provisionales de la universidad para enviarlas al ministerio. También atribuciones de tipo administrativo como capacidad para proponer la separación, el nombramiento y la suspensión provisional de los funcionarios administrativos y dependientes de la universidad, debía sugerir el nombramiento del secretario general de la universidad al claustro ordinario. Se le concedió la potestad de resolver los conflictos que pudieren aparecer entre las facultades y de regular el aprovechamiento de los locales comunes; la promoción y coordinación de los trabajos científicos comunes a dos o más facultades; capacidad para sugerir las reformas que se creyeran convenientes para la mejora; el deber de informar al ministro cuando lo solicitara y encargarse de redactar la memoria anual comprensiva del estado universitario.

La segunda institución, creada con carácter ejecutivo, era la junta de autoridades académicas. Surgió como producto de la separación que se hizo entre facultades y escuelas especiales. Esta junta se componía del rector, vicerrector, decanos de las facultades, directores de los institutos y de las escuelas superiores situadas en la capital del distrito universitario. Venía a asumir las facultades que correspondían al consejo universitario —exceptuadas las concedidas por esa misma ley—, incluidas las jurisdiccionales. Sería de aplicación para todas las universidades del reino con algún matiz especial para la Central. Concluyó el proyecto dejando meridianamente claro que la concesión de todos los grados educativos, públicos y privados, quedaban bajo inspección estatal.

Francisco Giner de los Ríos, inspirador de la política de Romanones en su primer paso por el ministerio de instrucción, era claro partidario de la avanzada reforma:

El proyecto de ley de autonomía, aún restringido como es, no podrá menos de quebrantar esa situación: unas veces, directamente; otras, de una manera indirecta, estimulando y favoreciendo un movimiento que sólo los hombres pueden crear, no las leyes. Mientras tanto, en su estado actual, la Universidad debe

definirse por los caracteres todavía en ella dominantes, que pugna por transformar la evolución espiritual que la trabaja en su interior y que acabará por darse su nueva forma adecuada <sup>70</sup>.

La comparación del plan de Romanones con el de su predecesor sorprende pues, a pesar de ser redactado por un liberal, es menos avanzado que el de Alix ya que contiene minúsculas reducciones de libertades y un afianzamiento de la universidad sobre sí misma. Limitó el papel que su predecesor daba a los profesores auxiliares, concediéndoles voz pero no voto en las juntas de facultad. Separó las facultades universitarias de las escuelas superiores, lo que impedía un funcionamiento unitario de la enseñanza superior, a pesar de la similitud estructural entre unas y otras. Los directores de estas escuelas quedaban bajo el nombramiento directo del ministro que el plan de Alix cedía dicho poder a las mismas escuelas y facultades con posterior ratificación del ministro.

El proyecto de Romanones se debatió en las Cortes entre diciembre de 1901 y abril de 1902 <sup>71</sup>. Tras algunos cambios fue aprobado y se nombró una comisión informadora, compuesta de doce individuos que desempeñasen o hubieran desempeñado alguno de los siguientes cargos: ministro de la corona, presidente del consejo de instrucción pública, director de alguna de las reales academias, rector de la universidad o catedrático de la Central. También formó parte un secretario designado por el ministerio. La comisión abrió una información pública para atender las sugerencias que, con ánimo reformador, se ofrecieran. Después, la sección quinta del consejo de instrucción pública y la citada delegación, redactaron el texto definitivo de la ley. Posteriormente se examinó por una agrupación mixta, en la que estaba el mismo García Alix, que hizo varias enmiendas leves <sup>72</sup>. Aprobado por ambas cámaras su dictamen, el

---

<sup>70</sup> AUV, Sección general, *IV Centenario*, caja 456. *Non flere, non indignare...*, p. 32.

<sup>71</sup> Ivonne Turin estudió los esfuerzos de García Alix y de Álvaro de Figueroa para culminar una ley que permitiera progresos encaminados a la autonomía universitaria. *La educación y la escuela...*, pp. 340-345.

<sup>72</sup> La compuso: Federico Requejo, Gumersindo de Azcárate, Carlos Groizard, José Francos Rodríguez, Joaquín López Puigcerver, Antonio García Alix y Jesifonde Gallego. La aprobación se produjo el 12 de abril de 1902. *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1902, I, p. 148.



texto definitivo quedó pendiente de la votación del Senado para entrar en vigor<sup>73</sup>.

Dicha votación nunca llegó a darse por motivos ajenos al proyecto. Los esfuerzos de Romanones no fueron todo lo sinceros que parecían... Cuando la ley estuvo a punto de ser aprobada y contaba con el respaldo de diversos catedráticos y casi todos los rectores —la Primera asamblea nacional de catedráticos de 1902 reforzó su posición—, no se logró por decisión personal del ministro que quizás temió ceder demasiada libertad a las universidades. Su obsesiva lucha contra el poder eclesiástico le decidió a no «debilitar» al Estado descentralizando potestades<sup>74</sup>.

### 3. *El Cuarto centenario de la fundación de la universidad de Valencia*

En Valencia también esperanzó la llegada de Antonio García Alix a la cartera de instrucción en 1900. La creación del nuevo ministerio y el ambicioso plan de mejorar la educación nacional, contó con una calurosa acogida en los claustros, máxime cuando el ministro se dirigió a las universidades inquiriendo su juicio sobre el proyecto de organización universitaria que había planeado. Los catedráticos de Valencia no ocultaron su satisfacción por la consulta que parecía responder a las sugerencias expresadas meses antes. Los claustros recobraban vida y protagonismo. A pesar de la timidez del proyecto, guardaron la esperanza de que la medida no fuera sino el principio de una reforma mayor. Contestaron recordándole al ministro el escrito de 1899 y ofreciéndole algunas otras pequeñas sugerencias<sup>75</sup>.

---

<sup>73</sup> El texto depurado por la comisión se recoge en el *Diario de Sesiones del Congreso*, Legislatura de 1902, t. 383, I. Apéndice 17 al nº 3, pp. 1-5.

<sup>74</sup> I. Turin, *La educación y la escuela...*, pp. 340-345. También el trabajo de M. Peset Reig, «Autonomía universitaria y libertad de cátedra...» A fin de cuentas, en el fondo el proyecto que defendía no era suyo y se había visto presionado a continuarlo para no ser acusado de reaccionario.

<sup>75</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094/6, *Borrador del acta del claustro de la universidad del día 10 de octubre de 1900*. En derecho y medicina se reunieron previamente para estudiar la respuesta que ofrecer



La sustitución de García Alix por Romanones no desanimó a los regeneracionistas, todo lo contrario pues al poco de ocupar el poder éste declaró su intención de proseguir con la reforma. El entusiasmo se hizo más patente entre los catedráticos de medicina que en su mayoría simpatizaban con el político liberal <sup>76</sup>. Éstos celebraron una junta para valorar el proyecto ministerial. La comisión encargada de apreciarlo decidió no dar nuevo informe por la semejanza entre el plan elevado por la universidad meses atrás y el de Romanones <sup>77</sup>. Optaron por reforzar la posición del ministro y no quisieron dificultar más la reforma con nuevos informes y reuniones. Además su visita a principios de 1902 permitió que los catedráticos de medicina entregaran a aquél un informe solicitando mejoras para su facultad <sup>78</sup>. Poco después demuestran que su entrega y su deseo de regeneración iba más allá del mero discurso de circunstancia celebrando la primera asamblea de catedráticos universitarios de España. Fue en el marco de la conmemoración del IV centenario de la fundación de la universidad valentina <sup>79</sup>.

---

desde el claustro. *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, junta de 3 de octubre de 1900. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 3 de octubre de 1900, pp. 132-133.

<sup>76</sup> El 1 de marzo el claustro de medicina felicitó al ministro por las reformas emprendidas y le recordaron su necesidad económica. *El Correo*, 11 de marzo de 1901, p. 1.

<sup>77</sup> La comisión fue la misma que había redactado el proyecto de reforma para las facultades de medicina. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, juntas de 22 de noviembre y de 9 de diciembre de 1901, pp. 157-160 y 161, respectivamente.

<sup>78</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, juntas de 9 de octubre y 9 de diciembre de 1901, pp. 154-156 y 169-172, respectivamente.

<sup>79</sup> La historiografía moderna se ocupa del IV Centenario en: J. C. Mainer, «La redención de los paraninfos: asambleas y regeneracionismo universitarios». *VIII Coloquio de Pau: la crisis del estado español 1898-1936*, Madrid, 1978, pp. 213-244. Algo más tarde F. Canes Garrido e I. Gutiérrez, «La primera asamblea universitaria española (1902)», *Higher education and society historical perspectives*, II, Salamanca, 1985, pp. 75-89. Más recientemente D. Comas Caraballo, «El IV Centenario de la fundación», *Historia de la universidad de Valencia*, 3 vols., Valencia, 2001, III, pp. 29-34. Un estudio monográfico y detallado del mismo autor en: *El IV Centenario de la fundación de la universidad de Valencia*, en prensa.

La primera noticia que tenemos de la efeméride, data de principios de 1900. El rector Nicolás Ferrer y Julve, claro simpatizante de la reforma educativa y dispuesto a mejorar la imagen de la universidad, planteó a los decanos de las facultades, realizar algún acto conmemorativo del centenario del Estudio General<sup>80</sup>. Los claustros aceptaron la idea con alguna reticencia. La facultad de derecho y la de ciencias se mostraron cautelosas por la falta de precedentes y de capital. De todos modos sugirieron que se ejecutara algún acto académico, sin festejos aparatosos, a los que se invitaran a las corporaciones científicas y literarias de Valencia y a representantes del resto de universidades españolas. La condición principal era que todo se hiciera sin cargar el presupuesto universitario ni el bolsillo de los catedráticos<sup>81</sup>. Los de medicina se mostraron más optimistas y aunque no ocultaron su preocupación por la escasez de la universidad, buscaron soluciones al problema económico y organizativo: el primero podía superarse con el respaldo de la Diputación provincial y del Ayuntamiento; el segundo formando una comisión para estudiar el modo de celebrar la efeméride<sup>82</sup>.

No obstante, la inesperada muerte de Ferrer y Julve el 16 de abril de 1901 paralizó la obra. Manuel Candela Pla, que le sucedió en el rectorado ese verano, no manifestó excesivo interés por la conmemoración, pues tardó nueve meses en disponer algo referido a ésta<sup>83</sup>. Su repentina preocupación por la efeméride se explicaría

---

<sup>80</sup> AUV, Sección general, *documentos II*, caja 1.903, legajo 1, junta de decanos de 16 de enero de 1900.

<sup>81</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/10/1911*, junta de 27 de enero de 1900. También: AUV, Sección general, *Libros*, l. 2.530, *Libro de actas de la facultad de ciencias. Años 1/X/1895 a III/1907*, junta de 9 de marzo de 1900, p. 18.

<sup>82</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina de Valencia. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, juntas de 16 de enero y de 20 de septiembre de 1900, pp. 127-131.

<sup>83</sup> Profesor de ginecología y obstetricia de la facultad de medicina de Valencia. Desde el 14 de marzo era consejero de instrucción pública por el distrito universitario de Valencia. Fundó y dirigió el instituto ginecológico que llevaba su nombre. AUV, Sección general, *Libros*, l. 427, *Catedráticos*, pp. 6 v. y 57 r. Tomó posesión del rectorado el 15 de julio de 1901, AUV, Sección general, *IV Centenario*, caja 454, legajo 2. También, Sección general, *Libros*, l. 431, *Empleados. Años 1882-1939*, p. 109 v.; y l. 426, *Catedráticos*, p. 57.

por la llegada al poder de Romanones y su proyecto de reforma. Candela, como liberal, simpatizaba con el plan regeneracionista y además se le ofrecía la oportunidad de devolver al ministro el favor de su nombramiento como rector.

La mejor manera de hacerlo era aprovechar la excusa del centenario para reunir a rectores y catedráticos y lograr de ellos declaraciones que apoyaran el proyecto ministerial. Se haría mediante una asamblea en la que se estudiarían las deficiencias universitarias y en las que concretarían las mejoras precisas<sup>84</sup>. Candela estaba muy interesado en el éxito de la primera reforma estable que se pretendía llevar a cabo en la universidad del nuevo siglo. Como muchos liberales, entendía que la revolución de las universidades debía ser pacífica y gradual, sin cambios bruscos que pudieran ocasionar retrocesos: primero, la autonomía económico-administrativa, luego la libertad de cátedra, pedagógica... Creyó ver en el tímido proyecto de Romanones el primer gesto para romper con la opresiva, centralizada y desorganizada reglamentación universitaria. Las conclusiones que desde la neutralidad académica se aprobaran debían ser cercanas al proyecto del liberal, para dotarle de una gran fuerza moral que le permitiera seguir adelante con la reforma. No olvidemos el peso crucial de los intelectuales a la hora de definir las políticas de instrucción de los gobiernos de la Restauración<sup>85</sup>.

El ambiente sin duda favorecía el cambio, pues las universidades padecían una grave penuria intelectual y material, y además la opinión pública estaba volcada hacia la reforma educativa... Los invitados no podrían resistirse a participar pues si en algo estaban

---

<sup>84</sup> La idea no era original pues el claustro de medicina en 1899 planteó la celebración de un congreso de enseñanza, con el objeto de concretar nuevos planes de estudios. Candela estuvo presente. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta del 8 de mayo de 1899, pp. 109-111.

<sup>85</sup> «Grupos de intelectuales forman la retaguardia mental de buen número de legisladores. Los planes de enseñanza que emanan de muchos gobiernos son reflejo del modo de concebir la sociedad de quien los inspira. Los acalorados debates de las Cortes en torno a proyectos educativos, son expresión de mentalidades opuestas acerca del hombre y de la estructura social.» E. González Rodríguez, *Sociedad y educación en la España de Alfonso XIII*, Madrid, 1988, p. 36.

de acuerdo todas las corrientes intelectuales, era en la necesidad de salir de la precaria situación. Así lo reconocía Gumersindo de Azcárate:

El problema de la *Autonomía Universitaria* es uno de los pocos, poquísimos, en que han llegado a convenir todas las escuelas y todos los partidos [...] resulta que todos vienen a parar en la conclusión de que, en mayor o menor grado, se impone el reconocimiento de la independencia, de la autonomía de las Universidades <sup>86</sup>.

Manuel Candela no regateó esfuerzos para lograr su objetivo. Con el consentimiento de los claustros nombró una junta organizadora del IV centenario que trabajó bajo su continua supervisión. Ésta se dividió a su vez en diversas subcomisiones que desarrollaron los trabajos necesarios para la celebración del centenario. El capital necesario se obtuvo de subvenciones públicas y privadas, así como de una suscripción popular. Las ceremonias se ejecutaron entre los días 26 de octubre y 1 de noviembre. Se destacó un concurso literario en el que la ciudadanía y los intelectuales participaron. Contó con una gran diversidad de temas entre los que destacaron dos. El primero referido a la historia de la universidad de Valencia —propio de una efeméride— y el segundo alusivo al presente y el porvenir de las universidades españolas. También hubo tres exposiciones: literaria, pedagógica y paleontológica, un concurso de pintura, diversos conciertos, representaciones teatrales, banquetes, una cabalgata escolar y una cívica, discursos, una misa en la catedral, se inauguró la extensión universitaria —la segunda después de la de Oviedo—, un congreso pedagógico regional de primera enseñanza, se hizo un homenaje en el botánico a Cavanilles, etc.

La celebración no sólo tuvo en su contra a la meteorología, también el doctor Francisco Moliner, que mantenía una fuerte enemistad con Manuel Candela desde antiguo, intentó boicotear la efeméride valiéndose de alumnos fieles que escandalizaron en algunas ceremonias <sup>87</sup>. Los ultramontanos que en un principio se sumaron a los festejos, cambiaron de parecer cuando descubrieron que la fina-

---

<sup>86</sup> G. de Azcárate, *Segunda asamblea universitaria*, Barcelona, 1905, p. 1.

<sup>87</sup> «Cuarto centenario de la fundación de la universidad de Valencia», *Almanaque Las Provincias para 1903*, Valencia, s/a, p. 246.

lidad del Centenario era favorecer la política del anticlerical Romanones, sin que apenas se reconociera la obra de la Iglesia católica en la constitución y sustento del Estudio general.

Y conste que el secularizar los festejos centenarios, el justificar el predominio de la idea laica sobre la religiosa y eminentemente clerical que preside la historia de nuestro primer centro de enseñanza, será todo lo romanonesco que se quiera, pero no dejará de ser muy ridículo y opuesto al espíritu tradicional que informó nuestra escuela..., y si el laicismo trata de arrojar su baba inmundada sobre la memoria de nuestra religiosa Escuela, no seríamos los últimos en protestar de los ultrajes que pudieran inferirnos algunos forasteros si resultasen ciertos los presagios de no pocos amantes de nuestra querida Universidad. Tal vez el cariño les ciegue... ¡Que resten engañados!. Esperemos y oremos<sup>88</sup>.

Por otra parte las ceremonias contaron a su favor con el respaldo general de los valencianos. Los ciudadanos se sumaron a las celebraciones acudiendo a los festejos, muestras y pasacalles, y decorando las calles céntricas. Los comerciantes, dirigidos por el Ateneo mercantil, adornaron especialmente sus locales y costearon serenatas nocturnas.

Pero lo que realmente interesaba a Manuel Candela estaba lejos del espectáculo y la fiesta..., fue la celebración de la Primera asamblea de catedráticos de España. Acudieron una treintena de catedráticos universitarios, entre los que no faltó la prestigiosa e importante presencia del rector de la universidad de Madrid. También se personaron los de Barcelona, Valladolid y Zaragoza<sup>89</sup>. Las reuniones de los catedráticos se celebraron primero por facultades para abordar aisladamente los problemas y dificultades de cada una de ellas. Se hizo patente la disconformidad con los planes de estudio vigentes y con la terrible precariedad. Posteriormente se celebró la asamblea general en la que se ocuparon de discutir sobre los cinco temas de mayor actualidad referidos a las universidades<sup>90</sup>. Para que

---

<sup>88</sup> *La Voz de Valencia*, 21 de octubre de 1902, p. 1.

<sup>89</sup> Fernández González, Rodríguez Méndez, Vicente Segarra y Mariano Ripollés, respectivamente.

<sup>90</sup> 1º. Fin y organización de las universidades y autonomía que conviene conceder a las facultades o escuelas especiales que la constituyen. 2º. Forma e ingreso, derechos y deberes del profesorado numerario y auxiliar

no se acusara a la Universidad de Valencia de monopolizar el debate, y para facilitar la máxima participación, cada uno de estos era expuesto por dos catedráticos pertenecientes a distintas universidades españolas. A continuación se pasaba a la discusión.

Los temas suscitaron duras disputas y apasionados debates, pues la concepción de la enseñanza no era ajena a los planteamientos políticos de los participantes. En general, las conclusiones a las que se llegaron fueron avanzadas, pues la mayoría de los profesores interesados en la reforma educativa eran liberales. También sus argumentos era más sólidos que el de los conservadores. Se demandó autonomía para las universidades en lo político —libertad para que cada universidad eligiera a sus autoridades académicas—, en lo administrativo-económico —capacidad para autogestionarse sin depender continuamente del ministerio de instrucción y del presupuesto estatal— y en lo pedagógico —que cada universidad tuviera libertad para decidir sus planes de estudio, el modo de enseñar, etc.—. Se propusieron nuevos tipos de profesor asimilados a los del resto de Europa. Incluso plantearon trocar la figura del catedrático del siglo XIX por uno más moderno, amigable y dedicado, más comprometido con la enseñanza y la ciencia. A los escolares se les pidió mayor interés por el estudio y disciplina; al gobierno que adecuara los centros de estudios a las necesidades reales de la nueva ciencia, más inversiones, leyes estables, becas destinadas a que alumnos y profesores viajaran al extranjero, etc. El asunto de la libertad de cátedra, elemento clave de discordia entre liberales y conservadores, se resolvió a favor de los primeros, pues se reconoció y amparó en toda su extensión<sup>91</sup>.

Apenas finalizadas las ceremonias, Candela remitió copia de las conclusiones al ministro. Se acompañaban de sendos escritos. El primero demandaba urgentes inversiones y que los políticos ejecu-

---

de las universidades. 3º. Conveniencia de seleccionar a los alumnos a su ingreso en la facultad y condiciones generales de un buen régimen universitario. 4º. Medios que puede emplearse para dar mayor alcance e intensidad al trabajo del profesorado oficial de las universidades. 5º. Condiciones jurídicas de la libertad de enseñanza. AUV, Sección general, *IV Centenario*, caja 878, legajo 2.

<sup>91</sup> AUV, Folleto 18/29. *Conclusiones aprobadas por la asamblea universitaria celebrada en Valencia en los días 27 al 31 de octubre de 1902*, Valencia, 1902.

taran el proyecto pendiente. El segundo consistió en una carta en la que él y los rectores que asistieron al congreso, le rogaban que considerara las propuestas pues se habían esforzado en lograr la máxima cohesión del cuerpo universitario en favor del proyecto reformista del ministerio. Por ese motivo —Candela se disculpaba— las soluciones no habían sido más avanzadas. De haber ido más allá en sus planteamientos, probablemente se hubiera roto la unidad. El rector de Valencia confiaba que las sugerencias serían atendidas por el ministro ya que las solicitudes, coincidían y respaldaban parcialmente el proyecto liberal, incluso en algunos extremos se iba más allá<sup>92</sup>.

La carta de los catedráticos no pudo llegar en mejor momento para favorecer la propuesta ministerial. El 4 de noviembre se leyó en el Congreso el proyecto de ley del ministro de instrucción pública<sup>93</sup>. Sólo faltaba el visto bueno del Senado para que se aprobase la autonomía universitaria; este dependía de la última orden de Romanones que lejos de darla, prefirió dejar que la crisis alcanzara al gobierno<sup>94</sup>. Nos es difícil aceptar que el ministro, estando tan cerca de lograr una ley que tantos esfuerzos había generado, se echara atrás para no ceder ni una mínima cuota de su poder a las universidades. Pero así fue..., las causas no son claras, quizás temió que los conservadores ya muy cerca de la cartera se sirvieran de la nueva ley para beneficiar sus intereses, o quizás porque nunca estuvo convencido de un plan de autonomía del que en última instancia no era autor directo, prefirió frustrar la primera reforma universitaria seria del siglo XX.

#### 4. *La segunda asamblea universitaria*

Pero no todo estaba perdido, la sensación de cambio quedó en el ambiente, aunque una vez más, pudiera retrasarse..., Valencia se

---

<sup>92</sup> *La Correspondencia de Valencia*, 24 de noviembre de 1902, p. 1 y *El Mercantil Valenciano*, 25 de noviembre de 1902, p. 1.

<sup>93</sup> *La Correspondencia de Valencia*, 6 de noviembre de 1902, p. 1.

<sup>94</sup> «Sagasta expulsó a Canalejas y sus «demócratas» del partido el 5 de noviembre de 1902; el 1 de diciembre entra en crisis el gobierno liberal; el 6 de diciembre, Sagasta deja el poder y el 6 de enero muere». P. Cuesta Escudero, *La escuela en la reestructuración...*, p. 49.



había convertido en un referente para el resto de universidades. La asamblea de 1902 significó un punto de inflexión en la anodina vida universitaria:

Hasta 1902, en que se celebró la Asamblea de Valencia, los catedráticos de Universidad, como gremio, como colectividad, no dieron grandes muestras de vida; verdad es que las condiciones a esa fecha invitaban poco a la lucha y todo intento de sacudir la modorra que invadía al espíritu colectivo fracasaba en su iniciación; la Hacienda nacional estaba maltrecha; la Industria, localizada en pequeñas zonas de litoral; la Agricultura, en estado precario; la mayoría de los pueblos sin otras comunicaciones que viejos caminos de herradura [...] y la Universidad, sostenida sólo por la buena voluntad del profesorado, parecía envuelta en esqueleto mortuoria<sup>95</sup>.

El revés de la caída de Romanones se hizo notar pero no acabó con la esperanza de renovar los estudios. Muchos creían que la reforma, además de imprescindible iba a ser inminente<sup>96</sup>. Así lo demuestran varios discursos inaugurales realizados entre 1903 y 1904 y distintos artículos aparecidos en la prensa<sup>97</sup>. En Barcelona, Ignacio Valentí, catedrático de medicina legal y toxicología, abordó la función social de la universidad moderna. Afirmó que la mayor innovación universitaria consistía en la autarquía y la autonomía, que cada universidad tuviera su criterio propio y ajustase a él su conducta y su responsabilidad<sup>98</sup>. Ese mismo día, Pascual Nácher, catedrático de ciencias en Granada, demandó la autonomía univer-

---

<sup>95</sup> M. Rivas, *Universidad Central. Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1912 a 1913*, Madrid, 1912, p. 10.

<sup>96</sup> A. Jiménez-Landi, *La institución Libre de Enseñanza y su ambiente*. 4 vols., Madrid, 1996, III, pp. 340-341. Manuel Allendesalazar hizo un tímido esfuerzo por aprobar una ley de bases para reformar la enseñanza. Fracasó por la oposición de todos los partidos y no llegó a discutirse en el Parlamento.

<sup>97</sup> «Educación nacional», *El Correo*, 21 de noviembre de 1903, p. 1. *La voz de Valencia*, 23 y 28 de enero de 1903, ambos en p. 1. También 16 de septiembre de 1903, p. 1.

<sup>98</sup> I. Valentí Vivó, *Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1903 a 1904 ante el claustro de la universidad de Barcelona*, Barcelona, 1903.



sitaria y una mejora total de la instrucción superior. Su discurso patriótico no se apartó mucho del planteamiento institucionista. La universidad española debía recuperar la organización anterior al centralismo liberal y no limitarse a copiar modelos europeos extraños a su historia. Ahora bien, la independencia y autonomía en la universidad moderna, pasaba por separarse de la religión y por seguir procedimientos, métodos y sistemas europeos<sup>99</sup>.

Precisamente será el problema religioso el que acabe con la general simpatía hacia la autonomía universitaria. El anhelado segundo congreso de catedráticos fue testigo de un grave enfrentamiento político-religioso<sup>100</sup>. Aunque en la asamblea celebrada en Valencia se programó su inicio para finales de 1904, se retrasó hasta la semana del 2 al 7 de enero de 1905. El congreso orgánicamente copiaba el de 1902: división por facultades para tratar aisladamente los problemas particulares y una asamblea general que abordaría los tres temas generales de mayor preocupación: la autonomía, la enseñanza y el profesorado universitarios. La presencia regeneracionista e institucionista era muy patente: los designados para presentar las ponencias fueron tres hombres que habían demostrado una especial preocupación por la instrucción superior: Gumersindo de Azcárate, Miguel de Unamuno y Blas Lázaro e Ibiza; el rector que lo impulsó desde Barcelona, Rodríguez Méndez, era partidario de la extensión universitaria; la presidencia del congreso estaba en manos de Aniceto Sela... Se imprimieron y repartieron las ponencias para su estudio.

Pero de pronto surge la división y la discordia entre los inscritos como asambleístas con motivo de la conclusión última de la Memoria del Dr. Unamuno que, al atacar el derecho de la Iglesia a inspeccionar la enseñanza pública en cuanto pueda afectar a la pureza del dogma, derecho indiscutible para los católicos, según uno de los principales cánones del Concilio Vaticano, fue causa de que respetable número de profesores de las diversas

---

<sup>99</sup> P. Náchter, *Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1903 a 1904 en la universidad literaria de Granada*, Granada, 1903.

<sup>100</sup> Ha sido estudiada por J. C. Mainer, «La redención de los paraninfos...», pp. 239-244. También B. Delgado, «La II Asamblea universitaria de Barcelona (1905)», *Història de la universitat de Barcelona*, Barcelona, 1988, pp. 683-691. Del mismo autor «La generación del 98 y la universidad española», *Las universidades hispánicas...*, II, pp. 139-156.

Facultades, Institutos y Escuelas especiales, superiores y Normales de Barcelona, dirigieran al Presidente de la Junta un atento mensaje retirando su adhesión a la Asamblea <sup>101</sup>.

A partir de entonces los hechos se suceden muy rápidamente. Los profesores clericales se aunaron en toda España contra el congreso. Entendían que la ponencia de Unamuno atentaba contra el dogma de la Iglesia al declarar la libertad de cátedra y rechazar la intervención eclesiástica en la universidad. El profesorado formó dos bandos, a favor y en contra del congreso. El rector de Salamanca rechazó modificar su ponencia, aunque así se lo pidió la comisión organizadora. Éste pretendía consolidar unos derechos reconocidos encubiertamente pero sobre los que ningún gobierno de la Restauración se había atrevido a declarar de forma taxativa.

Es la cuestión de la perfecta libertad de la investigación científica. Mientras no sea resuelta del todo y no aprendamos los profesores a unirnos en una labor común, prescindiendo de ciertas diferencias doctrinales (lo que no impide el que mantenga cada cual sus convicciones, cuando sea preciso mantenerlas), y mientras no nos persuadamos de que no hay doctrina que no deba excluirse [...] no habrá verdaderos claustros universitarios [...] Y para ello no hay otro medio sino el de pedir que se derogue una disposición legal, todavía hoy vigente, tan dañosa como todas las que sin haber sido formal y solemnemente derogadas, han caído en desuso o no se aplican por razones de prudencia humana. Las armas peligrosas no deben ser arrinconadas, sino destruidas [...] Me refiero a los artículos 295 y 296 de la ley de Instrucción pública de 1857, hoy vigente, en que se establece la inspección de los señores Obispos y demás prelados diocesanos sobre la enseñanza para impedir se dé doctrinas opuestas a la fe católica ortodoxa, y su derecho a delatar los libros de texto en que tales doctrinas se vierten [...] es menester que la absoluta y perfecta libertad de la investigación y de la exposición científicas en los centros de docencia oficial esté no sólo protegida por la costumbre y la conciencia pública, sino además solemnemente garantizada por la ley <sup>102</sup>.

---

<sup>101</sup> R. Rodríguez, «Segunda Asamblea Universitaria. Acta de la sesión inaugural», *Segunda Asamblea...*, p. 7.

<sup>102</sup> M. de Unamuno, «Temas generales. 2º. La Enseñanza Universitaria», *Segunda Asamblea...*, pp. 6-7.

Valencia no fue una excepción en la división que surgió tras el conflicto referido a la libertad de cátedra. La facultad de medicina se entusiasmó con la idea del congreso y además de adherirse acudió en gran número; incluso su rector José Machí, de talante conservador, estuvo presente<sup>103</sup>. Los catedráticos de derecho mostraron menor interés. El claustro estaba fraccionado y quizás el institucionista Eduardo Soler hizo valer su posición de decano para forzar a los más clericales a adherirse oficialmente a la asamblea. A cambio, nadie acudiría en representación de la facultad<sup>104</sup>.

A pesar de las críticas desde los sectores más tradicionalistas, la asamblea en sí se celebró con normalidad, pero diezmada por las dimisiones y los abandonos. Para los clericales la reforma de la universidad no podía hacerse a costa de perjudicar los intereses de la Iglesia. En Valencia los periódicos ultramontanos y los liberales mantuvieron un duelo respecto a este asunto, denostando o ensalzando el congreso<sup>105</sup>. En éste se volvería a demandar autonomía para las universidades y se reivindicó su papel como establecimientos científicos y no sólo como instructora de profesionales. La polémica cuestión que levantó Unamuno, se resolvió con diplomacia repitiendo la conclusión adoptada en Valencia en 1902, en la que sí habían asistido algunos catedráticos muy conservadores<sup>106</sup>. En cuanto al tema de la docencia, se insistió en formar una innovadora fórmula de enseñanza, con un nuevo tipo de catedrático, más dignificado ante la

---

<sup>103</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 1 de diciembre de 1903, pp. 226-228. La prensa liberal se hizo eco, «La Asamblea Universitaria», *El Correo*, 2 de enero de 1905, p. 1.

<sup>104</sup> Dejaron en manos del decano el nombramiento del representante que había de ir, pero, sospechosamente, advirtieron de la posibilidad de que nadie lo hiciera por tener otras ocupaciones. Incluso ya se habló de dar excusas a los organizadores. *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, junta de 5 de diciembre de 1904.

<sup>105</sup> La prensa clerical fomentó las deserciones. «La Asamblea Universitaria de Barcelona y las tendencias librepensadoras», *La Voz de Valencia*, 31 de diciembre de 1904, p. 1. La liberal informaba de las reuniones y conclusiones alcanzadas, «La Asamblea Universitaria», *El Correo*, del 2 al 7 de enero de 1905, todos ellos en página 3.

<sup>106</sup> «Los profesores deben ejercer libremente su función docente, y, esta libertad, sólo limitada por los preceptos del Código penal, supone la de criterio en cuanto al fondo de la doctrina y la del plan y método de investigación y exposición.» Conclusión segunda. Párrafo 3, *Segunda Asamblea...*, p. 11.

sociedad y sus alumnos. Se apuntaron ideas pedagógicas muy en la línea institucionalista <sup>107</sup>. En las conclusiones especiales —las que se realizaron por cada facultad— se repitieron las solicitudes de cambios en los planes de estudio, en las actitudes académicas, etc.

La reforma de la enseñanza ha de basarse en el aumento del presupuesto, porque sin dinero no es posible realizar todo lo que hace falta para que la instrucción pública se dé conforme a las necesidades del presente.

Comenzando por el mobiliario escolar y terminando por el personal docente hay que reformarlo todo, absolutamente todo <sup>108</sup>.

Pero lo importante de la asamblea fue la brecha que abrió entre los catedráticos en el plano ideológico. Los liberales abogaban por la absoluta libertad científica mientras que los tradicionalistas deseaban una tutela del gobierno, de la Iglesia católica o de ambas —dependiendo de su grado de confesionalidad—. A partir de ese momento el ala más conservadora del profesorado reaccionó contra los intentos de reforma autonomista a la que veían como un peligro para sus intereses. Los tradicionalistas que nunca se habían interesado demasiado por la reforma universitaria, desde entonces se mostrarían reacios a cualquier cambio en la instrucción superior. La ruptura era evidente: a pesar de que en la clausura se conjuraron los presentes para repetir nuevo congreso en 1906, la mala experiencia sufrida lo retrasaría hasta 1915, momento en el que los conservadores se encontraban en una fase de apertura y renovación en materia universitaria. Sólo la inquietud de los catedráticos avanzados más comprometidos, permitió la creación de una comisión de seguimiento que se reunió y procuró gestionar la reforma universitaria entre 1907 y 1910 <sup>109</sup>. Aunque culminó su actuación con un informe que apenas trascendió <sup>110</sup>.

---

<sup>107</sup> Las conclusiones generales se contienen en: «Conclusiones aprobadas. Temas generales», *Segunda Asamblea...*, pp. 11-15.

<sup>108</sup> «La reforma escolar», *El Correo*, 10 de octubre de 1905, p. 1.

<sup>109</sup> El penalista Pascual Testor fue elegido por el claustro de leyes de Valencia para que actuara en la comisión auxiliar de la permanente del cuerpo general de catedráticos que desde entonces actuaría en Valladolid. *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, junta de 28 de noviembre de 1910.

<sup>110</sup> *Las Provincias*, 2 de noviembre de 1921, pp. 1 y 2. También P. Sola, «La autonomía universitaria en España, de César Silió a González Seara

Mientras los tradicionalistas se afianzaron en el inmovilismo, los liberales abanderaron la reforma universitaria. Prueba de ello fue el gobierno de Vicente Santamaría de Paredes. La llegada de Segismundo Moret al poder, le permitió ocupar la cartera de instrucción pública el 1 de diciembre de 1905<sup>111</sup>. Es evidente el interés que este liberal manifestó en proseguir con la reforma pues a los veinte días de ocupar el cargo, presentó ante el Senado el mismo proyecto de Romanones<sup>112</sup>. Seguramente lo hizo para no perder más tiempo en discusiones inútiles. La táctica era la más adecuada pues eludía las suspicacias y discusiones ideológicas pues al menos en teoría, el proyecto del liberal estaba muy perfilado y ya había superado el filtro de diversas comisiones y estudios políticos. Tomó esta medida por dos razones, su veteranía en la cátedra<sup>113</sup> y su sensibilidad ante las demandas de la asamblea de 1905<sup>114</sup>. Tristemente también fracasó. Unamuno ya había advertido hacia 1903 del peligro a que se defraudara el movimiento regeneracionista. Si esto sucedía, las cosas pintarían mal:

Desde que yo le escribí la vida espiritual de este pueblo español parece que se ha intensificado. Esto progresa, por debajo, con gran rapidez; hay una crisis honda y se sienten esos ruidos soterados que preceden a las grandes conmociones. Desde hace años es ahora cuando empiezo a creer en la proximidad de una nueva revolución, como fue la de 1868. Hoy todos tenemos que alistarnos en el combate [...] Todo esto y el prever que he de tener que ocupar mi puesto en las filas y combatir mi combate me tiene dis-

---

(1919-80)», *Historia 16*, 49, (1985), p. 20. La escasa relevancia de sus trabajos se reconoció en el prólogo de *Asamblea universitaria de 1915*, Zaragoza, 1918, p. 3.

<sup>111</sup> El 1 de diciembre se dictaron dos reales decretos: en ellos se aceptaba la dimisión de Manuel Eguilior y Llaguno, conde de Albos, y se nombraba ministro a Vicente Santamaría de Paredes. *Anuario legislativo de instrucción pública de 1905*, Madrid, 1906, p. 542.

<sup>112</sup> Real decreto de 21 de diciembre de 1905, *Anuario legislativo de instrucción pública de 1905*, Madrid, 1906, pp. 543-557.

<sup>113</sup> El ministro así lo reconoció. *Las Provincias*, 12 de diciembre de 1905, p. 3.

<sup>114</sup> Gumersindo de Azcárate recomendó al ministerio que se ejecutara el proyecto de Romanones. «Conclusiones generales». *Segunda asamblea...*, p. 2.

traído de otras cosas y apartado de los reposaderos del espíritu [...] No sé si me engañará el corazón y volveremos a caer en la apatía. En tal caso no habrá redención ya para la pobre España <sup>115</sup>.

Tal y como prometía en su epístola, Unamuno apostó fuerte por el cambio y, como hemos visto, el fracaso de la asamblea de 1905 supuso un terrible revés para él y para otros regeneracionistas de la universidad. Muchos de sus compañeros catedráticos atacaron la libertad de cátedra y boicotearon el encuentro. Las críticas de los ultracatólicos fueron demoledoras contra el profesor. La asamblea de Barcelona se saldó en un gran fracaso <sup>116</sup>. Años después Juan Bartual, un catedrático de medicina de Valencia, se lamentó de la oportunidad perdida para rehabilitar las universidades, a causa de la política <sup>117</sup>.

Por su parte la sociedad se ocupaba de otros problemas más serios que el universitario. La opinión pública, cansada y preocupada por otros asuntos de mayor calado, arrumbó esta cuestión... En instrucción los ministros aparcaron los problemas de los estudios superiores para librar la batalla de la primera enseñanza: la manera de lograr la gratuidad de la escuela o la preocupación por su laicidad o no, ocuparon el primer plano, haciendo que la ola reformista pasara por las universidades sin apenas resultados. La transformación universitaria parecía demasiado compleja y requería enormes trabajos y desvelos. De nuevo, esta importante cuestión como tantas otras, quedó sin zanjarse:

La prensa registra en las columnas dedicadas a la información, todos los acontecimientos. Si uno de ellos reviste la importancia necesaria para ser tratado durante un largo periodo de tiempo, el lector llega a aburrirse [...] Cuando un hombre, un

---

<sup>115</sup> De la carta dirigida a Ricardo Rojas, *Miguel de Unamuno. Epistolario americano...*, p. 174.

<sup>116</sup> B. Delgado, «La II Asamblea Universitaria de Barcelona...», p. 684.

<sup>117</sup> «Nuestras asambleas universitarias han dado poco de sí las más veces, y lo que antes apunté de los alumnos, afirmo ahora de los maestros. Sus reuniones fueron, en ocasiones, olla de grillos, sin duda por mutua incompreensión o por irreductibles prejuicios, donde no siempre palpité el celo y la afición a la enseñanza». J. Bartual Moret, *Discurso leído en la solemne apertura de estudios del año académico de 1916 a 1917 en la universidad literaria de Valencia*, Valencia, 1916, pp. 29-30.

periódico, corporaciones oficiales o entidades de cualquier carácter comienzan a mantener determinado criterio en una cuestión económica, en una cuestión social, en una cuestión política, el público, atraído por la novedad, acoge con calor la idea, si la estima pertinente, y hace atmósfera a favor de ella. Pero bien pronto, al ser tratada la cuestión mil y mil veces, se gasta, pierde su novedad y pasa de moda, y entonces [...] deja de secundar las iniciativas de quienes los iniciaron, aunque la idea no haya sido realizada, aunque el asunto no se haya zanjado, aunque el asunto no se haya resuelto [...] Un asunto viene a remplazar a otro asunto; una idea disipa otra idea; una actitud sustituye a otra actitud. En España es raro tener criterio propio y fijo.

Por eso para que aquí fructifiquen las ideas y tengan alguna virtualidad las iniciativas, es preciso que el pueblo eduque su voluntad, aprenda no sólo a tener criterio propio, sino a tener criterio razonable, lógico y a mantenerlo [...] Claro es que en lo dicho no nos referimos a todos los ciudadanos. No hay regla sin excepción, y en España, afortunadamente, esta excepción está constituida por muchos hombres dignos por todos conceptos del título de ciudadanos libres e inteligentes<sup>118</sup>.

Efectivamente, en la instrucción superior existían esos hombres inteligentes y perseverantes. El desinterés general y la pasividad de la mayoría de los universitarios, no desalentó a un grupo selecto, mayoritariamente liberal, que lucharía por la reforma. A continuación estudiaremos sus motivaciones, su inspiración y las maniobras que realizaron en pro de la modernización y de la mejora universitaria.

---

<sup>118</sup> «Educación volitiva», *El Correo*, 5 de mayo de 1904, p. 1.



## CAPÍTULO II

### LA SOLUCIÓN REGENERACIONISTA

#### 1. *Francisco Giner, el visionario de la reforma universitaria*

El año 1905 fue revelador para Francisco Giner de los Ríos pues presencié dos hechos que evidenciaban el triste desamparo de la universidad española. El primero fue el fracaso del proyecto de autonomía universitaria de Santamaría de Paredes. Los cinco años de hablar incesantemente de la necesidad de autonomía y de dar esperanzas de reforma, no culminaron en resultados. Se había demostrado la incapacidad o el desinterés de los políticos por cambiar —ni siquiera un poco— la pésima situación universitaria. Los institucionistas que habían confiado en consumir una serie de transformaciones que llevaran a la modernización de la cultura superior española y a un giro radical en el rumbo científico, contemplaron frustrados el fracaso de los políticos<sup>1</sup>.

El segundo desengaño se produjo con la ruptura entre los catedráticos tras la asamblea de Barcelona. En lugar de servir para cohesionar las aspiraciones de las diversas corrientes ideológicas, abrió un serio conflicto. Los catedráticos se enfrentaron por la libertad de cátedra... Después de todos los avatares de la segunda cuestión universitaria, los más ultramontanos aún deseaban la tutela de la Iglesia en las universidades y el control moral de las autoridades eclesiásticas respecto de los asuntos académicos. Frente a ellos, los laicos o «neutros» buscaban la plena libertad científica y doctrinal por encima de cualquier dogma religioso.

Francisco Giner especialmente dolido por la cuestión de la libertad de cátedra y de conciencia —de la que había sido mártir—, entendió que la solución de los problemas estaba muy lejos. Por un lado la crisis política y la creciente escisión de los partidos dinásticos impedía una profunda reforma o la conclusión de una nueva ley para la instrucción pública. Muchos gobernantes apenas conocían la uni-

---

<sup>1</sup> Prueba del interés con el que seguían los trabajos fue la nostálgica publicación en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* del proyecto de 1905 como primer objetivo a alcanzar: «Política de la enseñanza», *BILE.*, (1906), pp. 75-82.



versidad o carecían de un plan para ella, más allá que el de mantenerla en su precariedad. Por el otro lado existía un considerable número de doctores que anclados en la mentalidad del antiguo régimen, defendían con fiera planteamientos arcaicos: control de la universidad por los obispos, vigilancia gubernativa de manuales y explicaciones, control de asistencia a clase, la autoridad como máximo exponente de las relaciones entre profesores y alumnos..., Giner reconocería que con ese panorama era difícil cualquier reforma:

¿Quién hará la reforma? Ojalá ella [la Universidad] la hiciese y pidiese. Pero ya se ve su escaso interés por la ley de autonomía; y sólo suele pedir aumento de sueldos. ¿El Gobierno? ¡Bueno está! ¿Las Cortes; en ley?!!!<sup>2</sup>.

Los institucionistas eran los únicos que contaban con un plan viable y moderno para resolver los problemas de la enseñanza. Sólo ellos tenían un proyecto concreto que desarrollar para la reforma y regeneración de los estudios superiores. No pretendemos abordar la obra educativa y publicista de los institucionistas o sus planes referidos a la primaria y la secundaria, a las que dieron mayor importancia. Nos ocuparemos de las soluciones que ofrecieron para enderezar el triste panorama universitario. Sería excesivo atribuir a Francisco Giner todas las ideas del movimiento de reforma universitaria, pero también injusto negarle la indudable autoridad e influencia que ejerció sobre sus colegas institucionistas, políticos y hombres clave del momento<sup>3</sup>. Su veteranía e ideario marcaron el rumbo y fijaron los cimientos sobre los que se elevaron las pretensiones de reforma.

El «maestro» continuamente preocupado por la educación pero siempre reticente a involucrarse directamente en política<sup>4</sup>, redobló

---

<sup>2</sup> F. Giner de los Ríos, «Sobre reformas...», p. 124.

<sup>3</sup> A. Mayordomo Pérez y C. Ruiz Rodrigo, *La universidad como problema en los intelectuales regeneracionistas*, Valencia, 1982, pp. 45-76, nos permiten constatar el peso de Giner en la obra de Rafael Altamira, Aniceto Sela y Ortega y Gasset.

<sup>4</sup> Nunca quiso involucrarse personalmente en movimientos políticos. En 1898 trató de convencer a Joaquín Costa para que liderara un partido apolítico que desarrollara una reforma nacional conforme a sus principios. Costa rechazó la oferta, *El renacimiento ideal...*, pp. 104-106.

su interés por los estudios superiores hacia finales de la década de los ochenta del siglo XIX. Pensador capaz y buen conocedor de las universidades nacionales y extranjeras, pretendió que la universidad española siguiera el ejemplo de los países más desarrollados. Como europeísta entregado, creía que las respuestas para la regeneración intelectual había que buscarlas allende los Pirineos. El tomar lo bueno de las demás naciones y adaptarlo a la circunstancia hispana, era su fórmula para regenerar los estudios superiores.

Aunque apuntó su ideario en multitud de artículos y epístolas privadas, fue en el concurso literario convocado con motivo del IV centenario de la fundación de la universidad de Valencia cuando lo concretó<sup>5</sup>. Tras hacer historia de las universidades, se refirió a su pésimo estado y a las reformas que debían aplicarse para sacarlas de la crisis. Resultó ganador del máximo premio, pero no se publicó seguramente porque su autor prefirió retocarlo. Las prisas y falta de datos para sustentar sus afirmaciones le preocupaban. El trabajo quedó arrinconado hasta su muerte y se editó a título póstumo<sup>6</sup>. Sin embargo su sólido plan sería presentado, defendido y martilleado continuamente por sus discípulos...<sup>7</sup>. Era un programa global, práctico y de gobierno para mejorar toda la universidad<sup>8</sup>. Algo utópico, pero muy original e inteligente, contenía las claves para un

---

<sup>5</sup> Premio de la serie A-2. *Qué es actualmente la Universidad española y qué debe ser en el porvenir*. D. M. Giner San Antonio, *Universidad literaria de Valencia...*, pp. 111-112. La discusión del jurado que le concedió el premio se encuentra en el AUV, Sección general, caja 880, legajo 3. El trabajo está en la misma sección, *IV Centenario*, caja 456. *Non flere, non indignare...*

<sup>6</sup> F. Giner de los Ríos, «Sobre reformas en nuestras universidades», *La universidad española. Obras completas de D. Francisco Giner de los Ríos*, 20 vols., Madrid, 1916, II.

<sup>7</sup> Antes aún de que Giner escribiera dicha obra, ya sus discípulos y amigos repetían sin descanso sus consignas. De nuevo el *Boletín de la institución libre de enseñanza* tuvo una enorme importancia para fijar y extender aquéllas.

<sup>8</sup> Así lo reconoció: «Dejando abierto el camino para esas diversas soluciones, siempre relativas e históricas, a la acción de estos elementos y al tacto necesario para combinarlos adecuadamente, se limita el siguiente resumen a condensar en forma de programa algunos resultados de las consideraciones que preceden», F. Giner de los Ríos, «Sobre reformas...», p. 142.

cambio profundo. El paso del tiempo y el trabajo de sus colaboradores y amigos lograrían que una considerable masa de intelectuales de diversas ideologías asumieran sus planteamientos que resumimos a continuación<sup>9</sup>.

Reconocía que la universidad estaba anquilosada, y que la sociedad se encontraba muy distante de ella. La solución de los complejos problemas que se planteaban pasaba por la colaboración estatal y social. La universidad no podía dedicarse exclusivamente a la formación de licenciados. Quería conjugar los tres sistemas universitarios que existían: del latino, establecido en España, Francia y Portugal, el cuidado por la enseñanza profesional; del anglosajón su preocupación por la formación del «hombre», desarrollando su cultura general; del alemán —el más admirado por él— su interés por la investigación científica. Proclamó la independencia científica ante el Estado y la Iglesia ya que la ciencia no debía entender de dogmas ni de políticas. El centralismo liberal en las universidades las había dañado gravemente pues como se había copiado mal el sistema napoleónico, se encontraban burocratizadas y funcionarizadas en extremo. Para sacarlas de esos males, era precisa la autonomía entendida como el poder de la universidad para gobernarse y regirse a sí misma: libertad científica, pedagógica, administrativa y, cuando fuera el momento adecuado, económica. Asimismo, a la universidad correspondía el desarrollo y extensión de la cultura al pueblo así como la producción científica que posibilitara el bienestar nacional<sup>10</sup>.

En cuanto a los profesores, no cuestionaba su libertad de cátedra, pedagógica y científica que creía sagradas, y por las que había luchado tanto. Sin embargo, fue una constante en él indicar las líneas que los profesores debían seguir para mejorar el rendimiento e interés de los alumnos: tutela moral del primero sobre los segundos, más allá de lo académico; clases prácticas, participativas, abiertas al diálogo entre profesor y alumno; eliminación de los exámenes puramente memoristas en pro de un control cotidiano y amigable; aumento de la vocación docente y una mejora salarial que permitiera a los catedráticos centrarse exclusivamente en la investigación y la docencia. También solicitaba becas para estudiar en el extran-

---

<sup>9</sup> A. Mayordomo Pérez y C. Ruiz Rodrigo en *La universidad como problema...*, pp. 30-44.

<sup>10</sup> F. Giner de los Ríos, «Sobre reformas...», pp. 143-149.

jero, una mejora de material generalizada y un mayor cultivo de las relaciones entre académicos.

Los alumnos debían convertirse en una corporación de autodidactas en búsqueda del aprendizaje y no del aprobado. Al contrario que el común de los catedráticos, pensaba que poco podía exigírseles pues poco se les daba. Para ello propuso un aumento en la edad de entrada en las universidades, la realización de un examen de ingreso en las facultades que eliminara a los incapaces o poco preparados. Consideraba imprescindibles las excursiones, las prácticas y becas para viajar. En fin, todo aquello que fuera preciso para entusiasmarlos a aprender, a crear ciencia, a desarrollarse como personas.

Pero Giner de los Ríos confirmó en 1905 que para cambiar las cosas no bastaban los discursos y planes abstractos, sino que había que actuar. Los catedráticos le habían decepcionado, pues precisamente quienes debían encabezar la reforma universitaria eran en muchos casos quienes se declaraban contra la libertad de cátedra o cualquier novedad. Los planes institucionistas de mejorar la investigación topaban precisamente contra quienes debían protagonizarla. Era evidente que si se querían obtener resultados era imprescindible cambiar el espíritu académico. Se inició así una segunda etapa de trabajo, de lucha y de esfuerzo intelectual. Los institucionistas, que hasta entonces se habían mantenido en una posición inspiradora de la educación, se integraron en el ministerio de instrucción pública. Desde allí, dirigidos por Francisco Giner, buscaron crear un estado de opinión en la sociedad universitaria, intelectual y política a favor de la reforma y del progreso científico<sup>11</sup>. A través de sus publicaciones y del trabajo realizado en diversos órganos ministeriales, lograron tras muchos años, remover las conciencias de la masa intelectual en el sentido de investigar más, mejorar los estudios y buscar la autonomía universitaria.

Dos fueron los principales frentes en los que se libró esta batalla a favor del regeneracionismo universitario: en el campo político y en el científico. En el primero influyendo en los liberales. Los institucionistas ofrecían a estos alternativas ideológicas estables y viables con las que oponerse a la Iglesia y al partido conservador. Los

---

<sup>11</sup> M. de Puelles Benítez, *Educación e ideología...*, pp. 286-296. Habla del desarrollo de los institucionistas, del giro de Giner hacia posiciones más intervencionistas en la educación y de sus importantes, aún no estudiadas de manera exhaustiva, relaciones con los poderosos e intelectuales del momento.

partidos dinásticos necesitaban referentes ideológicos firmes para dirigir la instrucción pública. Si los gobiernos conservadores se dejaban aconsejar por la Iglesia, los liberales atendieron a los institucionistas que así podían ir desarrollando sus planes <sup>12</sup>.

En el campo científico con la creación y dirección de instituciones y órganos públicos que permitieran el desarrollo erudito y la apertura a las corrientes europeas en lo pedagógico, en lo ideológico y en lo científico.

a) *La creación de instituciones científico-académicas como alternativa a la universidad*

La disputa de 1905 había demostrado lo arraigados que muchos catedráticos estaban a la tradición. El anquilosamiento de la universidad forzaba a buscar otras alternativas para la modernización intelectual y científica nacionales. Francisco Giner, buen conocedor de los sistemas europeos, sabía que el progreso científico podía realizarse de dos maneras: bien a través de las universidades —la forma más deseable— bien a través de institutos especializados —como sucedía en Francia—. La primera salida quedó descartada por la desgana de muchos catedráticos y por la miseria que padecían los estudios. Era más sencillo crear algunos centros especializados y con dotación material adecuada, que pretender subvencionar y organizar la investigación científica a través de la universidad <sup>13</sup>. Los institucionistas

---

<sup>12</sup> Así lo reconocieron sus adversarios años después: «Una doble acción desarrollaron los institucionistas: modificaron las leyes y crearon organismos nuevos dominados por ellos. Su acción legislativa dedicóse con preferencia a los modos de provisión de cátedras, al mantenimiento del centralismo docente, a la laización de las escuelas» F. Martín-Sánchez Juliá, «Origen, ideas e historia de la I.L.E.», *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, 1940, p. 97.

<sup>13</sup> En la misma idea coincide Ángel Vian Ortuño al referirse al nacimiento de la J.A.E.. «Pero este ilustre intento ignora a la Universidad, quizá porque una Universidad sin tono y sin prestigio y dominada por una clase que no acierta a entender la realidad no fuera el sustrato más propicio [...] La Junta, sin embargo, va creando el ambiente propicio en la Universidad, donde hacia los años 30 florecen escuelas —verdaderas escuelas científicas experimentales de renombre internacional—», VV.AA., *La universidad*, prólogo de Laín Entralgo, Madrid, 1969, pp. 43-44.

tenían claro que la excesiva confianza en la religión y la rutina frenaban el progreso... Si no se podían cambiar las cosas desde abajo, por medio de asambleas de catedráticos, discusiones intelectuales, y creando una conciencia investigadora alejada de las pasiones político-religiosas, se hacía imprescindible influir desde el poder<sup>14</sup>. No extraña que un político simpatizante del institucionismo, Amalio Gimeno, a punto de abandonar el ministerio, creara en 1907 la Junta para Ampliación de Estudios en el extranjero (JAE)<sup>15</sup>. En la exposición de motivos se apostó por el europeísmo y la modernidad: «El pueblo que se aísla, se estaciona y se descompone. Por eso todos los países civilizados toman parte en ese movimiento de relación científica internacional»<sup>16</sup>. Romanones influido por la Institución ya había creado en el real decreto de 18 de julio de 1901, ayudas para los alumnos que una vez licenciados pudieran estudiar fuera de Espa-

---

<sup>14</sup> «La influencia de la Institución ha de buscarse en sus fundaciones posteriores: en la Junta de Ampliación de Estudios, fundada para enviar a los estudiantes españoles al extranjero y cuya alma fue Castillejo; en la Residencia de Estudiantes, que bajo la dirección de Alberto Jiménez continuó las tradiciones de contacto entre el profesorado y los alumnos tan importantes en el mensaje de Giner; y de la idea de instituciones independientes y autónomas derivadas de la tradición krausista». R. Carr, *España 1808-1975*, Barcelona, 1982, p. 450.

<sup>15</sup> Real decreto de 11 de enero de 1907, *Gaceta de Madrid* del día 15, *Boletín de la revista general...*, t. 132, Madrid, 1917, pp. 49-57. Sobre ella véanse, M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «La universidad en el exilio. El estado franquista editor pirata (1939-1945)», *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Congreso de Zaragoza, dirigido por J. J. Carreras y coordinado por M. A. Ruiz Carnicer, Zaragoza, 1991, pp. 158-195; F. Laporta, A. Ruiz, V. Zapatero y J. Solana, dedicaron tres números de *Arbor*, 493 y 499-500, (1987). *La junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas 80 años después*, 2 vols., Madrid, 1987, con diversos estudios sobre la ciencia europea de la época; también J. M. Sánchez Ron, *Cincel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*, Madrid, 1999. También J. Castillejo, *Guerra de ideas en España*, Madrid, 1976.

<sup>16</sup> La vinculación con Francisco Giner era absoluta: «Nuestro apartamento de Europa y de su cultura nos hizo estancarnos, y, por estancados, decaer, viniendo a una situación a la cual era imposible pedir hombres de aquellos horizontes y aquellas energías intelectuales y morales que, en medio del desastre, fundaron la Universidad de Berlín, símbolo de la unidad de la patria alemana y aun del imperio» F. Giner de los Ríos, «Sobre reformas...», p. 60.

ña<sup>17</sup>. El 8 de mayo de 1903 tal y como se demandó en la asamblea de Valencia de 1902, se extendió al profesorado y a otros centros de estudios como las escuelas superiores<sup>18</sup>. El ensayo, como tantos otros, tuvo éxito a pequeña escala y años después se afirmó y potenció la medida.

La Junta era un órgano público en su financiación, pero en su composición, espíritu y dirección la presencia institucionista era determinante. Sus trabajos tenían como objetivo modernizar el trabajo científico. El intercambio de ideas, de experiencias, de técnicas con otros hombres de ciencia era fundamental. Pero sobre todo permitía a sus becarios conocer los ambientes europeos, salir en fin de la castiza sociedad española para contactar con Europa o los Estados Unidos<sup>19</sup>.

Se deseaba remover cuanto fuera posible la mentalidad de los catedráticos e intelectuales españoles. En su reglamento contenido en el real decreto de 16 de junio de 1907 estableció sus fines y el espíritu investigador y apolítico que debía guiarlo<sup>20</sup>. Vocación científica y deseo de aprender serían sus objetivos.

A facilitar aquel orden de investigaciones que preparan en los laboratorios positivos adelantamientos materiales, a hacer frecuentes y provechosas las relaciones con los centros científicos, literarios y artísticos extranjeros y a mejorar en cuanto sea dable el profesorado del porvenir [...] Oído ya el Consejo, es llegada la hora de que el nuevo organismo comience a funcionar, y respetando toda la libertad que es precisa en el orden de la investigación y del fomento de la cultura<sup>21</sup>.

---

<sup>17</sup> El primer estudiante becado por la facultad de derecho de Valencia fue Enrique Sebastián Besora que viajó a París para estudiar sobre la cuestión obrera. *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, juntas de 15 de enero, 15 de marzo y 12 de abril de 1902.

<sup>18</sup> Conclusión tercera apartado 6º del tema I del congreso: «Que se envíen profesores al extranjero para que estudien los nuevos métodos de investigación y de enseñanza, los den a conocer entre nosotros y procuren aplicarlos». *Conclusiones aprobadas por la asamblea universitaria celebrada en Valencia...*

<sup>19</sup> El real decreto de 29 de enero de 1909 dictó las reglas para la concesión de pensiones. *Gaceta de Madrid* del día 30, *Boletín de la revista general...*, t. 138, Madrid, 1909, pp. 297-302.

<sup>20</sup> *Gaceta de Madrid* del día 22, *Boletín de la revista general...*, t. 132, Madrid, 1907, pp. 734-742.

<sup>21</sup> *Boletín de la revista general...*, t. 132, Madrid, 1907, p. 735-736.



Cuando Romanones recuperó la cartera de instrucción, respaldó el plan institucionista que además obtenía resultados brillantes. Por ello creó y dejó en manos de la Junta para ampliación de estudios la Residencia de estudiantes<sup>22</sup>. La firmeza y buen hacer de sus organizadores hacía que creciera su prestigio en el mundo intelectual. Si algo funcionaba bien en instrucción, ¿por qué no reforzarlo? A través de las pensiones en el extranjero y de la Residencia, el espíritu gineriano se irá extendiendo paulatinamente entre los profesores y jóvenes estudiantes. Se forjaba una nueva generación a la que los integristas se enfrentaron.

Día a día y gota a gota van infiltrando en nuestro organismo social tendencias y sentimientos profundamente subversivos los corifeos de una política que se basa en descentrar las raigambres de nuestro pueblo y destruir su razón de ser en la historia y concierto del mundo [...] Institución Libre de Enseñanza, que a favor de una complicidad estúpida y mil veces rechazable, trabaja por descristianizar las clases españolas, singularmente las que por sus talentos y medios materiales más podían hacer en pro de nuestra regeneración [...] Después de los hechos hasta ahora acontecidos, que no son nimios, ni despreciables, esa institución labora con su Residencia de Estudiantes de Madrid por atraerse la adhesión de la juventud estudiosa, de la que mañana ha de regir los destinos de la Patria<sup>23</sup>.

El camino de la divulgación no fue sencillo. El trabajo por lograr un cambio de actitud entre el profesorado fue enorme. Durante bastante tiempo los institucionistas caminaron solos, pues muchos de sus compañeros de cátedra los miraban con desconfianza o con frialdad. Su apuesta por una educación laica en todos tramos de la instrucción les supuso la hostilidad del profesorado clerical y tradicionalista. Numerosos académicos rechazarían las propuestas institucionistas sin atender a su contenido; otros porque eran felices en sus cátedras sin tener apenas obligaciones. El movimiento de reforma se encaminaba precisamente en el sentido contrario: más trabajo, más entrega, más sacrificio, más resultados..., no parecía atrac-

---

<sup>22</sup> Su creación se hizo en el real decreto de 6 de mayo de 1910, *Gaceta de Madrid* del día 8, *Boletín de la revista general...*, t. 141, Madrid, 1910, pp. 657-661.

<sup>23</sup> *Diario de Valencia*, 6 de octubre de 1915, p. 1.



tivo atender sus sugerencias y exhortaciones. Su sangrante pasividad fue criticada desde la prensa.

Son básicamente empleados del Estado que cobran por enseñar, y que enseñan rutinariamente, hoy como ayer, y mañana como hoy, con vistas a su programa, a su libro de texto, a su conveniencia, a su egoísmo; pero sin preocuparse un bledo de pedagogía ni de cultura. La clase es para ellos una oficina, pero no una escuela, y a la oficina van por fórmula, por acreditar con su presencia el cobro de haberes.

Y por eso son disculpables las indisciplinas de los alumnos; porque sus maestros, en vez de atraerlos los repelen; porque las pocas horas de clase son ingratas y baldías<sup>24</sup>.

La Junta que poseyó una libertad de acción y económica envidiada por las universidades, acaparó poderes que no eran propiamente para los que había sido formada<sup>25</sup>. Financiaría investigaciones y gobernaría determinados estudios y centros de investigación que en principio no le correspondían.

El esfuerzo institucionista por buscar a esa nueva generación de catedráticos y alumnos, les acarreó durísimos ataques desde los círculos más conservadores. Incluso Unamuno criticaría algunas de actuaciones caciquiles. El diario clerical *La Voz de Valencia* recogió sus palabras.

Llamóle con urgencia el núcleo de intelectuales que bullen, gallean, cotorrean y zarandean la renovación literaria en la corte; ese núcleo que despacha sabiduría al por mayor, abasteciendo los almacenes de provincias, dedicado con privilegio exclusivo, a la caza de gatos, para darlos por liebres en cátedras, ateneos, revistas y periódicos<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> *El Correo*, 28 de febrero de 1907, p. 1.

<sup>25</sup> Por ejemplo encargó trabajos de investigación en el interior de España a catedráticos. Real orden de 16 de diciembre de 1911, *Gaceta de Madrid* del día 19, *Boletín de la revista general...*, t. 147, Madrid, 1912, pp. 551-552. Equiparaba a estos investigadores con los que habían ido al extranjero.

<sup>26</sup> El autor firmó con un seudónimo que no hemos podido descifrar: El licenciado Ortigas, «Una de dos», *La Voz de Valencia*, 28 de febrero de 1906, p. 1.

Bien es cierto que la Junta era un órgano público, pero también lo es que en algunas ocasiones no faltaron influencias en la designación de quienes disfrutaban de las ayudas. La prensa ultraconservadora desacreditó a la entidad.

Nadie escribe una carta ni se acerca a otro si no es para pedir un favor o con un fin egoísta. Y muchos de los que pretenden *européizar* a España adolecen de estos defectos<sup>27</sup>.

Cinco años después la situación había cambiado muy poco, y las denuncias continuaron.

Así que no hay que inquirir qué clase de gente disfruta de las pingües pensiones para el extranjero. Podrán figurar, de cuando en cuando, entre pensionados, algún que otro Sacerdote culto, algún que otro católico significado —ya he dicho que en los hombres de la Institución dominan la astucia y la habilidad de las raposas—; pero lo ordinario es que los pensionados sean siempre del mismo pelaje que los que las envían<sup>28</sup>.

También el catedrático conservador de la universidad Central, Bullón de la Torre, criticó las influencias.

Una Junta de Pensiones autónoma, en la que un grupo de señores de la Institución libre de Enseñanza reparte medio millón de pesetas en enviar amigos a estudiar en el extranjero lo que aquí pueden estudiar mejor, sin tiempos ni para aprender idiomas, sin la preparación para asimilar una cultura superior, para hacer el viaje de novios o veranear en playa, sin ventajas para el acervo de nuestro saber nacional y con el desprestigio de nuestras universidades<sup>29</sup>.

A pesar de los reproches, los buenos resultados científicos que ofrecía la Junta y demás entidades cercanas a ella, dejaron sin argu-

---

<sup>27</sup> C. Piquer, «El problema de la enseñanza», *El Correo*, 16 de junio de 1911, p. 1.

<sup>28</sup> El artículo era firmado por un padre agustino. G. Martínez, *La Voz de Valencia*, 23 de octubre de 1915, p. 1.

<sup>29</sup> S. Aznar, «Libertad de enseñanza», *Diario de Valencia*, 10 de diciembre de 1912, p. 1.

mentos a muchos moderados<sup>30</sup>. Uno de sus diputados, Rafael Martín Lázaro admitió en el Congreso.

La Institución Libre de Enseñanza. Dentro de su significación, de su tendencia, obtendrá todos los respetos porque está formada de ilustres personalidades, y tiene sobre todo, a una persona para la cual, si se prescinde de sus doctrinas diametralmente opuestas a las mías, todo elogio me parece pequeño, porque representa una consagración tan completa a la enseñanza, que ya quisiera yo tener en el campo mío un hombre igual para la propagación de nuestras tendencias [...] No puedo desconocer que de esa Junta de pensiones forman parte algunos elementos de la derecha, ni debo tampoco olvidar que han participado de las pensiones amigos míos<sup>31</sup>.

No era la política la que guiaba principalmente a estos sabios sino el amor a la ciencia. El deseo de investigar, de trabajar por el conocimiento sin otro objetivo que el de la búsqueda de la verdad, fue calando progresivamente. Unamuno en 1913 reconoció finalmente a esa nueva generación de jóvenes entusiastas que estaban fortaleciendo la universidad salmantina. La vida universitaria comenzaba a mostrar los primeros síntomas de avivamiento<sup>32</sup>. Veldas, conferencias, discursos y discusiones, volverían tras demasiados años de sequía.

#### *b) La influencia sobre los políticos liberales*

Ya hemos visto como las ideas institucionistas influyeron sobre Amalio Gimeno. No sería el único<sup>33</sup>. El senador de la universidad de

---

<sup>30</sup> P. Cuesta Escudero, *La escuela en la reestructuración...*, pp. 174-187. Recoge las entidades que de alguna manera quedaron bajo el control de los institucionistas y de su influencia respecto a otros grupos librepensadores.

<sup>31</sup> «El presupuesto de instrucción pública», *La Voz de Valencia*, 21 de diciembre de 1914, p. 1

<sup>32</sup> M. de Unamuno, *Miguel de Unamuno. Epistolario americano...*, p. 413.

<sup>33</sup> También Barroso, Romanones, Alba entre otros, fueron afectos a Giner. R. M<sup>a</sup> Aller, *La política en la universidad española*, Madrid, 1975, p. 87.

Valencia, al ocupar el ministerio de instrucción pública en 1906, aseguró que las ideas que lo guiaban, eran las asambleas pedagógicas y las publicaciones de los pedagogos que habían denunciado las necesidades que debía cubrir el poder<sup>34</sup>. Asimismo deseaba proseguir en la línea de las reformas liberales planteadas por Romanones. Aunque la primera enseñanza era prioritaria, no iba a desentenderse de los estudios superiores.

Conozco bien las necesidades de la enseñanza universitaria por pertenecer al profesorado. Creo que sus necesidades son más fácilmente remediabiles. Me propongo aumentar la consignación para pensiones en el extranjero de alumnos de Escuelas de industrias, de comercio, normales, institutos y universidades.

Estas reformas han de favorecer también al profesor. Hasta ahora se concedieron pensiones a los alumnos de las escuelas de artes y oficios, a los de las normales y universidades: jamás se concedieron a los hombres de letras<sup>35</sup>.

En el fondo era el espíritu del «maestro»<sup>36</sup>:

Decidme en qué talleres intelectuales se fabrican aquí los caracteres; dónde se vigoriza la constancia de los futuros hombres [...] en qué enseñanza se le dan medios para gobernarse a sí mismo; quiénes son, y si son muchos, los maestros que se dedican, como dice que es necesario dedicarse el eminente pedagogo Giner de los Ríos, «a rehacer la energía de la voluntad y de la vida moral»<sup>37</sup>.

Otro político influido por la institución sería José Canalejas, quien reconocía la importancia de sus esfuerzos por combatir el atraso y el dominio de los clericales sobre los jóvenes. Su nueva moral era la solución para luchar contra la influencia de los reli-

---

<sup>34</sup> *El Correo*, 11 de julio de 1906, p. 1.

<sup>35</sup> *Las Provincias*, 11 de julio de 1906, p. 1.

<sup>36</sup> Análogas ideas, D. Jato Miranda, *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1968, p. 32. Señala la buena amistad existente entre el presidente del gobierno Moret y Giner y la coincidencia de opiniones en la manera de formar a la nueva generación de españoles que debían regenerar el país.

<sup>37</sup> A. Gimeno, «Opiniones importantes. El problema de la educación», *El Correo*, 8 de enero de 1907, p. 1.

giosos. Los hombres que en el futuro cambiarían el rumbo nacional debían gozar de una moral propia, alejada del confesionalismo.

El reclutamiento del personal docente, la determinación del plan de estudios, las inspecciones eficaces de la enseñanza, constituyen nuestra aportación a una obra en la que no sería prudente fiarlo todo al aumento de gastos, a la multiplicación de edificios y maestros, a la compra de material científico, desoyendo los consejos que la pedagogía en recientes Asambleas profesionales dentro y fuera de España, ha consagrado con suprema autoridad [...] el gran vivero de pedagogos que con tanta ciencia y asiduidad cultiva la Institución libre, constituyen solicitudes ineludibles para los que tanto nos lamentamos de la absorción de la enseñanza por otros elementos sociales<sup>38</sup>.

El sector clerical criticó el desarrollo de la entidad que se valía de la protección del ministro liberal.

Abundantísima fue la cosecha lograda por la Institución de este largo Gobierno Canalejas, en los dos años y nueve meses que duró. Además de numerosas órdenes que facilitaban sus fines —caza menor— y de multitud de nombramientos de profesores y funcionarios adictos, reduciéndonos a la creación de nuevos organismos —caza mayor— concebidos, proyectados e intervenidos por ella<sup>39</sup>.

Las etapas de gobierno liberal se acompañaban de minúsculas reformas, encaminadas a favorecer la independencia de los académicos y de las universidades. Los pasos fueron tímidos y nada radicales para evitar que la llegada al ministerio de un tradicionalista diera al traste la labor desarrollada. Una de estas medidas estuvo encaminada a dignificar la figura del profesorado y a favorecer la iniciativa científica. Los rectores podrían autorizar la instalación de cátedras o estudios especiales en los locales de la universidad o de cualquier otro establecimiento docente de su distrito cuando se cumplieran unas condiciones mínimas y perfectamente

---

<sup>38</sup> J. Canalejas, «Opiniones importantes. Acción oficial en la enseñanza», *El Correo*, 2 de enero de 1907, p. 1.

<sup>39</sup> F. Martín-Sánchez Juliá, «Origen, ideas e historia de la ILE», *Una poderosa fuerza secreta...*, pp. 103-104.

aceptables<sup>40</sup>. También se reconocería la libertad de cátedra y de asistencia a clase. Sin duda que se iba lento y que se cometieron errores, pero era un riesgo que había que asumir si se querían cambiar las cosas en la instrucción nacional sin provocar graves trastornos.

La tarea fue ardua y los trabajos parecían siempre insuficientes o inútiles. La incomprensión de muchos catedráticos era moneda cotidiana. Ortega expresó la soledad de los reformadores y el orgullo de haber formado parte de la minoría impulsora del cambio.

Vendrán a hacer los veinticinco años que escribí mis primeros artículos sobre reforma del Estado español en general y de la universidad en particular. Aquellos artículos me valieron la amistad de D. Francisco Giner de los Ríos. Eran entonces contadísimas las personas que en España admitían la necesidad de una reforma del Estado y aun de la Universidad. Todo el que osaba hablar de ellas, insinuar su conveniencia, quedaba *ipso facto*, declarado demente o forajido, y fuese él quien fuese se le centрифugaba de la comunidad normal española y se le condenaba a una existencia marginal, como si reforma fuese lepra. Y no se diga que esta hostilidad frente a la menor sospecha de reforma se originaba en que los reformadores fuesen gente radical, destructora del orden establecido, etc., etc. Nada de eso [...] Recuerdo a ustedes este notorio ejemplo para que se representen la universal y decidida voluntad de no reformar nada que entonces reinaba en España. Nada; ni el Estado ni la universidad. A los que en esta casa solicitábamos un cambio y poníamos reparo a los inveterados usos, se nos llamó una y cien veces «enemigos de la Universidad» [...] conviene hacer constar que durante años y años hemos tenido que sufrir esas inepticias y esos insultos los que con más auténtica y entrañable angustia nos oponíamos a que la Universidad española continuase siendo la cosa triste, inerte, opaca y sin espíritu que era<sup>41</sup>.

---

<sup>40</sup> Que el claustro de catedráticos o la junta de profesores lo propusiera y aceptara la enseñanza y al profesor encargado de dirigirla. Que la clase fuera pública y voluntaria. Que los locales y servicios empleados fueran con destino exclusivamente educativo. Que la expedición de certificados de asistencia o aprobación no tuvieran validez académica. Real orden de 4 de enero de 1912, *Gaceta de Madrid* de 9 de enero, t. 148, *Boletín de la revista general...*, Madrid, 1912, pp. 23-24.

<sup>41</sup> J. Ortega Gasset, «Misión de la universidad», *Obras de José Ortega y Gasset*, Madrid, 1932, pp. 1.183-1.184.

Se progresaba con lentitud, pero ¿podía irse más deprisa sin poner en peligro los éxitos que se lograban? El mismo José Castillejo lo negó; reconoció que la paciencia era el único modo de actuar sin aniquilar los tímidos éxitos que se alcanzaban. Eran muchos los obstáculos a los que se enfrentaban los regeneracionistas.

Para intentar las reformas era necesario evitar varios enemigos, la opinión conservadora que se asustaba fácilmente; asociaciones profesionales de maestros, muy celosas ante los intrusos y algo escépticas ante las innovaciones; la Iglesia, que no toleraba ninguna escuela fuera de su control; los políticos, que quedaban desilusionados si los cambios no se llevaban a cabo y a gran escala y con reglamentación profusa; la burocracia vinculada a los textos legales uniformes; e incluso los padres, acostumbrados a ver la acción oficial emparejada con la destrucción y el despilfarro <sup>42</sup>.

Que la universidad necesitaba cambios profundos no cesaron de recordarlo los catedráticos en algunos discursos inaugurales, aferrados a la esperanza de renovación. En octubre de 1905 Antonio Simonena en Valladolid se ocupó de *la enseñanza*. En una línea muy cercana al institucionismo —no faltaron menciones a Sela, Azcárate y otros— acuñó el término «intensión universitaria» para referirse a la necesidad de que las universidades investigaran más, obtuvieran mayores rendimientos científicos <sup>43</sup>. La intensión requería mejoras pedagógicas —más prácticas en las clases, estudios pedagógicos para el profesorado, cambios en los planes de estudio, etc.— y mejoras científicas. Para ello reclamó dos elementos ya conocidos: el primero era mayor atención gubernamental en materia económica: que el Estado suministrase los medios materiales y personales necesarios —mejora salarial para los catedráticos incluida—. El otro, era la autonomía pedagógica para los profesores y la autonomía política para la universidad. Con ellas podría solucionarse el gran número de defectos y abusos que padecían las universidades, especialmente los relacionados con la politización y la lucha partidista <sup>44</sup>. Pero la autonomía estaba aún lejos de lograrse pues eran pocos los que realmente la deseaban:

---

<sup>42</sup> J. Castillejo, *Guerra de ideas en España*, Madrid, 1976, p. 115

<sup>43</sup> A. Simonena Zabalegui, *Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1905 a 1906*, Valladolid, s. a., p. 11.

<sup>44</sup> A. Simonena Zabalegui, *Discurso...*, pp. 79-80.

Y conste que, al hablar así, tengo presentes los esfuerzos que algunos profesores hacen para conseguir lo deseable: pero es tan poco y son tan pocos, que en realidad las deficiencias continúan y continuarán mucho tiempo<sup>45</sup>.

Tenía razón. El gobierno de Amalio Gimeno y su decidida apuesta por las universidades mejoró algo las cosas. Las inversiones aumentaron considerablemente entre 1906 y 1908 y creó la junta para ampliación de estudios. En Valencia se apreciaron los esfuerzos de Gimeno pues finalmente y tras muchos años de demandarlo el ministerio dio su aprobación para construir los nuevos edificios para las facultades de ciencias y medicina y puso a cargo de los presupuestos del Estado el mantenimiento de la facultad de filosofía y letras. Pero no era suficiente<sup>46</sup>.

Sin embargo, su caída y la llegada al poder del conservador Rodríguez San Pedro, volvió a inquietar los claustros. Para contrarrestar la presión que recibía desde las universidades permitió que se publicara en la *Gaceta de Madrid* la memoria remitida al ministerio por Tomás Juan Elorrieta. Había sido aprobada por la facultad de derecho de la Universidad Central y repetía los principios regeneracionistas: deseo de mayor autonomía económica, pedagógica y administrativa de la universidad; reducción del papel estatal a la financiación e inspección universitaria; reformas organizativas; medidas contra la masificación escolar y fomento del asociacionismo entre los antiguos alumnos; desarrollo de las disciplinas de ciencias políticas, supresión del derecho natural y del preparatorio, así como la reducción de la carrera a cuatro años para que el doctorado —que se pretendía dividido en secciones— pudiera ser más ambicioso sin eternizar la carrera<sup>47</sup>. Las sugerencias se publicaron para acallar la presión académica contra un ministro que apenas nada hizo por la instrucción superior. Los conservadores no estaban aún preparados para el cambio. Mientras, la vida universitaria seguía casi tan mortecina como antes. Un periodista reconocía en 1908:

---

<sup>45</sup> A. Simonena Zabalegui, *Discurso...*, p. 25.

<sup>46</sup> L. A. Baratas Díaz, «Influencia francesa...», p. 659.

<sup>47</sup> Real orden de 31 de julio de 1908, *Gaceta de Madrid* del 13 de agosto, *Boletín de la revista general...*, t. 136, Madrid, 1908, pp. 849-851.



Meritísima labor han realizado los gobiernos en estos últimos tiempos en pro de la enseñanza; mas creo que esta labor, que camina a paso de hormiga, se había de llevar con la rapidez que el caso demanda <sup>48</sup>.

Valencia no fue excepcional en este punto; el silencio se apoderó de los claustros tras la ruptura de 1905. Salvo algún acontecimiento extraño como el conflicto de Moliner —que estudiamos a continuación— o algún asunto de escasa relevancia, apenas se discutió sobre los graves problemas de la universidad. Entre 1907 y 1910 no hubo una sola reunión del claustro ordinario... ¿Para qué agriar más las relaciones universitarias? ¿Para que mover lo inamovible? El rectorado de José María Machí entre 1903 y 1916, marcó esta etapa anodina <sup>49</sup>. El conservador, lejos de imitar a sus predecesores liberales, Nicolás Ferrer y Manuel Candela, se dedicó a atender funciones burocráticas y su despreocupación por el movimiento regeneracionista, acabó frenándolo en una universidad que fue pionera. Pagaría cara su pasividad, pues sirvió de excusa para que los liberales le destituyeran años después. El movimiento por la transformación universitaria también acusaría mucho el fallecimiento del destacado institucionista y decano de derecho, Eduardo Soler, a mediados de 1907; a partir de entonces, la ideología que imperó en las reuniones de la junta de facultad fue conservadora o ultramontana, por tanto, nada proclive al cambio. Hubo gestos aislados realizados por profesores liberales más o menos comprometidos con la enseñanza, en algunos discursos o en las asambleas de 1909 se vio que no todo estaba perdido, pero también que el proyecto autonómico, sin el respaldo del rectorado, se alejó de los claustros para pasar a impulsarse desde posiciones ajenas a lo estrictamente universitario. Como decía, la lentitud con que se

---

<sup>48</sup> C. Genís, «Ecos de la opinión. En pro de la enseñanza», *Las Provincias*, 7 de septiembre de 1908, p. 1.

<sup>49</sup> Profesor de medicina en Valencia. Accedió a la cátedra por oposición. La real orden de 8 de marzo de 1879 lo designaba catedrático de las asignaturas de patología quirúrgica de la facultad de medicina. Se posesionó el 14 de dicho mes y año. Cesó en el cargo el 13 de octubre de 1918 por fallecimiento. AUV, Sección general, *Catedráticos*, ls. 425 y 426, pp. 116 y 68, respectivamente. Parte de su expediente académico se conserva en el AUV, Sección medicina, *Hojas de servicios. Expedientes docentes*, caja 1.371/5. Fue rector desde el 4 de junio de 1903 hasta el 16 de enero de 1916. AUV, Sección general, *Libros*, l. 431, *Empleados 1882-1939*, p. 118.

avanzaba desesperó a algunos, e incluso hubo quien pretendió avanzar por la fuerza. De nuevo, Valencia cobró protagonismo...

## 2. *La violencia como salida a la crisis*

Francisco Moliner Nicolás fue un elemento ciertamente perturbador en la vida universitaria<sup>50</sup>. Médico, catedrático, político, publicista, demagogo, cristiano, monárquico, liberal, burgués revolucionario, socialista, conservador... A todo ello se adscribió formando un peculiar conglomerado ideológico que atrajo a muchos estudiantes y a una considerable parte de la opinión pública valenciana. Se enfrentó a políticos liberales de importancia —Romanones, Rodrigo Soriano, etc.— y a sus compañeros de claustro —la enemistad que mantenía con Manuel Candela era bien conocida por toda Valencia— más por su forma de actuar que por su ideario. Buen amigo y defensor alumnos, en diversas ocasiones recurrió a ellos para reivindicar derechos, amenazar a las autoridades, o presionar al poder civil o académico. Conocía de la naturaleza infantil y levantisca de muchos estudiantes y supo utilizarla para favorecer los intereses de la sociedad y los suyos propios. Mantuvo siempre con los escolares un fuerte vínculo de compañerismo y simpatía. Para ello les brindó protección en las algaradas que protagonizaban y tuvo una estrecha colaboración cuando levantó el hospital de tuberculosos de Porta Coeli<sup>51</sup>.

---

<sup>50</sup> Su carrera docente comenzó hacia 1874 en la facultad de medicina de Valencia como alumno interno de clínica. Tras ocupar diversos puestos regresó como catedrático de fisiología humana a Valencia el 24 de julio de 1883. El 4 de noviembre de 1887 fue trasladado a patología especial médica. AUV, Sección general, *Libros*, l. 426, *Catedráticos*, pp. 10 r. y 56 v. También hay parte de su expediente en AUV, Sección medicina, *Hojas de servicios*, *Expedientes docentes*, caja 33/5.

<sup>51</sup> Intercedía ante los gobernadores civiles o militares pidiendo su liberación cuando eran detenidos en las huelgas y protestó contra las sanciones académicas impuestas por sus compañeros. La primera colecta que hizo la estudiantina valenciana fue para su sanatorio. *El Correo*, 23 de enero de 1901, p. 1. Otros gestos amistosos del mismo diario: 9 de noviembre de 1901, p. 1 y 11 de enero de 1904, p. 1; también *Las Provincias*, 27 de octubre de 1898, p. 2. Su discurso a favor de una ley de protección para los tísicos pobres se dio en el paraninfo de la universidad y fue respaldada por los estudiantes. *El Correo*, 11 de febrero de 1904, p. 1.

Su profunda preocupación por la enseñanza y la sanidad, le llevaría el 18 de diciembre de 1901 a intervenir en el Parlamento denunciando el abandono presupuestario en que la educación se encontraba<sup>52</sup>. Como catedrático de la Universidad de Valencia conocía de primera mano los graves apuros económicos y las necesidades de la enseñanza superior. La inutilidad de sus protestas en la Cámara baja y la pérdida de su escaño le llevó a un cambio de estrategia. Volvió a su cátedra y en el discurso inaugural de 1904-1905, poco antes de la asamblea de catedráticos de Barcelona, sorprendió a la comunidad universitaria con el anuncio de su dimisión si en breve plazo no se aumentaban mucho las inversiones en instrucción y sanidad.

He de aprovechar la ocasión propicia que me ofrecen las solemnidades de este acto y su carácter oficial, para realizar en el día de hoy lo que entonces propuse; para cumplir lo que entonces prometí; y por consiguiente, os anuncio, excelentísimo señor; os anuncio señores profesores; os anuncio, estudiantes, la dimisión de mi cátedra con el carácter de irrevocable, si en los nuevos presupuestos de instrucción pública no se incluyen las millonadas necesarias para que la enseñanza oficial en España sea lo que debe ser<sup>53</sup>.

Existía el precedente del santanderino Madrazo que tiempo atrás había renunciado a su cátedra en Barcelona porque el gobierno no le había proporcionado los medios precisos para ejercer con dignidad su labor docente. Él lo imitaba porque la situación era terrible, como ejemplo recordó la huelga protagonizada por los estudiantes de medicina pocos meses atrás por el cierre de las clínicas por falta de dinero para prácticas. Su gesto contaba con todo el respaldo moral pues su causa era digna. Un articulista de un diario afin reconoció su valentía pero lamentó que la pasividad de la mayoría de sus

---

<sup>52</sup> Diputado independiente entre 1901 y 1903, fue derrotado en las elecciones de 26 de abril de 1903. Obtuvo 4.370 votos que los 3 candidatos republicanos superaron holgadamente. Ll. Aguiló Lúcia, *Sociología electoral valenciana (1903-1923). Las elecciones en Valencia durante el reinado de Alfonso XIII*, Valencia, 1976, p. 88.

<sup>53</sup> F. Moliner Nicolás, *Discurso leído en la solemne inauguración de curso de la universidad literaria de Valencia (1904 a 1905)*, Valencia, 1904, pp. 12-13.

compañeros haría estéril su renuncia. Quizás era mejor planear otra táctica que dependiera no de los catedráticos sino de los estudiantes, menos apáticos y sin tantas ligaduras políticas...

Es necesario desconocer la naturaleza humana de los catedráticos para aguardar de ellos resoluciones extremas, cuando aún los hay entre ellos que juzgan admirable el mecanismo de que forman parte y no opinan que sea necesario reformarle. El egoísmo, por una parte, y la ignorancia por otra, hacen perfectamente imposible esa huelga que el Dr. Moliner anhela y absurda la idea de provocarla<sup>54</sup>.

No perdió su plaza pues el gobierno rechazó la provocación y desechó la renuncia<sup>55</sup>. Desde entonces se declaró «catedrático rebelde» y pensó en cambiar la situación a través de una acción colectiva y violenta por medio de una alzamiento escolar. Preparó a los estudiantes para un eventual levantamiento.

Ya veis, pues, que no son simples retóricas aquellos ofrecimientos que al principio os hice. No sólo es que os ofrezco este discurso; es que, como veis, pongo en vosotros las más grandes esperanzas de su éxito. Pues ante la hipótesis de que por segunda vez cayeran en el vacío mis palabras y resultaran fracasados mis propósitos, y dentro de un par de meses me quedara solo con mi dimisión y sin la cátedra, hacia vosotros dirijo el corazón lleno de esperanzas convencido y con la clarividencia de la fe bien cimentada, el éxito ulterior de mis buenas intenciones<sup>56</sup>.

Sin embargo, no fue el único académico que planteó acciones originales y violentas, aunque sí el que las ejecutó. En el discurso de octubre de 1905 en Oviedo, Fernando Pérez Bueno, catedrático de derecho natural y militarista convencido, peroró acerca de las tres llagas de la enseñanza<sup>57</sup>: los políticos, los estudiantes y los profesos-

---

<sup>54</sup> A. M. «El discurso del Dr. Moliner», *El Correo*, 18 de octubre de 1904, p. 1. Pudiera ser que el redactor fuera su propio hijo Antonio Moliner.

<sup>55</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 14 de noviembre de 1906, pp. 275-276.

<sup>56</sup> F. Moliner Nicolás, *Discurso...*, p. 16.

<sup>57</sup> F. Pérez Bueno, *Universidad literaria de Oviedo. Discurso leído en la solemne apertura del curso académico de 1905 a 1906*, Oviedo, 1905.

res. Denunció la sangrante situación de la universidad. Su lenguaje agresivo, rayano en lo ofensivo, evidencia la desesperación de quien no veía ni en las buenas maneras, ni en la política, solución alguna. Enemigo de todos los partidos políticos, a los que consideraba como «asociaciones de explotadores de España», propuso como respuesta a los problemas universitarios que los catedráticos denostaran la política y dejaran los bancos de las Cortes. A continuación formarían una asamblea constituyente y proclamarían la autonomía universitaria. Planteaba una revolución pacífica —o no tanto— de los académicos.

La salvación está en nosotros, en el organismo docente que sufre la llaga de la política y de su ministerio. Es preciso imponer nuestro derecho; no predicarlo ni suplicarlo, sino fabricarlo con la acción, quitando y poniendo rey, o sea, poniendo debajo a la política y al ministerio que están encima, y declarándonos en asamblea constituyente, que no subvierte la soberanía del Estado, como podrían objetarnos los timoratos leguleyos, sino que la realiza. Lo único que se necesita es querer ocupar el poder legislativo vacante. La autonomía universitaria no se pide, se toma y después se conserva<sup>58</sup>.

Pero volvamos a Moliner que paralizó su plan por la llegada de Amalio Gimeno al ministerio de instrucción en los años 1906 y 1907. El ministro estaba favoreciendo con su política a las universidades, especialmente a la de Valencia de la que había sido catedrático y senador. Esto, sumado a la profunda enemistad existente entre Moliner y Gimeno, no recomendaba en absoluto la revuelta. El enfrentamiento era antiguo y se originó por rencillas profesionales que el transcurso del tiempo no había suavizado<sup>59</sup>. Para empeorar su situación, Moliner había criticado continuamente a los liberales y republicanos desde que éstos le privaran del rectorado en 1898<sup>60</sup>. En 1902 boicoteó las ceremonias del IV centenario para forzar la dimisión de Manuel Candela. Por si no fuera bastante, en 1904 arreme-

---

<sup>58</sup> F. Pérez Bueno, *Universidad literaria de Oviedo...*, p. 28.

<sup>59</sup> Amalio Gimeno defendía en 1885 la vacunación anticolérica de Ferrán mientras Moliner con otros catedráticos adoptaron la actitud contraria. J. M<sup>a</sup> López Piñero, «La facultad de medicina de Valencia», *Historia de la universidad...*, III, Valencia, 2001, pp. 198-199.

<sup>60</sup> *El Correo*, 30 de mayo de 1901, p. 1.

tió contra sus propios compañeros, violando el sacrosanto corporativismo académico.

El vivir de los catedráticos es uno de los más cómodos, repuestos y tranquilos que en España existen, y de todas las oficinas españolas las universitarias, donde se dan los conocimientos empolvados con trozos de badulaque verbal, son indudablemente más apetitosas [...] comenzarían a ir a la cátedra por caminos más anchos y bien trazados que los que ahora suelen llevarles a ellas. Si así fuera, las oposiciones serían verdaderos torneos científicos y no luchas de callejuelas que comienzan en las encrucijadas del ministerio de Instrucción pública cuando llega el momento de nombrar el tribunal que ha de juzgar a los opositores [...] los hay entre ellos que juzgan admirable el mecanismo de que forman parte y no opinan que sea necesario reformarle<sup>61</sup>.

Esperó pues no era aconsejable iniciar movimientos, teniendo en su contra al ministro y a sus propios compañeros. Mientras Gimeno gobernó, Moliner se aseguró la fidelidad de sus discípulos reforzando unos vínculos que le permitieran contar con su apoyo cuando llegara el momento. En 1906 por ejemplo, se produjo algunas pruebas de fidelidad para con el doctor. Los estudiantes hicieron huelga atendiendo su consigna y desobedecieron a los profesores que lo sustituían en la cátedra. El claustro actuó de manera corporativa y prefirió no agravar las cosas ignorando la acción del catedrático y castigando suavemente a sus alumnos<sup>62</sup>. Con todo, el doctor siguió faltando a clase<sup>63</sup>. Sin embargo asistió a las juntas disciplinarias de facultad para oponerse a los castigos contra los estudiantes. En la junta de medicina de 14 de marzo de 1907 explicó sus razones: «mientras la enseñanza no se reforme en sentido radical haciéndola verdaderamente práctica y fructífera, nadie tendrá la

---

<sup>61</sup> *El Correo*, 18 de octubre de 1904, p. 1.

<sup>62</sup> Las medidas que adoptaron fueron alargar el curso tantos días como se hubieran perdido, y para evitar favoritismos, los alumnos de Moliner serían examinados por un tribunal compuesto por el catedrático, el auxiliar y un académico designado por el decano. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 28 de abril de 1906, pp. 261-264.

<sup>63</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 7 de mayo de 1906, p. 265.

autoridad moral suficiente para reprimir las huelgas escolares». Para sancionar a los alumnos con justicia, primero era necesario ofrecerles una universidad dotada y digna<sup>64</sup>.

Mientras, el deseo autonómico y de reforma seguían vivos en los claustros valencianos. Si Francisco Moliner en 1904 pidió mayores inversiones, Francisco Castell Miralles, catedrático de ciencias, lo hizo al año siguiente en un discurso regeneracionista<sup>65</sup>. Ahondó más en el problema que el primero, pues en su opinión el dinero no bastaba para mejorar la universidad. Se necesitaba una legislación nueva, inspirada completamente en las asambleas universitarias de 1902 y 1905. La autonomía universitaria era esencial por lo que demandaba la aprobación del decreto de 18 de abril de 1902 como un primer paso para la reforma<sup>66</sup>. Las universidades debían poseer la capacidad de reglamentarse, de determinar sus propios planes de estudio y de elegir a sus legítimos representantes. Era preciso que se organizaran libremente para atender las obligaciones científicas contraídas con la sociedad a la que servían. Propuso un modelo universitario más social, en el que los poco favorecidos pudieran estudiar con becas. También mencionó otras reformas educativas que debían adoptarse. En fin, todo un paquete de mejoras esenciales para cambiar el rumbo general de los estudios superiores. La solución no estaba en copiar los modelos extranjeros, sino en configurar uno propio ayudado por las experiencias de los países más avanzados.

El catedrático republicano de medicina, Ramón Gómez Ferrer, defendió siempre la autonomía universitaria. En 1907 el partido valencianista se hizo eco de sus ideas<sup>67</sup>. Denunció la subordinación de la

---

<sup>64</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 14 de marzo de 1907, pp. 280-281.

<sup>65</sup> F. Castell Miralles, *Discurso leído en la solemne inauguración de curso de la universidad literaria de Valencia, (1905 a 1906)*, Valencia, 1905. El lema: Algunas reformas que, sin extraordinario gravamen económico, han de dar, en mi humilde concepto, grandes resultados en la enseñanza universitaria, y especialmente en la que corresponde a la sección de químicas de la facultad de ciencias.

<sup>66</sup> F. Castell Miralles, *Discurso leído...*, pp. 29-30.

<sup>67</sup> Se trataba de un partido regionalista de menor entidad. Ese año se produjo un cierto avivamiento del valencianismo. «Valencia Nova» preparó la primera asamblea regionalista para julio de 1907. Ll. Aguiló Lúcia, *Sociología electoral valenciana...*, p. 150.



universidad al ministerio y lo dañina que era para la instrucción la alternancia política porque cada ministro cambiaba la política de educación a su capricho. La universidad debía recuperar su vitalidad y dirigir la formación nacional. Exigió la independencia económica de las universidades como respuesta a la mezquindad del ministerio que las incapacitaba para desarrollar la ciencia. Era necesario librarla de tantas ataduras..., apostó por la libertad de cátedra —autonomía en los métodos de enseñanza y científicos— y pidió que el gobierno universitario quedara en manos de los catedráticos, que eran quienes más cerca estaban de ella y mejor conocían las necesidades<sup>68</sup>.

El liberal y penalista Pascual Testor, en el discurso inaugural de 1911, se refirió al problema de la reforma universitaria y expresó su modelo de universidad futura. Su disertación, bien documentada, se reforzó en comparaciones con las naciones más avanzadas culturalmente. El peso del institucionismo no sólo se dejó notar en este último punto, sino en su defensa de la extensión universitaria y de los intercambios con centros extranjeros. Incluso expuso su propio plan de estudios para la facultad de derecho<sup>69</sup>.

Un año después, el pediatra Gómez Ferrer trataría de las «Causas del no aprovechamiento de las energías intelectuales en España»<sup>70</sup>. Las dividió entre causas generales y locales. Las primeras eran el nacionalismo imperialista, la lucha económica de clases y la perversión ética de la sociedad. Entre las locales estaba el escaso aprecio a la enseñanza. Siguió a Pérez Pujol y defendió la autonomía como solución de los males de la universidad; una independencia libre del caciquismo que amenazaba siempre los trabajos que se emprendiesen. Era, en fin, una continua, tímida y débil apuesta por el cambio. Sin el respaldo de las autoridades académicas ni polí-

---

<sup>68</sup> M. de Espinosa, «Tribuna libre. Carta abierta al Dr. Gómez Ferrer», *El Radical*, 4 de octubre de 1907, p. 1.

<sup>69</sup> P. Testor Pascual, *Discurso leído en la solemne inauguración de curso de la universidad literaria de Valencia (1911-1912)*, Valencia, 1911. La prensa se hizo eco. «En la universidad. Apertura de curso», *El Mercantil Valenciano*, 2 de octubre de 1911, pp. 1 y 2; *El Correo*, *Las Provincias* y *El Pueblo*, misma fecha y todos en primera plana.

<sup>70</sup> R. Gómez Ferrer, *Discurso leído en la solemne inauguración de curso de la universidad literaria de Valencia (1912-1913)*, Valencia, 1912. La prensa se hizo eco: *La Voz de Valencia*, 1 de octubre de 1912, p. 1; *Diario de Valencia* y *Las Provincias*, 2 de octubre, ambos en primera plana.



ticas, poco podía hacerse desde la cátedra... El silencio fue la significativa respuesta del ministerio.

a) *La «revolución educativa» de Francisco Moliner*

Cuatro años después de su primera amenaza, Moliner decidió entrar en acción. El momento elegido fue a principios de 1908 con la llegada al turno de gobierno de los conservadores, con su conocida pasividad en materia de universidades. La grave falta de medios y la mitificación del catedrático por sus alumnos ocasionaría una de las más graves revueltas de la universidad que trastornaron seriamente la vida ciudadana en Valencia<sup>71</sup>. Su particular revolución no pretendía realizarse desde arriba —el poder— ni desde abajo —el pueblo— sino desde el medio, ejecutada por alumnos y profesores. Buscó la reacción de la sociedad universitaria: los estudiantes a través de manifestaciones y huelgas pacíficas, los segundos con una dimisión generalizada.

Óigame pues, el Sr. Maura si quiere oírme; créame si quiere creermme; habría de desear este movimiento regenerador de la *revolución de en medio* se realizara, para completar el de la *revolución de arriba* si va de veras, y juntas conseguir las dos revoluciones esos dos fines soberanos a cuya sola posibilidad se rinde el alma extasiada de satisfacciones y de glorias; el de redimir a España de todas sus desventuras y el de hacer imposibles los pavorosos desastres de sangre y fuego con que la anárquica *revolución de abajo* amenaza, y cuyas señales ya van dibujándose en el horizonte, para plazo bastante más próximo de lo que muchos creen<sup>72</sup>.

Aprovechó el malestar que produjo en los estudiantes la notificación de los castigos impuestos por las algaradas de fin de año anterior<sup>73</sup>. Moliner el lunes 20 de enero, unas horas después de que

---

<sup>71</sup> Un resumen del conflicto en: «El año 1908 en Valencia», *Almanaque Las Provincias para el año 1909*, Valencia, s/a, pp. 50-51.

<sup>72</sup> F. Moliner Nicolás, *Discurso...*, p. 28.

<sup>73</sup> Se hizo huelga entre el 13 y el 18 de enero cuando se comunicó a los escolares los castigos por adelantar las vacaciones navideñas. El rector resolvió el conflicto tras algunos trabajos y amenazas. *Las Provincias*, 14-17 y 19 de enero de 1908, todos en p. 2.

la paz se restableciera, comenzaba su acción. Repartió entre los estudiantes de la facultad de medicina un manifiesto: *Por la enseñanza y la salud pública*. En él censuraba duramente la política del gobierno, que consignaba decenas de millones de pesetas para construir una nueva escuadra, mientras rechazaba la propuesta de la oposición de destinar cinco millones a la educación<sup>74</sup>. También animaba a sublevarse en favor de la cultura y de la sanidad pública hasta que se destinaran cien millones para ambas partidas<sup>75</sup>. Al día siguiente, reiteró el discurso en el que recordó los éxitos logrados junto a los estudiantes por el bienestar social —el hospital de Porta Coeli— y pidió que se abstuvieran de entrar en clase hasta lograr sus objetivos. Los alumnos abandonaron las lecciones y le acompañaron hasta la universidad donde tras un improvisado mitin consiguió la adhesión de la mayoría. Los que no se sumaron fueron impedidos de seguir las clases por los rebeldes. La escena se repitió en la escuela normal de maestros y en el instituto.

El hecho por lo inesperado y original sorprendió y alarmó a sus compañeros y demás responsables académicos que protestaron inmediatamente ante el rector. José Machí conmocionado, informó al ministro de instrucción pública, Francisco Rodríguez San Pedro, y conferenció con el gobernador civil, Pérez Mozo. Cuando éste contactó con Moliner para pedirle explicaciones, el doctor le aseguró que su actitud era francamente revolucionaria en favor de la enseñanza y que se ratificaba en su pronunciamiento. Para agravar la

---

<sup>74</sup> De los 1.043.799.854,27 pesetas del presupuesto para 1908-1909, el gobierno consignó 157.973.338,58 de pesetas al ministerio de Guerra. A instrucción pública se destinaron 52.351.347,14 de pesetas, la tercera parte de los gastos militares. Ley de presupuestos para 1909 de 28 de diciembre de 1908, *Gaceta de Madrid* de 29, *Boletín de la revista general...*, t. 137, Madrid, 1909, p. 782.

<sup>75</sup> Posiblemente fue él o un colaborador muy próximo quien bajo el seudónimo de «Ticio» escribió: «La falta de medios de enseñanza, la carencia de un régimen apropiado de instrucción, son las causas de la empleomanía, enfermedad por la que los centenares de licenciados que anualmente salen de nuestros centros docentes, abren una grieta al Estado y le expolian cantidades que debieran tener otro destino [...] hay que darles a los centros de enseñanza aquello que necesitan [...] Este será el único medio de evitar hechos tan faltos de pudor como el de que un catedrático con conciencia subleve a las masas escolares para que pidan lo que les corresponde». *El Radical*, 14 de diciembre de 1907, p. 1.

situación, dijo que pretendía extender la revuelta a la totalidad de los estudios y que lucharía por todos los medios hasta lograr su objetivo. El doctor sabía que las reformas educativas se habían estancado con los conservadores. La mejor manera de reforzarse políticamente y reavivar la cuestión escolar, era convertirse en el emblema de una protesta a la que pudieran sumarse todas las universidades. Buen conocedor de la solidaridad que los estudiantes mantenían durante los motines, basó su plan en el respaldo de los alumnos más que en el de los catedráticos<sup>76</sup>.

Los sucesos y sus palabras afirmándose en sus nada pacíficos proyectos forzaron a las autoridades a tomar medidas para atajar el motín. La fiscalía estudió la responsabilidad criminal del profesor y enseguida fue arrestado<sup>77</sup>. El rector actuó presionado directamente por el ministro. Tomó dos decisiones: convocó al consejo universitario para que iniciara un expediente con el que esclarecer responsabilidades y se ordenó al resto de autoridades académicas que acabaran ejemplarmente con la revuelta: cada centro se ocuparía de sus rebeldes. La decisión, como tantas otras, mostraba el desconocimiento y la confusión legislativa del momento pues según el reglamento disciplinario de 1906 la actuación de alumnos de diversas facultades debía conocerse por el consejo universitario<sup>78</sup>. Las juntas de facultad, por tanto, debían inhibirse de conocer de la revuelta; de todas maneras, los claustros acataron la orden.

Ya dijimos que Moliner gozaba de pocas simpatías entre el profesorado. Además de sus rencillas con los catedráticos de medicina, como político mezcló ideas monárquicas, católicas y socialistas, que lo enfrentaron con los tradicionalistas, republicanos y liberales. Su comportamiento excéntrico y rebelde de por sí, se había pronunciado en los últimos tiempos e incomodaba a muchos. Por si no

---

<sup>76</sup> Prueba de su plan fue la detención en Granada de un alumno suyo que había ido comisionado para entregar la proclama repartida en Valencia y fomentar las protestas. *El Pueblo*, 5 de febrero de 1908, p. 1.

<sup>77</sup> *Las Provincias*, 22 de enero de 1908, p. 2.

<sup>78</sup> Fue aprobado por Vicente Santamaría de Paredes, en el real decreto de 11 de enero de 1906. *Gaceta de Madrid* de 13 de enero. *Boletín de la revista general...*, t. 128, Madrid, 1906, pp. 157-165. Para conocimiento de los escolares *La Voz de Valencia* lo publicó íntegramente el 15 de enero en sus pp. 1 y 2. Con las reformas operadas en 1909 se contiene en la *Enciclopedia jurídica española*, 30 vols., Barcelona, 1910, XII, pp. 313-317.

fuera bastante, protagonizaba esa extraña revolución... Entre los docentes no faltó quien quisiera vengarse; y acabar de una vez con el peligro potencial que representaba para la paz universitaria y con la mala fama que daba a su categoría profesional. No extraña pues que la instrucción del expediente correspondiera a uno de sus más enconados enemigos, el decano interino de derecho <sup>79</sup>, Rafael Rodríguez de Cepeda <sup>80</sup>. El ultramontano mostró un meticuloso interés en el proceso. No en vano Cepeda y Moliner eran enemigos ideológicos y políticos que ya habían tenido sus roces en las luchas habidas por el acta de diputado por Valencia en 1903 <sup>81</sup> y por el rectorado tras la muerte de Ferrer y Julve <sup>82</sup>. El jurista no desaprovechó la oportunidad de acabar con la carrera académica de su adversario <sup>83</sup>. La franqueza del profesor y su actuar honesto ante la autoridad, llevaron al traste sus planes. Su detención le impidió estar presente en los primeros momentos y aunque asumió el papel de mártir encarcelado por la mejora educativa, no pudo liderar la protesta en el momento crucial de su inicio.

El 23 de enero era fiesta por el santo del rey. Los partidarios del doctor dieron un mitin en la facultad de medicina donde hablaron alumnos de todas las disciplinas. A continuación marcharon a la sede del gobierno militar —plaza de Tetuán—, para vitorear a Moliner y apedrear la recepción que se celebraba. El gobernador civil, famoso por su firmeza con los obreros, quedó en evidencia por el buen trato que tuvo con los delfines de las clases altas valencianas.

---

<sup>79</sup> Su cargo provisional lo acredita el *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*. Rafael Rodríguez de Cepeda hizo las veces de decano accidental entre el 25 de octubre de 1907 y el 13 de enero de 1909. Su ideario clerical y ultraconservador le llevó a fundar la Liga Católica en Valencia.

<sup>80</sup> AUV, Sección general, *documentos II*, actas del consejo universitario, caja 1.903/3, legajo 45. Acta del día 22 de enero de 1908. *El Pueblo*, 29 de enero de 1908, p. 1.

<sup>81</sup> Fueron adversarios en las elecciones del 26 de abril de 1903. Ninguno venció como sí lo hizo: Blasco Ibáñez, Menéndez Pallarés y Rodrigo Soriano. «Valencia en 1903», *Almanaque Las Provincias para el año 1904*, Valencia, s/a, p. 59. También Ll. Aguiló Lúcia, *Sociología electoral valenciana...*, pp. 83 y 88.

<sup>82</sup> *El Pueblo*, 29 de enero de 1908, p. 1.

<sup>83</sup> *Las Provincias* y *El Pueblo* 23 de enero de 1908, pp. 2 y 1, respectivamente.

En lugar de reprimirlos se limitó a pedirles calma y a razonarles que, aunque aplaudía su idealismo, no debían continuar ya que su pretensión era imposible porque el país estaba en una pésima situación económica y porque no podían alterar los presupuestos fuera del plazo legal. Finalmente les amenazó con intervenir<sup>84</sup>. Las amonestación de Pérez Mozo fue desatendidas y los rebeldes presionaron para liberar al doctor. Al día siguiente, se manifestaron en la universidad y en la facultad de medicina donde pronunciaron diversos discursos. Volvieron a impedirse las clases en el instituto y demandaron ante su domicilio la dimisión del rector José Machí.

Los partidos dinásticos y republicanos valencianos reaccionaron en contra del doctor y se emplearon a fondo para vapulearlo antes de que saliera de la cárcel. La prensa conservadora y republicana aunaron sus fuerzas para desprestigiar al profesor acusándolo de soñador, alocado y fantasioso que con su actuación sólo conseguiría fuertes castigos para los alumnos.

La protesta de Moliner resulta ya ridícula por lo extemporánea.

Hubiera surgido en el momento de discutirse el presupuesto de instrucción pública y tal vez la opinión habría dado carácter de verdadera gravedad a la protesta escolar.

Pero hoy, ante los hechos consumados, cuando el instigador sabe de sobra que no ha de repercutir la protesta en dicho ministerio, resulta ridícula (de algún modo hemos de calificarla) la conducta de un catedrático fomentando la incultura so pretexto de que no se consigne cantidad suficiente para la enseñanza.

Y terminamos hoy recomendando al elemento obrero que no se mezcle en estas algaradas estudiantiles, dejando a los escolares la responsabilidad de sus actos.

Eso sí; tomen nota de la conducta de las autoridades para pedir en su día estrecha cuenta a quien corresponda de los excesos que con ellos comete la fuerza pública por cualquier fútil motivo<sup>85</sup>.

La campaña contra Moliner dividió a los estudiantes entre sus partidarios —mayoritariamente de medicina— y el resto. Los de las

---

<sup>84</sup> *Las Provincias* y *El Pueblo*, 24 de enero de 1908, pp. 2, 1 y 2, respectivamente.

<sup>85</sup> «Los sucesos escolares», *El Pueblo*, 28 de enero de 1908, p. 2.

facultades de letras, aunque también padecían penuria material, no sufrían tanto la escasez como sus colegas y no creían necesario plantear una huelga de tal calado. Sin embargo, no fue ese el motivo principal por el que muchos dudaban en alzarse —prueba es que en otras ocasiones se amotinaron por idéntica causa—. La clave estaba en las distancias ideológicas con Francisco Moliner, cercano al socialismo, doctrina que no era precisamente la más popular entre los de letras. Más conservadores que los de medicina o ciencias, no tenían especial interés en secundarlo y menos, si con ello iban contra el gobierno conservador de Maura y enojaban a sus catedráticos que les amenazaron de lo caros que podían costarles los gestos a favor del doctor... Por otra parte, la tentación de holgar era muy grande. La disyuntiva les hizo dudar entre obedecer o protestar. En derecho unas veces entraron a clase —probablemente con los profesores más rigurosos e intransigentes—, y otras no<sup>86</sup>. Sólo los de filosofía y letras guardaron el orden.

Los que se mantuvieron rebeldes durante la prisión de Moliner vieron cómo sin su liderazgo la rutina se apoderaba de sus actos. Por la mañana se manifestaban desde la universidad hasta el claustro de medicina, donde se celebraban mítines y discusiones en los que ampliaron y depuraron las peticiones del doctor para la mejora universitaria. Sus exigencias estuvieron muy en la línea de la libertad y autonomía universitaria. Punto por punto repitieron las consignas del regeneracionismo universitario liberal: aumento de salarios a catedráticos y auxiliares que les permitiera una dedicación exclusiva; incremento en los presupuestos para material de instrucción; libertad de enseñanza; exámenes trimestrales en lugar de los —temidos— anuales; libertad de asistencia con la abolición del detestado pase de lista. Pidieron una participación real en el gobierno de la universidad por medio de una comisión de estudiantes en los consejos de disciplina, aunque fuera sin voto. Para acabar con la intervención política en la universidad, solicitaron que los decanos y los rectores fueran elegidos por alumnos y profesores. También que el gobierno pusiese la cartera ministerial en manos de técnicos responsables y no de políticos que desconocían la realidad universitaria y se despreocupaban del desarrollo y de la autonomía cientí-

---

<sup>86</sup> Por ejemplo el 24 entraron en hacienda pública, pero no a otras. *Las Provincias*, 25 de enero de 1908, p. 2.

ficos<sup>87</sup>. Los catedráticos tradicionalistas rechazaron estas ideas que consideraban liberales.

Moliner fue liberado el 25 de enero y en un mitin celebrado en la facultad de medicina se conjuró con los estudiantes a continuar con mayor firmeza la protesta. Al gobernador se le acabó la paciencia y advirtió que protegería a quienes quisieran ir a clase y atajaría toda manifestación ilegal. Ahora bien, sólo intervendría en el interior de la universidad cuando se lo demandara la autoridad académica: «En el aspecto académico del conflicto no entro [...] yo no puedo inmiscuirme, pues para ello existen las autoridades de este orden»<sup>88</sup>. Tal y como se preveía, la liberación del catedrático radicalizó el conflicto. Las amenazas del gobernador fueron estériles y el lunes 27 los enfrentamientos se recrudecieron.

Hasta ese día las juntas de facultad rehuyeron obedecer al ministro en espera que la situación se calmara. La escalada de violencia llevó a una nueva reunión en la que manifestaron que no actuarían disciplinariamente hasta que el gobernador civil no garantizara el orden en las calles y acabara con la violencia coactiva. El claustro de medicina actuó de manera un tanto ambigua. Aunque criticó con delicadeza el motín y pidió que los rebeldes se aquietaran, no tomó medidas disciplinarias. Por otra parte se propuso cerrar las aulas para dar tiempo a que se aplacaran los ánimos y en lugar de arremeter contra su compañero, se culpó al ministerio por las desatenciones que había mostrado a las continuas sugerencias y quejas que desde años le formulaban, ya que la reforma de Romanones —que alababan— no había sido suficiente. ¿No eran esas medidas una invitación al motín? Sin castigos a la vista, con las aulas cerradas y con razones para atacar al ministerio... ¿no estaban favoreciendo la revuelta? Pudo ser que quisieran que la algarada no se aquietara por completo, ya que simpatizaban con sus motivos. En el fondo deseaban que tuviera éxito y quizás eso les llevó a olvidar sus viejas rencillas contra el doctor rebelde. El corporativismo salvaguardaba su honor y les protegería contra acusaciones de complicidad. Aprovecharon la atención pública sobre la universidad, para demandar al ministerio que atendiera sus reivindicaciones<sup>89</sup>. En derecho los

---

<sup>87</sup> *Las Provincias*, 26 de enero de 1908, p. 2 y *El Pueblo*, 25, 26 y 27 de enero de 1908, pp. 1, 1 y 2, respectivamente.

<sup>88</sup> *Las Provincias*, 27 de enero de 1908, p. 2.

<sup>89</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 27 de enero de 1908, pp. 292-297.



catedráticos pese a ser mayoritariamente conservadores y por tanto hostiles a estas protestas suspendieron las medidas disciplinarias hasta que cesara la violencia. No podían castigar a quienes se ausentaban de clase por miedo<sup>90</sup>.

*b) La decisiva actuación del gobernador civil*

Pérez Mozo finalmente tuvo que actuar presionado por la prensa, la ciudadanía y las autoridades académicas. Los catedráticos discretamente se habían descargado de las responsabilidades inmediatas en el conflicto, cuando sometieron su actuación disciplinaria a la acción previa del gobernador civil. Éste no tenía más opción que actuar, pero quiso hacerlo con prudencia pues aún estaba fresco el recuerdo de Martos O’Neale, que perdió su cargo en Valencia en 1903 precisamente por el excesivo rigor con que reprimió una protesta escolar<sup>91</sup>. Pérez Mozo promulgó un segundo bando en el que afirmaba su intención de restablecer la paz<sup>92</sup> y al día siguiente, el 28 de enero, se notó la presencia de las fuerzas de seguridad. La mayor parte de los alumnos de derecho, los de la normal de maestros, y los del instituto general y técnico ya entraron en clase. Los huelguistas ante la amenazadora presencia policial, marcharon evitando los centros de enseñanza que estuvieron acordonados. Ese día se detuvo al hijo de Moliner —también estudiante—, y sus compañeros al tratar de liberarlo padecieron varias cargas de la guardia civil. El consejo universitario en vista de las primeras acciones policiales tomó dos decisiones que facilitaron la normalización del conflicto: paralizó

---

<sup>90</sup> Amenazaron con aplicar el reglamento de 1906 una vez hubieran acabado las coacciones. *El Pueblo*, 28 de enero de 1908 p. 2 y *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, junta de 27 de enero de 1908.

<sup>91</sup> Tras varias semanas de huelgas y motines violentos que trastornaron seriamente la vida ciudadana, los estudiantes lograron el traslado de Martos a La Coruña, la expulsión del jefe de la policía Gómez Escudero y la dimisión del rector Manuel Candela por no haber sabido o querido ponerse del lado de los escolares. «El año 1903 en Valencia», *Almanaque Las Provincias para 1904*, Valencia, s/a. También *El Correo*, 10 de abril de 1903, p. 1.

<sup>92</sup> *Las Provincias*, 28 de enero de 1908, p. 2.



las sanciones con la condición de que los escolares volvieran a clase y suspendió de empleo y sueldo a Moliner mientras se tramitaba su expediente<sup>93</sup>. El decano de medicina, Peregrín Casanova, se esforzó en lograr la normalidad<sup>94</sup>.

Las amenazas surtieron efecto y el día 29 se aquietó notablemente la situación en el edificio de la universidad. En medicina, cuya facultad se encontraba en la calle Guillén de Castro, continuó el alboroto callejero y forzó la intervención de la guardia civil. El rector amenazó con la pérdida de curso a quien no acudiera a clase a partir del día siguiente. El reglamento disciplinario admitía esta posibilidad cuando la situación fuera grave. Los padres, preocupados por el cariz que tomaba la situación, se reunieron para evitar el volver a pagar las costosas matrículas<sup>95</sup>. El 30 de enero sólo los de medicina siguieron rebeldes, reforzados por las noticias de que los alumnos de Zaragoza se unían a su causa. El decano al ver frustrado su intento de pacificación y que la situación se desbordaba, reclamó la presencia de las fuerzas de seguridad. La aparición de un teniente de la guardia civil en el interior de su facultad, exasperó a los alumnos.

Los escolares se dirigieron entonces a la sala de profesores pretendiendo entrar allí violentamente, lo cual fue impedido por la guardia civil, que, penetrando en la facultad cargó las tercero-las y apuntó con ellas a los estudiantes, que emprendieron la huida por todas las dependencias, originándose gran confusión. La guardia civil abandonó después la facultad<sup>96</sup>.

---

<sup>93</sup> Respecto a la suspensión, el reglamento de las universidades de 22 de mayo de 1859, artículos 1.12 y 9.7 admitía la medida cuando un catedrático desobedeciera al rector o al decano. Podía proponerla el rector, el decano o el mismo consejo que era quien decidía acerca de su aplicación. Se le impuso por tratarse de un caso de evidente insubordinación. El ministerio lo ratificó en la real orden de 31 de enero de 1908. AUV, Sección general, *Libros, Catedráticos*, l. 426, p. 56 v.

<sup>94</sup> Dijo a los alumnos que la protesta estaba llamada a sucumbir por el desinterés del resto de universidades en secundarles, y que se ponían en peligro las enseñanzas del curso por lo avanzado que estaba. *Las Provincias* y *El Pueblo*, 29 de enero de 1908, pp. 2 y 1, respectivamente.

<sup>95</sup> *Las Provincias* y *El Pueblo*, 30 de enero de 1908, pp. 2 y 1, respectivamente.

<sup>96</sup> *Las Provincias*, 31 de enero de 1908, p. 2.

La dura intervención policial, que en otra ocasión hubiera producido una agitación en la universidad por la violación del «fuero universitario» no tuvo secuelas. Probablemente porque la protesta agonizaba y además era peligroso intervenir cuando las autoridades civiles y universitarias estaban tan decididos a acabarla. Dos acontecimientos la liquidarían ese mismo día: el primero fue la nueva detención de Moliner por sedición<sup>97</sup>. El segundo fue que un buen grupo de padres y tutores decidieron resolver el conflicto, ante el temor de que acabara en un baño de sangre —como había sucedido en Salamanca en 1903— o con la pérdida de las matrículas<sup>98</sup>. Tal y como acordaron, al día siguiente acompañaron a sus hijos hasta las aulas que ya quedaron en calma definitiva. Pese a todo, el gobernador en previsión de algún avivamiento mantendría varios días acordonados los centros de estudios<sup>99</sup>.

### c) *Disciplina o represión ideológica*

Una vez impuesta la normalidad llegaron las sanciones. El ministerio de instrucción se tomó muy en serio el castigo, pues entendió que el motín había atentado contra la misma estabilidad del gobierno. Envío a un comisionado especial —Daniel Cortázar—<sup>100</sup> para continuar el expediente contra Francisco Moliner e inspeccionar el

---

<sup>97</sup> Parece que Moliner incurrió en el supuesto del 250. 1 o 2 del código penal de 1870. «Son reos de sedición los que se alzan pública y tumultuariamente para conseguir por la fuerza, o fuera de las vías legales, cualquiera de los objetos siguientes: Impedir la promulgación o la ejecución de las leyes o la libre celebración de las elecciones populares en alguna provincia, circunscripción o distrito electoral. Impedir a cualquiera Autoridad, corporación oficial o funcionario público el libre ejercicio de sus funciones o el cumplimiento de sus providencias administrativas o judiciales». E. Langle Rubio, *Código penal 17 de junio 1870*, Madrid, 1915, pp. 304-307.

<sup>98</sup> *Las Provincias y El Pueblo*, 31 de enero de 1908, p. 2 y 1, respectivamente.

<sup>99</sup> *Las Provincias*, 1 de febrero de 1908, p. 2.

<sup>100</sup> Se trataba de un inspector del ministerio, como tal, era consejero de instrucción pública. Asimismo era miembro de la academia española y de la de ciencias exactas, físicas y naturales e inspector del cuerpo de ingenieros y minas y senador del reino. Persona de confianza del ministro,

estado de los centros de estudio oficiales <sup>101</sup>. Su presencia por ser excepcional, presagiaba lo peor para el futuro académico del doctor. Contra los estudiantes se iniciaron dos expedientes, que como cabía esperar fueron estériles porque no se encontraron culpables. En este punto el corporativismo escolar era férreo de manera que ningún alumno denunció nunca a otro compañero aunque fuera adversario político o personal. Esto desesperó a los docentes que en presencia del delegado, querían demostrar la entereza de su autoridad. La frustración se tradujo en sanciones duras y generalizadas que contrastan con la suavidad con que en otras ocasiones se castigaban los motines en grupo para adelantar las vacaciones <sup>102</sup>. No olvidemos que en el consejo universitario tomaba parte los decanos de la facultad y el rector, cargos todos que podían ser revocados por el ministro. Fueron inflexibles con los más destacados. Dejó para septiembre a los alumnos de quinto de medicina y se declaró la pérdida de curso a todos aquellos que no entraron en clase el día 30. Sin embargo, les permitieron matricularse nuevamente en el plazo de quince días <sup>103</sup>. En la facultad de leyes se les mantuvo el castigo de alargar el curso y de examinarles por tribunal de profesores —más exigentes en las pruebas— en lugar de por el profesor único como era la costumbre <sup>104</sup>.

La dureza de las sanciones inquietó a los escolares. Padres y alumnos se organizaron para lograr pacíficamente el perdón ministerial. Acudieron a personalidades políticas valencianas y pidieron inútilmente ayuda al rector, al delegado regio y al gobernador. De

---

contó con todas las facultades para adoptar las medidas que estimase necesarias dentro de la ley, especialmente las funciones inspectoras y sancionadoras contenidas en el real decreto de 26 agosto de 1902. *Las Provincias*, 2 de febrero de 1908, p. 2.

<sup>101</sup> La reglamentación inspectora y el procedimiento de actuación de los inspectores para la enseñanza oficial estaba regulado en el real decreto de 26 de agosto de 1902, *Gaceta de Madrid* del día 28, t. 117, *Boletín de la revista general...*, Madrid, 1902, pp. 107-112.

<sup>102</sup> AUV, Sección general, *documentos*, expedientes, caja 39, legajos 3 y 4. *Expediente con motivo de los sucesos ocurridos en Valencia desde el 20 al 30 de enero de 1908* y *Expediente de los hechos del día 30 de enero de 1908*.

<sup>103</sup> *Las Provincias*, 3 y 4 de febrero de 1908, p. 2 y *El Pueblo*, 4 de febrero, p. 1. También AUV, Sección general, *documentos II*, actas de la junta de decanos, caja 475.

<sup>104</sup> *Las Provincias*, 12 de mayo de 1908, p. 2.

éste sólo lograron la liberación de los estudiantes detenidos en capitanía general sin que pasasen por los juzgados<sup>105</sup>. Por su parte el ministro fue inflexible y sólo admitió levantar el castigo a quienes demostraron fehacientemente no haber participado en los hechos<sup>106</sup>. Rodríguez San Pedro no era hombre dado a negociar con escolares «revolucionarios». Incluso las influencias de Moliner en la Corte fueron estériles<sup>107</sup>. Los rebeldes debían ser castigados modélicamente y lo fueron. En un momento en el que se gozaba de una cierta estabilidad política, el ministro no toleró movimientos estudiantiles que tanto daño habían hecho al tradicionalismo en el pasado. La «revolución educativa» sonaba demasiado fuerte para los oídos moderados; los métodos, intolerables.

La parte positiva fue que el ministerio se concienció de la peliaguda situación de las facultades valencianas. El delegado regio constató la urgencia de invertir y mejorar, lo que se tradujo en un donativo urgente de 200.000 pesetas a repartir entre todas las universidades para adquisición de material científico. A Valencia, que solía ser una de las peor subvencionadas, en esta ocasión le correspondió una suma relativamente elevada en prevención de nuevos alzamientos<sup>108</sup>. Al fin las tan justas como antiguas peticiones de los catedráticos y alumnos eran atendidas parcialmente y a un alto precio: una gran revuelta, la expulsión de un catedrático y el castigo de numerosos alumnos<sup>109</sup>.

---

<sup>105</sup> Su intención era que si no lograban el perdón ministerial se les canjeara la sanción de matricularse de nuevo por la de suspenso. Así podrían examinarse en septiembre sin volver a pagar. *El Pueblo*, 13 de mayo de 1908, pp. 1 y 2 y *Las Provincias*, 10 de mayo de 1908, p. 2.

<sup>106</sup> *Las Provincias*, 5 y 15 de febrero de 1908, pp. 2 y 1, respectivamente. El AUV contiene una caja en la que se guarda numerosa documentación referida a los ruegos de amnistía de 44 alumnos de 5º de medicina, así como otros escritos en los que se pide la exclusión de las sanciones por no haber participado en las algaradas. Sección medicina, caja M/563. *Solicitudes dirigidas al rector de la universidad por alumnos de 5º curso de la facultad de medicina para que se les levante el castigo impuesto por la superioridad*.

<sup>107</sup> *Las Provincias*, 14 y 29 de mayo de 1908, ambos en p. 2.

<sup>108</sup> Derecho 1.000 pesetas, al igual que filosofía y letras. Medicina 6.300 pesetas y ciencias 11.000. Total: 19.300 pesetas, casi tanto como la de Barcelona que tuvo 19.600. Real orden de 11 de junio de 1908, *Boletín de la revista general...*, t. 136, Madrid, 1908, pp. 458-460.

<sup>109</sup> *Las Provincias*, 6 de febrero de 1908, p. 2.

*El Pueblo* celebró el fracaso de Moliner por considerarlo un ataque al gobierno<sup>110</sup>. No creemos que fuese esa la verdadera voluntad de un catedrático que años después sería diputado conservador<sup>111</sup>. El doctor durante esos días intentó por medio de la violencia alcanzar un sueño imposible: la reforma radical e inmediata de la sanidad y de la educación españolas. El Estado no estaba dispuesto —o no podía— invertir los cien millones que aquél solicitaba. La salud y la cultura no eran prioritarias. El error en el momento de plantear la protesta, el desacierto en su desarrollo y —lo más importante de todo— la falta de seguimiento en el resto de universidades, fueron las principales causas del estrepitoso fracaso del catedrático que acabó perdiendo su plaza<sup>112</sup>. Sin embargo Moliner hasta su muerte en 1915, no cejaría en su empeño por dignificar la universidad<sup>113</sup>. Los estudiantes valencianos, por su parte, aprendieron una doble lección. Por un lado que era imprescindible recuperar el asociacionismo escolar —en crisis desde 1905— si querían tener éxito en sus reivindicaciones. Por el otro, que desde provincias no podía iniciarse con éxito ninguna sublevación para alcanzar cambios profundos en la educación: toda protesta que buscara tener alcance, debía partir de Madrid o contar con su respaldo.

### 3. *El movimiento estudiantil: una fallida alternativa de cambio*

La visión de los estudiantes protestando por las reformas educativas, la falta de cohesión durante la revuelta y la pasividad de muchos catedráticos, llevaría en Valencia a algunos profesores a pensar que la reforma de la universidad podía verse impulsada por los mismos estudiantes si se organizaban debidamente. El asociacionismo escolar

---

<sup>110</sup> *El Pueblo*, 1 de febrero de 1908, p. 1.

<sup>111</sup> Se presentó y venció en las elecciones de 8 de marzo de 1914. Ll. Aguiló Lúcia, *Sociología electoral valenciana...*, p. 253.

<sup>112</sup> Fue separado de su cátedra por real orden de 28 de julio de 1908 como resultado de expediente disciplinario. AUV, Sección general, *Libros, Catedráticos*, l. 426, pp. 10 r. y 56 v. La separación era el castigo más grave que el ministerio pudo aplicarle. Art. 22 del real decreto de 26 de agosto de 1902, *Gaceta de Madrid* del día 28, t. 117, *Boletín de la revista general...*, Madrid, 1902, pp. 111-112.

<sup>113</sup> Una breve biografía suya se encuentra en *La Voz de Valencia*, 22 de enero de 1915, p. 1.

podía convertirse en una plataforma para fomentar el regeneracionismo universitario. Esta idea institucionista inspiró el último intento original iniciado en Valencia para reformar la universidad. Sería un año después de la expulsión de Moliner, y en él también intervino el doctor a pesar de estar separado de su cátedra. La celebración en 1909 de la Exposición regional valenciana sirvió como marco para que los profesores de todos los grados tuvieran distintas asambleas<sup>114</sup>. Como vemos, la frustración de proyectar reformas desde dentro de la universidad, hizo que quienes deseaban los cambios sacaran el debate fuera de ella. La Asamblea de la enseñanza fue testigo de un duro enfrentamiento ideológico existente referido a la cuestión de la enseñanza y de la religión. Casi terminó a garrotazos<sup>115</sup>. Este hecho significó el fin del impulso que la universidad de Valencia, de muy diversas maneras, desarrolló por la regeneración de las universidades. Ahora bien, durante esos días también se celebró una asamblea de alumnos con la interesante finalidad de reconstituir el asociacionismo escolar...

#### a) *La Unión Escolar*

La Unión Escolar nació en Madrid a principios de 1900 amparada por el ministro García Alix<sup>116</sup>. En la real orden circular de 29

---

<sup>114</sup> Se produjeron tres asambleas importantes referidas a cuestiones de instrucción. El Congreso nacional de pedagogía que ocupó a cerca de 1.000 maestros/as y algunos catedráticos entre los días 12 a 16 de julio. La Asamblea reformista de instrucción nacional que se inició el día 22 de junio y ocupó tres sesiones y a las que asistieron personajes como Vincenti, Ortega Munilla y Llorente en las que se entablaron polémicas bastante violentas entre los defensores de la enseñanza laica y la religiosa. La tercera fue el primer Congreso escolar nacional que se realizó entre el día 21 y 28 de julio. El discurso inaugural corrió a cargo del catedrático republicano de medicina Adolfo Gil y Morte y la conclusión a cargo de su colega Gómez Ferrer. «Valencia en 1909», *Almanaque de Las Provincias para 1910*, Valencia, s/a, pp. 53 y 201-203. También en octubre se celebró una asamblea de doctores en la que pretendieron una mayor implicación en las cuestiones referidas a la enseñanza y a elevación del nivel cultural nacional. *Las Provincias*, 15 de junio de 1909, p. 1.

<sup>115</sup> *El Pueblo*, 24 de junio de 1909, p. 1.

<sup>116</sup> «Crónica», *El Mercantil Valenciano*, 13 de febrero de 1900, p. 1. También Isaura Varela, *La universidad de Santiago...*, pp. 217-222. La misma fecha apunta Emilio González López, *El espíritu universitario*, Madrid, 1931, p. 21.

de enero de 1901<sup>117</sup>, pedía a los rectores y los claustros que en lo posible apoyaran las agrupaciones escolares siempre que tuvieran fines científicos y estuvieran legalmente constituidas. Dos razones lo llevaron a ello. La primera, porque su plan de autonomía universitaria requería de la participación de las asociaciones escolares<sup>118</sup>. La segunda, porque el ministro regeneracionista, al igual que muchos profesores reformistas, entendía que tales agrupaciones podían ser un refuerzo para el estudio, así como un complemento y apoyo al desarrollo científico nacional<sup>119</sup>. Era preciso que los alumnos se reunieran para fines algo más científicos y serios que el de jugar al billar.

Las sociedades escolares constituyen uno de los factores indispensables para el progreso y vitalidad de toda la institución universitaria. Cuando las universidades españolas eran grandes y poderosas, los escolares dominaban todo [...] Pero el profesora-

---

<sup>117</sup> *Gaceta de Madrid* el 1 de febrero, *Anuario legislativo de instrucción pública de 1901*, Madrid, 1902, pp. 48-49. También en el *Boletín de la revista general...*, t. 112, Madrid, 1901, pp. 193-194. «Se ha iniciado un simpático y provechoso movimiento de organización en el Cuerpo Escolar que, realizado como hasta ahora ha sucedido, contribuirá en gran medida a que la juventud se manifieste en ese nuevo aspecto como elemento vigoroso de la cultura nacional.»

<sup>118</sup> Coincidimos con Isaura Varela, *La universidad de Santiago...*, p. 218, cuando manifiesta que el ministro simpatizó con el movimiento escolar. También se observa en el proyecto de ley sobre organización de las Universidades. A pesar de estar firmado por Romanones se encontraba ligado a la obra de García Alix. *Diario de las sesiones del Senado*, Legislatura de 1901-1902, II, apéndice 5 al nº 47. El artículo 3. 4 reconocía que «Para el régimen universitario y a los efectos de esta ley o en otras y en las disposiciones reglamentarias se hubieren señalado o señalaren, habrá en la universidad [...] Las asociaciones de estudiantes de la universidad debidamente constituidas.» El Art. 9. exigía para que estas aceptadas del visto bueno rectoral tras propuesta de la junta de facultad a que pertenecieran los alumnos o al consejo universitario si pertenecieran a varias.

<sup>119</sup> Un ejemplo del impulso institucionista fue Adolfo Buylla: «...que profesores y estudiantes piensen en restablecerla, ya que ha de ser seguramente un elemento educativo de mucha importancia, que producirá óptimos frutos en la vida social». A. Buylla, «La educación física y moral en las universidades», *BILE*, (1885), p. 228.



do español que siente la necesidad de estas asociaciones, porque conoce los beneficios que proporcionan a la educación, porque sabe las ventajas que reportan al país, os estimulan a que os asociéis; y siguiendo el ejemplo de nuestros antepasados, os brinda un puesto de honor en los negocios de la universidad <sup>120</sup>.

En Madrid la agrupación se consolidó con rapidez y firmeza, y arraigó especialmente entre los estudiantes republicanos y liberales. Aunque pretendía acoger a todos los escolares y permitir la diversidad ideológica, la asociación desde su inicio tuvo en contra al tradicionalismo que no gustó de este nuevo grupo de presión. El planteamiento inicial de independencia y libertad de conciencia para sus miembros, asustaba a un clero desconfiado y al que toda novedad que escapara a su conocimiento o comprensión, le era indigno y aspirante a la condenación eterna. La nueva asociación nació enfrentada a la Iglesia que se opuso a que sus fieles, se acercaran a tan extraño y laico instituto <sup>121</sup>. En enero de 1901 la Unión tenía ya un periódico con su mismo nombre en el que escribían personalidades tan ilustres y variadas como García Alix, Unamuno, Piernas Hurtado, San Martín, Ortega y Rubio y otras muchas. Su deseo de extenderse por toda España les llevó ese verano de 1901 a celebrar una asamblea escolar para publicitar la entidad, fomentar el asociacionismo estudiantil y proponer al ministro reformas para los estudios superiores <sup>122</sup>. Seguramente dicha reunión dio como resultado el nacimiento de la Unión Escolar ovetense hacia noviembre <sup>123</sup>.

La entidad en Madrid se decantó temprano hacia posiciones anticlericales y republicanas. El catedrático Salmerón desde muy pronto supo atraer a la Unión al republicanismo anticlerical violento. Madrid y Salamanca —que junto a la de Barcelona probablemente eran las únicas constituidas a principios de 1901— se con-

---

<sup>120</sup> P. Náchér, *Discurso inaugural leído en la solemne apertura del curso académico de 1903 a 1904 en la universidad literaria de Granada*, Granada, 1903, p. 69.

<sup>121</sup> *El Mercantil Valenciano*, 13 de febrero de 1900, p. 1.

<sup>122</sup> *El Correo*, 10 de agosto de 1901, p. 1.

<sup>123</sup> Nació también a impulso de los catedráticos pero la financiación corrió a cargo de los escolares. L. Méndez, «La Unión Escolar ovetense», *Anales de la universidad de Oviedo*, año II, 1904, pp. 299-302.



virtieron en sus aliados políticos que se destacaron durante las intensas protestas antimonárquicas y antirreligiosas de ese año <sup>124</sup>.

Gestos que además de arrastrar al resto de escolares españoles al motín, produjeron la caída del partido conservador en febrero <sup>125</sup>. No sería la única vez que atacaron los intereses tradicionalistas y clericales. La Unión animó los graves conflictos ocasionados por estudiantes entre 1903 y 1904. El gobierno en 1905, prohibiría sus mítines en Madrid por considerarlos focos republicanos contrarios al régimen monárquico <sup>126</sup>. Francisco Giner de los Ríos, en su escrito de 1902, se dolió de que las asociaciones que él esperaba ayudarían a reformar la universidad y a enriquecer la cultura escolar, se politizaran y enfrentaran al poder. Sin embargo, más valía eso que nada.

Obedeciendo a la presión organizadora de nuestro tiempo, comienza ahora a formar asociaciones, de fines más o menos elevados; pero de las cuales puede decirse como quizá de la familia, que, por malas que sean, valen más que la soledad del expósito <sup>127</sup>.

#### b) *La Unión valenciana*

Como en el resto de universidades, en Valencia las inquietudes intelectuales y sociales de los alumnos tenían salida en los ateneos y las academias escolares <sup>128</sup>. En alguna ocasión, celebraban confe-

---

<sup>124</sup> No en vano el presidente de la Unión Escolar, Filiberto Villalobos, encabezó alguna manifestación. J. Cepeda Adán, *Los movimientos estudiantiles (1900-1936)*, Madrid, 1985, p. 9-10.

<sup>125</sup> P. Cuesta Escudero, *La escuela en la reestructuración...*, p. 47.

<sup>126</sup> D. Jato Miranda, *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1968, p. 25.

<sup>127</sup> AUV, Sección general, *IV Centenario*, caja 456. *Non flere, non indignare...*, pp. 34 bis y 126.

<sup>128</sup> Especialmente importantes fueron los trabajos de las Academias médico-escolar y jurídico-escolar o donde se trataban de asuntos relacionados con las disciplinas de la carrera. En ellos no faltó la participación de los catedráticos..., su finalidad: «a la par que centro de discusión entre los alumnos de la Facultad de Derecho un medio donde se difunda la ciencia y en donde el público encuentre la ciencia a que tiene derecho.» F. Dualde, «Academia Jurídico-Escolar», *El Correo*, 22 y 24 de marzo de 1901.

rencias y discusiones científicas en las que a veces intervenían los profesores<sup>129</sup>. También se daban banquetes y existían estudiantinas cuya actividad no iba mucho más allá del cante, el limosneo o el galanteo<sup>130</sup>.

En Valencia también la Unión Escolar se constituyó bajo la tutela, respaldo o impulso de un académico. Los estudiantes difícilmente eran capaces de organizar algo serio por sí mismos. Prueba de lo que decimos es la carta abierta que al poco de iniciarse el curso de 1900-1901<sup>131</sup> se dirigió al catedrático institucionista y liberal Ramón Gómez Ferrer<sup>132</sup>. Los organizadores de la Unión Escolar le agradecían sus ideas y respaldo. Asimismo le rogaban su ayuda para lograr los fines de la asociación: el fomento de la actividad intelectual entre los escolares, la educación física y la acción social y de socorro mutuo. A continuación pedían de los profesores que se mejorara la convivencia a través de una mayor comprensión mutua. Finalmente dieron el tono patriótico al afirmar que la *Unión* no pretendía calcar las instituciones extranjeras sino adaptarlas a las necesidades nacionales<sup>133</sup>.

Los valencianos desde finales de 1900 trataron de constituir la asociación. Su retraso lo excusaban en dos motivos: el problema económico y el de la falta de conocimientos. Para superarlos los estudiantes contaron con la colaboración del mencionado catedrático de medicina y del periodista Francisco Goig. Desde antes de su constitución buscaron que imperara en su seno la neutralidad ideológica y religiosa<sup>134</sup>. A pesar de sus palabras la UE valenciana tuvo

---

<sup>129</sup> *El Correo*, 9 de junio de 1903, p. 1.

<sup>130</sup> Era común que los escolares hicieran pequeñas colectas u obras caritativas a favor de los más desfavorecidos. «El año 1879 en Valencia», *Almanaque Las Provincias para 1880*, Valencia, s/a, p. 26. Conocemos dos estudiantinas universitarias: La *Agrupación Escolar Valenciana*, *El Mercantil Valenciano*, 27 de enero de 1900, p. 2; y la *Estudiantina Valenciana Unificada*, *El Correo*, 2 de febrero de 1900, pp. 1 y 2.

<sup>131</sup> En Santiago también se produjeron las primeras inquietudes desde bien pronto. I. Varela, *La universidad de Santiago. 1900-1936. Reforma universitaria y conflicto estudiantil*, A Coruña, 1990, p. 218.

<sup>132</sup> Amigo personal y discípulo de Amalio Gimeno, era además colaborador ocasional en el diario socialista *El Correo*. Véase el artículo que escribió en torno a la autonomía universitaria de 20 de diciembre de 1901, p. 1.

<sup>133</sup> *El Mercantil Valenciano*, 7 de diciembre de 1900, p. 2.

<sup>134</sup> *El Correo*, 13 y 14 de enero de 1901, ambos en p. 1.

que esperar hasta el año 1903 para ver la luz, pues junto a los problemas mencionados, surgía el escollo más importante: la cuestión político-religiosa. Los tradicionalistas en vista de la evolución política de la entidad hacia posiciones republicanas o liberales en otras ciudades, temían que se convirtiera en un arma muy peligrosa para sus intereses y obstaculizaron su constitución<sup>135</sup>.

El asociacionismo propuesto en Valencia quedaba muy cerca de las posiciones del regeneracionismo institucionista y no era radical. Entre sus objetivos no estaba atacar las instituciones católicas. Los instigadores de la asociación no participaban del importante movimiento anticlerical que existía en Valencia. Sus fines eran patrióticos: fomentar el ejercicio físico, la solidaridad y el cultivo intelectual; crear hombres y no creyentes; la búsqueda de la libertad e independencia de la educación superior; el fomento de la hermandad escolar y sobre todo, la no implicación política<sup>136</sup>. Pese a todo el respaldo les vino desde el marco liberal. *El Correo* de inclinación socialista, le auguraba un futuro prometedor y trataba de héroes a estos estudiantes que se destacaban de entre la mediocridad para fomentar el progreso científico y la defensa de sus derechos<sup>137</sup>.

Los prejuicios finalmente se salvaron con la declaración firme de la junta organizadora de que la política no se inmiscuiría en la asociación. La Unión deseaba la cohesión y la representación de toda la masa escolar. Si quería atender a sus fines, no podía enfrascarse en política, pues ello suponía provocar enfrentamientos internos y como consecuencia el fracaso de sus objetivos. Sólo manteniendo una organización fuerte podían cambiarse las cosas en el orbe universitario. Antepusieron la unidad de clase y el cultivo de la tolerancia por encima de cualquier otra cosa. No ahorraron críticas para aquellos compañeros que querían romper la hermandad deslizando ideas políticas. Nada más constituirse, el impulsor y presidente, Juan Boscá de Blas, lo manifestó claramente:

Plausible es que la juventud escolar dé muestras de vida, entrando de lleno en las luchas sociales que se disputan el usufructo del poder, para desde éste hacer la felicidad de la patria.

---

<sup>135</sup> Isaura Varela reconoce que en Compostela sucedió un bloqueo similar por los conservadores. *La universidad de Santiago...*, p. 219.

<sup>136</sup> *El Mercantil Valenciano*, 7 de diciembre de 1900, p. 2.

<sup>137</sup> *El Correo*, 13 de enero de 1901, p. 1.

Todo esto está muy bien; pero, queridos compañeros, pensemos también en que carecemos de un organismo fuerte y vigoroso que nos sirva de poderoso baluarte donde defender nuestros intereses y en donde quepan todos, absolutamente todos los estudiantes, blancos, rojos y negros<sup>138</sup>.

Dos años después insistía ya que no quería que la agrupación se le fuera de las manos y acabara con el enfrentamiento de los alumnos:

La Unión Escolar valenciana dedicará todos sus esfuerzos y consumirá todas sus energías en defender a toda costa los intereses de la enseñanza, que son nuestros intereses, con EXCLUSIÓN ABSOLUTA de otro fin político o religioso ¿se ha entendido bien?<sup>139</sup>.

La dialéctica mantenía en su seno una contradicción: ¿cómo defender los derechos estudiantiles sin marcarse unos fines ideológicos relacionados con ellos? La entidad aunque fuera apartidista no podía ser apolítica. Era imposible mantener el equilibrio perfecto que pretendía. No podía plantearse una defensa frente a la política ministerial, sin dar alternativas o disponer de algún plan ideológico mínimo que la sustentase. En la España de principios del siglo XX, quienes encabezaban el esfuerzo reformista eran los ideólogos liberales. Los objetivos que propondrán los estudiantes como la libertad de cátedra, de asistencia, etc., quedaban dentro de una visión liberal y regeneradora de la universidad. Los organizadores pese a que continuamente se esforzaron en mostrar la Unión Escolar como aglutinadora y vocera de la opinión estudiantil devinieron necesariamente liberales una vez la asociación inició su camino reivindicativo.

El plan no podía exponerse claramente en Valencia, pues de hacerlo numerosos estudiantes conservadores se opondrían, no olvidemos que pesaba la evolución de la entidad en otras partes. Para tranquilizar a los inmovilistas, la directiva rechazó radicalmente las ofertas de alianza de los republicanos —el blasquismo se encontraba en su apogeo— y dio ejemplos referidos al tipo de pretensiones que plantearían en el futuro: obtener locales decentes en los que reu-

---

<sup>138</sup> *El Correo*, 15 de abril de 1903, p. 1.

<sup>139</sup> *El Correo*, 13 de octubre de 1903, p. 2.

nirse <sup>140</sup>. La neutralidad política y el libre alistamiento escudaba a la asociación de acusaciones de sectarismo y la dotaba de mayor fuerza moral.

Finalmente se superaron los temores tras el grave conflicto de 1903 que se desarrolló contra el rector —Candela— y el gobernador civil —Martos O’Neale—. Los escolares eufóricos tras vencer en el fuerte pulso que mantuvieron con las autoridades académicas y civiles decidieron finalmente agruparse. La asociación se constituyó al poco de acabar los exámenes oficiales, el 4 de junio de 1903. Los estudiantes de todos los centros docentes y facultades, aprobaron los estatutos que eran copia de los que se venían utilizando en Madrid. Aprobaron los cargos y comunicaron al resto de universidades su constitución. La financiación se fijó sobre cuotas que abonaban los socios: 50 céntimos mensuales <sup>141</sup>. La UE de Valencia nacía con tres fines primordiales: la defensa de los intereses de clase, la confraternización estudiantil y la ilustración mediante el cultivo de la ciencia y del estudio <sup>142</sup>.

### *Las actividades*

En Valencia la vida de la Unión Escolar, estuvo marcada por las presiones políticas. A principios del siglo XX, las posiciones estaban fuertemente enfrentadas. Los conservadores ligados a la Iglesia, chocaban continuamente con los republicanos anticlericales. El presi-

---

<sup>140</sup> *El Correo*, 15 de abril de 1903, p. 1.

<sup>141</sup> *El Correo*, 3 y 5 de junio de 1903, pp. 1 y 2, respectivamente. Al frente de la sociedad se hallaba la junta directiva, formada por elección y con elementos de las diversas facultades existentes en la universidad. Se componía de presidente, vicepresidente, secretario, tesorero y tantos vocales como grupos, por cursos hubiera en la universidad. Su mandato era anual y cabía reelección de los miembros. Tenía amplios poderes pues se encargaba de la administración y dirección de la entidad. Sólo respondía ante la junta general, la mitad más uno de los socios, en las decisiones más importantes. L. Méndez, «La Unión Escolar Ovetense...», p. 300.

<sup>142</sup> *El Correo*, 9 de junio de 1903, p. 1. La peculiaridad que introdujeron fue que sumaron un componente reivindicativo que no encontramos en la Unión ovetense, donde prima sólo el fin educativo y recreativo. L. Méndez, «La Unión Escolar Ovetense...», pp. 300-301.

dente de la Unión se valió de la prensa siempre que pudo para expresar su deseo de distanciar a la asociación y a sus miembros del conflicto. Rogaba que por amor a la enseñanza superior y a las mejoras que se pudieran lograr se dejaran estas cuestiones en las puertas de la universidad.

Enhorabuena que existan todas las organizaciones políticas que se quiera; pero, señores, seamos francos, no mezclemos la palabra escolar, inmaculada y honrada, con la política (sea cual fuere) desacreditada y podrida que está perdiendo a España <sup>143</sup>.

Especialmente firme se mostró en evitar cualquier intromisión desde la esfera republicana. El presidente José Boscá de Blas denunció una y otra vez, la presión que recibía para atraerla al ideario antimonárquico: «La Unión vivirá, y vivirá sin política alguna; con independencia absoluta de todo, atenta únicamente a la defensa desinteresada de la clase» <sup>144</sup>. Consiguió su objetivo durante los primeros meses y su temor a caer en reivindicaciones ideológicas extremas, que acabaran con la pretendida unidad y concordia universitarias, restó muchas revoluciones al movimiento estudiantil <sup>145</sup>.

Sin embargo, no podemos afirmar que la quietud fuera completa: se realizaron varios gestos para favorecer el compañerismo y la promoción cultural, se celebraron algunas conferencias <sup>146</sup>. También la Unión representó al cuerpo escolar en diversas ceremonias extraacadémicas —como la tradicional jura de bandera en la Ala-

---

<sup>143</sup> *El Correo*, 27 de octubre de 1903, p. 1.

<sup>144</sup> *El Correo*, 12 de noviembre de 1903, p. 3. La misma idea repetirá en un artículo publicado en el *Correo* el 21 de noviembre de 1903, p. 1 cuando comentaba la huelga politizada en que sus compañeros en Madrid estaban desarrollando en aquellos momentos y que era ajena según él a los intereses del estudiantado. También *El Correo*, 11 de noviembre de 1903, p. 1.

<sup>145</sup> Era contrario al republicanismo. *La Correspondencia de Valencia*, 17 y 18 de marzo de 1904, pp. 3 y 2, respectivamente y *La Voz de Valencia*, 18 de marzo de 1904, pp. 1 y 2.

<sup>146</sup> Como la que el profesor Modesto Giménez de Bentrosa, catedrático de geografía e historia en el instituto, ofreció una charla con el tema «Dictadores y pueblos», *El Correo*, 13 de febrero de 1904, p. 1. En 1905 tenemos que otro profesor ayudante del instituto —Julio Esplugues— habló de la «Influencia del agua y el calor en la constitución de la tierra». *El Correo*, 24 de marzo de 1905, p. 1.

meda—<sup>147</sup>. Tampoco olvidó su componente solidario y defendió los intereses corporativos<sup>148</sup>. Al igual que el resto de entidades procuró fomentar las relaciones entre estudiantes organizando deportes, actos literarios, excursiones científicas y estudiantinas<sup>149</sup>. Estas últimas con la finalidad social de recabar fondos con los que socorrer a los compañeros más desfavorecidos<sup>150</sup>. Incluso se valió de sus buenas relaciones con la Unión madrileña para presionar a favor de mejoras sociales<sup>151</sup>.

Pero la UE nacional no sólo fue organizadora de protestas, también consiguió alguna reforma vinculada a los estudios. Su mayor éxito a nivel nacional dentro de la ley, se produjo con la aprobación parcial de una instancia que presentó su presidente en nombre de la institución en 1904. Contenía una serie de catorce puntos acerca del plan de estudios que podían adoptar los alumnos, forma de examen y otros asuntos relacionados con la cultura. Tres fueron desestimadas, seis quedaron en vías de resolución y el resto aprobadas<sup>152</sup>. La más importante fue que los estudiantes pudieran acabar sus carreras con sujeción al sistema de examen y al plan de estudios vigentes en el momento en que la empezaron. Con ello lograban acabar con la arbitrariedad ministerial que tanto les perjudicó en otras épocas<sup>153</sup>.

---

<sup>147</sup> *El Correo*, 5 de abril de 1904, p. 1.

<sup>148</sup> Por ejemplo auxiliaron y protestaron por los encarcelamientos y represiones de los compañeros de Salamanca. *El Correo*, 5 de julio de 1903, p. 1.

<sup>149</sup> *El Correo*, 1 de diciembre de 1905, p. 2. Visitaron París durante una semana. *Las Provincias*, 6 de diciembre de 1903; 3-7, 9 y 11 de enero de 1904, todos en primera plana

<sup>150</sup> *El Correo*, 7 de diciembre de 1904, p. 1.

<sup>151</sup> Tras un mitin de Moliner en el paraninfo de la universidad. A sugerencia de éste solicitaron la adhesión de la Unión madrileña a favor de una ley de protección de los tísicos pobres. *El Correo*, 11 de febrero de 1904, p. 1.

<sup>152</sup> Real orden de 9 de abril de 1904, *Gaceta de Madrid* de 10 de Abril, *Boletín de legislación y jurisprudencia*, t. 122, Madrid, 1904, pp. 106-107. La respuesta ministerial se dio en la real orden de 27 de abril de 1904. *Gaceta de Madrid* de 30, *Boletín de legislación y jurisprudencia*, t. 122, Madrid, 1904, pp. 252-254.

<sup>153</sup> Si los ministros tenían el afán de enloquecer los planes de estudios, ellos no estaban dispuestos a verse perjudicados. La victoria tuvo como resultado la promulgación de la real orden de 16 de marzo de 1903, *Gace-*



En cuanto a las movilizaciones, la Unión de Valencia se limitó a seguir las consignas de sus colegas de Madrid. El espíritu institucionista regía la Unión valenciana, pero finalmente las presiones republicanas —en especial tras la disolución de la Unión Escolar Republicana por aquellos días—<sup>154</sup> explicaría un incremento de la militancia política en las filas de la UE. Esta participación llevó a un mejor entendimiento con los madrileños y al mismo tiempo aumentó las tensiones en el seno valenciano. Su presidente advirtió del peligro de que los antimonárquicos tomaran las riendas:

Bajo la hipócrita careta de un amor que no sienten hacia la unión escolar, van ciertos compañeros haciendo una campaña política que, de prosperar, traería graves disgustos entre los escolares valencianos. Los perturbadores que no pudieron formar de por sí un organismo político, a pesar de contar con un apoyo moral, muy inmoral, de ciertas personalidades académicas, esos perturbadores, que un día quedaron marcados con el sello de la ineptitud, pretenden hoy volver a la vida, valiéndose de las mañas e hipocresías, que se han descubierto a tiempo para que puedan prosperar<sup>155</sup>.

El triunfo final de la corriente político-republicana sobre la social-institucionista tras meses de asedio justificaría el conflicto de 1905. Los escolares valencianos a través de una violencia inusitada y del chantaje defenestraron a un ministro conservador —Juan de

---

*ta de Madrid* del día 17 *Boletín de la revista general...*, t. 118, Madrid, 1903, pp. 240-241. Las otras dos solicitudes que se atendieron fue: que se compulsara por el Jefe de la Biblioteca Nacional el dedo índice del público cuando las circunstancias lo requirieran. Que se estableciera la biblioteca nacional circulante y que mientras se regulara el uso y disfrute, la de la facultad de ciencias de la Universidad Central quedara abierta para estudiantes y profesores y no sólo para estos.

<sup>154</sup> Poco antes de la constitución de la Unión Escolar, se convocó la celebración de una asamblea escolar para el 3 de mayo. Su fin era constituir la Unión Escolar Republicana. *El Mercantil Valenciano*, 2 de mayo de 1903, p. 2. La reunión se produjo pero sin afluencia que los organizadores hubieran deseado. Aunque el local quedó abarrotado, en su mayoría fueron obreros. La entidad al poco de nacer entró en crisis y desapareció como tal pero sus componentes no cejarían de tratar de controlar la Unión Escolar. *El Mercantil Valenciano*, 4 de mayo de 1903, p. 1.

<sup>155</sup> *El Correo*, 12 de noviembre de 1903, p. 3.



la Cierva— y al gobierno que lo sustentaba. El conflicto se originó por el disgusto escolar contra algunas disposiciones<sup>156</sup>. Cansados de esperar una contestación burocrática por parte del ministerio —el silencio administrativo equivalía a la negativa— de una serie de pretensiones elevadas al gobierno, los estudiantes unionistas madrileños iniciaron y capitanearon las protestas. Zaragoza, Sevilla, Santiago, Barcelona Valladolid, Salamanca, Granada, Burgos, Cádiz y otras poblaciones se sumaron<sup>157</sup>.

Valencia sería clave en el conflicto, pues Alfonso XIII había prometido acudir a la ciudad para inaugurar el monumento a Cavanilles que se había erigido durante la conmemoración del IV Centenario de la universidad<sup>158</sup>. Esta visita fue aprovechada para arremeter contra el ministro tradicionalista Juan de La Cierva Peñañiel y el gobierno de Villaverde. Los universitarios en todo el Estado se mantuvieron amotinados y cumpliendo fielmente las consignas<sup>159</sup>. Los estudiantes valencianos se manifestaron cotidianamente<sup>160</sup>. El rector José Machí y el gobernador civil aguardaron pacientemente

---

<sup>156</sup> Eran varias las demandas: la derogación del real decreto de 31 de julio de 1904, publicado en la *Gaceta de Madrid* el 6 de agosto. *Boletín de la revista general...*, t. 122, Madrid, 1904, pp. 1.100-1.101. Lo contenido en el párrafo 2 del artículo 7 del real decreto de 28 de julio de 1900 que prohibía que los alumnos universitarios no pudieran matricularse en nuevos grupos de asignaturas —cursos— sin haber aprobado todas las del anterior. También exigieron que se les concediera el privilegio de realizar exámenes extraordinarios para que aquél que tuviera pendiente una o dos asignaturas, pudiera concluir la carrera antes. Y que los alumnos libres que hubiesen sido suspendidos en junio y septiembre no pudieran matricularse en el año siguiente más que en el número de asignaturas en que hubieran sido aprobados. *El Pueblo*, 29 de marzo de 1905, p. 3.

<sup>157</sup> Hay un trabajo sobre la universidad de Sevilla y otro sobre la de Santiago. El primero C. Yanes Cabrera, «La revuelta estudiantil en Sevilla a comienzos del s. XX como factor de crisis social», *La universidad del siglo XX (España e Iberoamérica)*, Murcia, 1998, pp. 648-654. El segundo I. Varela, *La universidad de Santiago. 1900-1936. Reforma universitaria y conflicto estudiantil*, A Coruña, 1990, pp. 286-287. También *La Voz de Valencia*, 4 de abril de 1905, p. 3.

<sup>158</sup> *Las Provincias*, 30 de mayo de 1903, p. 2.

<sup>159</sup> *El Pueblo*, 3 de abril de 1905, p. 3; *El Correo*, 4 de abril, p. 2 y *La Voz de Valencia*, 6 de abril, p. 3

<sup>160</sup> *Las Provincias*, 5 de abril de 1905, p. 3.

sin sancionar ni reprimir a los estudiantes por temor a agravar el conflicto y a perder sus cargos como había sucedido con sus predecesores en 1903<sup>161</sup>. La pasividad de las autoridades intensificó las violencias, haciendo estériles las tímidas amenazas de sus catedráticos<sup>162</sup>. El presidente del gobierno prometió acceder a sus pretensiones, pero:

Las promesas de Villaverde de estar ya solucionado el conflicto escolar y de que en la *Gaceta* de ayer saldría la real orden demostrativa de que se accedía a la petición estudiantil, no fue suficiente para aquietar a los escolares.

Estos no aceptaron las promesas, esperaban las realidades. Y como éstas no vinieron, continuaron en su actitud de días anteriores, actitud de huelga y de abierta hostilidad al gobierno de Villaverde y en especial al ministro Lacierva<sup>163</sup>.

Todos sabían que la visita del rey a Valencia el lunes día 10 supondría una catástrofe para el gobierno si antes no se resolvía el conflicto<sup>164</sup>. La resistencia era el camino para vencer al ministro Lacierva, éste no tenía otra opción que la de ceder para evitar la radicalización de los acontecimientos y la consiguiente crisis política. Se había negociado con los fuertes partidos republicanos para asegurar la paz en las calles<sup>165</sup>. La situación podía descontrolarse si a la llegada del monarca se encontraba con una universidad amoti-

---

<sup>161</sup> *El Correo*, 3 de abril, p. 2 y *El Pueblo*, 4 y 5 de abril de 1905, pp. 2 y 1, respectivamente.

<sup>162</sup> El 6 de abril el rector obedeció al ministro y pidió el cumplimiento de la disciplina al precio que fuera. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094/8, *Borrador de las actas del claustro universitario del día 6 de abril de 1905*. Los profesores, poco optimistas, se comprometieron a contribuir a la paz. *El Pueblo*, 6 y 8 de abril de 1905, p. 2 y 1, respectivamente y *El Correo*, 4, 5 y 6 de abril de 1905, todos en p. 2. Mismo diario 7 de abril de 1905, p. 3.

<sup>163</sup> *El Pueblo*, 8 de abril para el 9 de 1905, p. 3.

<sup>164</sup> *Las Provincias*, edición especial de las 12 de la noche para el día 9 de abril de 1905, p. 3.

<sup>165</sup> El precio que habían puesto los republicanos al orden fue la dimisión de Bernardino Nozaleda del arzobispado de Valencia. El 14 de agosto de 1905 el ministerio de gracia y justicia validaba la solicitud del Vaticano admitiendo su renuncia. AS), *HIS*, leg 315, 5 (4).

nada. Incluso podía ser abucheado o agredido. Aún peor, se corría el riesgo de que las protestas estudiantiles activaran revueltas obreras que desbordaran a los líderes antimonárquicos <sup>166</sup>.

Conscientes de su poder y enardecidos por el retraso en la publicación del decreto prometido, los valencianos incrementaron sus violencias <sup>167</sup>. Finalmente la Unión Escolar de Valencia, comunicó que el ministro dimitía tras rechazar los cambios solicitados <sup>168</sup>. Le sucedió el silvelista Carlos María Cortezo y Prieto <sup>169</sup>, que inmediatamente firmó y publicó un decreto que atendía las demandas escolares <sup>170</sup>. La liberación de los alumnos detenidos y la amnistía general conformó a los estudiantes que acudieron a dar una clamorosa bienvenida al rey en la estación del Norte <sup>171</sup>. El día 11 el monarca era ovacionado en el discurso que ofreció en el paraninfo de la universidad <sup>172</sup>. En Madrid también se alcanzó la normalidad <sup>173</sup>. El 21 de mayo dimitía el gobierno conservador en pleno por el desgaste político que se produjo. Este enfrentamiento fue el más exitoso del primer cuarto del siglo XX pues en él los escolares intervinieron en la política nacional: el poder pasó a manos liberales con Montero Ríos como presidente, gracias a la acción directa de los estudiantes <sup>174</sup>.

---

<sup>166</sup> *El Pueblo*, 10 de abril de 1905, p. 2.

<sup>167</sup> *El Pueblo*, 8 para la edición del 9 de abril de 1905, p. 3 y *El Correo*, 8 y 9 de abril de 1905, ambos en la p. 3.

<sup>168</sup> *El Pueblo*, 8 para la edición del 9 de abril de 1905, p. 3.

<sup>169</sup> Catedrático de fisiología por la universidad de Granada. En el momento de su nombramiento era vicepresidente del Congreso de los Diputados y del Consejo de sanidad. Miembro de la real academia de medicina y del consejo de instrucción pública. Condecorado por las grandes cruces de Alfonso XII, Isabel la Católica, Beneficiencia, Villaviciosa y era oficial de la Legión de Honor. *Las Provincias*, 13 de abril de 1905, p. 3.

<sup>170</sup> Real orden de 8 de abril de 1905, *Gaceta de Madrid* del 9. *Enciclopedia jurídica...*, XIX, p. 718. *El Pueblo*, 8 de abril de 1905, p. 3.

<sup>171</sup> El mismo presidente de la comisión huelguista invitó a sus compañeros a que acudieran a recibirlo para demostrar su agradecimiento por la feliz solución del conflicto. *La Voz de Valencia*, 10 de abril de 1905, p. 3 y *Las Provincias*, 12 de abril de 1905, p. 3.

<sup>172</sup> «En la Universidad. Certamen escolar», *El Correo*, 11 de abril de 1905, pp. 1 y 2.

<sup>173</sup> *El Pueblo*, 10 de abril de 1905, p. 1.

<sup>174</sup> *El Correo*, 31 de octubre de 1905, p. 1. J. Cepeda Adán, *Los movimientos estudiantiles (1900-1936)*, Madrid, 1985, pp. 10 y 11.

*La crisis*

Es difícil determinar las causas por las que tras 1905 decaen sus actividades en toda España. La entidad se eclipsa completamente y a una velocidad inusitada. Sorprende que la asociación entrara en una caída tan repentina dados los buenos resultados de las acciones emprendidas y el notable eco que había tenido en el mundo universitario <sup>175</sup>. Desde la posición de Valencia, tan sólo somos capaces de apuntar dos motivos —en ningún caso incompatibles— que pudieron ocasionarlas: el éxito de sus acciones y el desinterés de los nuevos asociados.

La dimisión de Juan de la Cierva, y la inclinación cada vez mayor de la UE hacia posiciones radicales o republicanas, pudo ocasionar el retraimiento de los componentes de la Unión o una ruptura de la directiva. El elemento político habría ocasionado su crisis: el «consejo» de los profesores reaccionarios de que se abandonara la entidad, las tensiones políticas internas o la acción de la Iglesia. No olvidemos que ésta no estaba muy de acuerdo con la asociación; los tradicionalistas por su parte, después del conflicto de 1905 verían en ella un arma contra sus intereses. En Valencia por ejemplo, al poco de iniciarse la siguiente algarada, se produjeron algunas traiciones a los acuerdos tomados en asamblea. Incluso a veces, algunos estudiantes se concedían sobre sí la representación de la entidad y daban a los diarios noticias falsas o contradictorias <sup>176</sup>. Estas desobedencias, buscadas o no, pudieron provocar el temor de la directiva a iniciar gestos de protesta que al no ser atendidos les dejara en evidencia y con riesgo de ser sancionada. El riesgo no valía la pena si sus compañeros no se tomaban en serio las reivindicaciones —recordemos que en 1906 apareció un reglamento disciplinario que por su flexibilidad y modernidad era un buen disuasorio de las algaradas—.

---

<sup>175</sup> Por ejemplo en Valencia, el mismo rector presidió la sesión inaugural de la Unión Escolar. Es significativo que no lo hiciera en nombre del rey sino en el del ministro. Fue el 28 de enero de 1904. «El año de 1904 en Valencia», *Almanaque de las Provincias para 1905*, Valencia, s/a, p. 51.

<sup>176</sup> *El Correo*, 30 noviembre de 1905, p. 1. Recordemos que años después se planteó la traición en el seno huelguista, como una medida eficaz para acabar con solidaridad estudiantil y por extensión con los motines. *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 18/V/1920 a 6/XII/1924*, junta del 14 de octubre de 1920, pp. 11-13.

Otro de los efectos de su victoria fue que desde Madrid —principal promotor de las algaradas— dejaron de alentarse nuevas protestas. La llegada de los liberales al poder, primero el gabinete de Montero Ríos<sup>177</sup> y luego el de Moret —buen amigo de Francisco Giner y simpatizante de sus ideas reformadoras—<sup>178</sup>, propició que su actividad se adormeciese porque no interesaba a la UE presionar a políticos con los que simpatizaba. Recordemos que Moret cayó en menos de dos meses<sup>179</sup> pero la cartera de instrucción se pasó a un canalejista como era Amalio Gimeno en un gobierno de compromiso, compuesto por diversas facciones liberales. Pudo ser que una vez detenido el movimiento escolar, se hiciera imposible reanimarlo. Tampoco olvidemos que los sucesivos ministros, escarmentados ante el fracaso de Juan de la Cierva en su enfrentamiento con los universitarios, quedaron disuadidos en los años inmediatos de modificar cualquier normativa de importancia, —especialmente la referida a los planes de estudio— que pudiera enardecerlos<sup>180</sup>.

Pero fue el desinterés estudiantil el elemento más importante de la crisis. Por un lado, los alumnos monárquicos se sentían engañados por sus compañeros. La desviación a posiciones republicanas se había consumado para disgusto suyo. Seguramente las deserciones no se hicieron esperar y la hostilidad de apoderó del ambiente escolar. Por el otro lado, el paso del tiempo hizo que sus fundadores, los más activos miembros de la entidad se licenciaron progresivamente. La asociación se componía de escolares que dejaban las aulas al pasar seis o siete años. Seguramente los herederos de la entidad, no tuvieron suficiente motivación para mantener el impulso originario. Prueba de ese desgaste es que quienes más se destacaran en las pro-

---

<sup>177</sup> *El Correo*, 31 de octubre de 1905, p. 1. Enumeraba los nuevos ministros. En instrucción estuvo un desconocido. Eguilior.

<sup>178</sup> D. Jato Miranda, *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1953, p. 18. También A. Jiménez-Landi, *La Institución Libre de Enseñanza...*, III, p. 341: «Moret sustituye a Santa María de Paredes por Alejandro San Martín en el ministerio de instrucción pública, y pide a Giner su consejo sobre la orientación que debe orientar la política educadora del Gobierno. Se ha conservado la respuesta de Giner en un borrador escrito por Cossío, y en ese borrador, muy extenso se trazan algunas líneas capitales de orden político».

<sup>179</sup> A. Jiménez-Landi, *La Institución Libre de Enseñanza...*, III, p. 342.

<sup>180</sup> *El Correo*, 30 de noviembre de 1905, p. 1.

testas de 1905 fueran los alumnos del doctorado. Precisamente jóvenes que en 1900, año en que se fundó la Unión en Madrid, estaban iniciando sus estudios en las facultades. Un ejemplo de ese temor a la falta de continuidad e interés ya se manifestó al poco de su fundación en Oviedo. La pasividad y la desgana era el mayor peligro para la asociación:

Campo de acción no falta nunca para hacer el bien y en sus fines éste va envuelto. Tampoco se achaque su inacción a la falta de medios, que nunca faltarían si se buscasen con ahínco. Falta tan sólo una voluntad decidida y constante de realizar con toda la mesura necesaria, pero sin pararse, todo lo que cumpla al fin y carácter de la asociación creada<sup>181</sup>.

La misma idea apunta Emilio González López como principal causa de la crisis:

Si no pudo vivir se debe principalmente a esa falta de continuidad que se da en toda labor española, en esa falta de perseverancia que se nota en todos los esfuerzos que se emprenden en nuestro país y que hacen malograr las ideas generosas que, animadas por espíritus activos, parecían encarnar en una obra positiva<sup>182</sup>.

La innecesidad de unión para combatir nuevas medidas ministeriales, la licenciatura de sus más combativos miembros, etc., hizo que el interés por la reivindicación y por el asociacionismo decayera. La conciencia asociativa se relajó. Redujeron sus actuaciones a una vida ateneísta pobre; limitada a celebrar simples reuniones de estudiantes o fiestas, sin contenido político o pedagógico significativo. Valencia no escapó a la abulia escolar. Contamos con el breve y excepcional testimonio del catedrático Juan Peset Aleixandre.

Ello no excluye que minorías intentasen iniciar agrupaciones, como aquella «Unión Escolar» de comienzos de siglo, a las Academias de científicas que funcionaron en algunas Facultades de esta Universidad. Tales entusiasmos dignos de toda loa, generalmente sólo eran sentidos por pocos y contrastaban con el desinterés del ambiente.

---

<sup>181</sup> L. Méndez, «La Unión Escolar Ovetense...», p. 302.

<sup>182</sup> E. González López, *El espíritu...*, p. 22.

Hoy la inmensa mayoría de la clase estudiantil se halla interesada con todo entusiasmo por la cosa universitaria. He aquí el gran filón de que dispone la Universidad <sup>183</sup>.

La UE valenciana si no desapareció, quedó muy mal parada. Prueba de ello es que en la junta que los estudiantes hicieron a finales de 1908 para estudiar su intervención en el congreso escolar, que se celebraría durante la Exposición regional de 1909, se reunieron sin contar con ella <sup>184</sup>. Aunque había interés en agruparse, la sequía de agrupaciones era evidente <sup>185</sup>. Romanones mencionó la crisis en que se hallaba el asociacionismo desde hacía años.

Los lazos de solidaridad y de compañerismo colectivo entre los estudiantes son muy escasos o casi nulos; apenas existen instituciones escolares que fomenten la fraternidad y el estudio, y los alumnos se ven y se tratan solamente en el tiempo que permanecen en las aulas y suelen celebrar reuniones y crear pasajeros vínculos de solidaridad, casi exclusivamente, para formular reclamaciones que con lamentable frecuencia, tienden a la reducción de los días de clase <sup>186</sup>.

c) *El resurgir asociacionista: La Federación nacional escolar*

El Primer congreso escolar nacional aunque no contó con la asistencia que se hubiera deseado permitió que los estudiantes de dis-

---

<sup>183</sup> Archivo General de la Guerra Civil, J. Peset, «El interés por lo Universitario», *FUE. Órgano de la Federación Universitaria Escolar*, 1, (1932), Valencia, p. 5. Uso la edición facsímil editada el año 2000 por la universidad de Valencia.

<sup>184</sup> La reunión se celebró el 8 de diciembre de 1908 «Valencia en el año 1908», *Almanaque Las Provincias para 1909*, Valencia, s/a, p. 73. También *El Mercantil Valenciano* y *Diario de Valencia*, 25 de noviembre de 1911, pp. 3, 1 y 2, respectivamente; *El Correo*, 24 de noviembre de 1911, p. 3.

<sup>185</sup> La misma situación constata I. Varela, *La universidad de Santiago...*, pp. 220-221. Jiménez de Asúa reconoce que «Cuando yo era estudiante —allá por los años 1906-1911— los alumnos no estaban agrupados en sociedad, pero su espíritu era de tónica insurgente.» *Al servicio...*, pp. 138-139.

<sup>186</sup> Exposición de motivos del real decreto de 6 de mayo de 1910, *Gaceta de Madrid* de 8 de mayo, *Boletín de la revista general...*, t. 141, Madrid, 1910, pp. 657-661.



tintas universidades demostraran su disposición para agruparse seriamente. En dos ponencias se trató acerca de la gran necesidad y las enormes ventajas que supondría la creación de un asociacionismo universitario fuerte<sup>187</sup>. Se habló de crear una Asociación escolar nacional y se discutieron y aprobaron una serie de conclusiones que recogían los fines y elementos que debían dirigirla:

1ª La asociación tendrá como fines: a), realizar la educación física del escolar; b), conseguir beneficios económicos para la clase en todos los órdenes (hoteles escolares, viajes, espectáculos, etcétera); c), intervenir en todas las discusiones de los Consejos universitarios, teniendo en los mismos un representante; d), mantener la dignidad de la clase constituyendo sus juntas, tribunales de honor, que juzguen cuando haya lugar la conducta o los actos intra o extra-académicos de los escolares, y cuyos fallos sean sancionados por el Consejo universitario; e), proceder con urgencia a la reforma de la disciplina académica, haciéndola extensiva a maestros y discípulos; f), completar y ampliar su cultura científica especial por medio de conferencias, clases certámenes, viajes, intercambios escolares, etc. 2ª Es de necesidad llevar a cabo la Asociación Escolar Nacional en plaza breve, con el fin de que ella sea la encargada de realizar estos urgentes fines y todos los acuerdos que se tomen en el Congreso. 3ª Las asociaciones escolares deben ser organismos que procuren el mejoramiento de la clase escolar por todos los medios. 4ª Su existencia es imprescindiblemente necesaria para los escolares; y 5ª Deben llevar fines didácticos, sociales y económicos<sup>188</sup>.

El nuevo sindicalismo no buscaba ya las reivindicaciones de contenido político como en otros tiempos, sino el exclusivo beneficio y

---

<sup>187</sup> Las ponencias 2ª y 14ª se refundieron en una bajo el título: «Asociación escolar nacional. Qué son en la actualidad y qué deben ser en el porvenir las Asociaciones escolares». El tema fue defendido por sendos escolares —Lucas Ibáñez y Serrano Batanero— y al contrario que en otros temas, no encontró oposición alguna entre el resto de congresistas. La segunda ponencia fue ofrecida por el estudiante de medicina, Darío Marcos: «Conveniencia de la dirección técnica de los Centros hospitalarios dependa de los claustros de medicina y esté a su servicio a cargo de alumnos». En él, también se abordó extensamente lo ventajoso de contar con asociaciones escolares, especialmente en medicina. *Las Provincias*, 24 y 26 de julio de 1909, pp. 4 y 1, respectivamente.

<sup>188</sup> *Las Provincias*, 24 de julio de 1909, p. 4.



protección de sus asociados; aunque en sus peticiones detectamos un cierto regusto liberal que no en vano acabó predominando. Los estudiantes solicitaron mayor intervención en la vida universitaria, un control real de la asistencia y trabajo del profesorado y medidas que podríamos calificar de institucionistas —interés por los deportes, por las conferencias, por las excursiones y viajes, etc.—.

A pesar de que manifestaron la importancia de crear asociaciones potentes, de sentar sus bases y de declarar la necesidad de fundarlas con urgencia, no tenemos constancia de que se produjera en ese mes de julio. Los enfrentamientos de la Semana Trágica, algunas cuestiones de ámbito revolucionario acaecidas en la provincia, sumadas a otros acontecimientos producidos con motivo de la Exposición regional, desviaron la atención de la prensa y de la ciudadanía<sup>189</sup>.

Es claro que el nacimiento de La Federación Nacional Escolar (FNE) es fruto de ese Congreso escolar. Cuatro son los detalles que así lo confirman: el primero, la intervención destacada en dicho congreso del catedrático de medicina Ramón Gómez Ferrer, reconocido impulsor del asociacionismo universitario<sup>190</sup>; el segundo, los testimonios posteriores<sup>191</sup>; el tercero, el espíritu liberal que dirigió su creación y gobierno; el cuarto fue que en la clausura del primer Congreso Escolar se acordó que la siguiente concentración de estudiantes se hiciera en Madrid al año siguiente —1910—<sup>192</sup>. Sin embargo tuvo que esperar dos años hasta que contara con la fuerza suficiente para movilizar al alumnado. Será desde 1911 cuando la

---

<sup>189</sup> Precisamente el 28 de julio de 1909 se suspendieron las garantías constitucionales. *Las Provincias*, 29 de julio de 1909, p. 2.

<sup>190</sup> Él se encargó del discurso de clausura. *Las Provincias*, 29 de julio de 1909, p. 2.

<sup>191</sup> En la sesión inaugural de la primera Asamblea Escolar Nacional. Tras las palabras del secretario y presidente de la *Federación*, «Habló a continuación el representante de los escolares de Valencia, D. Francisco Serra [otras fuentes hablan de Candela, el hijo del catedrático de medicina] que recordó que en la universidad levantina había nacido la iniciativa de la federación. Fue muy aplaudido». *Las Provincias*, *El Pueblo* y *El Mercantil Valenciano*, 25 de noviembre de 1911, todos en p. 3; *El Correo* y *La Correspondencia de Valencia*, 24 de noviembre de 1911, ambos en p. 3; y *Diario de Valencia*, 25 de noviembre, pp. 1 y 2.

<sup>192</sup> *Las Provincias*, 29 de julio de 1909, p. 2.

actividad asociacionista cobró impulso gracias al regreso de Amalio Gimeno la cartera de instrucción<sup>193</sup>. Animó a los escolares madrileños de la Federación a llevar adelante la Asamblea que no había podido celebrarse aún. Con la bendición del ministro liberal, una comisión recorrió las universidades invitando a sus condiscípulos a asistir a la multitudinaria asamblea que planeaban celebrar hacia finales de año. En Valencia la idea encontró una calurosa acogida<sup>194</sup>.

La entidad nació con la finalidad de recobrar la iniciativa universitaria y desde el primer momento absorbió a la maltrecha UE<sup>195</sup>. Se compuso de estudiantes universitarios y de las escuelas superiores; se configuró con un doble carácter, pues era al mismo tiempo asociación escolar y entidad federativa del resto de sociedades. De este modo pretendía aglutinar a todas las agrupaciones estudiantiles para encabezar u organizar cualquier movimiento universitario. Como asociación fue desde luego la más grande de todas y efectivamente reactivó la vida asociativa de los escolares que además pudieron intervenir con sus opiniones en las diversas asambleas que organizó. En sus reivindicaciones pedagógicas continuaron en la línea desarrollada por la Unión Escolar: búsqueda del perfeccionamiento de la enseñanza, introducción de medidas pedagógicas, reivindicación de academias, de centros de investigación, auxilio a los estudiantes pobres... Sin embargo, observamos una diferencia esencial con aquélla, pues demostró un destacable interés por los asuntos pedagógico-educativos y menor por los políticos<sup>196</sup>.

A la FNE debemos reconocerle la celebración de las asambleas escolares para la reforma de los estudios superiores. A su insuficiente liderazgo, que ninguna de ellas concluyera pacíficamente.

---

<sup>193</sup> En 1907 reconoció el débil tejido asociacionista escolar y se manifestó a favor de recuperarlo en la exposición de motivos del decreto constitutivo de la JAE. Real decreto de 11 de enero de 1907, *Gaceta de Madrid* del día 15, *Boletín de la revista general...*, t. 132, Madrid, 1917, pp. 49-57.

<sup>194</sup> La comisión estaba compuesta por Emilio Vellando, Francisco Blázquez y Enrique Jiménez. El mitin fue presidido por el catedrático conservador José María Zumalacárregui. *Las Provincias*, 25 de marzo de 1911, p. 2.

<sup>195</sup> I. Varela, *La universidad de Santiago...*, p. 220.

<sup>196</sup> *La Correspondencia de Valencia*, 29 de noviembre de 1911, p. 1.

*La asamblea de Madrid: el desacierto de Rosario Acuña*

Ya hemos dicho que la protección de Amalio Gimeno, hizo posible la celebración de la Primera asamblea nacional escolar. Los estudiantes se beneficiaron de las influencias del poder y contaron con grandes ventajas como vacaciones para los asambleístas y descuentos en los billetes del tren, etc. La Universidad Central sería el marco de ese primer encuentro. La prensa valenciana nos dio cuenta del casi medio millar de estudiantes que la noche del 22 de noviembre marcharon. Más que a una asamblea sería parecía que iban de romería<sup>197</sup>.

El día 24 llegó la representación de Barcelona, última de las que se personaron. Fueron recibidos por unos cinco mil estudiantes de todas las facultades. La débil presencia de los catalanes fue recibida con alivio por los organizadores que temían que la cuestión regionalista provocara la ausencia de la delegación de una de las universidades más importantes. A partir de ese momento el éxito de asistencia colapsó los planes de los organizadores. Desde la estación marcharon arrollando todo cuanto encontraron a su paso hacia el Paraninfo de la universidad de Madrid que quedó atestado. Allí el presidente de la Federación Nacional Escolar les dio la bienvenida y luego tomó la palabra el representante valenciano que tuvo dicho honor por haber sido Valencia donde primeramente se promovió la asamblea. A continuación el ministro intervino para abogar por la unidad de todos los universitarios, escolares y profesores. Les confesó que era consciente de los problemas de la universidad y de los abusos del profesorado con los libros de texto. Era necesario actuar para paliarlos. Su crítica a los estudiantes por su desmedido afán por holgar no gustó a todos y provocó algunas protestas que crecieron en intensidad. Los escolares comenzaron a inquietarse demasiado, la reprobación hecha, la falta de espacio y la mala acústica llevó a una situación explosiva... Gimeno tuvo que marcharse del local entre aclamaciones y vituperios<sup>198</sup>.

---

<sup>197</sup> *El Correo*, 22 de noviembre de 1911, p. 1 y *Las Provincias*, 23 de noviembre, p. 1.

<sup>198</sup> *Las Provincias*, *El Pueblo* y *El Mercantil Valenciano*, 25 de noviembre de 1911, todos en p. 3; *El Correo*, *La Correspondencia de Valencia*, 24 de noviembre de 1911, ambos en p. 3; y *Diario de Valencia*, 25 de noviembre, pp. 1 y 2.

Por la tarde se iniciaron las reuniones en las aulas de la universidad. Se dividieron en tantas secciones como universidades habían —diez—<sup>199</sup>. El procedimiento que se adoptó fue el siguiente: una vez aprobadas las conclusiones por cada sección, pasaría a la asamblea general que debería dar el visto bueno final —el presidente de la mesa era Blásquez Bores—. El sistema se adivinaba maratoniano. Pensemos que caso de rechazarse alguna de las ponencias por la asamblea general debía discutirse en ésta hasta alcanzar un acuerdo definitivo. Especialmente destacada fue la intervención del hijo del doctor Moliner que en nada se apartó de las posiciones de su padre: defensa de una reforma radical de la enseñanza, incremento en el presupuesto de instrucción hasta cien millones, una purificación del profesorado y establecimiento de la libertad de enseñanza. Los debates fueron acalorados pero sin incidentes y la asamblea aprobó tres puntos el día 25: cédula escolar obligatoria, creación de bibliotecas y que los profesores fueran todos designados por oposición.

Llegaron al cuarto, el más problemático pues se refería a la libertad de cátedra. Los alumnos más clericales, tal y como habían demostrado en otras charlas, estaban dispuestos a pronunciarse en contra. Lo que interesaba a los organizadores de la asamblea era lograr una declaración liberal en este punto. El presidente de dicha sección Juan María Aguilar, manifestó que cuando llegó el momento de la discusión surgieron los problemas serios:

Se presentó una proposición pidiendo que fuera reconocida la libertad de cátedra, siempre que no se atentara al dogma católico, declaró a su vez la improcedencia de tal proposición por

---

<sup>199</sup> 1ª. Cédula escolar con carácter obligatorio para la construcción de la Casa de Estudiantes. Ponente. Emilio Vellando, de Madrid. 2ª. Bibliotecas y centros de enseñanza. Luis Jordana, de Zaragoza. 3ª. Profesorado. Agustín Gonzalo, de Oviedo. 4ª. Libertad de cátedra en lo que se refiere a las doctrinas científicas, así para el profesorado como para el alumno. Juan María Aguilar, Sevilla. 5ª. Asistencia a cátedra. ¿Debe ser obligatoria o voluntaria? Luis Martín Velázquez, de Valladolid. 6ª. Laboratorios en las enseñanzas prácticas. Alejandro Vila, de Granada. 7ª. Libros de texto. Programas. Carlos Ozores, de Santiago. 8ª. Exámenes. Alfredo Soriano, de Valencia. 9ª. Participación de la clase escolar en la provisión de cátedras. Enrique Maldonado, de Salamanca. 10ª. Asuntos relacionados con nuestra clase. Salvador Basil, de Barcelona. *Las Provincias*, 25 de noviembre de 1911, p. 3.

entender que, siendo la libertad de cátedra una cosa reconocida de derecho en las leyes sin restricción religiosa de ninguna especie, no procedía discutir tal cosa [...] también en ésta se observó la ingerencia de elementos extraños a la clase escolar, que eran los que llevaban la misión de perturbar la labor de las asambleas planteando estúpidas cuestiones que no podían ser aceptadas ni tomadas en consideración por los estudiantes<sup>200</sup>.

Salvador Basil, el presidente de la sección décima, confirmó la llegada de personas extrañas, seguramente clericales:

—Es cierto— nos dijo que en la sección que yo presidía se presentó una proposición, pidiendo que en la carrera de derecho se incluyera una asignatura de Teología. Yo declaré improcedente la proposición y dije que si se tomaba en consideración abandonaría la presidencia para consumir un turno de diez, doce o veinte horas, todas las que mis fuerzas me permitieran, para combatir aquella barbaridad.

He de hacer la justicia que merece a la clase escolar, y diré que la proposición no fue presentada por estudiantes.

Los estudiantes se hallaban en aquel momento en minoría. La mayor parte se habían marchado del local, fatigados por una sesión permanente que duraba ya más de cuarenta horas.

Pero yo había observado desde hacía bastante tiempo la injerencia de algunos elementos extraños que me habían parecido muy sospechosos.

Gentes con barbas, provistos de garrotes que pululaban por los corredores y las salas que parecían traer y llevar recados u órdenes de uno en otro sitio [...] El alboroto promovido fue considerable, y la proposición no prosperó<sup>201</sup>.

La aparición de éstos, sumado a la masiva presencia de los escolares católicos en la sección referida a la libertad de cátedra, hizo temer a los organizadores que se produjera una declaración a favor de la sumisión de la ciencia al dogma católico. Una asociación clerical y carlista valenciana, la Agrupación escolar legitimista, destacó en su oposición a dicha libertad: la investigación científica debía someterse a la fe y no contravenir los presupuestos cristianos. La

---

<sup>200</sup> *El Pueblo*, 3 de diciembre de 1911, p. 1.

<sup>201</sup> *El Pueblo*, 3 de diciembre de 1911, p. 1. Artículo copiado del también republicano *El Radical*.

prensa clerical celebraba que los valencianos y los vallisoletanos, se distinguieran por salvaguardar sus creencias religiosas<sup>202</sup>.

Las diferencias político-religiosas encrespaban los ánimos y los problemas no tardaron. Muchas propuestas de otras secciones comenzaron a ser refutadas por la asamblea general. Ante el caos, la junta organizadora decidió pasar a un sistema más rápido y desde luego mucho menos democrático. Se fingieron problemas eléctricos en el local de la universidad y así los presidentes de las secciones tuvieron una excusa para encerrarse con un representante de cada universidad en un hotel. Allí, lejos del resto del estudiantado, discutieron y definieron en privado las conclusiones finales.

En ese momento algo vino a empeorar la tensa situación. La periodista republicana Rosario Acuña publicó en *El Internacional* un artículo ofensivo para la clase escolar, sus familias y el clero: *La jarca de la universidad* que recogió el diario catalán *El Progreso*<sup>203</sup>. En Barcelona más de un millar de alumnos de todas las facultades protestaron por sus palabras. A continuación se produjo un gravísimo enfrentamiento con las fuerzas de seguridad que llevó al cierre de la universidad. Los hechos trascendieron a pesar del interés de Gimeno en suavizarlos y resolverlos<sup>204</sup>. Él mismo se interesó personalmente en el consejo de ministros de atender las peticiones de los escolares respecto a que se castigase ejemplarmente a la periodista y a *El Internacional*.

Los acontecimientos tuvieron un gran eco en todo el Estado. Así en Cádiz, Oviedo, Salamanca, Valladolid, Córdoba, León, Bilbao, Zaragoza, Sevilla, Alicante y otras ciudades, los estudiantes se negaron a entrar en clase o se manifestaban protestando por el honor mancillado. En el centro de estudios universitarios de la jesuita Deusto —famosa por desconocer algaradas— el rector dio un día de asueto para que los estudiantes desataran su malestar —no puede negarse el tinte político de este gesto contra la autora de izquierdas y contra un diario republicano y anticlerical—<sup>205</sup>. *El Pueblo* advirtió

---

<sup>202</sup> *Diario de Valencia*, 27 de noviembre de 1911, p. 1.

<sup>203</sup> *Las Provincias*, 11 de diciembre de 1911.

<sup>204</sup> El saldo final de ese día fue un guardia civil herido de bala, más de 40 detenidos y numerosos contusos. *El Correo*, 25 de noviembre de 1911, p. 3 y *Diario de Valencia*, 26 de noviembre de 1911, p. 2.

<sup>205</sup> *El Correo*, 27, 28 y 29 de noviembre de 1911, pp. 2 y 3; y *Las Provincias*, 29 de noviembre y 1 de diciembre de 1911, ambos en la p. 3.

que se estaba produciendo una maniobra tradicionalista y carlista para forzar la dimisión de Amalio Gimeno como se hizo en tiempos de La Cierva<sup>206</sup>. Sólo en parte era cierto pues la autora había sido muy desafortunada al atacar a los estudiantes en ese momento. Pero tampoco el ministro era culpable de las palabras vertidas por Acuña. En Madrid los alumnos asistentes al congreso quedaron conmocionados con la llegada de las primeras noticias del enfrentamiento de Barcelona. Amalio Gimeno les manifestó que aquéllas venían exageradas y trató de aquietar a los estudiantes.

Mientras el conflicto se desencadenaba en las calles, el comité aprobó las conclusiones del congreso que fueron de calado liberal para satisfacción del ministro. Además, de protestar por el artículo mencionado y por la intrusión de elementos católicos extraños, fijaron sus peticiones<sup>207</sup>.

Se respaldó la obligatoriedad de la cédula escolar —sería establecida en 1914—. Se exigió la creación de tantas bibliotecas como centros de enseñanza superior existieran, que se facilitara el acceso a los profesores y alumnos y que se mejoraran sus instalaciones. En general, del profesorado pidieron una mayor entrega; que ingresara por oposición; que las pruebas para cubrir las plazas de los auxiliares se hicieran en los centros donde se produjese la vacante. Asimismo también trataron de las excedencias y pidieron el cese de la acumulación de cátedras porque suponía un empobrecimiento de la calidad de la enseñanza; por el mismo motivo, demandaron que se jubilara a los catedráticos a los sesenta y cinco años. El espinoso asunto de la libertad de cátedra se resolvió con una declaración ambigua: estaban a favor de la libertad doctrinal para profesores y alumnos siempre que no se afectase a la cuestión religiosa.

La asistencia a clase debería ser libre. Pidieron nuevos laboratorios y un plan de estudios nacional que contara con un programa mínimo que permitiese una cierta unanimidad en las explicaciones y contenidos. También que se aplicara la ley con rigor en lo referido a los libros de texto y sus abusos. En cuanto a los exámenes, solicitaron que se suprimieran los de reválida de la licenciatura y del bachillerato —Burell lo haría en 1917— y que se implantaran los de

---

<sup>206</sup> *El Pueblo*, 1 de diciembre de 1911, pp. 1 y 2.

<sup>207</sup> *El Mercantil Valenciano*, 26 de noviembre de 1911, p. 3.



acceso a las universidades, a cambio, se eliminaría el preparatorio. Demandaron que los tribunales de examen estuvieran compuestos por sus catedráticos —los auxiliares les examinarían cuando hubieran sustituido al numerario más de la mitad del curso—. Por último, tomaron unas decisiones sobre asuntos variados<sup>208</sup>. Una comisión estudiantil entregó copia de las conclusiones al ministro y al rey<sup>209</sup>.

Como protesta por los acontecimientos de Barcelona, la junta organizadora decidió no celebrar la reunión de clausura. Realmente se trató de un pretexto para no tener que enfrentarse con los airados estudiantes clericales. Tenían razón éstos en estar muy molestos por la manipulación que se había hecho del congreso. Se sentían utilizados ya que las conclusiones definitivas se habían tomado secretamente con un representante de cada universidad. Por si fuera poco, se habían aprobado algunas declaraciones que ellos entendían contrarias a los intereses de la religión. Prueba de lo que decimos es que los anfitriones sí celebraron un festival como obsequio a los escolares visitantes, pues allí no había posibilidad de enfrentamientos ideológicos<sup>210</sup>. La prensa clerical se sumó a las críticas de la asamblea. Muchos alumnos habían acudido a la reunión sin saber muy bien a qué iban, y habían sido manipulados tanto o más que las resoluciones a las que se habían llegado<sup>211</sup>.

El regreso de los valencianos se hizo entre los días 27 y 28 de noviembre. Sólo quedaron algunos representantes de la facultades para

---

<sup>208</sup> Reorganización del magisterio; concesión de pensiones a estudiantes pobres mediante oposición en las respectivas universidades; establecimiento de la carrera de odontología en todas las universidades; creación de un centro de estudios hispanoamericanos en Sevilla; fomento de las relaciones con los países sudamericanos; descentralización de las oposiciones a notarías; que se celebrasen reuniones anuales de estudiantes, que la siguiente asamblea se celebrara en Barcelona..., en lo que respecta a derecho, se solicitó que los alumnos tuvieran más clases prácticas y que desde tercer curso asistieran a juicios.

<sup>209</sup> *La Correspondencia de Valencia* y *Las Provincias*, 27 de noviembre de 1911, pp. 1, y 2 y 3, respectivamente; *El Mercantil Valenciano* y *El Correo*, de 28 de noviembre, ambos en p. 1.

<sup>210</sup> En el Teatro de la Princesa el día 26 los alumnos del conservatorio dieron un concierto, también se leyeron poesías y textos de los clásicos españoles. *Las Provincias*, 28 de noviembre de 1911, p. 3.

<sup>211</sup> *Diario de Valencia*, 28 y 30 de noviembre de 1911, pp. 1 y 2, respectivamente.



presionar junto con la ejecutiva de la Federación al ministro con el fin de lograr un esclarecimiento de los hechos, la depuración de responsabilidades y los castigos pertinentes. Estos se produjeron y la comisión nacional de la Federación Escolar tras escuchar las explicaciones y medidas adoptadas por el gobierno dieron su visto bueno, declararon el conflicto finalizado y pidieron la vuelta a la normalidad<sup>212</sup>.

Mientras que el resto de universidades se aquietaba, Valencia, famosa por su deseo de adelantar las vacaciones, resistió. La cercanía de las Navidades, hacía imposible que asociación o federación alguna detuviera las ganas de terminar. El pretexto que alegaron para continuar la huelga fue que entendieron insuficientes las medidas que Gimeno había adoptado<sup>213</sup>. Sólo acudieron a lección los de último curso de medicina que por tozudos se llevaron una paliza el 2 de diciembre al salir de clase<sup>214</sup>. Si los estudiantes conservadores se sirvieron del conflicto para atacar al ministro protestando por la manera en que la *Federación Escolar* había manipulado las conclusiones de la Asamblea, el resto quería irse pronto a casa adelantando las vacaciones de Navidad.

La prensa republicana para proteger al ministro exigió disciplina. Lo mismo pidió Gimeno al rectorado pues era una vergüenza que de nuevo los escolares valencianos pretendieran no estudiar. Valencia era el único lugar que se mantenía rebelde<sup>215</sup>. El rector transmitió las órdenes pero la respuesta que obtuvo del claustro de medicina fue la inhibición ya que la sanción de tales actos no eran

---

<sup>212</sup> Bajo la presidencia de Vellando, se reunió el comité ejecutivo de la *Federación Escolar*, con delegados de todas las facultades. En vista de que el gobierno era el primero en dar una satisfacción a la clase escolar y aseguraba que los culpables serían detenidos y castigados —el fiscal supremo se dirigió varias veces a la fiscalía de Barcelona para acelerar e interesarse por el castigo a la autora—, que los compañeros de Barcelona eran puestos en libertad y que aquél distrito universitario se calmaba, comunicaron que se daban por satisfechos y que ponían fin a las huelgas en todo el ámbito nacional. *El Correo*, 28, 29, 30 de noviembre y 1 de diciembre de 1911, todos en p. 3; *El Pueblo*, 30 de noviembre, pp. 1 y 2 y *Las Provincias*, 1 de diciembre, pp. 1 y 3.

<sup>213</sup> *Las Provincias*, 3 de diciembre de 1911, pp. 1 y 2 y *Diario de Valencia*, 1 de diciembre, p. 2.

<sup>214</sup> *El Correo*, 2 y 4 de diciembre de 1911, pp. 3 y 1, respectivamente.

<sup>215</sup> Volvían al trabajo Oviedo, Salamanca, Zaragoza, Sevilla, Madrid e incluso Barcelona que había sido cerrada temporalmente por los graves desórdenes. *El Pueblo*, 4 de diciembre de 1911, p. 1.

de su incumbencia. Declararon —acertadamente— que la jurisdicción correspondía al consejo universitario por tratarse de una algarada en la que intervenían alumnos de diversas facultades<sup>216</sup>. El consejo tomó medidas pues aunque las autoridades universitarias —rector, decanos y claustros— se habían adherido en un primer momento a las huelgas y las toleraron, e incluso protestaron al ministro por el artículo<sup>217</sup>, no había razón para que siguieran amotinados una vez resuelto oficialmente el conflicto<sup>218</sup>.

Cuando parecía que los catedráticos iban a castigar a los alumnos rebeldes, los estudiantes del instituto general y técnico intervinieron para ayudarles<sup>219</sup>. Los universitarios se vieron reforzados y ya no volvieron a clase a pesar de las amenazas del consejo universitario. Las medidas disciplinarias que éste órgano adoptó quedaron suspendidas en espera de la ratificación del rector<sup>220</sup>. La ausencia de éste<sup>221</sup> hizo que el vicerrector prefiriera no ejecutarlas para no encrespar más a los estudiantes<sup>222</sup>.

### *Barcelona confirma las diferencias*

A pesar de los conflictos, la Federación Nacional Escolar no se arredró y al año siguiente sería Barcelona la sede del siguiente con-

---

<sup>216</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 11 de diciembre de 1911, pp. 379-381.

<sup>217</sup> *Diario de Valencia*, 29 de noviembre de 1911, p. 1.

<sup>218</sup> *El Correo*, 7 de diciembre de 1911, p. 2.

<sup>219</sup> Habían seguido la huelga contra Acuña y la abandonaron cuando los representantes en Madrid lo pidieron; ahora volvieron a protestar por la desatención a sus solicitudes de que ciertas plazas de carácter técnico en la administración —profesor mercantil en las cátedras especiales, para ingresar en el cuerpo de contables del estado, etc.—, fueran cubiertas por ellos pues padecían un desempleo enorme. *Las Provincias*, 13 de diciembre de 1911, p. 1 y *El Correo*, 11 de diciembre. p. 2.

<sup>220</sup> *El Correo*, 12 de diciembre de 1911, p. 2.

<sup>221</sup> El fallecimiento de la hija de Amalio Gimeno hizo que José Machí viajara a Madrid a darle el pésame. Allí se olvidó —o quiso olvidarse— de la aplicación de unas medidas que podían agravar —más aún en su ausencia— la situación. *Las Provincias*, 13 de diciembre de 1911, p. 1.

<sup>222</sup> Así llegó el día 15 de diciembre y con ellas las vacaciones, sin que los revoltosos fueran finalmente castigados. *Las Provincias*, 14 de diciembre de 1911, p. 1.

greso. Empezó de forma agitada pues los estudiantes madrileños tuvieron que manifestarse para que el liberal Santiago Alba concediera autorización a los delegados de la Universidad Central para acudir a la reunión<sup>223</sup>. Era lógica la reticencia del ministro tras la negativa experiencia anterior. Al final fue generoso y no sólo accedió sino que dio vacaciones para todos los estudiantes por tres días<sup>224</sup>. Con el fin de no repetir el problema de la masificación, las universidades se limitaron a enviar estudiantes delegados. Los temas a discusión fueron reducidos, no sólo por tener menos tiempo que en Madrid, sino porque la FNE no quería volver a discutir los puntos ya aprobados sino profundizar en ellos. Se dividió en tres secciones: primera, organización escolar; segunda, reorganización y perfeccionamiento de la enseñanza; y la tercera se dejaba de libre elección siempre que se relacionara con la clase escolar. Para facilitar la presencia de los comisionados, de nuevo se abarataron los medios de transporte<sup>225</sup>.

El 24 de octubre los delegados se reunían en asamblea preparatoria. Ciertamente el congreso se adivinaba tenso. Al local concurrió gran cantidad de estudiantes de todas las carreras pero no el ministro. Aunque Alba fue nombrado presidente honorario de la asamblea, no quiso involucrarse demasiado<sup>226</sup>. El acto fue presidido por dos alumnos, uno de magisterio —Llopis— y otro de veterinaria —Sanz—. Éste hizo memoria de lo estériles que hasta entonces habían sido los esfuerzos desarrollados por los estudiantes en el sentido de materializar las conclusiones tomadas en la última asamblea. A continuación se abrió un debate en el que se denunció la desatención ministerial a sus peticiones. La situación debía cambiar..., entre otras medidas de choque, propusieron tres importantes: que se cambiara la estructura de la Federación Escolar, que se declarara por Alba la libertad absoluta de cátedra y ser más agresivos frente a cualquier ministro que ignorara sus peticiones presentes y futuras. El presidente exigió que sus derechos no fueran pisoteados y amenazó que los escolares no tolerarían más burlas ministeriales. En un momento de exaltación, Burgaleta, uno de los

---

<sup>223</sup> *Las Provincias*, 24 de octubre de 1912, p. 1.

<sup>224</sup> *Las Provincias*, 25 de octubre de 1912, p. 3.

<sup>225</sup> *La Voz de Valencia*, 16 y 24 de octubre de 1912, ambos en primera plana.

<sup>226</sup> *Las Provincias*, 26 de octubre de 1912, p. 3.

más radicales, estudiante de ingenieros industriales, dijo que los conflictos escolares no se arreglaban con huelgas parciales y propuso que todos los estudiantes con el resto de capas sociales se declararan en huelga hasta que el gobierno atendiera sus exigencias. El discurso revolucionario no gustó a parte de sus compañeros que le silbaron. La situación empeoró y finalmente acabaron en un gran tumulto peleando por sus ideas políticas. Existía una importante hostilidad ideológica entre los de derecho —seguramente más moderados— y los de ingenieros —liberales—. Los primeros manifestaron su deseo de derribar a Santiago Alba, al igual que en su momento se hizo con Juan de La Cierva. Al final entre empujones, salió la mayoría a la calle gritando en favor de la huelga<sup>227</sup>.

Con una asamblea preparatoria de tal calibre, podemos imaginar el resto. El representante de la escuela de arquitectura desautorizó al presidente Rigo por no ostentar la representación escolar de Barcelona. Éste para evitar problemas dimitió. Los delegados del resto de universidades se opusieron y amenazaron con retirarse si no continuaba en el cargo, pues él les había convocado y era al único al que reconocían representatividad<sup>228</sup>. El congreso continuó aunque con las bajas de los delegados de medicina y de la escuela de agricultura de Barcelona. En los debates los problemas de las escuelas especiales tuvieron el protagonismo. Especial importancia tuvieron los problemas de los ingenieros industriales para emplearse debido a la mala organización estatal<sup>229</sup>.

Hasta entonces el gobierno no exigía para sus funcionarios la titulación que sería precisa para manejarse en ciertas actividades. Por ello pidieron que los oficiales del ejército y de la armada tuvieran vetado el cargo de ingenieros civiles o de otra administración pública. Asimismo se solicitó el perdón para varios estudiantes de Barcelona y Valladolid que habían sido castigados tiempo atrás. La asamblea también se mostró sensible a la cuestión autonomista de la universidad de Barcelona. Se aprobó impulsar los estudios de las literaturas regionales con la oposición de Oviedo y Granada y las abstenciones de Madrid y Valencia —se destacó en dicha defensa el

---

<sup>227</sup> *Diario de Valencia*, 24 de octubre de 1912, p. 3.

<sup>228</sup> *Las Provincias*, 27 de octubre de 1912, p. 3.

<sup>229</sup> Sobre la misión, porvenir, acceso y planes de estudios de la carrera de ingenieros industriales puede verse, J. Herreros Cervera, *Las carreras en España*, Madrid, 1913, pp. 70-73.

valenciano Miranda—<sup>230</sup>. Además acordaron celebrar el siguiente congreso en Granada y que para 1914 se realizara un congreso Hispanoamericano-escolar en Sevilla como muestra del deseo de fomentar las relaciones con Iberoamérica<sup>231</sup>. Solidarizándose con los estudiantes insulares, solicitaron del gobierno la creación en La Laguna (Canarias) de una nueva universidad. Al rector de la universidad le dieron copia de sus conclusiones<sup>232</sup>. También hubo tiempo para el esparcimiento<sup>233</sup>.

Precisamente las reivindicaciones al gobierno hechas por los de los ingenieros industriales, serían la chispa de la protesta ese año. La reunión de la Federación Escolar tuvo un coste altísimo para el orden académico, pues tal y como se barruntaba tras la reunión preparatoria se produjo una de las más violentas reacciones de todo el periodo estudiado que concluyó con motines generalizados en toda España. Valencia sería buen ejemplo pues ya a finales de octubre comenzaron los problemas.

Sin que oficialmente definiesen su actitud, abandonaron las clases los estudiantes de la Universidad, intentando hacer una manifestación, que la policía evitó, disolviéndose los escolares pacíficamente<sup>234</sup>.

Al día siguiente, la mayoría de los alumnos entraron en clase. Los pocos amotinados alegaban que se solidarizaban con aquellos

---

<sup>230</sup> *La Voz de Valencia*, 27 de octubre de 1912, p. 3.

<sup>231</sup> Dicha asamblea tuvo que esperar a 1921. Entre el 17 y el 27 de septiembre se celebró en Méjico un congreso internacional de estudiantes. La federación de estudiantes mejicanos invitó a un delegado por cada universidad. El viaje fue pagado por el gobierno mejicano. *La Correspondencia de Valencia*, 12 de agosto de 1921, p. 1. El viaje creemos que se articuló a través de la Federación estudiantil española y la embajada mejicana. *Las Provincias*, 14 de octubre de 1921, p. 5.

<sup>232</sup> *Diario de Valencia*, 28 de octubre de 1912, p. 2 y *Las Provincias*, 29 de octubre de 1912, p. 3.

<sup>233</sup> Visitaron las casas regionales y tuvieron una gala en el teatro Noveidades. *Las Provincias*, 28 de octubre de 1912, p. 3. El último día la lluvia estropeó una becerrada en la plaza de las Arenas. En su lugar visitaron a las autoridades municipales y provinciales. Se cerró el congreso con un paseo por las Ramblas. *Diario de Valencia*, 29 de octubre de 1912, p. 3.

<sup>234</sup> *Las Provincias*, 30 de octubre de 1912, p. 2.

compañeros que en otros estudios habían tenido problemas al secundar o enfrentarse a los alumnos de ingenieros industriales. El ministro se esforzó en impedir la extensión del motín <sup>235</sup>. Los catedráticos de Valencia confiaban que sus amenazas y diplomacia, bastarían para acabar el conflicto y no sancionaron. El 31 de octubre casi se había recobrado la normalidad y el rector —José Machí— era felicitado desde el ministerio <sup>236</sup>. Pero la calma duró poco, pues la presión y estridencias de los futuros ingenieros, retomaron y extendieron la huelga en otras universidades <sup>237</sup>. En Valencia no se solidarizaron con los ingenieros porque no existían tales estudios, pero protestaron a partir del día 12, pues no les fue difícil encontrar argumentos con los que amotinarse; lo único que abundaba en las universidades españolas eran deficiencias. Los de medicina y derecho se negaron a entrar como protesta por la exigua cantidad que el gobierno les destinaba en los presupuestos.

El claustro de profesores se lamentó de la situación universitaria y de los procedimientos ilegales de los estudiantes. Trataron de disuadirlos con buenas palabras, finalmente los de medicina prometieron aquietarse pero antes protestarían durante tres días más <sup>238</sup>. El asesinato de Canalejas y la conmoción nacional que lo siguió acabó con la protesta <sup>239</sup>. El 14 de noviembre celebraron un mitin en la plaza de toros para denunciar el homicidio y recordar la necesidad de aumentar la consignación presupuestaria y de mejorar el nivel general en la enseñanza <sup>240</sup>. Poco tiempo después, tras el luto por Canalejas, volvieron a amotinarse con éxito el 6 de diciembre para adelantar las vacaciones. Fueron inútiles los trabajos del rector por

---

<sup>235</sup> En un telegrama al rector de Valencia, en previsión de alzamientos solidarios, advertía que la mayoría se abstenía de participar en un asunto que no les concernía. Había que recuperar la disciplina y la autoridad a toda costa. *Las Provincias*, 31 de octubre de 1912, p. 2 y *El Pueblo*, mismo día, p. 2.

<sup>236</sup> *Las Provincias*, 1 de noviembre de 1912, p. 2.

<sup>237</sup> *El Pueblo*, 31 de octubre de 1912, p. 3 y *La Voz de Valencia*, 7 de noviembre de 1912, p. 3.

<sup>238</sup> *El Pueblo* y *La Voz de Valencia*, ambos del 13 de noviembre de 1912; *Las Provincias*, días 12 y 14 del mismo mes y año. Todos en segunda plana.

<sup>239</sup> *Las Provincias*, 15 de noviembre de 1912, p. 2.

<sup>240</sup> *Diario de Valencia*, 15 de noviembre de 1912, p. 2 y *La Voz de Valencia*, 15 de noviembre de 1912, p. 1.

hacerse obedecer<sup>241</sup>. La pereza desacreditó mucho a los escolares valencianos:

Uno de los mayores achaques de nuestra enseñanza oficial es la abundancia de fiestas y huelgas escolares. Felizmente, aquí no se plantean éstas por choques entre profesores y alumnos; pues las relaciones entre ambos son buenas en general, y aun cordiales cuando existen clases prácticas, laboratorios, viajes comunes, u otras formas de convivencia más íntima que la de la diaria hora de verse en el aula. Pero repercuten entre nosotros casi todas las huelgas de otros centros, y fructifican como donde más las con-sabidas para adelantar las vacaciones en Navidad, Semana Santa, etc. Además, hay algún otro que, sin ser feriados por precepto, lo son por razón consuetudinaria<sup>242</sup>.

*Granada: se consume la quiebra de la unidad escolar*

El desarrollo del segundo congreso de estudiantes, bien nos permite imaginar la tensión con la que se organizó el tercero. Los estudiantes conservadores estaban disgustados con el talante liberal con que se habían producido las anteriores asambleas y pretendieron desviar la atención pública de la tercera. Por si fuera poco, se celebraba en una universidad que simpatizaba con el socialismo...<sup>243</sup>. Los catalanes en general nunca mostraron demasiadas simpatías hacia las reuniones pues las consideraban centralistas y contrarias a la especial situación de su universidad. Claro es que el movimiento escolar de tendencia católico-regionalista que existía en Barcelona rechazaba completamente esta tercera asamblea<sup>244</sup>. Una casualidad

---

<sup>241</sup> *Diario de Valencia*, 7 de diciembre de 1912, p. 2 y *La Voz de Valencia* 7 y 8 de diciembre de 1912, pp. 1 y 2, respectivamente.

<sup>242</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la universidad de Valencia desde 1919 a 1924», *Anales de la universidad de Valencia, 1923-1924*, Valencia, 1925, pp. 386-387.

<sup>243</sup> No debemos olvidar que al menos tres catedráticos de ese estudio eran socialistas militantes: Fernando de los Ríos, Pablo de Azcárate y García Duarte. De hecho, muchos estudiantes tenían vínculos con la Casa del Pueblo y las sociedades obreras. A. M<sup>a</sup> Calero Amor, *Historia del movimiento...*, pp. 102, 111 y 255-260.

<sup>244</sup> *El Pueblo*, 22 de noviembre de 1913, p. 3, acusaba a la *Asociación Católica de Estudiantes* en Barcelona de ser la directora de las huelgas que



como el atropello de un niño por un tranvía en Barcelona fue el detonante de unos disturbios muy graves que duraron varios días y a los que además se adscribieron radicales ajenos a la universidad<sup>245</sup>. En ellos las fuerzas del orden invadieron repetidamente el edificio de la universidad que no tuvo clases. La protesta al ministerio no se hizo esperar. Ninguna universidad española toleraba la violación del «fuero universitario» es decir, la presencia no requerida de la policía en sus instalaciones. La magnitud y violencia de los enfrentamientos que además se extendieron a otros estudios distrajo la atención nacional hacia las algaradas, desviándola del congreso<sup>246</sup>.

En Valencia fueron los alumnos del instituto y los de las escuelas especiales los que el 21 de noviembre iniciaron la protesta. Se negaron a entrar en clase; parece que había un acuerdo previo con los universitarios que no tardaron nada en sumarse a la algarada y marchar por la ciudad<sup>247</sup>. Pidieron al gobernador civil —Centano— que telegraficara al gobierno para significar su desaprobación por las duras represiones hechas a sus compañeros. Éste les atendió pero no logró que se disolvieran, ni que produjeran múltiples destrozos ni que perturbaran seriamente el orden público. Sus violencias decidieron al gobernador civil y al capitán general a actuar para contenerlas<sup>248</sup>. Al día siguiente los alumnos de leyes entraron a primera hora, pero se negaron a seguir. Al poco, reforzados por

---

se desarrollaron. En Valencia creemos que se dividía por secciones universitarias. Medicina y ciencias por sus pocos asociados funcionaba unida. *Diario de Valencia*, 31 de octubre de 1914, p. 3.

<sup>245</sup> *La Voz de Valencia*, 21 de noviembre de 1913, p. 3.

<sup>246</sup> La huelga se extendió a otras provincias, por ejemplo Sevilla, Cádiz y Madrid no tuvieron clase ese día. *La Voz de Valencia*, *El Pueblo* y *Las Provincias*, 22 de noviembre de 1913, pp. 3, 3 y 1 y 2, respectivamente.

<sup>247</sup> *El Pueblo* hablaba de 2.000 estudiantes, lo que nos hace pensar que ese gran número se debía o a una exageración del periodista, o a una agregación masiva de «elementos extraños».

<sup>248</sup> A media mañana, la fuerza pública cargó contra los escolares. Indignados, volvieron a protestar por los «atropellos» que habían sido víctimas. Una comisión dialogó con el gobernador. Éste les advirtió que o se disolvían o tendría que emplearse a fondo pues ya no tenían argumentos por los que seguir alterados. Los escolares siguieron en huelga. Se reunieron en la plazoleta que daba acceso a la facultad de medicina y ratificaron que no volverían a clase. *El Pueblo* y *El Mercantil Valenciano*, 22 de noviembre de 1913, ambos en primera plana.



otros compañeros, silbaron a los policías que se encontraban apostados cerca del recinto universitario. A continuación marcharon a la facultad de medicina para interrumpir las clases. Como no lo lograran produjeron alborotos en el centro urbano que forzó a los agentes a cortarles el paso y a realizar diversas detenciones. Sus compañeros llegaron al Temple —sede de la gobernación civil—. Pero en ese momento intervino el doctor Moliner que se ofreció a dialogar con los estudiantes y calmar los ánimos. El ex profesor que aún contaba con muy buena fama entre ellos les convenció para que se aquietaran, a cambio les propuso celebrar un mitin en la universidad. Allí abordarían las cuestiones que preocuparan a los estudiantes y a los catedráticos que quisieran intervenir. La pacificación de los jóvenes permitió que el gobernador retirara sus fuerzas de las calles.

El martes 24 de noviembre se celebró el mitin en el teatro Escalante ante la negativa del rector a ceder un local de la universidad —no extraña su precaución ante el personaje que lo convocó—. Habló un estudiante por cada escuela superior, uno por derecho y otro por medicina. Denunciaron la costumbre de las fuerzas del orden de violar los espacios universitarios. El alumno de leyes Alfonso Aguado arremetió contra los académicos diciendo que eran unos ineptos y que en las clases sólo se perdía el tiempo, por lo que demandó libertad de asistencia a clase. Finalmente intervino Moliner para proponer y aprobar una declaración que, entre otras cosas, pedía la vuelta al trabajo y mayores inversiones para la instrucción pública<sup>249</sup>. Las conclusiones se entregaron al gobernador

---

<sup>249</sup> Que sospechaban que detrás de ese movimiento estudiantil había influencias extrañas —políticas— como demostraba que las protestas se radicalizaban también en Madrid y que junto a los estudiantes, también se detenían a anarquistas. Algunos alumnos se acercaron al ministro para protestar por la actitud de sus colegas y de otros elementos que no obedecían a las consignas de la Federación Escolar. Además pidió que se desistiera de toda huelga, motín o revuelta para aclarar las causas y depurar las responsabilidades por los actos bárbaros cometidos. Que se telegrafiasse a su delegado en Granada para la III Asamblea escolar con el fin de que conociese sus decisiones, así como que comunicase al resto de congresistas las inquietudes de sus compañeros respecto a una mejora de la legislación escolar y de presupuestos. *El Pueblo*, 25 de noviembre de 1913, p. 3.

civil con la advertencia de que no entrarían en clase sino hasta la semana siguiente<sup>250</sup>. Claro es que la mayoría incumplió la palabra dada, pues las ganas de holgar eran muchas<sup>251</sup>. El ministro moderado —Francisco Bergamín García— telegrafió a Valencia comunicándole al rector la situación en el resto del país. También le pidió que restableciera la disciplina pues ya no existían motivos para continuar la protesta después de las numerosas explicaciones y disculpas del gobernador civil y del jefe de la benemérita al rector de Barcelona<sup>252</sup>. Como ya no podía hacerse más, era lógico que la normalidad se recuperara.

Pero los escolares no lo veían así<sup>253</sup>. La posibilidad de que se retomara el curso hizo que los de Barcelona se manifestaran violentamente y pidieran la destitución del jefe de la guardia civil o, caso de no concederse, la separación del gobierno central y la destitución de todos los catedráticos —como vemos, un imposible—. Conscientes de la proximidad de las vacaciones navideñas, sabían que era seguro el apoyo de sus compañeros<sup>254</sup>. Los catalanes tras diversos encuentros y discursos, decidieron no volver hasta pasadas las Navidades<sup>255</sup>. La invasión del claustro por la policía de Barcelona, que en un primer momento era un válido motivo para protestar, fue la excusa para adelantar las vacaciones. En el resto de España la situación se calmaba pero no porque se volviera a clase, sino porque los escolares marchaban a sus pueblos para celebrar las fiestas<sup>256</sup>. Poco a poco el resto de centros acogían encantados la invitación de los barceloneses a la huelga solidaria: Bilbao, Sevilla, Barcelona,

---

<sup>250</sup> *El Pueblo y El Mercantil Valenciano*, 25 de noviembre de 1913, ambos en primera plana.

<sup>251</sup> *La Voz de Valencia y Las Provincias*, 25 de noviembre de 1913, pp. 2-3 y 1, respectivamente.

<sup>252</sup> *El Pueblo*, 24 de noviembre de 1913, p. 1. La explicación que dio fue que los agentes del orden no habían cargado contra los escolares sino contra anarquistas y gentes del hampa que aprovechaban la huelga escolar para producir daños y violencias. A pesar de ello se disculpó por la ocupación del recinto universitario. *Las Provincias*, 23 de noviembre de 1913, p. 3.

<sup>253</sup> *El Pueblo*, 23 de noviembre de 1913, p. 2.

<sup>254</sup> *La Voz de Valencia y El Mercantil Valenciano*, 26 de noviembre de 1913, ambos en p. 3; y *Las Provincias*, 30 de noviembre, p. 3.

<sup>255</sup> *El Mercantil Valenciano*, 30 de noviembre de 1913, p. 3.

<sup>256</sup> *La Voz de Valencia*, 23 de noviembre de 1913, pp. 1 y 3; *El Mercantil Valenciano y Las Provincias*, 23 de noviembre, ambos en primera plana.

Madrid, Gijón, Granada, Almería, San Sebastián, Valladolid, Badajoz, Palma, Zaragoza, Alicante, Sevilla, Huelva, Huesca, les secundaron<sup>257</sup>. La situación se agravó al clausurarse la Tercera asamblea de estudiantes... El ministro se entrevistó con el presidente de los huelguistas madrileños para advertirle que si no se aquietaban pronto, cerraría los centros levantiscos. No conocía bien a los jóvenes: la amenaza alentó el motín y ni siquiera la Central, que estaba recobrando la normalidad lentamente, tuvo clases desde el 2 de diciembre<sup>258</sup>. El 3 se generalizaba la huelga completamente, todos los centros celebraban mítines de solidaridad con unos y otros con el objetivo principal de irse antes a casa<sup>259</sup>.

Valencia también ese día adelantó las fiestas navideñas. Los decanos intercambiaron impresiones e informaron al ministerio que aunque había orden no se acudía a clase. Ahora bien, en lugar de aplicar el reglamento disciplinario, solicitaron medidas generales políticas que evitasen las huelgas en lo sucesivo<sup>260</sup>. La junta de medicina hizo lo mismo el 6 de diciembre. Tras lamentar el conflicto, recordó la necesidad de realizar reformas estructurales en la universidad pero no quiso castigar a los estudiantes rebeldes<sup>261</sup>. Sin castigos ni amenazas... ¿No era todo eso una autorización tácita a los estudiantes para que desaparecieran? Lo fuera o no, así los entendieron los jóvenes y al final nadie se molestó en aparecer. La prensa criticó el poco interés que —una vez más— habían mostrado las autoridades académicas en la represión. En el resto de estudios la situación era similar<sup>262</sup>. El desprestigio escolar era patente:

Bien está —¡ya lo creo!— que protesten de los desmanes de unos y otros y se sientan Quijotes cuando la ocasión llega, como

---

<sup>257</sup> *La Voz de Valencia*, 29 de noviembre de 1913, p. 3; *El Pueblo*, 23 de noviembre de 1913, p. 3; *Las Provincias*, 25 de noviembre, p. 3 y *El Mercantil Valenciano*, 30 de noviembre de 1913, p. 3.

<sup>258</sup> *La Voz de Valencia*, 3 de diciembre de 1913, p. 3.

<sup>259</sup> *El Mercantil Valenciano*, 4 de diciembre de 1913, p. 3.

<sup>260</sup> AUV, Sección general, *documentos II*, caja 1.903/1, junta de decanos del 3 de diciembre de 1913.

<sup>261</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta de 6 de diciembre de 1913, pp. 35-36.

<sup>262</sup> *El Mercantil Valenciano*, 4 y 5 de diciembre de 1913, pp. 1 y 3, respectivamente.

ha llegado en las presentes circunstancias; mas lo que no está bien ni medio bien es que su protesta colectiva se exteriorice en el acto de no entrar en clase. ¿Tienen algo que ver los profesores o los libros con que un tranvía cometa un atropello o unos guardias disparen tiros en la universidad, cosas ambas que provocaron el actual movimiento estudiantil? [...] Ya sabemos que España es el país de los viceversas y que cada español es una paradoja en calzoncillos; pero los escolares llevan lo paradójico a un límite realmente inconcebible. Porque, aquí donde ninguno estudia demasiado, los que menos estudian son los estudiantes<sup>263</sup>.

Este fue el ambiente en que se desarrolló la Tercera asamblea de estudiantes. Convocada de nuevo por la Federación Nacional Escolar, todas las universidades enviaron sus representantes. El objetivo en esa ocasión era de mayor calado y su interés mucho más práctico. Por ello discutirían los planes de estudio y la filosofía que debía imperar entre los estudiantes. Su lema fue: *Opera non verba*.

La asamblea siguió el ideario liberal —inspirado por el institucionalismo—. Fueron más de cien las conclusiones discutidas por casi cuatrocientos estudiantes de diversos centros. La cuestión que más nos interesa y que fue de las más candentes se refirió a la autonomía universitaria. Se discutió acaloradamente pues los escolares pretendían no sólo teorizar, sino alcanzar resultados concretos. Precisamente fue el representante de la universidad de Valencia quien abrió el debate bajo el lema «Cada universidad para sí y todas para la ciencia española». Los congresistas quisieron dejar bien claro que el autonomismo propuesto no tenía que ver con el separatismo nacionalista. Querían a la universidad libre de todo lastre que impidiera la mejora de su régimen en todos los sentidos. Los estudiantes de Barcelona les responderían en 1918 con el Segundo congreso catalán. En él se ratificaron en su catalanismo y apostaron por la identificación de la autonomía de su universidad con la de Cataluña<sup>264</sup>.

En el congreso de Granada, al igual que en la asamblea de 1902, se apostó por la autonomía universitaria como freno al independentismo. No olvidemos que un argumento que barajaban los nacionalistas era que la penuria material de la universidad de Barcelona

---

<sup>263</sup> *El Pueblo*, 27 de noviembre de 1913, p. 1.

<sup>264</sup> R. Bori i Alcañiz; Cortada i Corredor y X. Pujadas i Martí, «Autonomia universitària i autonomia...», pp. 587-598.

se debía al centralismo. La asamblea de Valencia reconoció que éste dañaba a algunas universidades y muchas iniciativas<sup>265</sup>. Mientras unas se beneficiaban de enormes ayudas, Madrid y Barcelona, otras en pleno funcionamiento y llenas de vigor se marchitaban desatendidas por el ministerio. Por ello plantearon la independencia económica de las universidades. Cada una contribuiría en proporción de sus alumnos a los gastos generales que el Estado tuviera en la enseñanza superior. También se defendió la autonomía pedagógica si bien de forma menos radical a como la entendían algunos institucionistas. Los profesores tendrían libertad de enseñar y establecer sus lecciones dentro de un plan general y flexible que permitiera mantener una cohesión a la enseñanza en todo el territorio nacional. Para ello se establecerían unos temas generales dentro de los cuales los catedráticos podrían actuar con libertad: se pretendía evitar el anarquismo docente<sup>266</sup>. La prensa se admiraba del buen orden en que las reuniones se celebraron y de la concreción y claridad de ideas.

El tercer congreso se decantó por las soluciones avanzadas e institucionistas. Volvió a reclamarse a las claras la libertad definitiva de cátedra y otras proposiciones que durante mucho tiempo se habían defendido desde el regeneracionismo liberal. Las asociaciones tradicionalistas y las regionalistas catalanas estaban disgustadas con una FNE que no miraba adecuadamente por los asuntos de la Iglesia o que se veía demasiado centralista. Por ello discreparon radicalmente con los asambleístas. En otros centros también los tradicionalistas quisieron romper la unidad asociativa, Madrid y Sevilla serían buen ejemplo<sup>267</sup>. Contrarios a la libertad de cátedra absoluta, excusaron la ruptura en la falta de decisión e interés por parte de la junta directiva de la Federación de proteger los intereses estudiantiles durante las algaradas que se protagonizaban en aquellos días. Las explicaciones de la junta no fueron atendidas pues la quie-

---

<sup>265</sup> Precisamente el rector de Granada, García Solá, en su escrito remitido a la Primera asamblea de catedráticos, había manifestado que la desatención sufrida por las universidades de provincias, alentaba las actitudes independentistas. AUV, Sección general, *IV centenario*, caja 878, legajo 4.

<sup>266</sup> J. Sanchís, «Después de un Congreso. Comentarios», *Las Provincias*, 5 de diciembre de 1913, p. 1.

<sup>267</sup> *La Voz de Valencia* y *El Mercantil Valenciano*, 23 y 28 de noviembre de 1913, ambos en p. 3.

bra era deseada por los alumnos y agrupaciones conservadores que disientían de las conclusiones y principios a los que se llegaron<sup>268</sup>.

Creemos que esta fue la última asamblea que celebraron. El sueño por la unidad escolar había quedado definitivamente roto. Los disturbios estudiantiles que se ocasionaban tras cada asamblea hizo que los ministros las miraran con suma hostilidad. Si Gimeno había impulsado la primera, sus sucesores temieron respaldarlas. El éxito de convocatoria y asistencia sirvió para evidenciar una vez tras otra las divergencias políticas en el alumnado. A pesar de que la Federación pretendió mantenerse mucho más alejada que la Unión Escolar de los asuntos políticos, fracasó al tratar de liderar a todos los escolares. Era imposible reivindicar derechos y mejoras para las universidades desde la unidad estudiantil por el abismo ideológico existente entre los alumnos<sup>269</sup>. El final de las asambleas se celebró desde el ministerio de instrucción; se acababan unas reuniones que sólo servían en muchos casos, para alterar a los estudiantes y exigir importantes reformas en la instrucción pública. El profesorado más comprometido con la reforma universitaria vio escaparse la baza del alumnado como grupo de presión en favor de los cambios. La irritación del catedrático liberal, Juan Bartual, en 1916 fue reveladora:

Cuando se congregan para un fin colectivo —pocas veces— los alumnos de facultades distintas, todo marcha bien al principio; el interés cálido que la gente moza pone en todos sus empeños toma el matiz del fervor, y todo el mundo se aviene; mas cuando hay que proceder a algo que reclame una técnica mental, se van diseñando líneas y corrientes; cada uno mira al vecino como un extravagante que aprecia las cosas de la vida de peregrina manera. Los hechos a estudios naturales, ven tan sólo mariposeos en lo que dicen los literatos y legistas, éstos consideran a aquéllos como insignificantes orugas que no pueden levantar la mirada de la tierra por que se arrastran, y los matemáticos tildan

---

<sup>268</sup> *Las Provincias*, 23 de noviembre de 1913, p. 3.

<sup>269</sup> En Santiago la ruptura ha sido estudiada por M. J. Souto Blanco, «A universidade de Santiago de Compostela (1857-1936)», *Revista galega do ensino*, 11, (1996), p. 176: «os intentos de creación no ano 1911 dunha sección en Santiago da Federación Nacional Escolar (de corte liberal). Así e todo, os enfrontamentos cos estudantes de ideoloxía oposta (católicos) ocasionaran moitos retrocesos e case que non se dera manifestado.»

a entrambos de intransigentes y testarudos, que a su vez, les llaman chiflado; y luego se separan sin convenir en nada, y lamentándose los unos porque, como sordos, convidan a una sesión cinematográfica; los otros porque como ciegos, les ofrecen una audición de fonógrafo, y todos pretenden gozar de la sensación completa de la realidad<sup>270</sup>.

La ruptura provocó que el sindicalismo estudiantil tuviera una notable recaída —al menos en Valencia— de la que no se repondrá sino hasta varios años después, ya en un momento en que el elemento político tendrá un protagonismo superior a las expectativas de reforma pedagógica.

#### 4. *El bloqueo de los conservadores a la reforma*

##### a) *Los sucesivos congresos fracasados*

Pero retomemos el discurso en 1909, ese año el ministerio, seguramente alarmado por las continuas protestas de los universitarios —un año antes se había producido el conflicto de Moliner— se volvió más sensible y en mayo entregó un capital extra del que las universidades de Madrid y Barcelona fueron las más beneficiadas<sup>271</sup>. Además se solicitó de todos los rectores un amplio informe acerca de la situación geográfica y del estado material de los edificios universitarios<sup>272</sup>. No hemos podido acceder a los resultados, pero los testimonios del momento nos permiten imaginar que en general fueron deprimentes.

No queríamos ir a clase; nos tomábamos las vacaciones antes de tiempo y las prolongábamos cuanto nos era posible. Era muy natural que así ocurriera. Quien no ha entrado jamás en las aulas de una Universidad no puede formarse idea de la lobrete y incomodidad que allí imperan.

---

<sup>270</sup> J. Bartual Moret, *Discurso...*, p. 14.

<sup>271</sup> Real orden de 12 de mayo de 1909, *Gaceta de Madrid* de 14 de mayo, *Boletín de la revista general...*, t. 139, Madrid, 1909, pp. 384-385. Valencia recibió 15.000 pesetas.

<sup>272</sup> Orden-circular de la subsecretaría del ministerio de instrucción pública de 3 de julio de 1909, *Gaceta de Madrid* del día 6, *Boletín de la revista general...*, t. 139, Madrid, 1909, p. 750.



Son salas estrechas, pequeñas, oscuras y sucias: son todo menos lo que deben ser. El profesor a la antigua era un señor achacoso, que enseñaba a gritos y no también a palos porque lo prohibían el sentido común y el poco instinto pedagógico que poseía.

Nadie —de no tener una voluntad férrea o un espíritu sumiso y servil— podía hallarse a gusto en aquel ambiente podrido e inmundado [...] Porque hay que saber en qué estado de abandono se ha llevado hasta hoy la universidad. No tenemos ni perchas donde colgar gabanes y sombreros<sup>273</sup>.

La llegada del liberal Julio Burell a la cartera de instrucción hacia 1910 reavivó la cuestión sin demasiado éxito pues desafortunadamente pocos cambios prácticos pudo consolidar. Al menos logró que por primera vez en años se planeara celebrar un congreso nacional sobre la educación. La idea era renovar el interés de la clase académica, política e intelectual.

Es cada día más creciente, más intensa, más sentida la necesidad de reorganizar la enseñanza [...] Confesada por todos la necesidad de la reforma, para proceder a su implantación en las enseñanzas superiores y especiales, sin precipitaciones, sin apremios que no consiente el deseo del acierto en asuntos de importancia tan grande, preciso será conocer con todo detalle, no sólo la organización docente en todos los centros de enseñanza dependientes de este ministerio, sino la de los elementos auxiliares que sirven para integrarla<sup>274</sup>.

En el fondo, la Primera asamblea nacional de la enseñanza pretendía debilitar las instituciones educativas de los religiosos<sup>275</sup>. *El Pue-*

---

<sup>273</sup> F. Puig Espert, «Hablemos de autonomía. Nuestra universidad», *Las Provincias*, 9 de noviembre de 1921, p. 5.

<sup>274</sup> Real orden de 13 de octubre de 1910, *Gaceta de Madrid* de 14 de octubre, *Boletín de la revista general...*, t. 143, Madrid, 1910, p. 87.

<sup>275</sup> La convocatoria se hizo en el real decreto de 18 de septiembre de 1910, *Gaceta de Madrid* del día 22, *Boletín de la revista general...*, t. 142, Madrid, 1910, pp. 601-606. Prueba de dicha intención fue que se dejó sólo un plazo muy pequeño para las inscripciones. Desde el día que se publicó en la *Gaceta de Madrid* 4 al 20 de noviembre sólo dispusieron de 14 días. Artículo 1 de la real orden de 31 de octubre de 1910, *Gaceta de Madrid* de 4 de noviembre, *Boletín de la revista general...*, t. 143, Madrid, 1910, p. 219. Sobre este episodio: T. García Regidor, *La polémica sobre la secularización de la enseñanza en España (1902-1914)*, Madrid, 1985, pp. 263-272.



*blo* se alegró de que el magisterio valenciano pudiera consolidar la libertad de cátedra<sup>276</sup>. El gobierno pulsó la opinión de los claustros y de las autoridades académicas sobre reformas que podían implantarse, asimismo solicitó un inventario de los libros y materiales muebles de que disponían<sup>277</sup>. Se completaba así el informe de 1909 y el gobierno conocía al detalle la deplorable situación de los estudios superiores. Para enriquecer los trabajos de la sección tercera de la asamblea de enseñanza referida a la universidad se consultó a los catedráticos<sup>278</sup>.

A mediados de octubre discutió el tema el claustro de Valencia. Debía concretarse los representantes que irían al congreso —el real decreto de 17 de septiembre de 1910 pedía entre uno y tres—, y si dicho número se refería a los que podía remitir cada facultad o a todo el distrito universitario<sup>279</sup>. De las cuestiones concretas ni una palabra. Seguramente todos preferían tratar el asunto aisladamente en las juntas de facultad a mantener duros debates en el claustro ordinario. No olvidemos que el congreso estaba fuertemente politizado y los ánimos muy acalorados.

---

<sup>276</sup> *El Pueblo*, 7 de septiembre de 1910, p. 1.

<sup>277</sup> Real orden de 13 de octubre de 1910, *Gaceta de Madrid* de 14, *Boletín de la revista general...*, t. 143, Madrid, 1910, pp. 87-89.

<sup>278</sup> Tema I. Concepto de la universidad. Tema II. Carácter y organización que conviene dar a las enseñanzas facultativas de derecho, filosofía y letras, ciencias, medicina y farmacia, determinando en cada una de estas facultades si conviene restablecer el examen especial de ingreso. Tema III. ¿Es conveniente la autonomía universitaria? ¿En qué forma debería hacerse?. Tema IV. Número máximo de alumnos que debe admitirse en cada clase en relación con el carácter de la enseñanza. Tema V. Extensión universitaria. Tema VI. Formación e ingreso del profesorado numerario y auxiliar de enseñanza universitaria. Tema VII. Inspección técnica como función permanente para la segunda enseñanza y la universitaria. Organización y carácter que debe tener dicha inspección. Tema VIII. Organización y funcionamiento de los Cuerpos consultivos y Juntas directoras de la enseñanza. Tema IX. Carácter y alcance de la educación e instrucción de la mujer. Tema X. Escuelas de veterinaria. En especial la real orden de 19 de octubre de 1910, *Gaceta de Madrid* de 20, *Boletín de la revista general...*, t. 143, Madrid, 1910, pp. 166-171. Dicha disposición desarrollaba el art. 8 del real decreto de 18 de septiembre de 1910. También la prensa se hizo eco: *La Voz de Valencia*, 5 de noviembre de 1910, p. 1.

<sup>279</sup> AUV, Sección general, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, junta de 10 de octubre de 1910, pp. 10-13.

Las aclaraciones del ministerio no llegaron, pero sí la orden urgiendo a que quienes quisieran asistir lo comunicaran antes del 20 de noviembre. El claustro ordinario acordó que si otra cosa no decía la superioridad cada facultad designaría dos o tres profesores como delegados para la asamblea<sup>280</sup>. Si alguien entendía que la universidad debiera estar representada debía mostrar su programa al rector que aceptaría o rechazaría su comisión. Una semana después se volvía sobre la conveniencia o no de enviar representantes en nombre de la universidad, y si los delegados estarían vinculados por mandato representativo o actuarían libremente. Sobre lo primero unos defendían la presencia de una comisión que representara a la universidad, pues así podrían intervenir en los asuntos propios de ella; otros sostenían que era un error duplicar delegados, pues ya se iban a enviar por cada facultad. Los de derecho defendían esta idea porque mayoritariamente su ideario era conservador al contrario que el del claustro universitario. Si no se oponían corrían el riesgo de que la universidad enviara comisionados liberales con el consiguiente debilitamiento político de los moderados en el congreso. Finalmente, se decidió enviar delegados por las facultades y por la universidad. Para no eternizar el debate sobre los poderes y el planteamiento político que seguirían los delegados, se resolvió que tuvieran plena representación y poderes. Los conservadores demostraron gran interés en incluir a hombres de su cuerda en la delegación por la universidad y creemos que hubo una transacción con los liberales a la hora de designarlos. A cambio de que no participara ningún académico ultramontano, irían dos profesores conservadores y uno liberal<sup>281</sup>.

---

<sup>280</sup> La facultad de derecho lo designó días antes. En la junta de 18 de noviembre dos profesores conservadores —Rafael Rodríguez de Cepeda y Gadea Orozco— y uno liberal —Pascual Testor—, *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*. La facultad de medicina lo hizo un día después. Los designados eran hombres que se habían destacado por su preocupación por la educación: Manuel Candela, Ramón Gómez Ferrer y Juan Bartual. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 24/IX/1891 a 11/XII/1911*, junta de 19 de noviembre de 1910, pp. 353-356.

<sup>281</sup> Fueron el republicano de medicina Adolfo Gil y Morte y los conservadores: Luis Bermejo Vida —de ciencias— y Vicente Calabuig y Carrá, decano de derecho. *El Pueblo*, 12 de noviembre de 1910, p. 2. AUV, Sección general, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, juntas de los días 10 y 17 de noviembre de 1910, pp. 15-26.

Pero una vez más, tanta negociación sería estéril pues no llegó a producirse la citada asamblea. Los clericales, acertadamente, temían que el Estado pretendiera reducir sus privilegios, o atacara la doctrina de la Iglesia —especialmente en la primaria—, por tanto movilizaron a los suyos y suscribieron a un gran número de fieles y asociaciones católicas al congreso para con su voto o el escándalo detener las pretensiones de la pedagogía laica<sup>282</sup>. Al año siguiente, Amalio Gimeno se veía en la tesitura de solucionar el aprieto en que su compañero de partido le había puesto. La mayoría de las 5.700 suscripciones lo fueron en la sección referida a la enseñanza primaria. En el fondo se iba a debatir si esta debía o no ser religiosa. Si los liberales pensaron en sabios y eminencias científicas y pedagógicas para que participaran en el congreso, la Iglesia apostó por el número de asistentes para garantizar la defensa y mantenimiento de sus prerrogativas.

Gimeno temió por las conclusiones que pudieran derivarse del congreso, pues podían tener el sentido contrario al que los organizadores y su partido deseaban. Optó por buscar una salida rápida y lo más digna a la crisis. Suspendió la Asamblea excusándose en la falta de un local adecuado para albergar a todos congresistas y en que la celebración perjudicaría la marcha normal del curso. En su lugar cada corporación y entidad, incluidas las facultades, discutiría previa y serenamente las respuestas y las remitiría al ministerio para su conocimiento. Poco después el ministro restringía la consulta exclusivamente a las universidades y a algunas escogidas organizaciones y centros de enseñanza<sup>283</sup>. El cambio de planes fue criticado con justicia por los conservadores<sup>284</sup>.

La facultad de derecho de Valencia obedeció a la llamada ministerial. Repartió los temas de la sección tercera entre los catedráticos

---

<sup>282</sup> Así lo denunciaba *El Pueblo*, 6 de noviembre de 1910, p. 1. El art. 19 del real decreto de 18 de septiembre de 1910, establecía la posibilidad de asistir previa presentación de una papeleta de inscripción. La inscripción fue desarrollada por la real orden de 31 de octubre, *Gaceta de Madrid* de 4 de noviembre, *Boletín de la revista general...*, t. 143, Madrid, 1910, pp. 219-220.

<sup>283</sup> Real decreto de 17 de marzo de 1911, *Gaceta de Madrid* del día siguiente, *Boletín de la revista general...*, t. 144, Madrid, 1911, pp. 728-732. También la real orden de 26 de mayo. *Gaceta de Madrid* del día 30, *Boletín de la revista general...*, t. 145, Madrid, 1911, pp. 444-446.

<sup>284</sup> *Las Provincias*, 24 de agosto de 1911, p. 1.

cos a fin de que propusieran a la junta de facultad la contestación que debía darse<sup>285</sup>. Los resultados, que se hicieron esperar de nuevo, se presentaron el 19 de octubre de 1911 siguieron una línea notablemente moderada<sup>286</sup>. Sin embargo, ya detectamos un cierto influjo del pensamiento avanzado o institucionista en los planteamientos y pedagogía de estas propuestas, aunque a favor de la libertad de cátedra no se dijo ni una sola palabra.

El tema primero referido al concepto de la universidad fue contestado por el catedrático de derecho político y administrativo, Rafael Olóriz, que siempre se preocupó por la universidad. La reconocía como la entidad superior educativa en el distrito universitario. Sus fines eran la preparación de profesionales y la investigación científica para favorecer el desarrollo y la cultura nacionales. También sumó el componente social cuando afirmó que debía contribuir por medio de trabajos como la extensión universitaria a la enseñanza de las clases sociales que por su situación no pudieran asistir a las cátedras. Solicitaba una nueva organización de la universidad más especial y adecuada: debería abarcar todas las enseñanzas superiores rompiendo con la diferencia entre facultades y escuelas especiales. Dicha reforma debía hacerse progresivamente sin distorsiones ni imposiciones. El espíritu institucionista de sus palabras es innegable.

El tema segundo correspondió al otro catedrático de derecho político y administrativo, Leopoldo de Michelena: carácter y organización que debía darse a los estudios de derecho. Sus palabras seguían el espíritu de Francisco Giner. Tal y como obsesionaba a éste, destacó la necesidad de que los estudiantes cultivaran la investigación y que la ciencia jurídica fuera la máxima aspiración de la facultad. El objetivo más importante no era la preparación de profesionales, sino de jurisconsultos que enriquecieran con sus investigaciones y que ayudaran a su aplicación. En lo referente a las clases pidió que la enseñanza fuera eminentemente práctica. En esta línea fue innovador, ya que solicitó la creación de «clínicas jurídicas» donde profesores y alumnos estudiaran casos reales y no imaginarios. Bastaba por ejemplo con dejar los pleitos de los pobres de la localidad en sus manos y con que ostentara la asesoría jurídica

---

<sup>285</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, junta de 14 de junio de 1911.

<sup>286</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, juntas de 12 y 19 de octubre de 1911.

del municipio. Finalizó demandando el establecimiento del examen de acceso a la facultad.

El tema tercero aludía a la autonomía universitaria. Rafael Olóriz se ocupó de él por no hacerlo el procesalista José M<sup>a</sup> Gadea Orozco. Ya en 1902 había demostrado que de los catedráticos moderados, aquél era el más preocupado por la reforma y gustosamente pudo haber sustituido a su compañero o quizás se lo pidió como favor personal. El ponente declaró que mientras formaran parte del Estado no podían ser autónomas como debían serlo las entidades particulares —solamente debían estar controladas en la higiene, en la moralidad y en las leyes—. Ahora bien el Estado debía preparar su completa emancipación futura. Solicitó tres medidas como ejemplos de los pasos previos que debían darse. El primero de tipo económico, consistía en capacitar a las universidades para adquirir bienes *inter vivos* y *mortis causa*, con independencia pero sin la responsabilidad subsidiaria estatal, y que a las facultades se les concederían cantidades que administraran por sí. El segundo referido a la independencia académica consistente en que las universidades pudieran crear nuevas cátedras sin cargo al Estado con el fin de enriquecer su oferta académica. El último, de tipo administrativo, sería dotar a las facultades y a las escuelas de la posibilidad de designar a sus profesores ayudantes.

Del tema cuarto se ocupó el catedrático de derecho romano, Joaquín Ros Gómez: número máximo de alumnos en clase. Fijó el tope de cuarenta y cinco y quince alumnos para las clases teóricas y prácticas respectivamente. Ello supondría un notable incremento del número de profesores. La medida permitía varias cosas, todas ellas positivas: que la enseñanza se humanizase y produjese mejores resultados. Se mejoraría la disciplina y el orden, y permitía organizar excursiones y visitas científicas. Los alumnos se beneficiarían con el más estrecho contacto con el profesor y con los compañeros. La influencia de Francisco Giner volvía a ser importante.

El tema quinto aludía a la extensión universitaria, el intercambio de alumnos y las excursiones científico-artísticas. Se ocupó el internacionalista Luis Gestoso Acosta. Señaló la utilidad social de que los profesores impartiesen cursos a personas ajenas a la universidad. Estos trabajos para tener continuidad y estabilidad debían remunerarse por el Estado, la provincia o los municipios. Aplaudió el intercambio nacional o internacional de alumnos porque fomentaba el desarrollo científico. Una nota importante queremos

destacar: la puntualización que hizo a la hora de admitir o rechazar los intercambios. En su opinión debía tenerse en cuenta «el espíritu» con que se hiciera. En la mente del ultraconservador no cabía la posibilidad de que se perjudicaran los principios católicos de los viajeros. Prueba de ello también fue su propuesta de crear patronatos, en los que se atendieran y socorrieran a los escolares —protección moral incluida—. Las excursiones científicas también fueron valoradas, pero necesitarían inversiones.

El tema sexto referido a la formación e ingreso del profesorado, correspondió al catedrático de derecho natural Rafael Rodríguez de Cepeda. Propuso que el doctorado preparara para la docencia. Los auxiliares deberían acceder por oposición. Las cátedras se proveerían por una doble vía: concurso de auxiliares y oposición.

El punto séptimo se refería a la inspección. José M<sup>a</sup> Zumalacárregui Prat, catedrático de economía política y hacienda pública, hizo hincapié en la disciplina de los catedráticos que debían asistir y cumplir con sus obligaciones. Exigió que se respetara la libertad científica, pero que los decanos y directores de los centros docentes intervinieran en la redacción de los programas y en los métodos de enseñanza. Libertad pero controlada para evitar repeticiones o lagunas en algunos temas. Caso de desacuerdo entre la autoridad y el catedrático, se estudiaría en claustro, y si en este tampoco se resolviera se recurriría al ministerio.

El tema octavo versaba sobre la organización y funcionamiento de los cuerpos consultivos y juntas directoras de la enseñanza. No creemos que el reparto de temas fuera inocente, pues precisamente al único liberal declarado que quedaba en el claustro, Pascual Testor, le correspondió una cuestión sin apenas importancia o al menos inocua para los intereses conservadores. El penalista pidió que existiera un cuerpo consultivo que asesorara a la administración en materia educativa. Puso dos condiciones: que la entidad estuviera formada por personas cercanas al mundo educativo, no al político, y que se deslindase claramente la función informativa de la ejecutiva.

El noveno que se refería a la educación de la mujer corrió a cargo del canonista Manuel Cabrera Warletta. Su discurso no tiene desperdicio. El ultraconservador rechazó la coeducación fundándose en los más variados criterios. Las diferencias entre hombres y mujeres exigían que fueran educados de manera diversa. En todo caso relegaba a las mujeres a escuelas especiales para amas de casa, que en su opinión era la profesión que por naturaleza les corres-

pondía. La presencia de las damas en las universidades era rechazable por tres motivos: distraería a los estudiantes, masificaría más las clases y aumentaría la concurrencia a los empleos y cargos públicos para las que, según él, no estaban capacitadas por su «debilidad y timidez femeninas».

El decano, Vicente Calabuig y Carrá, apenas abordó el tema décimo referido a las escuelas de veterinaria, por no tratarse de una cuestión que le concerniese como civilista que era. Se limitó a pedir que se aumentaran, estableciendo una en cada capital. Antes de aprobarse todas las ponencias por unanimidad y remitirse al ministerio, se dieron algunas suaves discusiones y aclaraciones<sup>287</sup>.

Otra vez más los resultados no llegaron por paralizarse de nuevo la asamblea. En vista de ello, el colegio de doctores y licenciados en ciencias y letras de Madrid convocó a sus titulares a una reunión, que se celebró a finales de diciembre de 1911 o principios de 1912. Se trataron cuestiones del bachillerato y la universidad<sup>288</sup>. Aunque sus resultados fueron de contenido avanzado apenas tuvieron eco<sup>289</sup>.

---

<sup>287</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 11/VI/1885 a 19/X/1911*, junta de 19 de octubre de 1911.

<sup>288</sup> Los temas: I. Concepto de la segunda enseñanza; II. Libertad de cátedra; III. La forma de examinar con eficacia; IV. Colegios incorporados y no incorporados. Sus condiciones y su relación con la enseñanza oficial; V. Formación e ingreso del profesorado oficial, numerario y auxiliar; VI. Desenvolvimiento necesario y aplicación útil de la esfera de acción de los doctores y licenciados en letras y ciencias, en beneficio de la cultura nacional; VII. Concepto de la universidad. Si será conveniente que la universidad integre todas las enseñanzas superiores de carácter civil del Estado, sin menoscabo de la relativa independencia que a cada una de aquéllas corresponda; VIII. Autonomía de los claustros para su régimen interior y para nombrar el personal auxiliar y subalterno; IX. Extensión universitaria. Intercambio nacional y artístico. Modos de organizar estas importantes funciones universitarias; X. Organización y funcionamiento de los cuerpos consultivos y juntas directoras de la enseñanza; XI. Urgencia de una ley general de instrucción pública. *Boletín del instituto de reformas sociales*, 8, (1911), pp. 783-784. También la prensa valenciana se hizo eco: «Asamblea importante. Ciencias y letras», *El Correo*, 1 de diciembre de 1911.

<sup>289</sup> Se demandó libertad de cátedra, exámenes por grupos de asignaturas, mayores dotaciones presupuestarias y de personal, el fomento de la investigación, etc. Una copia de las conclusiones puede verse en: *Boletín del instituto de reformas sociales*, 8, (1912), pp. 66-67.



Pero los liberales no se rindieron e insistieron en cambiar la situación de la primaria. Entre el 8 y el 13 de abril de 1912 se celebró en Barcelona el Primer congreso de higiene escolar<sup>290</sup>. Poco después Eduardo Vincenti, destacado defensor de la enseñanza, logró que el IV Congreso de educación popular se concediera a Madrid para finales de marzo de 1913<sup>291</sup>. Los tres primeros se habían celebrado en Milán, París y Bruselas los años 1906, 1908 y 1910 respectivamente. Amalio Gimeno ministro de Canalejas que tenía una espina clavada desde que se viera obligado a suspender la Asamblea de la enseñanza dio categoría oficial a este congreso<sup>292</sup>. Además procuró el mayor número de adhesiones a la asamblea, así como la cooperación de las personas más idóneas en cada distrito universitario<sup>293</sup>.

Los tradicionalistas vieron acertadamente en el congreso una nueva maniobra en pro del laicismo y el antimilitarismo en la educación —esta vez con la ayuda del extranjero—. El plazo de inscripción volvía a ser reducido para evitar la presencia de clericales, las comunicaciones estaban limitadas a cuatro páginas y se celebraría durante la Semana Santa. Las críticas arreciaron desde el sector confesional.

De manera que, habrían de pasarse en viaje los días más grandes del año para acudir al Congreso; es una equivocación que nos pone en ridículo; si fuera un Congreso librepensador, se tomaría

---

<sup>290</sup> Real decreto de 1 de marzo de 1912, *Gaceta de Madrid* de 3 marzo, *Boletín de la revista general...*, t. 148, Madrid, 1912, pp. 456-457.

<sup>291</sup> La real orden de 7 de marzo de 1912 aprobó la junta organizadora. El presidente del comité ejecutivo era Vincenti y entre los vocales estaba Bartolomé Cossío y Menéndez Pidal. *Gaceta de Madrid* de 21 de marzo, rectificada el 30, *Boletín de la revista general...*, t. 148, Madrid, 1912, pp. 545-546.

<sup>292</sup> Su temario fue aprobado a mediados de 1912. Se dividía en 5 secciones. Ninguna de ellas aludía directamente a los estudios generales. Si bien la última lo hacía a la universidad popular: «El congreso de educación. El cuestionario», *La Voz de Valencia*, 8 de agosto de 1912, p. 1. Los clericales redoblaron sus ataques contra el ministro. *Diario de Valencia*, 7 de febrero de 1912, p. 1.

<sup>293</sup> Se pidió a los rectores que comunicasen las personas más preparadas para dicho debate. Real orden de 15 de mayo de 1912, *Gaceta de Madrid* de 17 de mayo, *Boletín de la revista general...*, t. 148, Madrid, 1912, pp. 866-867.

la designación de esa fecha como una manifestación más del derecho al pataleo; pero un Congreso patrocinado por un rey católico y al que se invita a «toda persona interesada en el progreso de la educación popular» cosa que no puede interesar a los librepensadores consecuentes, y fijar su celebración en los días santos para los católicos y para todos los cristianos, es una... caída. Si hubiera buscado la fecha el diablo a quien suponemos enemigo del Congreso, como enemigo que es de todo lo que puede ser de provecho, no la hubiera buscado más inoportuna<sup>294</sup>.

La Iglesia repitió la táctica que tan buenos resultados le había dado y puso sus energías en inscribir al máximo número de fieles<sup>295</sup>. El ministerio de instrucción, aún en manos de los liberales a principios de 1913, antes del congreso, tomó medidas para deshacerse de los clericales que se apuntaron masivamente. Alegaron problemas de locales —absurdo en una ciudad como Madrid— para reducir el número de los congresistas a 500 entre nacionales y extranjeros. También las memorias que deberían estudiarse serían únicamente aquellas que tuvieran «carácter técnico». La disposición que más evidencia la implicación política liberal fue que la elección de los congresistas dependería del comité ejecutivo que valoraría las condiciones y grado académico de los aspirantes<sup>296</sup>. El escándalo que provocaron estas decisiones entre los conservadores impidió la asamblea. Sin embargo a finales de marzo de 1913 un grupo de profesores avanzados y disconformes con la situación exigieron la libertad de cátedra y de conciencia para los maestros de primaria. Para ello invocaron la famosa circular de Albareda de 3 de marzo de 1881. Entre los firmantes destacan institucionistas e intelectuales de su órbita<sup>297</sup>.

---

<sup>294</sup> «IV Congreso Internacional de Educación Popular. Madrid», *La Voz de Valencia*, 3 de agosto de 1912, p. 1.

<sup>295</sup> «La masonería y la enseñanza. Hacia la escuela laica», *La Voz de Valencia*, 20 de julio de 1912, p. 1.

<sup>296</sup> «¡Alerta, católicos! El Congreso de Educación Popular», *La Voz de Valencia*, 21 de enero de 1913, p. 1.

<sup>297</sup> Melquíades Álvarez, Julián Besteiro, Adolfo Buylla, Bartolomé Cosío, Odón de Buen, Manuel García Morente, Francisco Giner de los Ríos, Emilio Fernández Galiano, Luis Lozano, Miguel Morayta, José Ortega y Gasset, Andrés Ovejero, Gustavo Pittaluga, Adolfo Posada y Ramón y Cajal entre otros. *El Pueblo*, 28 de marzo de 1913, p. 1.

Su petición armó un gran revuelo. En el Senado, el conservador Manuel Polo y Peyrolón, reconocía la consolidación de tales libertades en las universidades y en los institutos pero se resistió a aceptarlo en las escuelas. La defensa absoluta de la fe se hacía imposible ante los postulados de libertad. Refiriéndose a la enseñanza religiosa, afirmó que era como un castillo con una triple muralla. Reconoció que la primera, la universitaria, había caído tras la revolución de 1868 que también acabó con las facultades de teología.

Libertad que no se refiere sólo a la ciencia, se refiere a la libertad del profesor de poder explicar, difundir y enseñar a sus alumnos toda clase de opiniones, sean o no heréticas.

La segunda, era la secundaria, la de las escuelas de artes y oficios y otras semejantes que cayeron tras el gobierno de Amalio Gimeno<sup>298</sup>. La última, la primaria padecía una gran brecha con las disposiciones de Romanones<sup>299</sup>.

La presencia de Santiago Alba en instrucción —no olvidemos la influencia que sobre éste ejerció la institución— permitió que de nuevo volviera a hablarse de autonomía universitaria. El ministro promulgó la real orden de 28 de noviembre de 1912 en la que se pul-saba la opinión de los catedráticos sobre siete asuntos candentes del sistema educativo superior<sup>300</sup>.

---

<sup>298</sup> Gimeno se preocupó de vigilar las instituciones docentes privadas. Muchas incumplían sus obligaciones o funcionaban sin tener los requisitos legales. En la real orden de 13 de agosto de 1906 pidió informe a los rectores de las distintas universidades sobre el tema. *Gaceta de Madrid* de 15, *Boletín de la revista general...*, t. 130, Madrid, 1906, pp. 479-482. La tutela legal del Estado no podía descuidarse pues era un éxito del laicismo. Poco después su subsecretario José Herrero, decretaba el cierre de aquellos establecimientos educativos no oficiales —centros superiores incluidos— que no cumplieran con los requisitos. Circular de la subsecretaría de instrucción pública de 25 de septiembre de 1906, *Gaceta de Madrid* de 28 septiembre, *Boletín de la revista general...*, t. 130, Madrid, 1906, pp. 709-710.

<sup>299</sup> *La Voz de Valencia*, 4 de junio de 1913, p. 1.

<sup>300</sup> Podemos resumirlos en: si la asistencia de los alumnos oficiales debía ser libre o no. Necesidad o no de implantar los exámenes por tribunal de tres profesores que valorasen rigurosamente los conocimientos. Reducción de los exámenes a través de la agrupación de asignaturas aná-

Las discusiones del claustro universitario de Valencia se celebraron entre los días 5 al 7 y 9 de noviembre. Los debates fueron encendidos pues los catedráticos volvían a exponer sus opiniones y la necesidad de mejoras urgentes. En ellas tuvo especial relieve el componente político. Por mayoría se aprobó la libertad de asistencia a clase. Los conservadores en diversas ocasiones se habían opuesto a tal práctica por entenderla contraria al buen orden universitario y conceder a los alumnos mayor tiempo para holgazanear y caer en inmoralidades. Por ello se opuso buena parte de los catedráticos de derecho. La tensión se hizo tan fuerte que acordaron remitir dos informes cuando hubiera divergencias. Uno sería redactado por miembros de la mayoría y otro por la minoría. Así se daría cuenta precisa —tal y como sugería la real orden— de las diversas opiniones que existieran. Las diferencias eran tales que se tuvo que hacer esto con todas las decisiones que se adoptaron.

Se aprobó el examen por tribunal. Sobre la idea de examinar por grupos de asignaturas análogas y no por cursos también hubo un debate intenso, que produjo un empate a nueve votos que el rector rompió decantándose a favor de los exámenes de grupo. Acerca del modo de examinar, venció el examen por grupos de materias sobre el de asignaturas sueltas. Se establecería un orden de prelación para pasar al siguiente grupo de asignaturas. La inmensa mayoría votó a favor del examen de ingreso a las facultades y por unanimidad que cada facultad determinara libremente los temas que habían de estudiarse para acceder. No se volvería a reunir hasta que los listados de asignaturas no se acordasen por cada junta<sup>301</sup>.

Los catedráticos de la facultad de medicina volvieron a demostrar su interés en acelerar los trabajos y en hacer avanzar las reformas. El 10 de diciembre, al día siguiente de concluirse el claustro ordinario, se reunieron para dar las primeras respuestas y organizar un grupo de trabajo a quien encomendar el proyecto. También aprobaron dos enmiendas sobre las que no había discusión. Daban

---

logas. Modos y reglamentación acerca de cómo realizar dicha acumulación. Examen de ingreso. Para concluir el listado se dejaba abierta la posibilidad de que el claustro propusiera las observaciones y sugerencias que creyera oportunas para enriquecer los puntos remitidos. «Madrid. La autonomía universitaria», *La Voz de Valencia*, 28 de noviembre de 1912, p. 1.

<sup>301</sup> AUV, Sección general, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, juntas de los días 5, 6, 7 y 9 de diciembre de 1912, pp. 29-37

por buenos para examen los grupos que se venían impartiendo en el plan general de enseñanza. Para los exámenes de acceso consideraron válidos los temarios que venían impartándose en el preparatorio de ciencias. Aprovecharon la consulta para declarar que lo realmente preciso era un proyecto global de reforma de los estudios de medicina. Consecuentes con su declaración designaron una comisión encargada de desarrollar dicho plan<sup>302</sup>.

En la junta de facultad de 6 de marzo de 1913 ya se dieron los resultados<sup>303</sup>. Su respuesta referida a los exámenes y temarios iba acompañada de diversas propuestas, que creían mejorarían el sistema universitario. Las agrupamos en dos bloques: docencia y asuntos generales. Respecto a la primera, desestimaron pedir la jubilación obligatoria, rechazaron solicitar la derogación del real decreto de 30 de diciembre de 1912 acerca del turno de oposición de cátedras, los jueces de las oposiciones deberían ser catedráticos de la asignatura y, en su defecto, de disciplinas análogas, que sus dietas fueran decorosas. Entre los asuntos generales acordaron la conveniencia de celebrar una asamblea universitaria —bien podría ser este el origen de la que se celebró dos años después—, que el ministerio prestara atención a la cuestión de la autonomía universitaria y a los exámenes, que se eliminara el instituto de material científico. Pedían esto seguramente por las desatenciones recibidas. No olvidemos que la semana siguiente el rector, José Machí, y el decano, Pelegrín Casanova, se entrevistaron en Madrid con Gimeño —en esos momentos era ministro de marina—, con el ministro de instrucción y con el presidente del gobierno, para que les concedieran mayores inversiones y más personal subalterno<sup>304</sup>.

La consulta, como tantas otras, no fijaba plazos obligatorios de respuesta con lo que hasta casi seis meses después —el 14 de junio de 1913— no se volvieran a encontrar en el claustro ordinario. Los más interesados en las reformas no querían dejar perder el trabajo

---

<sup>302</sup> Fueron tres catedráticos: Peset, Rodríguez y Navarro. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta de 10 de diciembre de 1912, pp. 14-15.

<sup>303</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta de 6 de marzo de 1913, pp. 19-22.

<sup>304</sup> De la reunión con éstos el rector informó que las gestiones habían sido satisfactorias. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta de 17 de marzo 1913, pp. 23-26.

desarrollado. Aquí se observa la resistencia que el claustro de la facultad de derecho, la gran derrotada en la asamblea ordinaria, realizó por entorpecer los resultados. La comisión de informes encargada de recabar las opiniones mayoritarias no había entregado sus trabajos. El pretexto que alegó la junta de derecho fue la enfermedad y fallecimiento de uno de los encargados de la redacción, el regeneracionista Rafael Olóriz. Su compañero de claustro y decano, Vicente Calabuig y Carrá, presionado sin duda por los catedráticos de las otras facultades, lo presentó ese mismo día. Como tampoco dicha facultad había remitido los grupos de asignaturas propuestos y los temarios del examen de acceso se le espoleó para ello. Su secretario —Gestoso— los dirigiría a la secretaría de la universidad e inmediatamente se remitiría al ministerio<sup>305</sup>. Aunque tarde, parece que el encargo finalmente se cumplió.

*b) El giro del conservadurismo*

Será 1914 el año en que se evidenciarán entre las filas conservadoras los primeros frutos del martilleo institucionista a favor del regeneracionismo universitario<sup>306</sup>. En ello será determinante el inicio de la Gran Guerra. El conflicto demostró a todos que los éxitos militares se debían al desarrollo técnico y no tanto al número de hombres. De alguna manera se materializaba lo que los regeneracionistas y especialmente los institucionistas proclamaban desde hacía tiempo. La ciencia desarrollada en las universidades era la garante de la supervivencia de los pueblos y del desarrollo de su civilización. También los conservadores, germanófilos, entendieron la importancia de la investigación cuando vieron que Alemania mantenía sus conquistas en buena medida gracias a los inventos y soluciones que desde sus universidades se proporcionaban. A partir de entonces la sensibilidad y preocupación por los estudios superiores alcanzaría a los moderados y no sólo unos pocos catedráticos y políticos liberales. Ese cambio en la política conservadora hacia posiciones más transigentes se vio facilitada por el ambiente de diálogo

---

<sup>305</sup> AUV, Sección general, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, junta de 14 de junio de 1913, pp. 37-38.

<sup>306</sup> En la misma idea coincide E. González Rodríguez, *Sociedad y educación...*, p. 162.

y no agresividad que se pactó tácitamente entre las fuerzas políticas durante la contienda. Dicha flexibilidad les permitirá establecer puentes entre el conservadurismo menos radical y los planteamientos de Francisco Giner. La nueva generación de catedráticos conservadores ya no será tan hostil a las libertades científicas. A pesar de ello, los más ultramontanos siguieron resistiéndose a conceder la libertad de enseñanza<sup>307</sup>.

Cambiaron los tiempos y se modificaron las orientaciones. El liberalismo penetró en España y se infiltró en las venas y en los tejidos del todo social, y con él entró el elemento de dispersión, de desorden y de insubordinación que lo caracteriza. Se creó una ciencia vana que dando de mano a todo cuanto hay de superior al hombre, se limita a investigar y a experimentar los casos particulares, con lo cual las grandes concepciones de la filosofía se empequeñecieron u desvirtuaron; se introdujo la libertad de cátedra que permite que cada profesor explique la ciencia a su modo, dando origen a que el alumno oiga a las diez que es blanco lo que a las once se le dice que es, por el contrario, negro; se cercenó y limitó la autoridad del maestro, se aligeró el trabajo, se disminuyeron los esfuerzos mentales y poco a poco, con una relajación lenta de la disciplina, aflojando los resortes de la autoridad, fue penetrando en la enseñanza esa anarquía lenta que corrompe todos los órdenes del Estado y que es la característica de los tiempos actuales<sup>308</sup>.

Pero era un pensamiento minoritario. A partir de ese momento quienes sostuvieron la campaña contra la JAE, ya no atacaron su defensa de la laicidad y de la libertad de cátedra, sino el hecho de haber monopolizado las inversiones destinadas por el presupuesto para investigación. Los ataques irracionales y ultramontanos a la Junta se desecharon por una creciente corriente de catedráticos menos radicales que reivindicaron la devolución del protagonismo científico a la universidad. Ello se tradujo en un aumento en el trabajo de los estudios... Las reformas de los ministros avanzados para dignificar las cátedras —premios al trabajo, jubilación, mejora salarial, etc.— y mayores libertades favorecieron sin duda ese cambio de actitud.

---

<sup>307</sup> Nunca cejaron los más conservadores en sus ataques. J. López Ibor, *Discurso a los universitarios españoles*, Santander, 1938.

<sup>308</sup> J. L. Martín, «Apertura de curso. Solemnidad académica. Problema insoluble», *Diario de Valencia*, 2 de octubre de 1914, p. 1.



Emblema de ese giro será el moderado Adolfo Bonilla San Martín que se convertiría en impulsor y símbolo del movimiento conservador a favor del cambio. En Madrid, el discípulo de Menéndez Pelayo, ante el ministro Francisco Bergamín, afirmó la necesidad de que debía seguirse los pasos de Inglaterra, tal y como defendieron los institucionistas veinte años atrás. Las universidades tenían que recuperar su esplendor y grandeza y la autonomía era el mejor camino. Ésta tenía que producirse, no de pronto y sin reflexión, sino poco a poco y manteniendo una firme plataforma económica que la sustentase<sup>309</sup>. En 1922 era descrito por un compañero de cátedra:

Doctrinalmente no es Bonilla hombre de izquierdas, ni de derechas, es un sabio que entiende que el patrimonio de la ciencia no está en partido alguno, sino en el trabajo continuado, por esto considera absurdo educar prematuramente a los hombres en éstas o en las otras ideas; hay que comenzar por hacer hombres que sepan marchar por la vida y lleven impregnado el espíritu del amor desinteresado hacia el saber<sup>310</sup>.

Prueba de ese tímida aproximación la tenemos en que precisamente el mismo día que intervenía Bonilla, en Valencia, Luis Gonzalvo Paris, catedrático de arqueología, numismática, epigrafía y paleografía, advertía de la necesidad de transformar la vida universitaria. Habló en favor de la libertad de asistencia de los estudiantes, de la necesidad de mejorar su relación con los catedráticos, de compatibilizar la formación científica y profesional del alumnado. Incluso hizo una autocrítica del profesorado que debía cambiar sus actitudes con respecto a los escolares, la pedagogía debía estar presente... No faltó el elemento moralizante de «formar el corazón para el sentimiento de la fraternidad humana y educar la voluntad para el bien», pero ya no se habló de religión<sup>311</sup>. La prensa más ultramontana aunque reconoció no estar de acuerdo con él admitió la brillantez de su intervención.

---

<sup>309</sup> *Las Provincias*, 2 de octubre de 1914, p. 3. También A. Bonilla San Martín, *La vida corporativa de los estudiantes españoles, en sus relaciones con la historia de las Universidades. Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1914 a 1915*, Madrid, 1914.

<sup>310</sup> V. Losada, «El doctor Bonilla y San Martín», *Las Provincias*, 6 de mayo de 1922, p. 1.

<sup>311</sup> «Impresiones universitarias», *La Voz de Valencia*, 2 de octubre de 1914, p. 1.

En cambio, entre los círculos menos radicales del partido conservador se iba produciendo ese acercamiento<sup>312</sup>.

Los postulados de finales del siglo XIX de preparar a grupos de selectos que gobernarán el país —junto con otras ideas de Giner— fueron agradando cada vez más a los conservadores... Sin embargo la aproximación se hacía tarde, pues precisamente los discípulos del «maestro», la nueva generación de institucionistas, a su muerte en 1915 entraban en un nuevo ciclo más sensible a la política. Muchos de ellos estaban más cerca de la revolución social que de la científica y, desde luego, sus postulados serán menos respetuosos con las posiciones católicas que lo fue Francisco Giner de los Ríos<sup>313</sup>.

Otra prueba del cambio entre los moderados fue que desde García Alix los ministros conservadores apenas se habían interesado en reformar o mejorar la cuestión universitaria. Precisamente Francisco Bergamín fue consciente de la necesidad. Contactó con el senador de la universidad valenciana y ex diputado conservador Vicente Calabuig<sup>314</sup> para informarle de un paquete de medidas que pretendía implantar. Entre ellas estaba dictar un importante decreto sobre la autonomía universitaria<sup>315</sup>. Algunas se adoptaron, otras no pudieron llevarse adelante por la oposición escolar y se abandonó la más importante referida a la autonomía.

Bergamín seguramente actuó al recibir las contestaciones de las consultas hechas por Gimeno a las universidades. La lentitud en las respuestas seguramente se debió a la desmotivación académica.

---

<sup>312</sup> «Apertura de curso. Solemnidad académica. Solemne apertura de curso», *Diario de Valencia*, 2 de octubre de 1914, p. 1.

<sup>313</sup> «Pero la I.L.E. se politizó o, mejor dicho, nació ya politizada, y con esta lacra toda su obra educadora se malogró por la negativa educación política que vertió sobre España. A todos sus alumnos les infundía un estúpido liberalismo izquierdista, muy democrático y muy parlamentarista, sin perjuicio de que la Institución arrimase el ascua a su sardina cuando había ocasión.» R. M<sup>a</sup> Aller, *La política en la universidad...*, pp. 72-73. E. González Rodríguez, *Sociedad y educación...*, pp. 234-249. Reconoce el paso de buena parte del profesorado institucionista a posiciones socialistas.

<sup>314</sup> Su expediente como senador está en AS, *HIS*, legajo 79, 8.

<sup>315</sup> Otros proyectos eran la reforma de los expedientes de estudio, introducir un carné de identidad de los estudiantes y mejorar las condiciones de los académicos. *La Voz de Valencia*, 18 de octubre de 1914, p. 1.

ca que produjo tantas promesas de cambio incumplidas y tantos proyectos aplazados. Con los resultados en la mano, el ministro, un intelectual moderado, decretó una primera reforma del régimen de estudios superiores en las universidades. Era todo un hito entre el mundo conservador. Satisfizo a los conservadores cuando declaró la libertad de enseñanza en todos sus grados —entendida como la libertad para crear y mantener centros académicos—. Mantuvo el preparatorio y exigió el examen de ingreso en las facultades. Redujo los días de vacaciones y liberó a los alumnos de la obligación de asistir a las clases que no fueran prácticas. Junto a éstas daba otras disposiciones para el régimen de clases y ejercicios, premios, etc.<sup>316</sup>. También fracasó en su intento de controlar la libertad de cátedra para impedir el caos académico y desorden intelectual. Como conservador quiso evitar que la anarquía se asentara en las cátedras, y que cada profesor explicara lo que mejor le conviniera. En este sentido, fracasó en su intento de establecer un listado de cuestionarios de las asignaturas y de libros de texto que imponer a todas las universidades a finales de 1913<sup>317</sup>. Pese a que ambas disposiciones no se aplicarían, ya demuestran un cierto interés por parte de los conservadores de intervenir más en los estudios superiores.

Buena parte de los planteamientos institucionistas decimonónicos fueron asimiladas paulatinamente por los moderados. Incluso el ultraconservador Joaquín Ruiz Giménez se contagió a su manera. El hombre que forzó la marcha de Rafael Altamira de la Dirección general de primera enseñanza, con el aplauso de los más reaccionarios tradicionalistas, recibiría influencia institucionista<sup>318</sup>.

La Institución Libre de Enseñanza, valiéndose de su dócil y hábil instrumento D. Rafael Altamira, está realizando en la legislación española una labor de zapa que es tanto más eficaz cuanto que se hace sin ruido, con aparente despreocupación y con gran dosis de hipocresía.

---

<sup>316</sup> Real decreto de 11 de agosto de 1914, *Gaceta de Madrid* del 12, *Boletín de la revista general...*, t. 155, Madrid, 1914, pp. 186-191.

<sup>317</sup> Real decreto de 19 de diciembre de 1913, *Gaceta de Madrid* del día 23, *Boletín de la revista general...*, t. 153, Madrid, 1914, pp. 866-868.

<sup>318</sup> *El Pueblo*, 29 de septiembre de 1913, p. 1. Mismo diario, 7 de noviembre de 1913, p. 2.

El éxito seguro de los trabajos de la Institución es seguro e indiscutible. Se cifra en que el gobierno ha puesto en sus manos la *Gaceta*<sup>319</sup>.

La Institución Libre que trata de apoderarse, y en mucha parte ya lo ha conseguido, de los organismos docentes oficiales para llevar a ellos, con artes y perseverancias diabólicas, la negación de la ciencia cristiana, y con la exaltación de lo extranjero el odio al espíritu nacional<sup>320</sup>.

Como decía, este ministro, copió el ejemplo de la residencia de estudiantes cuando amparó la creación de los patronatos escolares en las universidades. Si la finalidad de la residencia —creación de los institucionistas— era mantener una tutela moral y pedagógica sobre los discípulos, el de los patronatos seguía su ejemplo. La creación de éstos facilitaría el control en el aprovechamiento del curso y evitaría que los alumnos se desviasen «al encontrarse alejados de la dulce y comfortable disciplina del padre y de la amorosa y emocionante asistencia de la madre». El componente religioso de la disposición es evidente. La vigilancia de los profesores sobre los alumnos y sus acciones era del agrado de los clericales. La idea de una enseñanza integral del estudiante en su faceta intelectual y moral gustaba a los más ortodoxos ya que, con algunas modificaciones, servía de argumento para introducir ideas religiosas entre el alumnado. No olvidemos que la Iglesia respaldaba una enseñanza armónica, cristiana, global —cuerpo, alma y espíritu— y perfecta. Seguramente la falta de capital aplazó la obra largos años<sup>321</sup>.

---

<sup>319</sup> «Los centros benéfico-docentes. ¿Otro gazapo de la Institución Libre? En todas partes Altamira», *La Voz de Valencia*, 14 de julio de 1913, p. 1.

<sup>320</sup> M. Peñafior, «Madrid ¿Por qué será?», *La Voz de Valencia*, 29 de septiembre de 1913, p. 1.

<sup>321</sup> El patronato lo constituía una junta compuesta por el rector, los decanos de las facultades y los directores de los institutos generales y técnicos y escuelas especiales dependientes del ministerio de instrucción pública. Correspondía a sus funciones: el establecimiento adecuado de los alumnos; el velar por los estudiantes, protegerlos dirigir sus estudios, influirlos en sus costumbres, proporcionarles ocupaciones dignas, introducirlos en agrupaciones, corporaciones científicas, museos...; el mantenimiento de la comunicación con las familias y la atención de sus peticiones así como la corrección de sus faltas de conducta, entre otras. Real decreto de 20 de septiembre de 1913, *Gaceta de Madrid* del día 26, t. 153, *Boletín de la revista general...*, Madrid, 1914, pp. 291-296.

Otro moderado, Esteban Collantes<sup>322</sup>, continuó con los experimentos educativos. Contraviniendo frontalmente la jerarquía normativa de la ley de 1857 constituyó mediante la real orden de 23 de marzo de 1915 una nueva universidad en Murcia<sup>323</sup>. Sumaba así una más las diez existentes. Como consecuencia, Valencia perdía Albacete y Murcia de su distrito universitario. Allí se estudiaría la carrera de derecho.

La idea de establecer estudios de leyes no era innovadora. El artículo 8 de la ley de 11 de junio de 1912 autorizaba al ministerio para mantener en Canarias centros educativos que atendieran las necesidades insulares. El real decreto de 11 de abril de 1913 determinó que comenzaran a impartirse vinculados al instituto de La Laguna —Tenerife— los primeros estudios universitarios. Se establecieron estudios de derecho, pues seguramente eran muy demandados y exigían poco equipamiento<sup>324</sup>.

La novedad más importante del proyecto de Collantes se encontraba en el número 5 de su real orden que se refería a la autonomía económica. El experimento pretendía probar si la universidad murciana podía mantenerse de forma autosuficiente. Por ello con el fin de subvenir a sus necesidades se le reservaron las cantidades que recaudara «por derechos de matrícula, exámenes, grados, títulos y

---

<sup>322</sup> Saturnino Esteban Miquel y Collantes, conde de Esteban Collantes fue nombrado ministro por real decreto de 1 de enero de 1915. Lo sustituyó Rafael Andrade en octubre. *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1915*, Madrid, 1915, p. 843.

<sup>323</sup> *Gaceta de Madrid* de 28, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1915*, Madrid, 1915, pp. 163-167.

<sup>324</sup> Se comenzó creando el primer curso de la facultad de filosofía y letras que servía como preparatorio de derecho. Real orden de 7 de agosto de 1913. *Gaceta de Madrid* de 13, *Boletín de la revista general...*, t. 153, Madrid, 1914, p. 39. Pero los cursos fueron aumentándose progresivamente. El real decreto de 4 de febrero de 1916 amplió los estudios a los dos primeros años de derecho. *Gaceta de Madrid* del día 8, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1916*, Madrid, 1916, pp. 62-63. El real decreto de 1 de diciembre de 1917 a los cursos de preparatorio de medicina y farmacia. *Gaceta de Madrid* de 2, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1917*, Madrid, 1918, pp. 608-610. El de 2 de octubre de 1919 permitió que se impartiera el tercer curso de medicina. *Gaceta de Madrid* de 4, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1919*, Madrid, 1921, p. 287.

demás conceptos establecidos en las disposiciones legales y con los intereses y rentas de los bienes de fundaciones docentes de la misma región que tuvo asignados el instituto de segunda enseñanza de dicha ciudad». Las sumas desembolsadas por los alumnos serían idénticas a las del resto de estudios, pero en lugar de abonarse en papel del Estado se haría en metálico y a la universidad.

Para llevar a cabo el nuevo sistema se establecían dos órganos especiales. El primero era un comisario regio designado por el ministerio para organizar su establecimiento y funcionamiento. Su mandato finalizaría cuando la plantilla contara con la mitad más uno de los catedráticos requeridos. A partir de ese momento, el ministro designaría de entre ellos al rector<sup>325</sup>. El otro era la Junta de hacienda de la universidad —compuesta por el comisario, dos profesores de leyes y uno por cada preparatorio— que administraría los ingresos.

La orden de creación de dicha universidad se acompañaba de un informe del consejo de instrucción pública que no era muy favorable; seguramente porque el mundo intelectual marchaba en sentido contrario. Los reformadores incluso estaban dispuestos a sacrificar alguna universidad a cambio de contar con el dinero suficiente con que desarrollar investigaciones y mejorar el material académico de las supervivientes. El consejo criticó que esta universidad llevara la calificación de «regional», lo que además de extraño no encajaba en la ley pues establecía una nueva categoría no reconocida en la ley de 1857. Por si fuera poco, el ministro pretendía que se sostuviera con sus propios ingresos y con los de una fundación que se creó para ayudarla —la del Cardenal Belluga—, pero nada se preveía si estos recursos eran insuficientes. Principalmente aplaudió que las plazas se cubrieran por oposición —lo que daría prestigio a su docencia— y que, mientras tanto, se desempeñaran por interinos capaces. Recomendó que éstos fueran profesores del instituto con título de doctor o auxiliares de otras universidades.

Los liberales atacarían esta creación, pues la entendían como una excentricidad del ministro conservador. El sistema de financiación no ayudó a prestigiarla pues la necesidad de obtener medios

---

<sup>325</sup> Así lo hizo Santiago Alba en el real decreto de 7 de junio de 1918, *Gaceta de Madrid* del día siguiente, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1918*, Madrid, 1918, pp. 130-131. El elegido fue José Lostau y Gómez de Membrilla.

con los que mantenerse la forzó a facilitar los aprobados de manera palmaria. La escandalosa facilidad con que aprobaba llevaría a un interpelación en la Cámara Alta en 1918. El ministro liberal Alba apenas quiso defender a la universidad de las críticas de un compañero de partido, Matoix, que la calificó de errado gesto de prepotencia de Juan de la Cierva.

¿Cuántos suspensos se dan en Murcia? Institución moderna; deseo de atraer estudiantes; benevolencia natural. ¿Queréis, Sres. senadores, que sea la quinta en este orden? Estaría bien ¿La cuarta? ¿La tercera? ¿La segunda? Pues es la que menos suspensos da en España. Las universidades españolas dan un 15 por 100; la de Murcia, un 9 por 100 [...] Es la universidad de Murcia una herida abierta que lleva la pedagogía española, que sufre el profesorado español, gangrenosa, que hay que curar<sup>326</sup>.

En 1915 también se celebró la tercera asamblea universitaria. Tras diez años de silencio y ruptura, parecía que los catedráticos iban de nuevo a tomar la iniciativa. Las asambleas anteriores, aunque no lograron cambiar radicalmente la política, sirvieron para comunicar al poder sus necesidades, presionar a favor de las reformas y crear entre los catedráticos un estado de opinión proclive al cambio<sup>327</sup>. El impulso de este tercer congreso lo dio la universidad de Zaragoza. El encuentro se retrasó para que coincidiera con la apertura de las Cortes. Se celebró en Madrid entre los días 22 y 26 de noviembre y contó con el beneplácito del ministro conservador Rafael Andrade<sup>328</sup>.

Esta vez fueron los moderados quienes llevaban la iniciativa. Buena prueba de ello fue que entre los seis temas de discusión principales, se dejó de lado el controvertido problema de la libertad de cátedra. Las cuestiones a debate fueron: organización administrati-

---

<sup>326</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1918, I, pp. 74-78.

<sup>327</sup> José Castán Tobeñas al referirse a ellas dijo que «si no realizaron una labor de eficacia inmediata, fueron ocasión de un saludable cambio de impresiones y fijaron, en algunos puntos, tendencias y aspiraciones que pueden considerarse definitivas», «Sobre la enseñanza del derecho», *Revista de ciencias jurídicas y sociales*, 9, (1920), p. 8.

<sup>328</sup> Intervino en la sesión de clausura para asegurar que estaba dispuesto a estudiar las sugerencias y a favorecer en lo posible la autonomía universitaria. *Asamblea Universitaria...*, p. 87.



va de la enseñanza, planes de estudio, intensificación de la vida universitaria, exámenes de ingreso y oposiciones a cátedras. Cada facultad podría enviar sus conclusiones y comunicaciones que se discutirían en el congreso por los delegados. Éstos serían uno por facultad, uno en representación de los profesores sustitutos y otro en el de los alumnos internos. También se invitó a los rectores y senadores de las universidades, pues su presencia podía ser muy beneficiosa.

En Valencia había decaído mucho el interés por la reforma desde la ruptura de 1905..., aunque las inquietudes reformistas no se habían agotado completamente como demostraron diversas apuestas individuales de catedráticos regeneracionistas —sobre todo liberales— en algunos discursos inaugurales, en general, el desaliento se había adueñado de los claustros. Ya habían dado al ministerio varios informes que sólo parecían ser buenos para perder el tiempo... La tercera asamblea de catedráticos de Madrid de 1915 buscaba la unidad para lograr del ministerio cambios importantes en el rumbo de las universidades. Apenas hubo debate en el foro del claustro ordinario seguramente por las tensiones políticas que podían ocasionarse<sup>329</sup>, pero no tuvo ni mucho menos, el mismo efecto en las juntas de facultad. La de derecho respondió con entusiasmo y nombró a su representante, José M<sup>a</sup> Gadea y Orozco, con el objetivo de que solicitara la autonomía económico-administrativa para las universidades. Los de leyes volvían a demostrar su talante conservador pues la autonomía científica o de cátedra no se demandó. Asimismo pidieron una actualización de los planes de estudio y que se ampliara la oferta de licenciaturas y de doctorados: ciencias jurídicas, ciencias políticas, administrativas, etc. La supresión del preparatorio tal y como se venía haciendo a cambio de establecer el examen de ingreso, cuya redacción quedaría en manos de la facultad. Tampoco faltó una declaración genérica como que se intensificaría la vida universitaria y la vigilancia de la disciplina

---

<sup>329</sup> No quedó constancia de la asamblea de 1915 en el libro de claustros. Es una buena prueba del desánimo existente. Únicamente se expusieron dos cuestiones referidas al profesorado en relación al congreso: un proyecto de escalafón para los profesores auxiliares y el modo en que deberían proveerse las vacantes docentes. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094/15, *Borrador del acta del claustro ordinario del 14 de mayo de 1915*.

escolar. Las oposiciones a cátedra estarían formadas por siete jueces de los cuales cinco fueran catedráticos a ser posible de la misma asignatura y uno de la universidad de la vacante a proveer. Para evitar fraudes se designarían por turno y de forma automática<sup>330</sup>. Ese mismo día decidieron los dictámenes que defenderían los delegados de derecho de Valencia. Aquéllos extrañamente no se contuvieron en la edición publicada en Zaragoza, en cambio si se recogieron las de las facultades de ciencias, filosofía y letras y medicina<sup>331</sup>. Los catedráticos de esta última facultad simpatizaban menos pues desconfiaban de que los conservadores tomaran el protagonismo de la asamblea<sup>332</sup>. Los delegados que acudieron a Madrid fueron el rector José María Machí, Rafael Pastor, Francisco de Paula, Juan A. Izquierdo, José M<sup>a</sup> Gadea, León Solís —auxiliar de medicina— y Pascual Testor.

Las universidades respondieron adecuadamente y en la asamblea se evidenció un cambio de actitud entre los moderados. Fueron pocas las conclusiones que se tomaron a la vista del elevado número de delegados y ponencias. Sin embargo, algunas de ellas tienen importancia por lo que significan: se admitió la libertad de asistencia, la reducción de los exámenes a su mínima expresión, que cada facultad estableciera sus planes de estudio, que se cursara el doctorado en todas las universidades, etc. Incluso que se aprobara el proyecto del liberal Santamaría de Paredes de 1905<sup>333</sup>. ¿No era esto plenamente coincidente con muchas de las peticiones de Francisco Giner de los Ríos? Los intelectuales moderados viraban un tanto hacia las posiciones institucionistas en materia educativa. En la política no. El congreso marcó un hito, pues las universidades de nuevo aunaban sus voces para pedir cambios..., la autonomía volvía a ser una demanda firme.

---

<sup>330</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 7/II/1912 a 10/II/1920*, junta de 27 de octubre de 1915, pp. 26-26 v.

<sup>331</sup> *Asamblea Universitaria de 1915*, Zaragoza, 1918, pp. 58-59.

<sup>332</sup> Comentaron los temas que se habían remitido para su discusión: organización administrativa de la enseñanza; planes de estudios; intensificación de la vida universitaria; disciplina escolar; exámenes de ingreso y oposiciones a cátedras. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta de 27 de octubre y 4 de noviembre de 1915, pp. 54-57.

<sup>333</sup> Las conclusiones se guardan en *Asamblea Universitaria...*, pp. 88-92.

c) *El impulso regenerador de Rafael Altamira*

Una vez pasó la asamblea de 1915, los claustros valencianos se aquietaron y la rutina volvía a invadirlo todo. Al igual que antes, el rector, las juntas de decanos y las de facultad, resolvían los pocos asuntos de interés que se les planteaban. El claustro apenas tenía importancia. Sin embargo la inquietud continuaba presente en algunos..., en 1916 el liberal Juan Bartual, demandó cambios aprovechando el discurso inaugural. En el tema «De ciertos males que agobian a la universidad española y de algunos de sus posibles remedios», abordó cuestiones universitarias. Denunció la falta de cohesión entre los escolares, su ignorancia y su incapacidad para la discusión científica o general. Acusó a los catedráticos de impedir el desarrollo científico por preocuparse más de la política que de la ciencia:

Mientras en nuestros claustros se piense en otra cosa que en crear, y en tanto la Universidad sea un medio de reclutar adeptos y fomentar orientaciones extracientíficas, no será posible el ideal colectivo <sup>334</sup>.

No dio soluciones concretas a los numerosos problemas que mencionó pero dejó claro que la reacción debía partir de los universitarios y no esperarlo todo de la acción extrauniversitaria con los brazos cruzados. Como no podía ser menos en un liberal, elogió la actividad desarrollada por Rafael Altamira en instrucción y de los beneficios que la extensión universitaria había producido en Oviedo <sup>335</sup>. Aquél pocos meses antes había sido nombrado senador por la universidad de Valencia y recogió el reto <sup>336</sup>. Era de nuevo un institucionalista, quien reanimará la vida académica.

En esta dura tarea Altamira contó con un buen aliado, ya que poco tiempo antes de su elección, el ministro ultraliberal Julio

---

<sup>334</sup> J. Bartual Moret, *Discurso...*, p. 29.

<sup>335</sup> J. Bartual Moret, *Discurso...*, pp. 17 y 47.

<sup>336</sup> Una biografía y comentario de sus escritos —en especial su visión regeneracionista— ha realizado, M. Peset Reig, «Altamira y el 98», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 67, I, (1997), pp. 467-483. Fue senador por la universidad de Valencia desde abril de 1916 hasta la llegada de Primo de Rivera. Su expediente como senador hasta la legislatura de 1923 se conserva en el AS, *HIS*, legajo 23, 5.

Burell, destituyó del rectorado a José María Machí Burguete y puso en su lugar al también catedrático de medicina Rafael Pastor González<sup>337</sup>. El cambio se debió al inmovilismo conservador del primero y al carácter tolerante, equilibrado y de ideología avanzada del segundo. Más abierto al cambio que su predecesor, sabía que los nuevos tiempos exigían una mayor actividad que la que hasta entonces se había desplegado. Si quería mantenerse en el cargo, debía sumarse al regeneracionismo universitario que ya detectamos poco antes de que ocupara el cargo. Él mismo, al poco de su nombramiento a principios de 1916<sup>338</sup>, advertía que su intención era la de mejorar y extender, en lo posible, el estudio y la ciencia desde la enseñanza primaria a la superior. Pronto las nuevas actitudes impresas desde el rectorado se notaron, al año de su mandato se dijo de él:

El doctor Pastor, lentamente ha ido desterrando las viejas prácticas, los viejos procedimientos defectuosos; ha dado a todo el funcionamiento interno de la docta casa un extraordinario vigor [...] era a manera de un órgano fosilizado, sin movimiento, sin vida; era como un recuerdo, algo inerte que tenía una vida ficticia, un miembro anquilosado. El doctor Pastor consciente de sus funciones, se propuso desde el primer instante imprimir una dinámica a este docto organismo, darle una vida real, despertar sus funciones propias,

---

<sup>337</sup> Nombrado por la dirección general de instrucción pública por orden de primero de febrero de 1883 y en virtud de oposición a ayudantes de cátedras prácticas de medicina de la universidad de Valencia, con destino a la de medicina legal y toxicología. Por real orden de 3 de diciembre de 1889 se le nombró profesor auxiliar numerario de medicina en Valencia. El cargo le fue prorrogado por real orden de 24 de febrero de 1890. Cesó el 9 de noviembre de 1906 por nombramiento como catedrático numerario de patología y clínica médica de la misma facultad por real orden del día 10 de ese mes. Cesó en la plantilla el 28 de diciembre de 1929 por jubilación. AUV, Sección general, *Libros*, l. 431, *Empleados 1882-1939*, p. 3. También *Libros*, ls. 426 y 427, *Catedráticos*, pp. 35 y 23, respectivamente.

<sup>338</sup> El real decreto de 14 de enero de 1916 lo nombró rector de la universidad, tomó posesión tres días después. AUV, Sección general, *Libros*, l. 431, *Empleados 1882-1939*, p. 212 v. Elegido por el claustro ordinario el 7 de octubre de 1921 con arreglo a los arts. 23 y 24 del estatuto de autonomía. Tomó posesión tres días después. El cese le llegó por real decreto de 14 de junio de 1927 y se hizo efectivo el 20 del mismo mes y año. AUV, Sección general, *Libros*, l. 431, *Empleados 1882-1939*, p. 212 v. Su sustitución recayó en Joaquín Ros Gómez, p. 284 v.

hacer circular la sangre [...] Digno es de encomio esta labor paciente de nuestro rector; esta labor reconstructiva que se hará poco a poco más eficaz a medida que se impongan las nuevas tendencias, las nuevas doctrinas que preconizan la autonomía universitaria <sup>339</sup>.

En 1917 Altamira reunió a la junta de decanos para informarle de los trabajos ejecutados durante su primer año en la Cámara alta. No escapó a nadie su entrega por mejorar la enseñanza, por aumentar las dotaciones para la universidad, por remover los obstáculos administrativos que impedían la aprobación del proyecto de las nuevas facultades de ciencias y medicina. Asimismo, le preocupaban las facultades de derecho y de filosofía y letras que necesitaban urgentes mejoras y saneamiento... Propuso al rector y a los decanos que consultaran a los catedráticos acerca de las sugerencias que tenían para mejorar los estudios.

Dicha consulta se celebró el 28 de enero. Se trató de la necesidad de reformas materiales en filosofía y letras y derecho, la de cubrir las vacantes de las auxiliares y otras cuestiones. Los catedráticos, sorprendidos del interés que se había despertado entre todos, decidieron reunirse periódicamente <sup>340</sup>. A partir de entonces el claustro ganó vitalidad, que se incrementaría extraordinariamente durante el gobierno de Silió. Por ejemplo se pronunció sobre asuntos diversos como su disconformidad con la supresión ministerial del examen de reválida <sup>341</sup>. La apertura de curso de 1917 a 1918 es buena prueba de que el ambiente entre los académicos era cada vez más proclive a la reforma universitaria. El catedrático de ciencias Juan Izquierdo, en la segunda parte de su discurso, criticó el plan de enseñanzas de su facultad, la escasez de medios, y concluyó solicitando la concesión de una amplia autonomía pedagógica, indispensable para la reorganización de los estudios. El subsecretario de instrucción pública, Jorro Miranda, afirmó que el ministerio estaba especialmente interesado en conceder la autonomía pedagógica a las universidades para que dejaran de ser una mera fábrica de licenciados <sup>342</sup>.

---

<sup>339</sup> *Las Provincias*, 7 de octubre de 1917, p. 1.

<sup>340</sup> AUV, Sección general, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, junta de 28 de enero de 1917, pp. 44-52.

<sup>341</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094/16. *Borrador del acta del claustro ordinario del 7 de abril de 1917*.

<sup>342</sup> *Las Provincias*, *El Pueblo* y *El Mercantil Valenciano*, 2 de octubre de 1917, pp. 1 y 2; 2 y 1, respectivamente.

En el verano de ese mismo año, el veterano catedrático de Valencia Ramón Gómez Ferrer por enésima vez agitó la vida académica. Reconocía la crisis fatal del sistema canovista y reivindicaba la intervención del profesorado para paliar o resolver los problemas nacionales. Si se había pasado la oportunidad tras el desastre de 1898, en 1917 cuando la sociedad se convulsionaba de nuevo era preciso intervenir. Las universidades debían independizarse del control político, y mientras encontraban una fórmula para su autonomía tenían que intervenir en la vida pública. Llenas del más amplio espectro religioso, intelectual e ideológico, constituían el mejor laboratorio donde buscar la solución de los problemas nacionales. Eran quienes mejor podían denunciar los defectos del sistema y ofrecer las variaciones precisas para corregir el rumbo nacional. Ahora bien quedaría en manos de los políticos la ejecución de la benéfica obra tutora que podían desarrollar las universidades<sup>343</sup>. Lo cierto es que este profesor pecaba de utópico: si los universitarios ni tan sólo podían ponerse de acuerdo en torno a la concepción y modelo de universidad, difícilmente iban a poder resolver los problemas nacionales.

En 1918 el rector y la junta de decanos acordaron presionar al gobierno a través de los diversos claustros para forzar cambios. El de leyes, además de solicitar inversiones y mejoras en las instalaciones, recordó las anteriores reformas solicitadas al ministerio desde la facultad y en la asamblea de 1915<sup>344</sup>. Para aumentar el incipiente interés, Altamira solicitó de la siempre necesitada facultad de medicina un informe en el que demandaran el material que necesitaban. Entre diversas medidas, no olvidaron recordar al ministerio que tomara en serio la construcción del nuevo edificio prometido a la facultad. Pidieron celebrar una asamblea de enseñanza general universitaria, a la que asistieran todos los catedráticos y senadores de las universidades para tratar de sus problemas. No bastaba con que los catedráticos discutieran entre ellos de cosas sobre las que en general estaban de acuerdo, para cambiar las cosas era precisa la intervención de los políticos<sup>345</sup>.

---

<sup>343</sup> R. Gómez Ferrer, «La voz de la universidad», *El Mercantil Valenciano*, 2 de agosto de 1917, p. 1.

<sup>344</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 7/II/1912 a 10/II/1920*, junta de 13 de abril de 1918, pp. 48-49.

<sup>345</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta del 10 de abril de 1918, pp. 73-74.

Precisamente la facultad de medicina aprovechó una consulta del ministerio de Santiago Alba a las universidades referida a los exámenes para introducir una demanda autonomista. Ésta consistía en que se concediera a la facultad la posibilidad de actualizar su plan de enseñanza pues la experiencia les permitía conocer mejor sus necesidades<sup>346</sup>. La facultad de derecho hizo algo parecido. El interés por la reforma iba mucho más allá que hablar de la forma de examinar. Sin entrar en la encuesta, los catedráticos discutieron si debían pedir del ministerio una bifurcación de la carrera de derecho, que se sustituyera el plan de estudios único y uniforme por otro amplio y elástico. La junta finalmente decidió no pronunciarse porque los temas no eran objeto de la consulta. Sin embargo muestra la inquietud creciente por la reforma. No sorprende la ilusión que años después mostraron en definir su propio plan de estudios durante la reforma de Silió<sup>347</sup>.

Unos meses después la junta de derecho volvería a demostrar un gran interés por los estudios. La universidad deseaba recuperar protagonismo y prestigio, para ello era preciso investigar y ofrecer resultados beneficiosos para la sociedad. Presenciamos un cambio de actitud entre los catedráticos. El gesto era especialmente evidente entre los más conservadores, que hasta entonces habían sido hostiles a la reforma. Su deseo de debilitar a los órganos de investigación extrauniversitarios, en concreto la JAE, les espoleaba. Este órgano muy cercano al ideario de izquierdas recibía subvenciones por las investigaciones que desarrollaba. Si las universidades mejoraban, podrían sin duda reclamar fondos y atajar la desigualdad que sufrían respecto a esta institución. Con los ojos puestos en esta campaña contra la Junta, aumentaron su esfuerzo ya que anhelaban para las universidades su ejemplo y los medios de que disponían<sup>348</sup>. Pero la cuestión ideológica no puede hacernos creer que únicamente el sector tradicionalista buscara la reforma universitaria. José Castán, poco sospechoso de clericalismo, demandaría mejoras económicas y de material para trabajar y devolver el prestigio a las universidades<sup>349</sup>.

---

<sup>346</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta del 2 de mayo de 1918, pp. 78-82.

<sup>347</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 7/II/1912 a 10/II/1920*, junta de 8 de mayo de 1918, pp. 49-51 v.

<sup>348</sup> E. Sánchez Santiró, *Científicos i professionals...*, pp. 55-58.

<sup>349</sup> Entre otras cosas pidió que el Estado protegiera económicamente y sin regateos a las universidades. Que se devolvieran a los estudios gene-



Los catedráticos de derecho propusieron intensificar la labor docente y por unanimidad denunciaron la falta casi absoluta de medios. Asimismo, criticaron la existencia de organismos que «no tienen razón de ser por cuanto realizan funciones que son propias de la universidad y que al no estar en manos de éstas, ocasionan quebrantos y perturbaciones». Un dato importante de la influencia de la ideología del regionalismo de derechas —muy de boga en esos momentos— fue la afirmación de que la centralización debilitaba a la universidad. Pidieron que se reintegraran a las universidades todas las funciones que les eran propias. Apostaron por la autonomía y el reforzamiento de las universidades, que se convertía en un medio eficaz para debilitar a unas entidades que los conservadores consideraban armas de los liberales<sup>350</sup>. La esperanza en desarticular a la junta para ampliación de estudios y demás instituciones cercanas a ella era notable. De hecho, en el verano de 1918 el claustro de leyes daba por sentado que la ley de autonomía universitaria era cuestión de corto tiempo<sup>351</sup>. No será pues de extrañar el enorme entusiasmo con el que acogieron el decreto de autonomía universitaria de César Silió. En él confluían dos elementos esenciales. Por un lado estaba impulsado por un ministro conservador, y por otro coincidía con la campaña de revalorización universitaria.

Pero esa transformación que observamos entre los moderados, no acaeció sólo en Valencia y no sobrevino por casualidad. Fue el resultado de una evolución que se reforzó con la llegada al poder de los liberales en 1916 y las disposiciones que estos promulgaron a favor de las libertades y de las reformas. Julio Burell se interesó en introducir reformas<sup>352</sup>. Dictó varias disposiciones: la primera pretendió

---

rales los medios que detentaban instituciones extrañas. Que se despolitizara las cátedras y su uso como complemento salarial de políticos o profesionales para que se ocuparan por científicos y pedagogos. J. Castán Tobeñas, «Sobre la enseñanza del derecho», *Revista de ciencias jurídicas y sociales*, 8, (1920), pp. 16-17.

<sup>350</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 7/II/1912 a 10/II/1920*, junta de 28 de mayo de 1918, pp. 51 v.-52 v.

<sup>351</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 7/II/1912 a 10/II/1920*, junta de 2 de julio de 1918, 55-57 v.

<sup>352</sup> Fue ministro de instrucción pública desde su nombramiento por real decreto de 9 de diciembre de 1915 hasta la primavera de 1917. *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1917*, Madrid, 1918, p. 725.

terminar con el debate enquistado de si la educación superior debía someterse o no a las enseñanzas y control de la Iglesia. Su real decreto de 7 de enero de 1916 acabó oficialmente la controversia<sup>353</sup>. El ministro hizo una maniobra muy hábil para establecer definitivamente la libertad de cátedra. En el mismo decreto que la reconocía, otorgó una antigua demanda de los alumnos oficiales como era la libertad de asistencia a clase. De esa forma impedía a cualquier gobernante que le siguiera derogar la disposición, porque ello supondría con seguridad un duro enfrentamiento con los estudiantes. Para ganarse más aún la voluntad de los alumnos, optó por reducirles sus obligaciones derogando el decreto que pretendía establecer el examen de ingreso a las facultades<sup>354</sup>. También y contra las propuestas de los catedráticos y pedagogos reformistas mantuvo el examen de curso —famoso por su facilidad— y eliminó la reválida para la licenciatura y el doctorado en todos los centros de enseñanza dependientes del ministerio<sup>355</sup>. La maniobra se operó en un real decreto y una real orden que lo completaba, ambos con fecha de 10 de marzo de 1917<sup>356</sup>. Ni que decir tiene que los más tradicionalistas

---

<sup>353</sup> *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1916*, Madrid, 1916, pp. 10-12.

<sup>354</sup> Real decreto de 24 de diciembre de 1915, *Gaceta de Madrid* de 25 de diciembre. *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1915*, Madrid, 1915, pp. 777-778. Este punto lo tratamos más adelante.

<sup>355</sup> Amalio Gimeno un colega ideológico suyo, advertía de la necesidad de suavizar o acabar con los exámenes de curso, que trastornaban el régimen universitario, a cambio de endurecer la reválida. *Las Provincias*, 21 de agosto de 1911, p. 1. El desagrado académico generalizado contra Burell lo recogió *El Pueblo* el 10 de octubre de 1917, pp. 2 y 3. Aunque no atacó al ministro amigo, sí reconoció que la reforma debía haberse operado al gusto de los regeneracionistas.

<sup>356</sup> Ambas se publicaron en la *Gaceta de Madrid* del día 15, *Colección legislativa de instrucción pública*, Madrid, 1918, pp. 104-105. También con finalidad aclaratoria se promulgó la real orden de 17 de marzo de 1917. *Año 1917, Gaceta de Madrid* de 18 de marzo, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1917*, Madrid, 1918, pp. 104-105. Rafael Andrade ratificó la medida y sólo Santiago Alba logró restablecer la reválida para el doctorado por su carácter científico en el real decreto de 7 de junio de 1918, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1918*, Madrid, 1918, pp. 129-130. Seguramente no se atrevió a ir más lejos para no provocar un serio conflicto con los estudiantes.

protestaron por la excesiva «manga ancha» del ministro en materia de libertades. Sin embargo en 1919, el civilista José Castán Tobeñas confirmaba la consolidación de la independencia doctrinal y de métodos: «Se clamó mucho tiempo por la libertad de cátedra; mas es indiscutible que en este punto somos hoy en España verdaderamente liberales»<sup>357</sup>.

Entre toda esta actividad, estaba el decreto de 2 de junio de 1916 con el que Burell daba un paso en firme en favor del cambio<sup>358</sup>. El ministro proyectó establecer la autonomía educativa para la facultad de filosofía y letras de la Central. La escogió precisamente porque al no tratarse de una carrera profesional, sino «especulativa», caso de fracasar, perjudicaría menos. Aquella facultad gozaría de libertad para fijar sus planes de estudio, para evaluar a sus alumnos, educativa, etc. Todo tipo de prerrogativas, salvo la provisión de cátedras, derechos económicos de los profesores y disposiciones de hacienda. En todo caso debía formular un estatuto propio para el desarrollo de la mencionada autonomía —esta idea será calcada por Silió años más tarde—. La aprobación y la supervisión de su cumplimiento correspondía al ministerio. También éste se reservó la capacidad de extender el sistema cuando, en vista de los resultados, lo creyera oportuno al resto de facultades e institutos del reino —en este caso se requería propuesta razonada del claustro de profesores e informe favorable del consejo de instrucción pública—.

En el Senado la decisión llevó a nuevas discusiones sobre la autonomía universitaria en que las luchas de los académicos e intelectuales dio sus frutos en las esferas de poder. Elías Tormo Monzó —quien además formaba parte de la comisión de seguimiento de las conclusiones de la asamblea de 1915—<sup>359</sup> propuso la autonomía como vía de ensayo. La discusión entablada en el Senado seguía cauces pacíficos —no olvidemos del pacto de Estado entre los partidos dinásticos a favor de mantener un cierto entendimiento durante la Primera Guerra Mundial—. Mientras, los tradicionalistas más intransigentes se mantuvieron en sus planteamientos iniciales: oposición a la libertad

---

<sup>357</sup> J. Castán Tobeñas, «Sobre la enseñanza del derecho», *Revista de ciencias jurídicas y sociales*, 5, (1919), p. 11.

<sup>358</sup> Real decreto de 2 de junio de 1916, *Gaceta de Madrid* de 6, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1916*, Madrid, 1916, pp. 296-300.

<sup>359</sup> *Asamblea Universitaria...*, p. 93. Los otros designados fueron Antonio Simonena, Ricardo Royo, Pascual Testor y Blas Cabrera.

de cátedra, defensa de la libre creación de centros educativos y de concesión de grados<sup>360</sup>. Aunque el proyecto de autonomía para la facultad de filosofía y letras se presentó y discutió en las Cortes, no se logró su aprobación debido a la inestable situación política de 1917<sup>361</sup>.

Sin embargo no cesaron los esfuerzos... Otro liberal, Felipe Rodés quiso extender el experimento<sup>362</sup>. El real decreto de 1 de diciembre de 1917 reconocía en su exposición de motivos que:

Uno de los anhelos más vehementes del profesorado español es el de que los Centros de enseñanza gocen de la necesaria autonomía, para que desligados de ciertas trabas reglamentarias y casuísticas que hoy entorpecen su labor, puedan desenvolverse las iniciativas de los profesores.

La reforma no podía ser global y en una sola entrega pues:

Planteado de una vez este gran problema en todos los centros oficiales de enseñanza, quizá tuviese dificultades de momento invencibles y malograría ideales que el gobierno tiene el deber de acrecentar y cuidar con toda atención.

A continuación daba otro paso más y a título de ensayo concedía la autonomía educativa a la escuela de estudios superiores del magisterio. Libertad para su gobierno que quedaba en manos del claustro, libertad para enseñar en todos los sentidos: planes de estudio, de prácticas, control de la disciplina docente con pleno respeto de la libertad de cátedra, esfuerzo por mejorar la comunicación y las relaciones alumno-docente, etc. En todo caso el claustro debía redactar un reglamento para la ejecución de las bases que enmarcaban el experimento<sup>363</sup>. No

---

<sup>360</sup> M. Polo, «Autonomía universitaria y libertad de enseñanza», *La Voz de Valencia*, 29 de junio de 1916, p. 1.

<sup>361</sup> L. A. Baratas Díaz, «Influencia francesa...», p. 663. Sobre este periodo de inestabilidad puede verse la obra de J. A. Lacomba Abellán, *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970.

<sup>362</sup> Nombrado por real decreto de 3 de noviembre de 1917. Fue sustituido por Luis Silvela en marzo de 1918. *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1918*, Madrid, 1918, p. 675.

<sup>363</sup> Real decreto de 1 de diciembre de 1917, *Gaceta de Madrid* del día 2, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1917*, Madrid, 1918, pp. 606-608.

cabe duda que lo inspiraba el espíritu institucionista. Pocos días después, ya a principios de 1918, nuevos avances desde el ministerio con dos disposiciones: la primera —para el mejor aprovechamiento de la enseñanza— concedía a las juntas de facultad la distribución de las horas de clase teórica y práctica que correspondían a cada cátedra en el plan oficial<sup>364</sup>. La segunda aprobaba el reglamento de las bases de autonomía educativa de la escuela de estudios superiores del magisterio. Se intuía el deseo de los universitarios en progresar a favor de su independencia<sup>365</sup>.

La formación del Gobierno Nacional el 22 de marzo de 1918, bajo el liderato de Maura, permitió que el liberal Santiago Alba Bonifaz ocupara la cartera de instrucción<sup>366</sup>. La existencia de un gobierno aparentemente estable le dio la confianza suficiente para retomar la iniciativa en educación. De ese modo presentó un ambicioso plan de reforma que abarcaría desde la enseñanza primaria hasta las universidades. A éstas les concedería la autonomía<sup>367</sup>. La reforma iba muy en la línea marcada por la institución libre de enseñanza. El diputado conservador Pío Zabala así lo advirtió cuando denunció el cambio ideológico importante que se había producido durante los años de la Gran Guerra. Avisó de lo peligrosa que era su influencia en la educación nacional. Aunque reconocía que al principio había funcionado bien y prestado buenos servicios a la cultura, se había desviado de la intención pedagógica de su fundador Giner de los Ríos. Criticó su actuación marcadamente anticatólica y su influencia social y política izquierdista. Tras un lento proceso

---

<sup>364</sup> Real decreto de 3 de enero de 1918, *Gaceta de Madrid* del día 7, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1918*, Madrid, 1918, pp. 6-7.

<sup>364</sup> Real orden de 4 de enero de 1918, *Gaceta de Madrid* del día 6, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1918*, Madrid, 1918, pp. 10-12.

<sup>366</sup> Nombrado por real decreto de 22 de marzo de 1918. *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1918*, Madrid, 1918, p. 675. Una extensa biografía de Santiago Alba se contempla en M. García Venero, *Santiago Alba. Monárquico de razón*, Madrid, 1963. García Prieto y Romanones y ocuparon gobernación y gracia y justicia, respectivamente.

<sup>367</sup> Incluso algún diario conservador alabó su intento de reforma pedagógica a todos los niveles. *La Voz de Valencia*, 8 de agosto de 1918, p. 1. En el Senado al defender la necesidad de establecer la jubilación obligatoria por edad, dejó escapar la posibilidad de instaurar una autonomía universitaria que permitiera universidades independientes, modernas, al estilo alemán o inglés. *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1918, p. 1.112.

se había erigido como inspirador en la sombra del ministerio. A continuación enumeraba los diversos centros que eran gobernados por su ideario: el Museo pedagógico, la Residencia de estudiantes y la Junta para ampliación de estudios. Era preciso detener esa influencia por el bien nacional, ya que el institucionismo se estaba adueñando de la juventud.

Es natural que con todos estos medios con que el Estado favorece su actuación, le es sumamente fácil ir agrupando a su alrededor a la juventud española, que para poder solucionar el problema económico de la vida, se somete incondicionalmente a la Institución, renunciando acaso a sus ideales, en gracia a la valiosa protección recibida<sup>368</sup>.

El sentimiento contra la influencia izquierdista de la institución se puso de manifiesto por intelectuales y catedráticos conservadores el 1 de junio de 1918. En el Teatro de la Comedia de Madrid se manifestaron abiertamente favorables a reconocer libertades en los centros de estudios superiores, a mostrar una mayor tolerancia a las reformas y a esforzarse por las cuestiones científicas. Pero también protestaron por la injerencia en el ministerio de los institucionistas<sup>369</sup>.

Mientras, en el gobierno, las tensiones y enfrentamiento entre Cambó y Alba por la diferente visión de la cuestión catalana y en especial por las mancomunidades subían de tono<sup>370</sup>. Este último supeditó su reforma educativa a un adecuado respaldo presupuestario ya que sin él sólo se degradaría más la situación<sup>371</sup>. El hecho de que nada se lograra en ese sentido, sirvió para que Alba dimitiera, excusándose en la falta de respaldo por parte de sus compañeros de gobierno hacia sus planes de reforma —en especial el aumento salarial de los maestros—. Cesó desencantando a quienes habían depositado en él sus esperanzas<sup>372</sup>. La preocupación por el problema catalán y colonial impidió

---

<sup>368</sup> *La Voz de Valencia*, 17 de mayo de 1918, p. 1.

<sup>369</sup> *La Voz de Valencia*, 4 de junio de 1918, p. 1.

<sup>370</sup> *Las Provincias*, 4 y 7 de octubre de 1918, pp. 3 y 1, respectivamente.

<sup>371</sup> *Las Provincias*, 27 de septiembre de 1918, p. 3.

<sup>372</sup> E. González Rodríguez, *Sociedad y educación en la España de Alfonso XIII*, Madrid, 1988, p. 287. Más extenso sobre el conflicto con Cambó trata J. Pabón, *Cambó II, parte primera, 1918-1939*, Barcelona, 1969, pp. 25 y ss. También M. García Venero, *Santiago Alba...*, pp. 159-164.

que los siguientes gobiernos enderezaran la situación educativa —ni siquiera Romanones se ocupó del tema—. La crisis era total, desde la dimisión de Alba en octubre hasta finales de año tres ministros más le sucederían en la cartera sin resultados. Uno por mes: Álvaro de Figueroa —conde de Romanones—, Julio Burell y Joaquín Salvatella<sup>373</sup>.

El partido liberal estaba agotado a mediados de 1918 aunque el paso de los ministros avanzados dejó en los ambientes intelectuales la inquietud renovadora. Los conservadores alcanzaron el poder conscientes de que la transformación educativa era inexorable. Habían perdido la batalla del inmovilismo<sup>374</sup>. O se sumaban al tren de los cambios o serían arrollados por él. Al igual que muchos moderados buscaban la solución política en un salvador nacional, los problemas de la educación también requerían un cambio tajante.

El ministerio de Instrucción pública ha servido en nuestro país como de aprendizaje del oficio de ministro. No se miraron si las condiciones eran tales o cuales. Necesariamente, para hacer carrera política, debía entrarse por el de Instrucción pública considerándolo como de categoría inferior a los demás.

Esta manera de ser de nuestros gobernantes, ha conducido al país al estado de analfabetismo que hoy nos horroriza. La gravedad es tal, que demanda sin demora alguna una reforma completa, radical, enérgica, que volviéndolo todo del revés, haga renacer las energías dormidas y nos conduzca a días venturosos<sup>375</sup>.

Poco tiempo después, un hombre interesado en la instrucción, César Silió, será el encargado de culminar el giro del conservadurismo hacia la reforma universitaria.

---

<sup>373</sup> Nombrados por los reales decretos de 10 de octubre, 9 de noviembre y 5 de diciembre, respectivamente. *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1918*, Madrid, 1918, p. 675.

<sup>374</sup> «La enseñanza ha sido siempre campo abierto a las más violentas batallas políticas y religiosas. Cualquier concesión, en sentido liberal, ha representado innumerables años de lucha. Derechas e izquierdas sabían que en la escuela primaria y en la Universidad se forja el porvenir. Y celosos de este porvenir pugnaron las derechas por conservar lo establecido; pugnaron las izquierdas por renovarlo». M. Domingo, *El Mercantil Valenciano*, 23 de agosto de 1918, p. 1.

<sup>375</sup> «Las reformas de instrucción pública», *La Voz de Valencia*, 14 de mayo de 1918, p. 1.



## CAPÍTULO III

### LA AUTONOMÍA DE SILIÓ

El proyecto de regeneración universitaria iniciado en el último cuarto del siglo XIX, fue generalizándose entre el profesorado de toda filiación política. Los liberales por simpatizar con los institucionistas que habían sabido dar contenido ideológico al problema educativo y que les habían respaldado en su lucha por la laicidad de la escuela. Los conservadores constataron que las instituciones extrauniversitarias, bajo el liderazgo de conocidos institucionistas e intelectuales avanzados, demostraban un creciente prestigio y unas elevadas —y por tanto envidiadas— dotaciones presupuestarias. Los moderados entendieron que era preciso avivar el movimiento intelectual y cultural en las universidades si no querían verlas en una definitiva quiebra como centros de investigación.

La caída de Santiago Alba no acabó con las presiones de los universitarios, de la opinión pública y del mundo intelectual a favor de la autonomía universitaria<sup>1</sup>. Pero sería finalmente un conservador

---

<sup>1</sup> M. Peset Reig y M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «Un intento de autonomía universitaria: el fracaso de la reforma Silió de 1919», *Homenaje a Juan Berchmans Vallet de Goytisolo*, Madrid, 1990, VI, pp. 505-557. En este trabajo se hace un estudio global del decreto y de las redacciones de los diversos estatutos a los que dio lugar. Reconocemos que ha sido de enorme importancia a la hora de iniciar y dirigir el presente capítulo. Sería de enorme interés un tratamiento pormenorizado desde cada una de las universidades para conocer en su desarrollo las diversas posturas que originó, así como el ambiente que se respiró durante unos meses en los que profesores y autoridades académicas tuvieron que manifestar sus opiniones. Valencia es una excepción al haber sido abordada extensamente por M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, *La universidad de Valencia de la Dictadura de Primo de Rivera a la Guerra Civil. La FUE*, 4 vols., tesis doctoral inédita, Valencia, 1990. Véase también A. Reyna, «Reforma Silió de autonomía universitaria», *Revista de Educación*, 227-228, mayo-octubre (1973), 54-80; J. M<sup>a</sup> Souvirón, *La universidad española. Claves de su definición y régimen jurídico institucional*, Valladolid, 1988; P. Sola, «La autonomía universitaria en España...», pp. 19-26; E. González Rodríguez, *Sociedad y educación...*, pp. 292-309; M. I. Gutiérrez Zuloaga, «Autonomía universitaria en la España contemporánea. Historia de una etapa: 1868-1919», *Homenaje al Dr. Juan Reglà Campistol*, 2 vols., Valencia, 1975, II, pp. 351-366; I. Varela, *La universidad de Santiago...*,

quien se atrevió a dar el paso definitivo. La obra ministerial de César Silió Cortés en relación con la autonomía universitaria se compone de dos etapas. La primera abarca desde su llegada al poder a mediados del mes de abril de 1919, hasta su caída tres meses después. En ella formuló su plan de reforma. Este breve gobierno sirvió para que cada universidad redactara los estatutos que había de regirla. Su aprobación y ejecución se produjo durante el segundo periodo del mandato de Silió. Éste ocupó desde su regreso en 1921 hasta su dimisión en la primavera del año siguiente. En ambas se desarrolló la mayor y más intensa actividad de los claustros españoles en el primer cuarto del siglo XX. La reforma que propuso estaba encuadrada en una campaña hostil del tradicionalismo al control, más o menos directo, de los institucionistas sobre la Junta para ampliación de estudios y de las demás instituciones científicas que dependían de ella. ¿Por qué crear centros científicos ajenos a la universidad cuando ésta carecía de los elementos esenciales?<sup>2</sup> Sin duda, el ministro era miembro de esa corriente de intelectuales conservadores que desde dentro del sistema canovista pretendían mejorar las universidades.

El hecho de que desde años atrás los principales esfuerzos a favor de la autonomía universitaria se vinieran produciendo desde posiciones liberales o catalanistas hizo que César Silió<sup>3</sup>, ministro de

---

también C. Sauras, *Conservadores y liberales ante la autonomía universitaria. La reforma Silió (1919-1922)*. Tesis doctoral inédita dirigida por E. Redondo, facultad de filosofía y letras de la universidad de Navarra.

<sup>2</sup> Seguimos a E. González Rodríguez, *Sociedad y educación...*, pp. 291-292.

<sup>3</sup> Nacido en Medina de Rioseco, Valladolid, (18-IV-1865/16-X-1944). Ejerció como jurista en dicha ciudad. Conservador católico que representó a la circunscripción vallisoletana en las Cortes de 1903, 1905, 1907 y 1910. Más tarde en Madrid, fue el director del periódico *El Norte de Castilla*. También fue uno de los precursores de los sindicatos amarillos o católicos. Además, el ministerio no le era extraño, pues antes había ocupado el secretariado de instrucción pública en 1914. Publicó varios discursos políticos y libros: *Problemas del día*, *La crisis del derecho penal...* *Las Provincias*, 17 de abril de 1919, p. 1. También *El Pueblo*, 8 de octubre de 1921, p. 1, y *La Correspondencia de Valencia*, 2 de septiembre de 1921, p. 1. J. Pabón lo definió como «abogado maurista que había capitaneado en Valladolid la lucha contra el albismo, ocupó la cartera de instrucción pública para la que se hallaba especialmente capacitado». *Cambó II, parte primera, 1918-1939*, Barcelona, 1969, p. 237. Un extenso trabajo biográfico hizo J. A. Cano, *El*

Maura desde el 15 de abril de 1919<sup>4</sup>, sorprendiera a propios y extraños con el real decreto de 21 de mayo. En él se otorgaba una amplísima libertad a las universidades, con diferencia la mayor concedida en toda la Restauración. Sorprendió porque aunque años atrás ya había demostrado inquietudes por la cuestión educativa la medida ponía a las universidades españolas a la vanguardia pedagógica europea. Su planteamiento no encajaba con las posiciones conservadoras, que durante años habían demostrado gran resistencia a la apertura ideológica o metodológica. El gesto fue tajante e inesperado, despertaría duras críticas y notables suspicacias entre el sector avanzado de la universidad. En especial se había molestado porque no había consultado a los claustros sobre un asunto que les atañía tan de cerca<sup>5</sup>.

Silió era un intelectual que aceptó en parte la aportación del sector institucionista, en aquello que podía beneficiar su plan. Plasmó sus ideas sobre la cuestión educativa en un texto que definiría la orientación de su labor ministerial. En él se trató el asunto desde una perspectiva moderada: exaltación de la moral católica, del patriotismo y de los valores sociales. Demostró no ser un político radical sino posibilista, verdaderamente preocupado por la enseñanza. Sus postulados fueron más tolerantes que los de sus correli-

---

*poder político en Valladolid durante la Restauración. La figura de César Silió, Valladolid, 1996. También C. Silió Correa, Los Silió de la Montaña y Valladolid, Valladolid, 1995.*

<sup>4</sup> E. González Rodríguez, *Sociedad y educación...*, p. 292 y J. Pabón, *Cambó II, parte primera, 1918-1939*, p. 237. El gobierno que se estableció desde el 15 de abril hasta el 20 de julio fue llamado por Pabón como el de los abogados mauristas por pertenecer a esta profesión buena parte de los ministros designados por Maura.

<sup>5</sup> Santiago Ramón y Cajal lo calificó de «revolucionario e inesperado» para acto seguido criticarlo, no porque no estuviera de acuerdo con la autonomía sino porque como creía que su desarrollo dependía del espíritu con que se desarrollara, se decía pesimista y desconfiaba de los políticos y los catedráticos. «Revolucionario e inesperado. El decreto de autonomía universitaria», *BILE*, (1919), pp. 165-167. Repite lo recogido por *El Imparcial* del 25 de mayo de 1919. Augusto Pi y Suñer afirmó «El decreto de autonomía universitaria ha producido sorpresa en el profesorado, y, en general, un excesivo recelo». «La autonomía universitaria», *BILE*, (1919), p. 334. Los conservadores también reconocieron que la novedad a ellos les había sorprendido. M. Lasala, «Crónica», *Universidad. Revista de cultura y vida universitaria*, Zaragoza, 1924, p. 211.

gionarios tradicionalistas. Valga de ejemplo que admitiera y reconociera la labor de las religiones cristianas no católicas en el desarrollo educativo del extranjero, aunque sólo fuera para defender la presencia de la moral católica en la enseñanza primaria y el bachillerato españoles. Destacamos su conocimiento de la situación de los estudios y su conciencia de la necesidad de mejorarlos. Para ello proponía transformarlos desde sus cimientos, concediéndoles la mayor libertad e independencia posibles para sacarlas del anquilosamiento en el que estaban:

¿Remedios? No pensamos que el mal puede curarse con paliativos, con reformas de detalle, con revisiones de programas ni de planes de estudios: el mal está en la raíz, en la mezquina orientación de toda la enseñanza que no pretende habilitar para la vida social, sino preparar para el examen y fructificar en el título. Es necesario —lo repetiremos cien veces, creyendo siempre que hace falta insistir más aún— [...] pensamos —separándonos de la opinión de muchos a quienes asusta la idea de conceder un régimen de libertad a las actuales universidades [...] que en el radicalismo de la reforma podrá hallarse el remedio<sup>6</sup>.

Silió previendo la reacción adversa desde el ambiente académico liberal, se defendía en el preámbulo. Aunque la reforma de la enseñanza superior no era de las más precisas, la abordaba para satisfacer el clamor público y colectivo de los universitarios que la reclamaban desde hacía tiempo. La generosidad de derechos y prerrogativas que concedía, justificaba que no se hubiera consultado previamente a los claustros y autoridades académicas<sup>7</sup>. Además la consulta era negativa para un plan que —como veremos— basaba su éxito en la rapidez con que se ejecutara, pues la crisis del sistema no permitía otra posibilidad.

A sus predecesores, los liberales y republicanos, les reprochó que en el afán por extender la cultura a las masas —la enseñanza primaria— hubieran desatendido las universidades. Defendió

---

<sup>6</sup> C. Silió Cortés, *La educación nacional*, Madrid, 1914, pp. 101-102 y 158-171.

<sup>7</sup> Bonilla San Martín un reconocido regeneracionista de la universidad, denunció la falta de consulta en una reforma para lo que no estaba preparada, «Sobre la autonomía universitaria. La universidad de Madrid discute el decreto de autonomía.» *BILE*, (1919), p. 164.

la necesidad de prepararlas adecuadamente: más técnica y especialización para permitir el progreso nacional. La enseñanza básica era importante, pero primaba el mejoramiento de la elite científica. Esta disposición culminaba la asimilación de algunos valores institucionistas por ciertos conservadores. Además, los efectos de la Gran Guerra se hacían notar. Las universidades europeas habían tenido un notable peso en el desarrollo y perfeccionamiento de la tecnología que se empleó. La preparación de estudiosos capaces era su objetivo. En las universidades debía dejar de prepararse únicamente profesionales, y el espíritu uniformista —no se atrevió a usar el término «centralista» por sus implicaciones políticas y regionalistas— tenía que abandonarse, porque estrangulaba la competencia científica que impulsaba el desarrollo. Bien se guardó el ministro de no hablar de las universidades privadas cuando dejó en el aire los sujetos de dicha competencia. Este silencio tendrá que romperlo tiempo después ante las duras críticas de los catedráticos, que temían por las universidades públicas. Sólo les aquietó la declaración del ministro de que para la constitución de las privadas se requeriría una ley específica<sup>8</sup>.

Su autonomía se articularía sobre un doble eje. Por un lado, regulación estatal de unos elementos básicos y generales de las universidades, que al uniformar parcialmente su actividad las apartara del desorden. Por el otro, libertad absoluta en su autogestión dentro de ese amplio marco ministerial. Esa libertad debía plasmarse en un estatuto que cada universidad redactaría y remitiría al ministerio. Éste, además de dar aprobación a cada estatuto, se reservó por razones técnicas y organizativas el determinar unos contenidos esenciales y comunes en las asignaturas para evitar la anarquía y facilitar una cohesión mínima de las carreras. Libertad sí, pero ordenada. Este punto, como veremos, al final quedó mucho más abierto de lo que en un principio se pensó.

---

<sup>8</sup> Artículo 1 de los respectivos proyectos presentados por Prado Palacios y Cesar Silió al Senado, *Anales de la universidad de Valencia, años 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 155 y 176. En el caso de este último fue algo más allá y declaró que sólo consideraría como universidades las que contaran en esos momentos con tal denominación. Excluía a los temidos institutos de enseñanza superior clericales —Deusto y El Escorial—.

La autonomía abarcaría todos los ámbitos: formativo, político, administrativo y económico <sup>9</sup>. Las universidades dejaban de ser exclusivamente centros de preparación profesional para dedicarse también al desarrollo científico con pleno respeto a la libertad de pensamiento y de cátedra. La controvertida cuestión política se resolvió con una drástica reducción del intervencionismo del ministerio en los asuntos universitarios. Aunque se reservó la inspección de los centros y el control en el cumplimiento de la ley y de los estatutos. En el plano administrativo, a los claustros se les concedían plenos poderes para actuar y nombrar a sus plantillas respectivas y demás personal a su servicio. Asimismo, se les concedió libertad para gestionar su propia hacienda.

No era la Autonomía concedida un patrón uniformista, sino un cauce abierto por donde pudiera correr libremente la actividad científica y la vida entera de la universidad; y así, la variedad matizó los estatutos, caracterizando su fisonomía y la propia personalidad de cada universidad, y aun de cada facultad <sup>10</sup>.

Ahora bien, la libertad se acompañaba de responsabilidades. El Estado las dejaba libres para gestionarse y aunque se comprometía a dotarlas de todo lo que necesitaran, una vez finalizado el proceso, sobre ellas recaería el riesgo de florecer o de hundirse.

La variedad engendrará emulaciones nobles, intercambio de iniciativas y rectificaciones saludables [...] Quien sepa colocar su voluntad a la altura de su deber y de los medios que se otorgan para que lo pueda cumplir, prevalecerá y prosperará. Los frutos que deparen los éxitos compensarán con creces el dolor de los fracasos que tal vez se registren, pero que no serán imputables a la reforma misma, sino a quienes no acierten a marchar animosos por los nuevos caminos abiertos ante ellos, como exige el interés de España <sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> M. Peset Reig y M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «Un intento de autonomía universitaria...», p. 510. Ya destacaron que el decreto tenía mayor ambición que la que luego los profesores y autoridades académicas le concedieron.

<sup>10</sup> M. Lasala, «Crónica», *Universidad. Revista de cultura y vida universitaria*, Zaragoza, 1924, p. 213.

<sup>11</sup> *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1919*, Madrid, 1921, p. 204.

El mejor aliento para que se entregaran al trabajo era la competencia; el lema: mejorar o perecer. La amenazadora idea, que era antigua en el ministro, causó buen número de reparos entre los potenciales militantes de la autonomía:

Y donde el fracaso acredite que el ambiente de libertad sólo ha servido para poner a la luz las llagas, se impondrá, por sí misma, la eliminación o la enmienda.

La universidad que no avance, la que se anquilese, con la autonomía desaparecerá: nada perdemos, porque hoy sobran. La que progrese, la que avance, la que acierte a responder las necesidades de España, en la hora actual, se dilatará, crecerá, constituirá un foco fecundo de cultura; y que ello ocurra así nos está haciendo mucha falta <sup>12</sup>.

El sistema primaba la enseñanza de calidad. Aquella universidad que no preparara adecuadamente a sus alumnos para superar los exámenes de Estado, provocaría la desbandada hacia otros centros que sí lo hicieran. La que no estuviera a la altura, quedaría en la ruina y desaparecería. Los catedráticos y autoridades académicas serían los primeros interesados en mejorar y mantener la excelencia. Ni que decir tiene el temor que produjo entre muchos profesores que eran conscientes del pésimo estado de sus instalaciones y cátedras, de las desigualdades entre los diversos centros y de la continua desatención que el ministerio hacía de sus propias promesas. Manuel García Morente, catedrático de la Universidad de Madrid sirve de ejemplo:

Este decreto es una anomalía más que se suma a las anteriores.

Por eso, a pesar de su claridad, no está claro. ¿Qué se propone? ¿Hacer o deshacer la Universidad? ¿Suscitar, bajo el manto benévolo de la libertad, la pujanza aparente de nuevas instituciones y acelerar el desmedro de las universidades?, ¿Provocar una actividad febril, ficticia y frívola, que sin las bases necesarias, aparezca, sin embargo, como cumplidora de fines de cultura y de ciencia, y justifique la supresión o disminución de otras de breve pero respetable abolengo? <sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> C. Silió Cortés, *La educación...*, p. 105.

<sup>13</sup> «La autonomía universitaria», *BILE*, (1919), p. 172.



## 1. *El decreto de 1919*

### a) *Objetivos de la universidad*

Pasemos ahora al estudio detenido del decreto de 21 de mayo de 1919<sup>14</sup>. Es más que notable la presencia del espíritu gineriano en su conformación. Contenía cinco artículos generales y uno adicional referido al mantenimiento del especial régimen económico de la Universidad de Murcia<sup>15</sup>. A pesar de ello, no debemos entender que su enunciado fuera breve. El artículo primero se compuso de una serie de doce bases en las que se formulaba un nuevo modelo de universidad alejado de la Iglesia, libre e independiente de las intervenciones políticas o ideológicas:

La universidad, que es hoy centro burocrático en absoluto dependiente del poder central, ha de convertirse, para poder cumplir su verdadera, altísima misión, en persona jurídica con todos los derechos reconocidos a tales entidades, mediante la concesión de una autonomía [...] Tipo universitario inglés, algo medioeval, no obstante la infiltración de enseñanzas nuevas en Oxford y Cambrigde y la orientación moderna de la Universidad de Londres, que hasta hace pocos años examinaba y no enseñaba; tipo alemán de libertad en los estudios, de hondo cultivo de todas las materias, que puede envanecerse de haber formado las más altas inteligencias del país; tipo francés, uniformista, orientado hoy hacia el realismo en la enseñanza, hacia el positivismo y el cientifismo, todo puede ensayarse en la Universidad autónoma y libre; y cabe esperar mucho de la emulación noble de los sistemas, de la variedad de organizaciones que se produzcan y de finalidades que se persigan<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> *Gaceta de Madrid* del 22, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1919*, Madrid, 1921, pp. 202-211. También *El Mercantil Valenciano*, 23 de mayo de 1919, p. 1. Publicada en los *Anales de la universidad de Valencia, año 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 43-53. En esta tarea nos precede el trabajo de A. Reyna, «Reforma Silió de autonomía universitaria...», pp. 57-74.

<sup>15</sup> Ya vimos que Espada posteriormente homologó su sistema al del resto de universidades en el real decreto de 5 de julio de 1920.

<sup>16</sup> C. Silió Cortés, *La educación...*, pp. 103, 105-106.

El decreto superaba en prerrogativas las posiciones liberales más avanzadas, pues recogía el espíritu de libertad desde el capítulo primero. Se configuró a la universidad en la doble faceta de escuela profesional y de entidad científico-investigadora. Admitió la gestión de sus propios recursos y de actuar libremente al reconocer su personalidad civil y de las facultades, escuelas superiores, institutos y demás centros que fueran parte de ella. En palabras de García Morente, la autonomía era primero de la universidad con respecto al Estado y luego de las facultades con respecto a la universidad<sup>17</sup>.

La base segunda les concedía el derecho a prestar las enseñanzas necesarias para la obtención de los títulos aludidos en el artículo 12 de la constitución canovista<sup>18</sup>. El único límite era el mantenimiento de un núcleo esencial de los planes de estudio que el ministerio estableciera<sup>19</sup>. La organización, complemento y distribución de las asignaturas de cada disciplina, así como la determinación de los métodos pedagógicos y los exámenes por asignaturas, se dejó a cada universidad. Los certificados de estudios no servirían para ejercer, sino que antes era necesario superar una prueba de cualificación —examen de Estado— para conseguir el grado con el que ejercitar la profesión<sup>20</sup>. El tribunal examinador se compondría de profesores de la universidad local y de un tribunal mixto reclutado de entre «el cuerpo de catedráticos de las distintas universidades autónomas y el cuerpo de quienes practiquen la respectiva profesión». La forma de elección de sus miembros y la reglamentación de su actuación se dejó en manos del ministerio, previa audiencia de las universidades y del real consejo de instrucción pública. En todo caso, el espíritu era limitar al máximo la intervención ministe-

---

<sup>17</sup> P. Sola, «La autonomía universitaria en España...», p. 22.

<sup>18</sup> Se refería al art. 12.3: «Al Estado corresponde expedir los títulos profesionales y establecer las condiciones de los que pretendan obtenerlos, y la forma en que han de probar su aptitud.» F. González Doria, *Historia de las constituciones españolas de Godoy a Suárez*. Madrid, 1986, p. 406.

<sup>19</sup> Francisco Giner así lo había propuesto casi veinte años atrás cuando planteó que la universidad oficial en su plan de estudios fuera una obra libre sobre un mínimo obligatorio en cada facultad para todos los estudios generales. AUV, Sección general, *IV Centenario*, caja 456. *Non flere, non indignare...*, p. 124.

<sup>20</sup> Francisco Giner ya había defendido los tribunales de Estado del sistema alemán desde hacía años: «Sobre reformas...», pp. 112-113.

rial. Esto respecto al grado de licenciado que era entendido como licencia para el ejercicio profesional. Sin embargo, respecto a los doctorados, el criterio era distinto y se autorizó a que cada universidad regulara y concediera dicho grado. El título se concedería por el ministerio, pero las pruebas de reválida se ejecutarían en cada facultad.

El cambio no había sido tan radical como algunos reformadores habían planteado: de separar completamente la función docente de la examinante para no trastornar a los estudiantes e impedir amiguismos o arbitrariedades. Dicha reforma ofendía a los profesores que la criticaron temerosos de perder definitivamente su autoridad sobre los alumnos. Aunque se mantenía para la universidad la concesión de grados, hasta entonces el vellocino de oro de la enseñanza superior pública, el establecimiento de la prueba de capacitación profesional compartida entre catedráticos y otros sujetos desagradó a aquéllos<sup>21</sup>. Los motivos de establecer el examen de Estado bajo esas condiciones los expuso el mismo Silió en la Universidad de Zaragoza:

Si la concesión de los títulos profesionales siguiera con la Autonomía, encomendada a cada Universidad, la que mejor cumpliera sus deberes y mayor rigor usara en la colación de grados de licenciado se vería pronto desierta y sin recursos que irían a enriquecer a las que peor cumplieran su función docente. Yo no encontré otra solución a este conflicto que la institución del tribunal de estado, que ha de examinar más a los catedráticos que a los alumnos. El porcentaje [sic.] de aprobados de cada Universidad dará la media del nivel y de la vitalidad de cada una.

Hay un riesgo, —concluía—; que se refiere a la organización del tribunal; pero para obviarlo confío en el concurso de las mismas universidades, que, espero, no me ha de faltar<sup>22</sup>.

En su carácter de centro pedagógico y de alta cultura, la base tercera autorizaba la organización de cuantas actividades mejoraran

---

<sup>21</sup> No se atrevió como era su plan, arrebatárles por completo esa facultad pues la oposición docente con la que hubiera tropezado, haría imposible ir más allá en la reforma. Años antes de ser ministro, proponía la desvinculación absoluta entre cuerpo docente y examinante para las universidades. C. Silió Cortés, *La educación...*, pp. 103-104.

<sup>22</sup> M. Lasala, «Crónica», *Universidad...*, p. 217.

sus estudios. Se les facultaba y animaba a revitalizar la vida académica e intelectual: organizar cursos complementarios a los del ministerio; mejorar o ampliar los laboratorios; ofrecer conferencias y certámenes; establecer museos y bibliotecas; ampliar cátedras; crear residencias de estudiantes, colegios y asociaciones postuniversitarias; así como entablar y firmar acuerdos con todo tipo de asociaciones y entidades para extender su acción a todos los ámbitos socio-culturales. Incluso, previa autorización del gobierno, podrí­an concertar acuerdos con institutos profesionales y centros de investigación de su propio distrito universitario con fines científicos o culturales. En pocas palabras, reavivar el tejido científico.

### *b) Organización*

Las bases cuarta y quinta recogían los órganos comunes de las universidades. Como su estructura debía ser esencialmente similar para mantener una cierta cohesión, se esbozaron las funciones básicas de dichas instituciones<sup>23</sup>. Podemos dividir­las en dos grupos:

#### *Órganos colegiados*

1. *El claustro ordinario*. Se componía de todos los catedráticos numerarios, jubilados y excedentes de la universidad. También de aquellos profesores que con carácter permanente se hubieran designado para desarrollar enseñanzas, cursos profesionales, de alta pedagogía o de ampliación de estudios y de investigaciones científicas. Se dejó fuera a los profesores auxiliares y demás ayudantes.

2. *Las juntas de facultad*. Formadas de los mismos miembros que en el caso anterior pero en el marco inferior de la disciplina.

3. *La comisión ejecutiva de la universidad*. Formada por el rector, vicerrector y decanos de las facultades.

4. *El claustro extraordinario*. Compuesto del ordinario más una serie de agregados<sup>24</sup>. El articulado modificaba la legislación relati-

---

<sup>23</sup> A. Reyna abordó someramente las funciones que le atribuía el decreto a cada una de las entidades, «Reforma Silió de autonomía universitaria...», pp. 64-67.

<sup>24</sup> Eran los directores de establecimientos de enseñanza del distrito universitario y los doctores matriculados. Para formar parte de este últi-

va al derecho electoral de los doctores matriculados en las universidades. Se contravenía flagrantemente la jerarquía legal, ya que modificaba la ley fundamental electoral por medio de un real decreto. Este defecto que se repitió en diversas ocasiones será, ya lo veremos, uno de los argumentos que excusó el aniquilamiento de la reforma<sup>25</sup>.

5. *Asociaciones estudiantiles*. Desde el proyecto de García Alix —refrendado por Romanones— habían sido olvidadas de la intervención en el gobierno universitario. Silió quiso hacerles participar para que manifestaran sus opiniones y quejas civilizadamente, en el seno de la universidad, y no en la calle a través de algaradas como hasta ese momento venían haciendo. Se las integrarían en la universidad, siempre que sus estatutos fueran aprobados por la comisión ejecutiva. Su poder, como destacaron Mariano Peset y María Fernanda Mancebo, no fue muy relevante, en espera, tal vez, de que los escolares maduraran algo más<sup>26</sup>.

6. *La Asamblea general de la universidad*. El último órgano dentro de esta categoría multipersonal. Se formaría por todos los órganos anteriores y tenía una función simbólica y ceremonial —como la apertura de curso—. Sus reuniones serían una manera de reflejar físicamente la unidad y concordia universitaria. La idea era recuperar la vieja *Alma mater* como sociedad física y espiritual de profesores y alumnos.

---

mo grupo se requería que, o bien el graduado tuviera alguna vinculación docente con la universidad: ayudante, auxiliar o académico no permanente en alguna de las disciplinas; o acreditase una cierta vocación científica mediante publicaciones, trabajos o investigaciones o por la donación o préstamo de servicios que beneficiaran al Estudio General: Las puertas quedaron abiertas a quienes tuvieran dinero suficiente para pagar su vinculación con la universidad. No olvidemos que parte de la financiación universitaria estaba planteado en el sistema anglosajón de fundadores y benefactores.

<sup>25</sup> Uno de los que con más encono lo denunció fue el catedrático de Oviedo, M. Arias de Velasco, «el decreto del señor Silió me parece inoportuno, temerario e ilegal». Acto seguido exponía las contravenciones de decreto del gobierno y la violación de la división de poderes por el ministro. «La autonomía universitaria», *BILE*, (1919), p. 335.

<sup>26</sup> M. Peset Reig y M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «Un intento de autonomía universitaria...», pp. 514-515.

### *Órganos unipersonales*

El rector mantuvo su enorme peso en la vida universitaria. Era considerado como el presidente nato de la universidad y de sus órganos representativos. La reforma fundamental introducida era la ruptura con la ligazón al ministerio a la hora de su designación que se dejaba en manos del claustro ordinario que los elegiría en votación secreta. Se tuvo especial cuidado en determinar el *quorum* electoral. Se requería en todos los casos la presencia de un mínimo de dos tercios de los catedráticos pertenecientes al claustro y la mayoría absoluta de los presentes para validar el nombramiento. Caso contrario se repetiría la votación y de no resolverse, se repetiría el proceso. Si no se alcanzaba en el plazo de dos meses, el gobierno nombraría uno a su arbitrio por real decreto y por no más de dos años.

### *c) La sensible cuestión económica*

Todo aquel que conocía mínimamente la universidad sabía que el dinero era una de las principales preocupaciones del momento. Ningún progreso o renovación podría iniciarse sin un firme respaldo económico. Silió también lo sabía y de ello se ocupó en las bases sexta y séptima cuando abordó la financiación. Estableció un generoso sistema de doble entrada de capital. El primero, sobre la matrícula de sus alumnos —lo que favorecería la competencia por atraer estudiantes— y las cantidades que los particulares generosamente quisieran aportar —clara influencia del sistema anglosajón—<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Componían los recursos de las universidades: las cantidades consignadas por el Estado y las que las Corporaciones locales establecieran en sus presupuestos; el producto de las donaciones y legados con que fueran favorecidas; el importe total de las matrículas que se obtuvieran por la formación de cursos no profesionales o de ampliación de estudios, o de trabajos de investigación científica o de prácticas de laboratorios u otros análogos; la mitad de las matrículas correspondientes a las enseñanzas profesionales; y por último, los bienes de los catedráticos que murieran *ab intestato*, sin dejar parientes dentro del sexto grado civil. Se establecía una obligación referida a los ingresos. El importe íntegro de las matrículas para enseñanzas oficiales, la parte que se determinara de las donaciones y legados y la totalidad del referido a la sucesión del último supuesto, se inverti-

El segundo se basaba en la subvención de las instituciones públicas. El Estado continuaría obligado a aportar parte de su presupuesto, pero también las diputaciones y municipios colaborarían. Estas cantidades permitirían corregir o impedir el fin de este servicio público allí donde no fuera inmediatamente productivo o rentable. Silió era consciente del desequilibrio existente entre las universidades. Para no provocar la ruina inmediata de la mayoría de los centros, permitió este sistema de financiación para compensar los desequilibrios más graves. También se pretendía una implicación económica mayor de las instituciones locales en el mantenimiento de las universidades. Las facultades contaron con un sistema de financiación autónomo pero similar, pues recibirían la mitad de sus matrículas y las cantidades específicas que asignase la universidad para paliar los desajustes entre facultades. También contó con otros ingresos menores<sup>28</sup>.

La posibilidad de que se redujera la financiación estatal atemorizó a los catedráticos más veteranos, que recordaban lo mal que les había ido a los maestros cuando sus retribuciones habían dependido de las instituciones municipales. Era famosa entre los educadores la intervención de Romanones que los rescató de la miseria cuando dejó su remuneración a cargo del Estado<sup>29</sup>. Los más liberales temían por la libertad universitaria al vincularla tan íntimamente a las instituciones

---

rían en Deuda Pública del 4% interior. El objetivo era formar un depósito intransferible para acumular un patrimonio colectivo inalienable de la universidad que le permitiera gradualmente subvenir al desarrollo de su obra cultural.

<sup>28</sup> Las subvenciones, donaciones y legados que recibieran; los derechos que los alumnos abonasen para clases prácticas; el importe de los certificados expedidos por la facultad y cualquier otro emolumento que se derivara de los cursos o enseñanzas que organizaran.

<sup>29</sup> El mismo Álvaro de Figueroa así lo reconocía: «La ley del 57, acertada en tantas cosas, adolecía de un error fundamental: entregar al Municipio el pago de todas las atenciones de primera enseñanza; era desconocer lo que han sido y son los Ayuntamientos en España: equivalía a condenar al Magisterio a una miseria cierta [...] Sagasta me ayudó como sabía hacerlo, y al fin pude llevar a la firma de la Reina el decreto de 26 de octubre de 1901. Pocas veces en mi vida he tenido satisfacción más intensa. La gratitud de los maestros para conmigo duró largo tiempo y se expresó en muy sentidas y diversas formas. En cualquiera de los pueblos donde yo acudía, tenía por lo menos un amigo: el maestro», *Obras completas del conde de Romanones*, 3 vols., Madrid, 1959, III, pp. 166-167.



locales y a los capitales privados. Para ellos el fin de la completa dependencia al Estado centralista suponía el riesgo de quedar en manos del caciquismo, del conservadurismo o del regionalismo separatista<sup>30</sup>.

d) *Becas*

El Estado social se iba gestando lentamente. Hasta entonces sólo se concedían ayudas a los estudiantes para viajar al extranjero o con motivo de la celebración de alguna efeméride —mayoría de edad del rey, el centenario del Quijote o de la constitución del Estudio general valentino, etc—, o a través de alguna fundación, por lo general humilde, constituida con los bienes de algún catedrático<sup>31</sup>. Silió como conservador no le desagradó la idea del institucionismo que hasta poco antes había defendido que la sociedad debía dirigirse por un grupo de selectos. El futuro de un país estaba en sus centros de estudios superiores que eran los que producían ingenios y resultados que hacían progresar a una nación:

Aun cuando, seducidos por la apariencia, muchos piensen que el interés de los más está en la escuela pública y que de ella ha de arrancar toda mejora, no se puede negar ni desconocer que, no los más sino los menos, es decir, el empuje vigoroso de las capacidades superiores determinan la grandeza de un pueblo y aun el progreso de la humanidad<sup>32</sup>.

---

<sup>30</sup> Esta idea ya ha sido recogida para la escuela primaria por P. Cuesta Escudero, *La escuela en la reestructuración...*, p. 480. «También [los conservadores] prefieren que la enseñanza primaria pública esté sostenida y reglamentada por el municipio, pues así se vería mediatizada por los elementos caciquiles, por el clero y por todo lo que representa la tradición más arraigada en el medio ambiente de las poblaciones rurales [...] y dependiendo del Estado la enseñanza, los conservadores temen que la acción del Estado sea más avanzada que la de las familias y municipios».

<sup>31</sup> En derecho existía la fundación Olóriz. *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 7/II/1912 a 10/II/1920*, junta extraordinaria de 24 de septiembre de 1913, pp. 13 v.-14. La facultad de ciencias pudo en base a la real orden de 6 de marzo de 1905, conceder la gratuidad del título de licenciado a un alumno con ocasión del III<sup>er</sup> Centenario de *El Quijote*. AUV, Sección general, *Libros*, l. 2.530, *Libro de actas de la facultad de ciencias. Años 1/X/1895 a III/1907*, junta de 13 de mayo de 1905, p. 35.

<sup>32</sup> C. Silió Cortés, *La educación...*, pp. 92-93.

La diferencia de Silió respecto a sus predecesores es que mientras éstos buscaban a las clases dirigentes entre los acaudalados de la sociedad, aquél lo hará entre todos los ciudadanos. Las vetas de intelectuales no tenían por qué encontrarse entre los agraciados económicamente. España no podía permitir que se malograra ninguna vocación o talento. En la base octava estableció un sistema de becas estatales —por primera vez de forma organizada y seria— para permitir el acceso a los desfavorecidos. Aunque en muchos casos serían ineficaces, demuestra la sensibilidad social del ministro <sup>33</sup>.

El decreto reservó al gobierno la regulación de su sistemática y reglamentación con audiencia de las universidades. Respecto a las becas, se hizo gran hincapié en dos puntos: la justicia de su adjudicación y el aprovechamiento de los becados. Las ayudas deberían ser en todo caso distribuidas con equidad, sin favoritismos, y disfrutadas por los necesitados. Contaba con la vigilancia de las universidades sobre los becarios que perderían su estado en cuanto abusaren de sus derechos o no se aplicaran debidamente <sup>34</sup>. No tenemos dudas de que inspiró el sistema de ayudas que, al poco de suspenderse la reforma, inició el ministerio de instrucción en España <sup>35</sup>.

---

<sup>33</sup> La misma corriente fue impulsada desde posiciones socialistas que reclamaban el acceso a los estudios para las clases menos acomodadas. P. Cuesta Escudero, *La escuela en la reestructuración...*, pp. 547-550.

<sup>34</sup> Desde posiciones de izquierdas se criticó la medida por absurda ya que concedía becas para los estudios superiores, cuando más de la cuarta parte de los niños eran analfabetos y cuando los humildes carecían de medios para llegar al bachillerato. *El Mercantil Valenciano*, 2 de octubre de 1921, p. 1.

<sup>35</sup> Las reales órdenes de 31 de agosto de 1921 y de 7 de abril de 1922 establecieron tímidas ayudas. Las becas eran exclusivamente para alumnos pobres que superaran una serie de pruebas orales y escritas. El desarrollo reglamentario se dejó a las facultades. *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1922*, Madrid, 1922, p. 196. La real orden de 30 de septiembre de 1922 ya concedió becas a todos los grados de estudio y capital para premios conforme lo dispuesto en la real orden de 15 de agosto de 1877. Los requisitos para ser becado: pobreza, sobresaliente aplicación y buena conducta. También se regulaban las cantidades; su forma de pago; los derechos y obligaciones; etc., *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1922*, Madrid, 1922, pp. 497-507.

*e) Profesores*

Las bases novena a undécima se ocupaban del cuerpo docente universitario que tantos quebraderos de cabeza había provocado al ministerio desde el siglo anterior. Sobre la base de los fines reconocidos a las universidades como escuelas profesionales y centros de alta investigación científica se articuló la clasificación del personal académico. Se establecieron cinco tipos casi calcados de los que, desde hacía mucho tiempo, venían reclamando los institucionistas. Las tres primeras categorías no variaron mucho: catedráticos numerarios, profesores auxiliares y ayudantes; pero se introdujeron dos nuevas atendiendo a la finalidad investigadora y a la modernización y mayor pragmatismo en los estudios.

*Catedráticos numerarios.* Aunque no cambiaba la figura, se les exigiría una mayor preparación.

*Profesores auxiliares.* Eran imprescindibles pues se encargaban de las enseñanzas correspondientes al cuadro de disciplinas que se formara en cada facultad. Los sustitutos eran una institución que no podía desaparecer. Por el propio funcionamiento de la universidad seguirían en su papel de suplir a los numerarios. Tampoco modificaron a los *ayudantes de laboratorios, clínicas, gabinetes y trabajos prácticos.*

*Catedráticos o profesores, encargados temporal o permanentemente de enseñanzas o cursos de alta pedagogía, ampliación de estudios o investigaciones científicas.* Era el lugar de los especialistas que se encontrarían en la cima de la investigación española, de ahí la posibilidad de ser fijos o móviles, dependiendo de sus circunstancias personales o de las necesidades científicas nacionales.

*Profesores extraordinarios.* Eran los encargados por las universidades para impartir enseñanzas especiales permanentes o transitorias, o para la divulgación de métodos originales de investigación. Estos profesores serían técnicos no integrados en las universidades españolas que se dedicaran al ejercicio privado o que fueran extranjeros, de ahí su carácter temporal. Su labor consistiría en enriquecer la cultura general universitaria con sus experiencias y conocimientos.

El real decreto no quiso ir más allá en la determinación de la tipología docente. El resto quedaba en manos de cada estatuto, aunque el ministro arbitró una serie de medidas transitorias para adecuar el personal existente al nuevo sistema que se pretendía establecer. La

finalidad de estas medidas era evitar el rechazo de la reforma por los docentes: los cambios no perjudicarían a los profesores en ejercicio pues se les garantizó el puesto y el respeto de todos los derechos que vinieran disfrutando o de los que pudieran beneficiarse en el futuro. Sus nóminas, derechos pasivos y demás emolumentos que les correspondieran, quedarían avalados por el presupuesto estatal. La única reforma que les afectó negativamente fue en materia de traslados, pues al contrario que antes, se consultaría a la universidad receptora si aceptaba o no el cambio del académico.

No sucedió así con las plazas que nacieran o se cubrieran conforme al sistema autonómico. Se dejó bajo la responsabilidad de la universidad que las creara. Las vacantes que se produjeran y las nuevas enseñanzas y cátedras que se implantaran en el futuro serían provistas por cada universidad conforme a las normas que fijara su estatuto. Ahora bien, dichas plazas —resaltamos la enorme autonomía en la elección de catedráticos— quedaban a cargo del presupuesto del respectivo centro. Como hemos señalado, la libertad iba acompañada de responsabilidad para que toda decisión fuera bien meditada antes de adoptarse.

#### *f) Disciplina y demás disposiciones complementarias*

Un asunto de la trascendencia que tenía entonces el buen orden universitario tuvo que tratarse en el decreto. La base duodécima estableció que la organización de la disciplina y todo lo referente al régimen interior de la universidad correspondería al rector, a la comisión ejecutiva que se formase, a las juntas de facultades y a los claustros ordinarios, según las disposiciones y reglamentos de cada uno de los estatutos. Sólo el espíritu de descentralización absoluta que guiaba a Silió permitió una resolución en el sentido de dejar que cada universidad hiciera lo que creyera conveniente en dicha materia. Cada estudio conocía a su alumnado, así como las medidas que mejor podían aplacarlos.

Una vez establecidas las amplias bases generales por las que se regiría la universidad, pasó al artículo segundo que sometía todas las universidades al decreto y ordenaba la redacción y remisión al gobierno de un estatuto que las rigiera dentro del marco general de la disposición. Se dio el plazo máximo de cuatro meses. La aprobación definitiva de los estatutos se haría por el consejo de ministros.

La celeridad en redactar y aprobar los estatutos la atribuimos al interés de César Silió de llevar la reforma lo más presto posible, pues sólo así podía consolidarse. El ministro conocía la inestabilidad política por lo que la clave del éxito se encontraba en que el cambio se consumara rápido y de manera irrevocable. De otro modo se exponía a que la llegada de un nuevo gabinete acabara con el plan. Los restantes artículos eran de menor interés y se referían a cuestiones económicas, de inspección en el cumplimiento de lo ordenado y ejecutivas para la transición al nuevo sistema<sup>36</sup>.

*g) La acogida del plan*

La autonomía se había convertido en la insistente petición de los intelectuales. El hecho de que tomara la iniciativa sobre el tema un ministro moderado, fue muy bien recibido por los catedráticos conservadores. Adolfo Bonilla San Martín, lo reconoció orgulloso: «Es indudable que el nuevo sistema autonómico reporta ventajas; el hecho es que ha cundido con un entusiasmo extraordinario»<sup>37</sup>. En Madrid, los catedráticos de la Universidad Central y principales impulsores del movimiento regeneracionista liberal quedaron, ante todo, sorprendidos. La euforia inicial no fue secundada por los liberales, pues aunque el decreto era de talante avanzado —iba más lejos de lo que muchos de ellos hubieran podido imaginar—, éstos no encajaban el cambio de actitud de los tradicionalistas. Tras tantos años luchando contra la pasividad de los sus compañeros conservadores, de pronto estos se adherían a la reforma autonómica de Silió. ¿Por qué hacían bandera de peticiones y valores que meses antes habían negado?, ¿por qué admitían sin discusión lo que tantas veces habían combatido con tanta saña? Muchos serán los interrogantes desde las estupefactas filas liberales. En el fondo, latía el temor de un ataque al sistema universitario público<sup>38</sup>. El *Boletín de*

---

<sup>36</sup> Base duodécima, arts. 3-5.

<sup>37</sup> *La Voz Valenciana*, 20 de noviembre de 1919, p. 1.

<sup>38</sup> Si en general eran pocos los catedráticos regeneracionistas, entre las filas conservadoras su número era ínfimo. Bonilla San Martín lo reconoció en Valencia: «el ambiente era favorable a ella aunque pequeño, tanto que temimos vernos unos cuantos». *Las Provincias*, 20 de noviembre de 1919, p. 1 y *La Voz Valenciana*, mismo día y página.

la *Institución libre de enseñanza* reaccionó recogiendo la opinión contraria al decreto de muchos catedráticos... Reyna sintetizó las principales críticas que se articularon en torno a ese miedo y que se manifestaron desde el primer momento: precipitación, improvisación e imposición de una reforma que debía haberse meditado y consultado con las universidades; ilegalidad del decreto que contravenía la legislación de Moyano, la del timbre del Estado y la de contabilidad<sup>39</sup>; inoportunidad por la inestabilidad política, por la incapacidad de las universidades para asumir tal responsabilidad y por la inviabilidad económica; por último, el riesgo de separatismo y de caciquismo<sup>40</sup>.

En Valencia la prensa reflejó la situación de sorpresa que mencionamos. *El Pueblo* constató la confusión de los primeros momentos entre los liberales. El rotativo que apenas trató con estima a la institución universitaria por considerarla en muchas ocasiones nido de monárquicos y clericales, atendió gustoso a la novedad para al poco tiempo, pasar a denostar la decisión ministerial. Uno de sus articulistas encomió la ley y se mostraba esperanzado porque el nuevo sistema acabara con lo caduco de la universidad<sup>41</sup>. En este caso coincidió con su opositor ideológico *Las Provincias*, que siguiendo las consignas conservadoras dedicó varios números a rememorar el movimiento autonómico universitario desde la ley francesa de 1896 hasta el congreso de 1915<sup>42</sup>.

---

<sup>39</sup> Olózaga en la Central declaró que no merecía la pena plantearse la reforma pues era ilegal: «Sobre la autonomía universitaria. La universidad de Madrid discute el decreto de autonomía.» *BILE*, (1919), p. 164.

<sup>40</sup> A. Reyna, «Reforma Silió de autonomía universitaria...», pp. 77-78. Véase también los comentarios de M. Peset Reig y M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «Un intento de autonomía universitaria...», pp. 548-557.

<sup>41</sup> Denunció ciertos males, en especial que los manuales se sustituyeran por otros adecuados y modernos y que los profesores cambiaran: «caigan esos catedráticos vulgares, verdugos de sus alumnos, catedráticos vagos inabordables y tiesos que se sientan en la cátedra, con el libro o sin el libro, y pasan la lección que el alumno dice sin fijarse en lo más mínimo, pensando acaso en la hora de la salida y entren los profesores amigos de sus discípulos». Respecto a los alumnos, pedía el fin de las algaradas continuas y que se interesaran más por el estudio..., las esperanzas en el real decreto eran muchas. Juan B. Brocal, *El Pueblo*, 30 de junio de 1919, p. 1.

<sup>42</sup> *Las Provincias*, 7 de octubre de 1921, p. 1 y 2 de noviembre, pp. 1 y 2.

También Rafael Altamira, senador por la universidad valenciana, se contagió del optimismo general. En una cena que ofreció a los catedráticos y doctores del claustro para informarles, como era habitual en él, de los trabajos desarrollados durante su mandato, tras explicarse en los progresos a favor de la construcción de las facultades de ciencias y medicina, abordó el candente problema de la autonomía universitaria. Después de recordar su veteranía en la cuestión a la que había dedicado los últimos veinte años de su vida, además de animar al trabajo a favor de la reforma, pidió a los redactores del estatuto que los planes de estudio fueran prácticos y adaptados a la modernidad. Advirtió del peligro del decreto —como hizo también Cajal— en referencia a la provisión de cátedras, pues permitía el localismo, el amiguismo y el caciquismo. Por ello recomendaba cuidar la redacción del estatuto para que no se perjudicara el nivel académico<sup>43</sup>.

Las críticas desde el sector liberal de la Universidad de Madrid a la reforma cambiaron las posturas entre los intelectuales del mismo talante en Valencia. *El Mercantil Valenciano* se preguntaba por los objetivos finales del plan. Tuvo buen cuidado en no criticar la autonomía en sí, pues la idea era por entero aceptada por los liberales. Los ataques se dirigieron al ministro y a la excesiva provisionalidad con que actuaba ya que toda la reforma se realizaba mediante decreto, lo que violaba la jerarquía legal. Además, ¿cómo se explicaba que un gobierno conservador diera la mayor libertad ideológica, organizadora y económica conocida hasta entonces? Era muy sospechoso que después de casi medio siglo de lucha con los conservadores, de pronto estos dieran un giro tan radical y se sumaran a los postulados liberales. El articulista respaldó su opinión con la de «nuestros universitarios más selectos», sin duda se refería a los institucionalistas y simpatizantes de su ideario —Cajal por ejemplo— que temían que la precipitación en la autonomía fuera un error «y sólo los petulantes, los ignorantes y los sectarios catalanistas, que van a aprovechar esta coyuntura para sus fines, están gozosos y no temen»<sup>44</sup>.

---

<sup>43</sup> *El Mercantil Valenciano*, 23 de junio de 1919, p. 1.

<sup>44</sup> Concluyó ofreciendo una serie de propuestas para la reforma: la transformación educativa superior debía correr de cuentas de los pedagogos y los representantes de las universidades y no deberse a la acción unilateral del ministerio. Para resolver los problemas apostó por celebrar una asamblea general en la que se establecieran los parámetros de la política universitaria. Nuño Febrero, *El Mercantil Valenciano*, 22 de junio de 1919, p. 1.



*El Pueblo*, mejor informado, cambió su línea editorial para mostrarse más crítico con la reforma. Insistió en lo sospechosa que era esta autonomía concedida por un gobierno conservador derechista y por un ministro con pasado confesional y maurista. Se preguntaba si no sería una trampa para favorecer el clericalismo en las aulas. Qué explicaría si no ese cambio tan radical de los conservadores que les llevaba a situarse en materia de universidades junto a las posiciones de los republicanos federales <sup>45</sup>.

Deleito Piñuela, profesor en la facultad de filosofía y letras de Valencia, calificaría de equívoco el proyecto. Por un lado, animaba a los tradicionalistas a trabajar por la resurrección del antiguo régimen universitario y al mismo tiempo pretendía atraerse a los liberales y a los europeístas —institucionistas— con las libertades prometidas <sup>46</sup>. La autonomía estaba planeada para ilusionar a todos. A los conservadores porque al fin su partido tomaba la iniciativa en la educación superior y a los liberales por los innumerables derechos que reconocía. Deleito aseguró que en los claustros valencianos muchos la miraban con reservas. Los escépticos eran la mayoría, pero también los más discretos. Por si acaso la reforma funcionaba —nunca se sabía— participaron en comisiones y dejaron hacer..., como veremos, los más jóvenes, los más ambiciosos y los conservadores, fueron quienes realizaron el mayor esfuerzo por consumir la autonomía.

Algo más alejada de la discusión política, la sociedad intelectual se alegró del decreto de autonomía universitaria a la que se contemplaba como una valiosa oportunidad de mejorar el nivel científico nacional. La sociedad española de física y química —a la que pertenecía gran número de catedráticos de universidad, instituto e intelectuales de muy diversas ramas del saber— así lo manifestó:

Acaso estamos a punto de dar un paso muy en firme para lograr formar investigadores en no muy largo tiempo, si este ideal de la autonomía de la Universidad llega, por fin, a realizarse. Haberlo intentado encomendando a la Universidad misma el modo de lograrlo, es emprender el buen camino, y ojalá en no lejano día veamos realizarlos tan magníficos propósitos y transformados nuestros primeros Centros de cultura, que deben ser

---

<sup>45</sup> Roberto Castroviado, *El Pueblo*, 8 de octubre de 1921, p. 1.

<sup>46</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la universidad de Valencia...», p. 391.

por derecho propio las grandes Escuelas de investigadores. Éste ha sido el mayor y más trascendente acontecimiento, en orden a la organización científica nacional, del año pasado, del cual nuestra Sociedad debe congratularse<sup>47</sup>.

## 2. *El gobierno continuista de Prado Palacio*

En julio de 1919 antes de que las universidades terminaran de redactar sus estatutos caía el gobierno de Maura y tomaba el poder Eduardo Dato. José del Prado Palacio al poco de ocupar la cartera de instrucción se identificó con el proyecto de su predecesor, pues entendía que la autonomía universitaria era considerada precisa. También sabía el elevado coste político que supondría detenerla. A finales de mes manifestó en el Senado su deseo de continuar con el decreto Silió para no dilatar más el proceso y para no caer en los errores que habían cometido otros ministros de cambiar continuamente proyectos por mero afán de protagonismo<sup>48</sup>.

Yo no puedo contestar a S.S. más sino que me he encontrado con un Real decreto perfectamente definido y en marcha; que en la actualidad el Ministerio espera los estatutos autonómicos de todas y cada una de las universidades, y que para fines de septiembre esos estatutos han de derivar las consecuencias naturales y reglamentadas del Real decreto [...] De modo que, concretamente, a la pregunta última de S.S. respondo. Decía S.S.: «¿Se hace S.S. solidario del Real decreto del Sr. Silió?» Sí. Y no tengo nada más que decir<sup>49</sup>.

Tal y como planeó, concedió una prórroga de un mes para aquellas universidades que se hubieran retrasado en redactar y remitir sus estatutos<sup>50</sup>. Poco después, el ministerio los publicó para dejar

---

<sup>47</sup> «Memoria que presenta a la primera Junta General celebrada en 1920 la Directiva que actuó el año de 1919», *Anales de la sociedad española de física y química*, t. 18, 2 vols. Madrid, (1920), I, p. 15.

<sup>48</sup> La defensa que hizo del decreto de autonomía de Silió se conserva en *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1919-1920, I, pp. 317-320.

<sup>49</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1919-1920, I, pp. 318-319.

<sup>50</sup> Real decreto de 19 de agosto de 1919, *Gaceta de Madrid* de 21 de agosto. «No se produjeron todas las universidades con igual diligencia:

constancia de su apuesta por la reforma y para que fueran conocidos y discutidos por las Cortes y el claustro extraordinario de la Universidad de Madrid<sup>51</sup>. Mientras llevaba a cabo la reforma, trató de suavizar las duras críticas que se habían hecho a su predecesor. Principalmente la de haber tratado de imponer la transformación contraviniendo la legalidad y sin consultar previamente ni a las Cortes, ni a los claustros universitarios. Para remediarlo, trató de convertir el decreto de Silió en ley y de ganarse la confianza de las universidades<sup>52</sup>.

Para lograr este objetivo convocó una asamblea en Madrid con su rector, José Rodríguez Carracido, y con representantes de todas las universidades. Reconoció que sin ellas no podía llevar adelante el anteproyecto de ley ni alcanzar la reforma pretendida por su antecesor. Los delegados agradecieron la consulta en un asunto que les atañía tan directamente. Tras discutir intensamente entregaron copia al ministro Prado Palacio de sus acuerdos que en líneas generales secundaban las propuestas ministeriales<sup>53</sup>. Con el apoyo de las universidades, era más fácil tratar de consolidar la reforma convirtiéndola en ley. Fue ésta la ocasión en que más cerca se estuvo de alcanzarla. A finales de julio, la oposición liberal ya le había advertido de la necesidad de discutir en el Parlamento dicha transformación, para que con su firmeza se impidiera que cualquier otro ministro pudiera destruirla. Enrique Esperabé además de felicitarse por la autonomía, señaló algunos temores de los liberales referidos a la contratación de catedráticos y a la financiación del nuevo modelo universitario. Sin embargo reconocía que las cuestiones de tal índole

---

siete los redactaron dentro del plazo de cuatro meses, que concedía el decreto y las restantes lo hicieron dentro del mes de prórroga que concedió el ministro Prado y Palacios.» A Reyna, «Reforma Silió de autonomía universitaria...», p. 75.

<sup>51</sup> *Ministerio de instrucción pública y bellas artes. El nuevo régimen de autonomía universitaria. Extracto de documentos*, Madrid, 1919. La entrega al claustro extraordinario, se hizo como resultado de la intervención del senador por la universidad de Madrid, Ortega Morejón, quejándose por no haber conocido adecuadamente el contenido del estatuto de su universidad que se había redactado aprisa y sin demasiada publicidad. *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1919-1920, II, pp. 698-699.

<sup>52</sup> *Las Provincias*, 22 de agosto de 1919, p. 1.

<sup>53</sup> *Las Provincias*, 29 de octubre de 1919, p. 1.

le no podían ser reguladas a través de decretos ministeriales. Por tanto el proyecto debía consumarse en ley, para evitar manipulaciones políticas de un asunto que debía ser neutral y que a todos interesaba consolidar. Para en fin evitar que:

... esa disposición ministerial no tendrá virtualidad alguna, puesto que hollando, como todos sabéis, preceptos legales, bastaría un pequeño recurso contencioso para echarlo todo por tierra y que no quedara del decreto del Sr. Silió ni siquiera el más mínimo recuerdo<sup>54</sup>.

Prado Palacio comprendió el peligro y a mediados de noviembre, menos de un mes después del encuentro con los universitarios, presentó a las Cortes su proyecto de ley<sup>55</sup>. En el preámbulo reconocía la necesidad de actualizar el régimen universitario para poner la ciencia al servicio del progreso. No se olvidó en recordar el pasado glorioso de la universidad y criticar el dañoso centralismo. El proyecto tal y como él mismo reconocía, se fundaba en el decreto de 21 de mayo de 1919, si bien se introducían pequeñas modificaciones para mejorarlo y desarrollarlo, teniendo en cuenta su opinión y las experiencias pasadas; así también se valoraban las peticiones planteadas al ministro en los escritos que las universidades adicionaron a los estatutos. Más concretamente, en lo tocante a homogeneizar elementos comunes, como la duración de los estudios, que evitaran fraudes y competencias indignas.

Se componía de nueve extensos artículos que mantenían la triple finalidad de la universidad: centro científico, preparador de profesionales y divulgador de la ciencia. Esta tercera nota era la más peculiar pues incidía más que el decreto Silió en dotar mayor carácter social a la labor universitaria. No bastaba sólo con preparar y saber, sino había que extender ese conocimiento. Para conjurar el temor que venía adueñándose del corazón de muchos catedráticos universitarios e intelectuales —especial-

---

<sup>54</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1919-1920, I, p. 318.

<sup>55</sup> Real decreto de 14 de noviembre de 1919, *Gaceta de Madrid* de 16 de noviembre. También en *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1919-1920, II, p. 608. El proyecto íntegro en el Apéndice 6 al nº 32. Reproducido en *Anales de la universidad de Valencia 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 149-164.

mente los laicos—, reconoció como universidades únicamente aquellas que en ese momento gozaban de tal carácter. Satisfizo la petición de los claustros en el sentido de que para crear nuevas universidades o reconocer a fundación privada ya existente tal carácter se requeriría de una ley especial. Cerraba así el paso a las universidades privadas pues la división de las Cortes en ese momento imposibilitaba dicha ley.

Los siguientes artículos reafirmaron el sistema de estatutos que se desarrollarían según el decreto de autonomía suspendido y el mantenimiento del espíritu de independencia<sup>56</sup>. La cuestión económica quedó resuelta mostrándose más generoso que su predecesor Silió; además de lo que éste había concedido, estableció que las universidades y facultades en ningún caso perderían el respaldo del Estado. Nunca las cantidades destinadas para las universidades en el presupuesto estatal serían menores que las que hasta entonces venían entregándose<sup>57</sup>. La garantía agradó a las universidades cuyo mayor miedo era verse sin cobertura económica<sup>58</sup>.

---

<sup>56</sup> Capacidad de elegir a su senador, de concederse sus propios reglamentos, de autoadministrarse... Cada estatuto pasaba a regir la actividad universitaria. El Estado tendría como función esencial la inspección y vigilancia en el cumplimiento de la ley y los estatutos, así como aprobar las modificaciones que le presentaran las universidades. Esa libertad comportaba obligaciones. Como centro de alta cultura nacional se le facultaría para crear centros de estudios de todo tipo, no sólo de carácter científico, sino también para fundar doctorados, institutos, escuelas primarias o superiores entre otros. Con el fin de evitar los abusos de otros tiempos, el Estado se reservó la facultad de controlar el tiempo de escolaridad, la edad de los estudiantes, así como aquellos elementos comunes a las enseñanzas que pudieran dar lugar a fraudes o a competencias desleales. No se tocaron los exámenes de estado que se dejaron en manos de los catedráticos y de «vocales extraordinarios, de calificada autoridad y pericia, y con el grado o título correspondiente».

<sup>57</sup> Se actualizarían anualmente conforme al coste de la vida. Además, las cantidades que fueran dejándose de pagar por ocupar las cátedras profesores elegidos por la universidad, se reinvertirían en la consignación global para universidades.

<sup>58</sup> Una copia del proyecto presentado a las Cortes por real decreto de 25 de octubre de 1921 se contiene en los *Anales de la universidad de Valencia, 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 149-164. También *Gaceta de Madrid* de 16 de noviembre de 1919.

En resumen, el proyecto de ley de Prado Palacio no hacía sino mejorar técnicamente el decreto de Silió. Para ganarse a las universidades le bastó con atender sus ruegos. Ahuyentó sus dos principales fantasmas, la competencia de las privadas y el peligro de necesidad económica. Pero esta vez el fracaso vino porque el sistema político se desmoronaba. El proyecto tras ser estudiado por una comisión especial compuesta de senadores de distintas ideologías, pasó a la Cámara alta que lo aprobó con leves retoques<sup>59</sup>. A continuación, se remitió al Congreso inútilmente, pues no bastó el interés que pusieron algunos catedráticos en que se discutiera y aprobara<sup>60</sup>. La comisión previa dictaminadora, si llegó a constituirse no pasó de ahí pues la disolución de las Cortes impidió ir más lejos<sup>61</sup>. Prado Palacio fue sustituido por Natalio Rivas a finales de 1919<sup>62</sup>. El desinterés por la autonomía de éste y de quienes le sucedieron, puso en una incómoda incertidumbre sobre el futuro de las universidades<sup>63</sup>. Se esperaba que algo acaeciera..., y sucedió<sup>64</sup>.

---

<sup>59</sup> Una copia del proyecto aprobado por el Senado se contiene en los *Anales de la universidad de Valencia, 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 164-174. También *Diario de sesiones del Senado*, 26 de febrero de 1920. Apéndice 2 al número 76.

<sup>60</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta de 10 abril de 1920, pp. 135-137. El decano de la facultad de ciencias de Oviedo remitió comunicación a la facultad preocupado porque en las Cortes no se trataba del problema de la autonomía universitaria. La junta autorizó al decano con el fin de que contactara con sus colegas para pedir la reforma.

<sup>61</sup> A. Reyna, «Reforma Silió de autonomía universitaria...», p. 55.

<sup>62</sup> Su dimisión fue aceptada en el real decreto de 12 de diciembre de 1919. *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1919-1920, II, pp. 794-795.

<sup>63</sup> A Natalio Rivas le sucedieron cuatro ministros en el corto plazo de poco más de un año. Fueron: Luis Espada, Vicente Cabeza de Vaca, Tomás Montero y Francisco Aparicio. Los datos los hemos tomado del listado de ministros que ofrece M<sup>a</sup> J. González Hernández, *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, 1997, pp. 461-462.

<sup>64</sup> J. Pabón señala que los «gobiernos presididos por personalidades conservadoras —Maura, Sánchez de Toca, Allende— fueron, por el propósito o por el resultado, transitorios, y dependieron en todo caso del apoyo parlamentario de Dato». *Cambó II, parte primera, 1918-1939*, p. 186.

### 3. *El segundo mandato de César Silió*

César Silió Cortés, aunque militaba en el partido conservador, no fue un inmovilista. Hombre de la Restauración y regeneracionista de derechas, siempre buscó sacar la educación de la parálisis. Tres fueron sus pasiones a lo largo de su vida política: la religiosidad, la fidelidad a la persona de Maura —al que consideraba como único salvador de España—, y la cultura. Las dos últimas le llevaron a ocupar la secretaría de instrucción pública y repetir como ministro<sup>65</sup>. A Silió no podemos dejar de reconocer su firme voluntad por consolidar su proyecto de libertad universitaria. Era conocedor de las críticas que habían despertado sus antecesores cuando introdujeron reformas fugaces o parciales en la instrucción pública y que no hacían sino perjudicar el ritmo educativo. Como por ejemplo, el fracaso con los exámenes de acceso a las facultades o los continuos cambios en el sistema de provisión de cátedras. No quiso que con él sucediera lo mismo y por ello, se empeñó en culminar su proyecto.

Sabía lo ambiciosa que era su empresa, del grave enfrentamiento existente en las Cortes y de la debilidad del gobierno. Con una situación política tan compleja e inestable, se requería de un cuidadoso plan para ejecutar su idea. El secreto estaba en aplicar lo más rápidamente posible la autonomía. La vía del éxito pasaba por realizar una política de hechos consumados que imposibilitara la marcha atrás de la reforma. Sin perjuicio de la remisión a las Cámaras de su decreto para que se convirtiera en ley, protegería y fortalecería el plan desde el poder. Una vez destituido del ministerio, la autonomía sería una realidad imposible de destruir por su sustituto. Así se explicaría las prisas con que planteó a las universidades la redacción de los estatutos. Este afán despertó las sospechas de los catedráticos liberales que temieron que su verdadera voluntad fuera destruir la universidad pública dejándola sin posibilidad de volver al sistema antiguo y sin recursos económicos para seguir adelante.

---

<sup>65</sup> César Silió fue encargado de las cuestiones educativas dentro del partido conservador a partir de 1906 y ocupó la secretaría de instrucción durante el «largo gobierno» (1907-1909). Su fidelidad a Maura le llevó al ostracismo político hasta su regreso al poder diez años después. J. A. Cano García, *El poder político en Valladolid...*, pp. 91, 131-133. Fue tal la devoción de César Silió, que escribió una biografía del líder conservador. *Vida y empresas de un gran español: Maura*, Madrid, 1934.



Tras su caída en 1919, durante las discusiones en el Senado del proyecto de Prado Palacio, recordó a las universidades que su decreto seguía vigente y que debían presionar al gobierno para lograr la aprobación de los estatutos<sup>66</sup>. Estas respondieron con un ambiente de trabajo y diversas manifestaciones a favor de la autonomía. El desastre de *Annual* en julio de 1921 devolvió la jefatura del gobierno a Maura por quita y última vez<sup>67</sup>. El presidente del consejo de ministros pensó para la cartera de instrucción en el hombre de confianza que era César Silió. Su regreso al ministerio sólo se explica por los azares de la crisis y por su inquebrantable lealtad. El ministro cumplió su palabra y al poco de regresar al poder, informó a los periodistas que iba a retomar el proyecto iniciado dos años atrás. La autonomía entraría en vigor a partir de octubre de 1921. Además del respaldo del presidente, contaba en su empresa con la confianza de González Hontoria y con la de Cambó. Precisamente éste último ocupaba la cartera de hacienda y era favorable a la autonomía, con la que quería recompensar a la Universidad de Barcelona los enormes servicios prestados en favor de consolidar la identidad catalana. Silió aceptó el ministerio porque deseaba culminar su proyecto y así se lo manifestó a Maura:

Me conoce V. lo bastante para que yo no necesite hacer protestas de desinterés o de lealtad. Si se decide V. a formar gobierno, por lo mismo que el momento es difícil y no invita a ambicionar los fugaces oropeles del mando, me honrará que V. considere que yo debo ser uno de los que estén al lado suyo, compartiendo fatigas y responsabilidades. En los tres meses que, a sus órdenes, desempeñé la cartera de Inst. Púb. Inicié una reforma trascendental. Había mucha más tela en el telar. Con un Caudillo como V. me complacería continuar aquella labor que me parece no habría de ser estéril. ¡Acaso padecemos más que de nada de incultura, de ineducación, de penuria de valores morales cultivados desde la escuela a la Universidad!<sup>68</sup>

---

<sup>66</sup> *La Correspondencia de Valencia*, 3 de septiembre de 1921, p. 1.

<sup>67</sup> Fue el 13 de agosto. E. González Rodríguez, *Sociedad y educación en la España de Alfonso XIII*, Madrid, 1988, pp. 298-299. También J. Pabón, *Cambó II, parte primera, 1918-1939...*, p. 236.

<sup>68</sup> J. A. Cano, *El poder político en Valladolid...*, p. 132. Recoge la carta a Maura con fecha de 11 de agosto de 1921.

Nadie había derogado su decreto de 1919 pero tampoco se había ejecutado. El paso de Prado Palacio por el ministerio le había enseñado que el apoyo de las universidades podía ser muy útil para sus planes. Aquél había sabido granjearse la confianza de los claustros con algunas sencillas medidas... Su ambicioso plan proseguiría con la lección bien sabida: debía dotar de estabilidad jurídica a su proyecto convirtiendo el decreto en ley y acabar con el recelo de los universitarios. Por eso decidió tomar diversas medidas en ese sentido.

a) *La aprobación de los estatutos*

El primer problema se refería al error de modificar la ley de instrucción pública de 1857 por decreto, aseguró que lo corregiría presentando un proyecto ante las Cortes<sup>69</sup>. Para ello el camino más fácil y el más rápido era mantener en líneas generales la redacción del texto de Prado Palacio que el Senado había aprobado meses atrás. Presentó su proyecto ante la Cámara alta y propuso para ganar tiempo que fuera estudiado por una comisión especial<sup>70</sup>. Poco después renunciaba a esta idea, y sería estudiado por la comisión permanente de instrucción pública del Senado<sup>71</sup>.

Pero mientras se discutía en las Cámaras, Silió quería ir haciendo progresos. Sabía que no podía perder el tiempo. Tal y como había prometido al ocupar la cartera aprobó los estatutos de las universidades que aguardaban sobre la mesa ministerial. El 9 de septiembre de 1921 se aprobaron los estatutos que regirían la vida de las universidades públicas<sup>72</sup>. Creemos que la coinci-

---

<sup>69</sup> *La Voz Valenciana*, 6 de septiembre de 1921, p. 1.

<sup>70</sup> El proyecto se contiene en *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1921, V, Apéndice 2 al nº 83. Una copia se recoge en los *Anales de la universidad de Valencia, 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 176-177.

<sup>71</sup> Para adelantar pretendía designar a los mismos hombres que habían estudiado y aprobado el plan de Prado Palacio. *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1921, V, pp. 1.742 y 1.758.

<sup>72</sup> Publicado en la *Gaceta de Madrid*, el 11 y rectificada el 16. *Boletín de la revista general de legislación y jurisprudencia*, t. 178, Madrid, 1922, pp. 140-170 y *El Mercantil Valenciano*, 11 de octubre de 1921, p. 1. La prensa se hizo eco: *El Mercantil Valenciano*, 16 de septiembre de 1921, p. 1.

dencia onomástica con la vieja ley de instrucción pública no fue casual, sino fruto del deseo de mostrar que el nuevo sistema iba realmente en serio. No se trataba de una reforma fugaz más, de las que tan hastiadas estaban las universidades. El hecho de plantearse en verano, además de coincidir con su llegada al ministerio, favorecía la labor por dos cosas: dificultaba las poco probables disidencias de los escolares y permitía que las universidades gozaran de casi un mes para asimilar la nueva realidad. Silió conocía sus deseos de forjarse sus propios planes de estudio y así lo autorizó en su decreto. Sin embargo, era preciso mantener una cierta homogeneidad de las disciplinas entre las universidades. Con el afán de que tuvieran unos contenidos mínimos que impidieran contradicciones o carencias entre los planes de estudio, determinó en el real decreto de 7 de octubre de 1921 un núcleo esencial de enseñanzas básicas para la obtención de los títulos universitarios<sup>73</sup>. La homogeneidad era más formal que de fondo, pues cada universidad determinaría el contenido y desarrollo de los temas.

En Valencia, cada facultad se reunió por separado en claustro para discutir las disciplinas que era imprescindibles mantener. Conforme iban acabando, enviaban sus resultados al ministerio<sup>74</sup>. Éste con todos los informes hizo una recomposición, en la que pretendió redactar un listado de estudios mínimos para todas las universidades. Se recogían las disciplinas de las facultades clásicas: filosofía y letras, ciencias, derecho y medicina (artículos del 1 al 4 respectivamente); y de las carreras especiales: odontólogos, practicantes y matronas. Para considerar completos los cursos, además de estas asignaturas obligatorias, se sumarían las que cada universidad, haciendo uso de su autonomía, estableciera con tal carácter<sup>75</sup>.

---

<sup>73</sup> Publicado en la *Gaceta de Madrid* el 8 de octubre y rectificada el 16. *Boletín de la revista general de legislación y jurisprudencia*, t. 178, Madrid, 1922, pp. 283-289. También en *Anales de la universidad de Valencia, años 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 71-76.

<sup>74</sup> El de filosofía y letras lo hizo el 3 de junio, el de ciencias el 5, el de medicina el 14. El de leyes, se aprobó por unanimidad en la reunión celebrada el día 30 de mayo de 1919. Se envió el 10 de junio. *Libro de actas de la facultad de derecho. 7/XII/1912 a 10/II/1920*, pp. 71 v.-72 v.

<sup>75</sup> Artículo 6.

b) *La asamblea interuniversitaria*

El otro objetivo que Silió se había programado era el de ganarse la voluntad de los claustros que tanto le habían criticado por no haberles consultado antes de iniciar el plan de reforma universitaria. Por ello planteó celebrar para el 3 de enero un asamblea interuniversitaria —real orden de 19 de noviembre de 1921—<sup>76</sup>. Antes de que se celebrara, quiso garantizar en persona a las universidades públicas que no deseaba atacarlas o dejarlas sin recursos sino que apostaba por su futuro<sup>77</sup>. Poco antes de iniciar la gira por las universidades, se preparó el terreno dejando caer subvenciones destinadas a mejorar los servicios especiales, de cultura general y de ampliación de estudios. Algo nuevo y grande parecía que iba a suceder por fin<sup>78</sup>.

Una de las primeras en ser visitada fue Valencia, que tan favorablemente acogía los cambios. Acudió el ministro de instrucción pública el 28 de noviembre de 1921, acompañado de su secretario Pío Zabala. Acudió a presidir la apertura del curso en el instituto de idiomas. En el paraninfo de la universidad, en tres ocasiones oyó palabras de agradecimiento por la autonomía. Primero, Francisco Puig Espert, periodista y estudiante de filosofía y letras, en representación del alumnado suplicó adecuadas inversiones y una mayor intervención de los estudiantes en el gobierno universitario<sup>79</sup>. El rector, Rafael Pastor, agradeció el decreto y aceptó el reto de la autonomía en nombre de su universidad. Ahora bien, recordó la perentoriedad de que se adoptaran medidas económicas importantes para hacer viable no sólo la reforma, sino la misma existencia de la universidad. Calificó de ruinoso el estado de los centros docentes de enseñanza superior, incluidas las escuelas normales a las que calificó de «semillero de tuberculosos»<sup>80</sup>. Como

---

<sup>76</sup> *Gaceta de Madrid* de 24, *Boletín de la revista general...*, t. 178, Madrid, 1922, pp. 772-773.

<sup>77</sup> *Anales de la universidad de Valencia, años 1920-1921*, Valencia, 1923, pp. 62-63. En Zaragoza estuvo el 15 de noviembre. M. Lasala, «Crónica», *Universidad...*, p. 217.

<sup>78</sup> La valenciana recibió unas 52.000 ptas. *El Mercantil Valenciano*, 5 y 11 de noviembre de 1921, pp. 4 y 1, respectivamente.

<sup>79</sup> En otros escritos defendió una adecuada financiación. *Las Provincias*, 11 de noviembre de 1921, p. 4.

<sup>80</sup> No parece que exagerara demasiado. Un articulista con la proximidad de la segunda visita a Valencia de César Silió dijo: «Es muy de sentir que

muestra de agradecimiento, la comisión ejecutiva prometía concederle a él y a Pío Zabala el título de doctor *honoris causa*. En último lugar intervino el director del instituto de idiomas y profesor de filosofía y letras, Carlos Riba, que agradeció que por fin un ministro llevara a cabo una autonomía por la que tanto tiempo habían clamado los universitarios.

El ministro contestó que en materia económica bastaría con que el Estado se desprendiera de los ingresos que venía percibiendo de las universidades. Respecto a los estudiantes, precisó que se les concedería más poder cuando demostraran una mayor seriedad y capacidad pues «la libertad no es para los profesores sino para vosotros los alumnos, sin vosotros la universidad no existiría». También mencionó su deseo de reformar la enseñanza secundaria con el fin de que quienes llegaran a los claustros universitarios estuvieran bien preparados<sup>81</sup>. Asimismo, dijo confiar en que las universidades serían capaces de dar mayor carácter práctico a sus estudios y de que le ayudarían en su proyecto. Para concluir, reconoció que muchas de las reformas que se habían llevado a cabo en la *Gaceta* no pasaban de ser castillos de naipes. Sin embargo, él creía que sus decretos arraigarían, pues su innovación no era fruto de la voluntad de un hombre, sino el de un espíritu profundamente enraizado en todas las universidades<sup>82</sup>. Desde luego no podemos negarle un

---

no vean, por sus propios ojos, que nuestra vetusta universidad se hunde, no sólo por el peso de sus glorias, sino por el de sus años, en los que sus muros se han ido cuarteando, sus columnas resintiendo y sus bóvedas agrietándose, llegando hasta el límite de lo ruinoso, sin medios de higienizar sus cátedras, viejas y oscuras, de transformar su mobiliario anticuado e incómodo, y de descongestionar aquella casa de la aglomeración de facultades que en ella están instaladas», *La Voz Valenciana*, 26 de noviembre de 1921, p. 1.

<sup>81</sup> Poco tiempo después, comienza a detectarse ya movimiento en el sentido de reformar la enseñanza secundaria. La actitud positiva del ministerio dio lugar a una asamblea de catedráticos del instituto, inspirada en la interuniversitaria, para hacerle llegar sus necesidades y propuestas. De su desarrollo y conclusiones se hizo eco la prensa: *El Mercantil Valenciano*, 11 de enero de 1922, p. 4; 13 de enero, p. 1 y *El Pueblo*, 11 de enero, p. 3. También la asamblea de la Asociación de doctores, licenciados y catedráticos de instituto para celebrar su segunda asamblea. *Las Provincias*, 10 de enero, p. 5.

<sup>82</sup> *El Mercantil Valenciano* y *Las Provincias*, 29 de noviembre de 1921, pp. 1 y 2-3, respectivamente.

importante esfuerzo por lograr la autonomía<sup>83</sup>. Silió se preocupó fervientemente de no hacer el ridículo con un nuevo fracaso y de consolidar su proyecto. De otro modo no se explica el trabajoso y continuo afán para que las universidades aprovecharan su oportunidad.

Con la finalidad de pulir cuestiones interuniversitarias, proponer medidas de interés, homogeneizar asuntos que no podían quedar a la libre decisión de cada universidad, y abrir un foro de debate para discutir y resolver los desajustes del proyecto<sup>84</sup>, convocó una asamblea que se reunió durante las vacaciones de Navidad<sup>85</sup> a comisionados de todas ellas<sup>86</sup>. Quiso contar con la opinión de los catedráticos, su colaboración y comprensión eran esenciales. La flexibilidad y el diálogo fueron esenciales en el congreso. Por ello, se dejó margen a que cualquier cuestión que surgiera o llevaran los delega-

---

<sup>83</sup> J. Pabón, *Cambó II, parte primera, 1918-1939*, p. 328, destaca su ejemplar esfuerzo: «Silió reorganizó el consejo de instrucción pública y concedió la autonomía a las universidades. Los ministros de este gobierno —insistamos— laboraron con autoridad y eficacia.»

<sup>84</sup> Especialmente aquellos asuntos que no podían resolverse unilateralmente. Como era el número de enseñanzas que impartirían las facultades. Los mínimos que se cobrarían por matrículas, inscripciones y certificaciones. Los conocimientos exigibles en las pruebas de suficiencia. Normas a seguir en cuanto al número de enseñanzas complementarias de las profesionales que cada universidad estableciera. Supresión o reorganización de los estudios preparatorios. Régimen de traslación de matrículas y de validez de estudios y, por último, el controvertido problema del criterio para reconocer las asociaciones escolares. *El Mercantil Valenciano*, 26 de noviembre de 1921, p. 1.

<sup>85</sup> Muestra del interés de Silió es que presidió la sesión preparatoria. Se inició el 3 de enero, la primera reunión efectiva comenzó al día siguiente. *Las Provincias*, 3, 4 y 5 de enero de 1922, pp. 4, 6 y 4, respectivamente y *La Voz Valenciana*, 3 de enero, p. 3.

<sup>86</sup> La convocatoria se hizo en la real orden de 19 de noviembre de 1921. *Gaceta de Madrid* del día 24, *Boletín de la revista general...*, t. 178, Madrid, 1922, p. 772-773. Por la de Valencia, además del rector Pastor acudieron como representantes: por la de ciencias, Luís Bermejo. Por la de medicina, Fernando Rodríguez Fornós. Por la de filosofía y letras su decano, Pedro María López. Y por la de derecho iba a ir el decano Zumalacárregui, pero enfermó y ocupó su puesto Enrique de Benito. *Las Provincias*, 3 de enero de 1922, p. 4 y *El Pueblo*, 4 de enero de 1922, p. 3. Resaltamos el mayor interés que mostraron las dos facultades de letras sobre las de ciencias.

dos se discutiera libremente. El foro dejaba un amplio margen de asistencia, pues, además de los comisionados —uno por cada facultad y el rector—, el resto de catedráticos podría asistir con voz pero sin voto<sup>87</sup>. Las facultades valencianas respondieron a la llamada y enviaron sus memorias: en medicina se discutió largamente acerca de los puntos de la asamblea, además propuso un nuevo plan de estudios<sup>88</sup>. La de derecho tuvo menos discrepancias y sus propuestas fueron muy en la línea de las que finalmente se aprobaron en la asamblea<sup>89</sup>.

Los asambleístas fijaron las cuestiones académicas esenciales como la duración mínima de los estudios de ciencias, letras y derecho —cuatro años—, farmacia —cinco— y medicina —seis—. También el contenido con el que cada una debería contar, si requerían o no de preparatorio y el tipo de exámenes que se realizarían. El preparatorio dio lugar a algunas discusiones pues los representantes de las facultades de filosofía y ciencias, interesadamente defendieron la necesidad de que los universitarios tuvieran unos estudios generales básicos. Se entiende su posición pues en ellas se venían cursando los preparatorios del resto de carreras. Caso de que suprimiese aquél, perderían el dinero de las matrículas. Por el mismo motivo farmacia, medicina y derecho, votaron su eliminación por creerlo innecesario ya que para eso estaba el bachillerato.

Se acordó un precio mínimo para las matrículas<sup>90</sup>. Con estas medidas, se evitaba la competencia por cuestiones económicas entre las universidades. Al establecer unos mínimos de pago por facultad y unos cursos obligatorios de asistencia, se reducía el peligro de que los escolares buscaran las carreras más baratas o

---

<sup>87</sup> *Las Provincias*, 3 de enero de 1922, p. 4.

<sup>88</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, juntas de 25 de noviembre, 1, 5, 12 y 20 de diciembre de 1921, pp. 182-203.

<sup>89</sup> Las solicitudes remitidas al ministro por las facultades se recogieron en: *Anales de la universidad de Valencia. Años 1920-1921*, Valencia, 1923, pp. 193-196. AUV, Sección general, Libros, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 80-92. Acta de 18 de diciembre de 1921.

<sup>90</sup> Sería: para ciencias 40 ptas. por asignatura y 50 por prácticas; derecho, 10 ptas. por la matrícula de cada año y 750 más por toda la carrera; medicina 3.000 ptas. toda la carrera; farmacia 100 ptas. por curso y 50 ptas. por prácticas; para filosofía y letras 50 ptas. por asignatura.



más cortas. La competencia universitaria debería producirse en el campo de la cualidad docente y no en el de otros asuntos nada académicos. No olvidemos que eran conocidas por todos las trampas y peregrinaciones que los escolares hacían para acelerar su graduación. Además también pesaba el recuerdo del periodo republicano y la grave crisis que la libertad en todos los ámbitos educativos supuso para el buen orden educativo<sup>91</sup>. La prensa se hizo eco de las críticas referidas al aumento en los precios de las nuevas matrículas —especialmente medicina— y que con ello se alejaba más aún de las aulas a los menos favorecidos. Nosotros entendemos que con ello sólo se reflejaba el miedo de las universidades a quedarse descapitalizadas, pues debían buena parte de sus ingresos a las matrículas y tenían que estar seguras de no quebrar...

No debe sorprender el rigor con que se tomaron el asunto del traslado de matrículas en las universidades. Conocían los fraudes que se cometían desde hacía tiempo —doble matrícula o fuga académica—, y se propusieron evitarlos controlando las matrículas. El espinoso asunto del criterio para reconocer a las asociaciones escolares —más adelante lo veremos— y de su participación en el gobierno de la universidad, se solucionó salomónicamente: cada universidad lo resolvería conforme a sus estatutos.

A las respuestas solicitadas por el ministro, se adjuntó un listado de ruegos muy diversos que reflejaban las preocupaciones de una universidad en transformación. Desde la solicitud de rebaja en las tarifas ferroviarias para realizar viajes culturales o científicos, hasta solicitar que se reactivara la discusión en Cortes del proyecto de ley sobre autonomía —el temor a las variaciones políticas era grande—. También se pidió la reactivación en la provisión de cátedras. Esta medida obedecía al deseo de aumentar al máximo la plantilla de las universidades antes de la llegada definitiva de la autonomía, pues las plazas que nacieran antes de la completa implantación del sis-

---

<sup>91</sup> Aún en 1924, en la ponencia que Manuel Lasala Llanas presentó al Primer Congreso Nacional de Educación Católica se recordaba el estado anárquico que se produjo en el gobierno republicano al conceder un excesivo margen de libertad. «Crónica», *Universidad. Revista de cultura y vida universitaria*, Zaragoza, 1924, p. 206, «y aquello no trajo sino el descrédito del sistema de absoluta libertad, con el pugilato de los distintos centros autorizados.»

tema, correrían a cargo del presupuesto estatal. Su provisión suponía menos gastos para las futuras universidades autónomas. Además, se necesitaban profesores.

Entre otras peticiones que remitieron al ministerio destacan las que reflejan el temor a verse desamparados. Demandas como que se mantuviera las inversiones en las universidades, incrementadas en lo que subiera el coste de la vida; que el Consejo de instrucción pública contara con representantes de todas las facultades y su evidente preocupación por que se cumpliera rigurosamente la ley en el nombramiento y en el funcionamiento de los tribunales de Estado, dicen mucho de la desconfianza —más que del desagrado— hacia la reforma<sup>92</sup>.

Silió atendió la voz de las universidades, especialmente en lo referido a las cuestiones que él había planteado. El 24 de febrero de 1922 promulgó el real decreto que llevaba a la *Gaceta* la mayor parte de los acuerdos del congreso<sup>93</sup>. Salvo en el coste de las carreras que se rebajó tras las duras críticas que denunciaban una tendencia elitista en el nuevo modelo, y la amenaza que suponía que el encarecimiento provocara una huelga escolar<sup>94</sup>. En general, no se introdujeron muchas variantes en lo económico. Dio libertad a las facultades para que fijaran los costes de las clases prácticas y experimentales.

En otros temas no se produjeron grandes cambios, salvo la duración de algunos estudios que quedó del siguiente modo: farmacia que a los cinco años pactados se le exigía un curso más de práctica —que podía simultanearse en los dos últimos años—. Las facultades quedaban comprometidas a establecer, al menos el estudio de

---

<sup>92</sup> *Las Provincias*, 8 de enero de 1922, pp. 5 y 6; también 12 enero, p. 2 y *El Mercantil Valenciano*, 10 de enero, p. 4. También en *Anales de la universidad de Valencia*, 1920-1921, Valencia, 1923, pp. 196-204.

<sup>93</sup> *Colección legislativa de instrucción pública*, Madrid, 1922, pp. 66-70. También *Las Provincias*, 28 de febrero de 1922, p. 6. Publicado también en los *Anales de la universidad de Valencia*, año 1920-1921, Valencia, 1923, pp. 342-244.

<sup>94</sup> Augusto Ruiz anunció del peligro a que se cerrara la universidad para los cerebros más humildes —o los menos ricos— a favor de los acaudalados, capaces o no. En lugar de acrecer el coste de las inscripciones, proponía que el Estado tomase una mayor responsabilidad en la educación nacional e invirtiese las sumas necesarias para que los estudios estuviesen en disposición de instruir adecuadamente. *El Mercantil Valenciano*, 21 de enero de 1922, p. 4.

dos enseñanzas complementarias dentro de sus planes mínimos. Cuando se establecieran más, a ellas correspondería determinar su naturaleza obligatoria u optativa. A pesar de los interesados esfuerzos de las facultades de ciencias y filosofía y letras por mantenerlo, se suprimió el preparatorio a partir del curso siguiente. No obstante, derecho quedaba obligada a mantener estudios en otras facultades. Para el resto se estableció una serie de incompatibilidades y se facilitó la relación interdisciplinaria. En cuanto a las asociaciones escolares que se admitirían poco se aclaró pues exigió que fueran integradas por alumnos de la universidad, y que tuvieran «fines fundamentalmente culturales». Su intervención en la vida universitaria quedaba igual que en la asamblea, a discrecionalidad de los claustros. A solicitud de los congresistas se reconoció en el artículo noveno, que los profesores universitarios anteriores al estatuto seguirían con su carácter aunque se trasladaran de una universidad a otra. Seguirían por lo tanto cobrando su salario del Estado y mantendrían su posición en el escalafón.

César Silió, tras el éxito del congreso, se convenció de lo interesante que era que las universidades participaran activamente en la reforma y en la política ministerial. Por ello se determinó a establecer la *Asamblea Interuniversitaria* cada dos años —al menos—, en el mes de enero y previa convocatoria del ministerio. Asistiría un representante de cada facultad. También podrían acudir los catedráticos que quisieran, con voz, pero sin voto, para tratar libremente de todo tipo de asuntos concernientes a la relación entre universidades y a éstas respecto al Estado<sup>95</sup>. Sus conclusiones se entregarían al ministerio para ser estudiadas. La autonomía no debía suponer desorden o confusión. La mejor manera para evitarlo, era mantener un hilo de comunicación entre las universidades y el ministerio, con la finalidad de resolver las cuestiones que surgieran. El proyecto y el modo de trabajo de Silió era total-

---

<sup>95</sup> En esta misma línea de colaboración intrauniversitaria, se produjo un desvío de los presupuestos. El ministerio se había reservado una cantidad —15.000 pesetas— para concederla a los intercambios universitarios con el extranjero —real orden de 1 de mayo de 1920—. Una vez implantada la reforma, decidió cambiar el destino de ese capital al de los intercambios para la toma de acuerdos indispensables para mejorar el desarrollo normal del régimen autonómico. La modificación se hizo en la real orden de 29 de diciembre de 1921, *Gaceta de Madrid* de 5 de enero, *Boletín de la revista general...*, t. 178, Madrid, 1922, pp. 976-977.

mente nuevo, flexible y descentralizado, permitía una amplia libertad a las universidades para proponer reformas y resolver sus dificultades. Ellas eran las protagonistas de su configuración y destino...

*c) La crisis de la autonomía*

*Las razones*

Si como veremos, se alegaron motivos jurídicos y de oportunidad política para la suspensión de la autonomía, hemos de señalar que sus razones fueron más profundas. Obedecían a las presiones ejercidas desde posiciones liberales que nunca terminaron de convencerse de las auténticas intenciones aperturistas de un maurista como César Silió. Destacamos cuatro causas de entre las muchas que se alegaron contra el plan:

La primera fue la inviabilidad del sistema de financiación. Este no parecía posible, especialmente cuando en los presupuestos para 1922 no se establecieron las partidas que el mismo ministro había prometido. En la primera y breve fase de su mandato, Silió no garantizaba la financiación universitaria. Conforme a su proyecto, el Estado, lejos de tomar mayores responsabilidades económicas, dejaba buena parte de su sustento a los estudiantes, a los donativos de los particulares y organizaciones públicas no centrales. España no era Estados Unidos ni Alemania..., los profesores eran conscientes de que el porvenir iba a ser muy oscuro si no se les garantizaba el capital preciso para la subsistencia. En la mente de muchos estaban las miserias que los maestros de escuela habían padecido años atrás. La situación para las universidades podía ser peor, pues ni siquiera se obligaba con medidas concretas a las instituciones locales para subvencionarlas. Mariano Gómez afirmó que ese temor fue uno de los elementos determinantes de la crisis:

Asegura que también hubo una equivocación en el planteamiento de la Hacienda universitaria, que no puede ser sostenida por la clase escolar, ni esperarse de los particulares, sino por el Estado, con toda la esplendidez que requiere la cultura, que siempre es cara<sup>96</sup>.

---

<sup>96</sup> *La Voz Valenciana*, 26 de enero de 1923, p. 1.

La segunda era la inestabilidad política y la consiguiente falta de una ley que equilibrara y consolidara los cambios. Sin ella la reforma quedaba al capricho de los ministros siguientes. No era exagerado ese temor, entre 1902 y 1923 se sucederían atropelladamente treinta y nueve presidentes del gobierno y cincuenta y tres ministros de instrucción pública<sup>97</sup>. Existía el peligro cierto de que la llegada de uno nuevo y hostil a la reforma, o simplemente deseoso de salir en los periódicos, arruinara todo. Podía ordenar un recorte presupuestario que redujera la imprescindible aportación estatal o cambiase inconscientemente parte o todo el sistema, abriendo crisis de incalculables y desastrosas consecuencias. Se temía que la universidad pudiera quedar al vaivén de las mareas políticas, secuestrada por los partidos que la usaran como arma arrojadiza en el campo de batalla político. Incluso quienes abogaban completamente a favor del decreto, exigían que se convirtiera en ley por las Cortes pues:

Dada la inestabilidad de las situaciones políticas en nuestro país [...] si no se tiene la base firme de una ley, las universidades se exponen a estar sujetas a una serie de decretos cada uno de los cuales modifique lo ordenado por el anterior, y en esas condiciones es absolutamente imposible edificar nada sólido ni estable<sup>98</sup>.

La tercera hacía referencia a la competencia. Se temía que los conservadores presionaran en favor del reconocimiento de las universidades privadas —católicas— o condicionaran su respaldo económico a una mayor presencia de la Iglesia en los estudios superiores, con lo que se estaría dando un paso peligroso, que dificultaría la pervivencia de la enseñanza laica que tantos sacrificios habían costado a los regeneracionistas. Aunque Silió repitió siempre que no iba a desamparar a las universidades públicas, el temor no desapareció pues en ningún caso podía garantizar lo mismo de sus sucesores<sup>99</sup>.

---

<sup>97</sup> M. de Puellas Benítez, *Educación e ideología...*, p. 264.

<sup>98</sup> Hablaba Luis Octavio de Toledo, catedrático de la universidad de Madrid. Para ratificar sus palabras recordaba que en 23 meses en el desempeño del decanato de ciencias se las tenía que haber visto con diez ministros diferentes de instrucción. «La autonomía universitaria», *BILE*, (1919), p. 336.

<sup>99</sup> No es casualidad que en su obra referida a la instrucción, *La educación...*, pp. 92-106 huyera del tópico tradicionalista de reclamar la liberalización en la constitución de la universidad privada como alternativa a la pública.

A ese miedo nada despreciable, sumemos el riesgo de que el nuevo sistema autorizara en el futuro a las instituciones católicas la posibilidad de conceder títulos de capacitación con los que presentarse a los exámenes de Estado. De forma que frente a las universidades autónomas a las que ya se consideraban inmaduras y mal equipadas para tantas libertades, aparecieran nuevas y fuertes competidoras para las que no estaban preparadas. Recordemos el afán con el que los clericales pretendían crear órganos afines que pudieran sustituir a los servicios públicos en el campo educativo. Ya existía Deusto, El Escorial<sup>100</sup>, y otros centros en ciernes como la Academia Universitaria Católica que, aunque no concedían títulos, preparaban para los exámenes no oficiales de un modo similar a como lo haría una estatal<sup>101</sup>. La reivindicación del derecho de abrir centros de estudios superiores católicos que concedieran títulos válidos, que había sido aparcada por los tradicionalistas algunos años, se había intensificado desde la llegada de Bergamín al poder:

¿Por qué no levantar bien alto, a fuer de católicos y de españoles la bandera de la Universidad libre, sujeta sólo al amoroso apoyo de la ortodoxia, que hizo grandes a nuestras escuelas tradicionales y levantó el nombre de la ciencia española por encima de todas las cumbres científicas, haciendo de ella el faro de la civilización<sup>102</sup>.

Los clericales se decían los más fieles defensores de la libertad de enseñanza, término que empleaban para ocultar su deseo de limitar la libertad de cátedra y defender de paso la absoluta independencia en la apertura de centros educativos que dependieran de ellos y que estuvieran alejados de cualquier intervención gubernamental.

---

<sup>100</sup> *Las Provincias*, 29 de diciembre de 1920, p. 1.

<sup>101</sup> Nació en Madrid «como remedio el más eficaz contra el monopolio docente del Estado, siguiendo las enseñanzas de la Iglesia». Dicho instituto impartía el preparatorio de derecho. Su principal baza era que velarían por la moral cristiana. El centro se comprometía a adoctrinar adecuadamente a sus discípulos, a una enseñanza seria y regular pero principalmente a mantenerlos alejados de la inmoralidad. *Las Provincias*, 22 de febrero de 1911, p. 1.

<sup>102</sup> «Impresiones universitarias», *La Voz de Valencia*, 2 de octubre de 1914, p. 1.

Con la concesión del privilegio de conceder títulos válido para los estudios superiores se creían capaces de competir con las universidades públicas e incluso superarlas:

En este terreno de la libertad docente somos los católicos más avanzados que los radicales de la extrema izquierda. Nadie debe extrañarse de este aparente fenómeno u de esta, al parecer, contradicción. El límite que nosotros fijamos a la esfera en que han de moverse maestros y discípulos, es de una anchura incomparablemente mayor que la de la mezquina esfera en que se mueven los anticatólicos. Para nosotros no debe haber otra sujeción que la obligada a la enseñanza de la Iglesia, dejando lo demás a las disputas de los hombres<sup>103</sup>.

El reforzamiento de las posiciones clericales, hizo temer a muchos liberales que los jóvenes acabaran estudiando en los centros religiosos. La competencia entre universidades por atraerse a los escolares produciría, seguramente, una bajada general de las aptitudes universitarias que se centraría en buscar el aprobado y no el aprender. La experiencia de Murcia y de las escalas educativas inferiores así lo denunciaba. Julián Besteiro fue claro:

En apariencia, se concede más autonomía que la deseada. Hay sin embargo, el peligro de que cualquier día un político, surgido de la picardía que suele inspirarlos, haga lo contrario de lo que aparece en el decreto. Puede crearse de la noche a la mañana un Tribunal que sea el que examine, y entonces la universidad será una academia más, que se limite a preparar para esos Tribunales. Y eso sería la muerte.

Un cambio tan violento y sin suficiente consideración a condiciones y oportunidades, que implica grave riesgo de fracaso y suscita asimismo temores de que en fecha no lejana se otorgue a instituciones extrauniversitarias el derecho a conceder las certificaciones a que se refiere el decreto<sup>104</sup>.

La cuarta razón enlaza precisamente con el testimonio anterior. Era el referido a los exámenes de Estado. El hecho de que en los

---

<sup>103</sup> «La leyenda docente», *La Voz de Valencia*, 6 de octubre de 1914, p. 1.

<sup>104</sup> Ambas citas de: «Sobre la autonomía universitaria. La universidad de Madrid discute el decreto de autonomía.» *BILE*, (1919), p. 164.



tribunales se exigiera la presencia de personas ajenas a la universidad ofendió a los catedráticos, porque se dudaba acerca de su objetividad e imparcialidad en la concesión de grados<sup>105</sup>. Además la entrada de estos nuevos jueces suponía el riesgo de que favorecieran a determinados grupos políticos o religiosos o que se incluyeran examinadores de estudios privados. También a que limitaran interesadamente el acceso a las profesiones mediante la formación de un filtro no basado en los conocimientos de los aspirantes, sino en el interés del colegio profesional —menos profesionales equivalía a reducir la competencia—. Bastaba con darle una interpretación amplia a los términos «quienes practiquen la respectiva profesión» para que se extendiera a estos exámenes la politización con que se venían concediendo las cátedras<sup>106</sup>. Si los profesores eran acusados de corruptos por el mismo ministerio que no hacía nada por evitarlo, ¿cómo podía garantizar que no sucedería con los tribunales mixtos?<sup>107</sup>

La incertidumbre y temor de dos años antes, no se había disuelto completamente. Lorenzo Benito de Endara, en el discurso de apertura del curso de 1921-1922 en Madrid, eludió hablar del tema ante el ministro Silió y Alfonso XIII. Se explayó en torno a las «Condiciones relativas al desarrollo del derecho mercantil.» No sabemos si su silencio respondía al deseo de no exponerse políticamente o como protesta. En su parlamento no abordó con la euforia que el ministro hubiera deseado la cuestión autonómica que acababa de aprobarse. Apenas trató de universidad para disculpar al profesorado de los males de la institución, apuntando a la falta de dinero como principal causa. Como solución señaló que la institución uni-

---

<sup>105</sup> La idea ya había sido continuamente rechazada por los profesores universitarios tiempo atrás. Ejemplo tenemos en la conclusión séptima del tema V de la asamblea de profesores de universidad de 1902 en el que se atribuyeron la facultad evaluadora de los estudiantes universitarios. M. Giner, *Universidad literaria...*, p. 69.

<sup>106</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la universidad de Valencia...», p. 392. También advirtió de ese peligro el catedrático de Madrid, Sebastián Recasens, «Real decreto sobre la autonomía universitaria», *BILE*, (1919), p. 208.

<sup>107</sup> Esto venía a decir entre otras cosas José Gascón y Marín que con reticencias aceptaba el proyecto, «La autonomía universitaria» *BILE*, (1919), p. 173. Reproducía el artículo publicado por *El Sol* el 31 de mayo.

versitaria debía acercarse a los empresarios y obreros. Así unos adquirirían financiación y los otros resultados con los que mejorar la producción. El rector de la Universidad Central sí que profirió un largo discurso en torno a las virtudes de la autonomía. El nuevo régimen —dijo Carracido—<sup>108</sup>, reportaría enormes beneficios y recordó —una vez más— la necesidad de proveer a las universidades adecuadamente. El ministro tomó la palabra para despejar los miedos al reiterar que en ningún caso olvidaría a los estudios superiores y que centraría sus esfuerzos en mejorarlos. También el monarca alabó el proyecto<sup>109</sup>.

*La Voz Valenciana*, apuntó varios elementos que arruinaron la deseada autonomía. La actividad desarrollada por Silió se debió a un empeño más personal que de partido, pues entre los conservadores nunca se vio con simpatía —especialmente la libertad de cátedra—. Su deseo, en línea con los planteamientos liberales, no contó con el respaldo de los suyos<sup>110</sup>. El diario se lamentaba de la falta de visión política de muchos profesores que tanto se habían sacrificado por un proyecto que no tenía visos de sobrevivir debido a las circunstancias nacionales. Además, era radicalmente nulo por contravenir la ley. El periódico se sumó a las sospechas de que, en el fondo, Silió deseaba atacar la educación superior pública en favor de la privada religiosa, y exageró intencionadamente la publicidad que hizo de la Universidad de Deusto alentando la visita de Alfonso XIII a sus

---

<sup>108</sup> José Rodríguez Carracido fue licenciado por la facultad de farmacia de Santiago en 1874 y se doctoró en Madrid. Desde 1881 fue catedrático de química orgánica en la facultad de farmacia de la Central. J. Caro Baroja, «El miedo al mono...», p. 28. J. M. Carretero lo describió: «El rector de la universidad es menudito, encogido y de movimientos nerviosos. No obstante, cuando habla se reposa notablemente. Entonces sus movimientos —con los cuales ayuda la expresión de sus frases— siguen el ritmo de su palabra fácil. Nunca puede sustraerse a la influencia de la cátedra; hasta en la más sencilla conversación siempre es el profesor que explica». *Lo que sé por mí. Confesiones del siglo*, 10 vols., Madrid, s.a., VIII, pp. 213-214.

<sup>109</sup> *Las Provincias*, 2 de octubre de 1921, p. 5.

<sup>110</sup> Es significativo el problema que encontró en su propia tierra para obtener representación política. Los católicos que en otro tiempo le permitieron valerse para sus campañas de diarios clericales como *El Correo de Zamora* un año antes, le retiraron los votos que precisaba para ser candidato a diputado por lo que tuvo que desistir y presentarse como senador por Valladolid, cosa que logró. J. A. Cano, *El poder político...*, p. 139.

instalaciones para darle notoriedad. Se preguntaba el porqué de ese cambio radical en la política conservadora y el porqué no se detenía una reforma que no contaba con el respaldo presupuestario preciso. En su opinión, su actuar obedecía a un plan predeterminado de destruir o al menos dañar la educación superior pública.

¿No se notaba, y es un hecho, al mismo tiempo que los más entusiastas, dentro de los claustros universitarios, de esta pseudoautonomía, eran los más señalados derechistas, mientras que los más reservados y menos entusiastas de esta fingida independencia, eran los de más sentido liberal e independiente?<sup>111</sup>

Mariano Gómez, más en frío, en la apertura del curso de 1923 en el Ateneo Científico, analizó las causas del fracaso en una conferencia titulada «Algunas consideraciones sobre la autonomía universitaria». Desde un principio, la reforma fue acogida favorablemente en líneas generales por la ciudadanía, pero con recelos y reservas por los sectores y el profesorado afín a las izquierdas. La libertad de cátedra, así como el resto de prerrogativas concedidas por Silió tenía sus orígenes en el partido liberal. Al desmarcarse de la tendencia continuista de los conservadores, el ministro despertó la sospecha entre los catedráticos reformistas como Ramón y Cajal, Julián Besteiro o Bonilla Sanmartín.

En Valencia también había anidado la desconfianza entre algunos catedráticos. Sin embargo, los recelos se superaron y se alcanzó la aprobación unánime del estatuto. Las ventajas que la autonomía reportaba a las universidades, eran tantas y tan atractivas... Alabó el proyecto porque obligaba a los profesores a entregarse más a la enseñanza y a la investigación; se restablecía el sistema democrático en su funcionamiento y permitía la participación de los escolares devolviendo la vida corporativa a las aulas. Desde el aspecto administrativo, se descargaba sobre los hombros de la universidad nada menos que el nombramiento de su personal y su dirección técnica, pues podía dotarse de sus propios reglamentos y normas. En definitiva, la descentralización por la que tanto tiempo se había luchado. Además, comprometía de nuevo a las entidades locales y provinciales a encargarse de sus universidades y a protegerlas como algo propio de cada región. El proyecto había ilusionado al pueblo

---

<sup>111</sup> *La Voz Valenciana*, 8 de agosto de 1921, p. 1.

con la idea de que apostar por el futuro de la universidad era hacerlo por la región y por el Estado. El mayor éxito era que la universidad recuperaba la vida, la discusión, la dinámica científica. Prueba de ello, era la posibilidad de que cada facultad estableciera sus propios planes de estudio.

Al abordar las causas por las que la tan positiva reforma se vino abajo, Mariano Gómez dijo que la principal era no haber consultado a las universidades previamente. El gesto atemorizó al orbe universitario, ya que entendió la reforma como uno de tantos caprichos ministeriales que sólo iba a lograr confundir y dañar más el ya de por sí triste panorama universitario. Especialmente cuando las modificaciones propuestas eran de tan profundo calado. El otro defecto fue de tipo legal ya que podía ser derogada por contravenir normas superiores —como sucedió—. Sólo la firme protección del ministerio había permitido su supervivencia por tres años. De haber sido formulada con carácter de ley, probablemente no hubiese estallado la crisis. Pero era imposible precisamente por la falta de respaldo en las Cámaras. Además se había molestado a los catedráticos cuando vieron en entredicho su competencia e imparcialidad al privárseles del derecho exclusivo de conceder los grados de licenciatura. Trató acerca de la cuestión de la libertad de enseñanza, de la que se declaró Silió a favor, años atrás, en el teatro de la Comedia. El error que a juicio del orador se cometió en aquel mitin fue que se hizo bandera política de un asunto que debía ser cuestión de puro derecho, con lo que se abrió el agrio debate entre los «confesionalistas» que pretendían limitar esa libertad y sus opuestos. Sería la política lo que desencadenó la definitiva crisis, pues hasta el conflicto de Santo Tomás, la universidad trabajó por su independencia <sup>112</sup>.

### *Un tropiezo imperdonable*

Los liberales siempre apostaron por las universidades públicas y les preocupaba la intromisión religiosa, bien porque se confesionalizara la enseñanza superior pública, bien porque se autorizara a las universidades privadas para que otorgaran títulos que legitima-

---

<sup>112</sup> También estuvieron presentes otros compañeros como Salom, Deleito Piñuela, Gómez Ferrer y Bermejo. *La Voz Valenciana*, 26 de enero de 1923, p. 1.

ran para presentarse al examen de Estado. Los catedráticos avanzados se obsesionaron con esa posibilidad y analizaron meticulosamente las actividades del ministro esperando cualquier gesto clerical para provocar su caída y aniquilar el decreto si se confirmaban sus sospechas. Lo harían aún al precio de terminar con su propio sueño autonómico y con todos los trabajos que con tanta esperanza se desarrollaban en las universidades.

Se produjeron algunos amagos contra el ministro <sup>113</sup>, que se intensificaron cuando a finales de 1921 y por primera vez en mucho tiempo, un obispo logró que se incoara un expediente contra una profesora de la Escuela Normal de Maestras de Lérida porque en su cátedra de pedagogía y derecho había recomendado obras que consideraba «perniciosas» <sup>114</sup>. El rector en lugar de defender la independencia académica y la libertad de cátedra e ideológica, le abrió expediente disciplinario. Los intelectuales y la prensa liberal denunciaron los hechos y advirtieron de la peligrosa intromisión de lo religioso en educación <sup>115</sup>.

Pero las hostilidades se rompieron definitivamente cuando fue el mismo Silió quien contravino sus propios criterios de independencia universitaria. La real orden de 21 de febrero de 1922 imponía como día del escolar y por lo tanto festivo, el de la celebración de Santo Tomás —7 de marzo— <sup>116</sup>. César Silió atendía de ese modo las peticiones del clero y de las asociaciones escolares católicas. Las

---

<sup>113</sup> Algunos comentarios fuertes por el nombramiento para instrucción pública de ciertas personas calificadas de clericales. J. A. Cano, *El poder político...*, p. 136.

<sup>114</sup> *Orígenes del conocimiento*, de Turró; *Valor social de leyes y autoridades*, de Dorado Montero y *La condición social de la mujer en España*, de Margarita Nelken. La prensa anticlerical se hizo eco. L. de Zulueta, «Volvemos al Santo Oficio. La libertad de la cátedra», *El Pueblo*, 30 de diciembre de 1921, p. 1.

<sup>115</sup> *El Pueblo* de 8 de marzo de 1922, p. 1. Algunos catedráticos y profesores, les responderían protestando contra la libertad «ilimitada» de cátedra. Entre ellos estaba la firma del catedrático de filosofía del derecho de la Central, Luis Mendizábal. *Las Provincias*, 15 y 19 de abril de 1922, ambos en p. 5.

<sup>116</sup> *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1922*, Madrid, 1922, pp. 65-66. La fiesta era celebrada desde antiguo pero siempre se dejaba para los domingos, único día en que no había clase. Ejemplos no faltan: *La Voz de Valencia*, 16 de marzo de 1904, p. 1.

vacaciones se habían concedido sin consultar con las nuevas autoridades académicas, y además contravenían las advertencias del consejo universitario y de la Universidad de Madrid. Los liberales y demócratas temerosos de que se confirmara el ataque a la enseñanza superior pública y laica plantearon batalla<sup>117</sup>. No olvidemos que en las universidades, el rector de conformidad con los decanos y profesores habían determinado su propio «día del estudiante». Valencia y otras ya lo habían celebrado el 3 de febrero<sup>118</sup>.

La imposición rompía definitivamente el difícil equilibrio y tolerancia existente en las aulas. La maniobra alarmó a los liberales que temblaban ante la posibilidad de una nueva «clericalización» de los estudios superiores —piénsese en el peso que estaban tomando las asociaciones católicas escolares—. Era, sin duda, la materialización del temor de los liberales. Mariano Gómez, catedrático en la facultad de derecho nos lo reveló:

El traer a colación la cuestión de la confesionalidad en la universidad, fue otro error; puesto que dividió al profesorado, y lo que es peor, a la clase escolar, elemento esencialísimo para la vida universitaria, y eso lo agravó el establecimiento de la fiesta del estudiante, que el propio señor Silió señaló para el día de Santo Tomás, verdadero resbalón que, por lo que significaba, confirmó los recelos de las izquierdas dando al traste con toda su obra autonómica, y por... haberle relevado, ante la opinión, el crédito de confianza necesario para que su obra pudiera prevalecer<sup>119</sup>.

El gesto se tomó por muchos catedráticos como una violación de la libertad universitaria y como un ataque frontal a la autonomía. ¿Deberían las universidades en su nueva andadura someterse a un ministro cómplice de los religiosos, o deberían resistirse? La acción además venía encuadrada en un momento de tensión política enor-

---

<sup>117</sup> Coincidimos con Encarnación González de que sus ataques fueron contra el ministro y no contra la autonomía. E. González Rodríguez, *Sociedad y educación ...*, Madrid, 1988, p. 302.

<sup>118</sup> La prensa republicana advertía que durante la celebración profesada el 3 de febrero, algunos escolares del ámbito confesional valenciano, se burlaban advirtiéndolo que lo quisieran o no, todas las universidades pasarían por donde el ministro dijera y que cayera quien cayera se celebraría la fiesta de Santo Tomás como la del escolar. *El Pueblo*, 5 de abril de 1922, p. 1.

<sup>119</sup> *La Voz Valenciana*, 26 de enero de 1923, p. 1.

me. Precisamente, en febrero se quebraba definitivamente la convivencia entre conservadores y liberales que permitió, durante meses, el gobierno de concentración nacional presidido por Maura. Con la crisis de Marruecos como trasfondo, el gobierno cayó a principios de marzo <sup>120</sup>.

En Madrid, el rector se enfrentó al ministro rechazando las vacaciones. El liberal José Rodríguez Carracido, en el Congreso pedagógico hispano-portugués-americano de 1892, ya había demostrado ser un firme defensor de la autonomía <sup>121</sup>. Por si fuera poco, en el programa de festejos organizado por las asociaciones confesionales escolares —Federación de estudiantes católicos de Madrid y Confederación católico-femenina de estudiantes— se le reservaba una participación preeminente que también rehusó a pesar de las intensas presiones a las que lo sometió el Silió <sup>122</sup>. La firmeza de Carracido, se convirtió en bandera por la libertad universitaria y sirvió a los liberales para atacar al ministro acusándolo de reaccionario y de ceder a los intereses confesionales. Junto a él destacaron

---

<sup>120</sup> J. Pabón, *Cambó II, parte primera, 1918-1939*, pp. 328-355. Define esta situación como «crisis entre cortinas». Tras ella a nadie le quedarán fuerzas para detener el camino de Primo de Rivera.

<sup>121</sup> Desde hacía años venía apostando por la autonomía J. Carracido, «Otro testimonio en favor de la reforma universitaria. Discurso inaugural del curso de 1887-8 en la Universidad central», *BILE*, (1887), pp. 289-292. En el congreso de 1882 fue presidente de la sección cuarta que se refería a las universidades. En ella defendió que el gobierno universitario gozara de total independencia respecto al poder político y al Estado. De su talante liberal y a favor del institucionismo no tenemos dudas. Además de escribir para *El Imparcial*, debió su cargo de rector al ministro Burell en un momento en el que los liberales llevaban la iniciativa en la reforma de la instrucción superior. El ministro le cedió el cargo con las siguientes palabras: «Se lo doy a usted sin recomendación ni advertencia ninguna, como si la Universidad fuera completamente autónoma; lo que yo quiero es que tenga usted iniciativas, que yo suscribiré y apoyaré». J. M. Carretero, *Lo que sé por mí...*, VIII, p. 215.

<sup>122</sup> El ministro en persona llamó a Carracido para comunicarle que según el protocolo, se le reservaba una de las dos varas que debían sujetarse cuando el rey entrara bajo palio en la Iglesia de San José. El rector se negó y Silió le amenazó, a lo que el rector le dijo que nada podía hacer contra él pues su cargo estaba en manos de sus compañeros claustrales, y que a ellos les correspondía juzgarle conforme al régimen autonómico.



algunos institucionistas como el profesor Ureña y los estudiantes liberales que no toleraban la imposición ministerial y religiosa<sup>123</sup>. El conflicto forzó que cada miembro de la sociedad universitaria madrileña tuviera que demostrar su ideología y manifestarse del lado ministerial o del rector. Si se ponían de parte del primero, era necesario tomarse vacaciones. Si lo hacían del segundo, debían acudir a clase. Hubo rectores de provincias —la prensa no precisó cuántos— que estuvieron del lado de Carracido por exigirle su ideario o la solidaridad universitaria, y posiblemente abrieron las aulas. En la mayoría de las universidades hubo descanso<sup>124</sup>. La convivencia, el diálogo y la esperanza que la autonomía había traído, quedó rota por completo.

El día de la fiesta en Madrid —epicentro del problema—, unos catedráticos acudieron a clase y otros no. La situación entre los escolares no fue mejor y en la facultad de derecho se produjo un «intercambio de golpes» cuando los clericales pretendieron infructuosamente interrumpir las clases<sup>125</sup>. En Valencia se descansó, pues el rector acató la orden gubernamental, algunos alumnos protestaron por las vacaciones. *El Pueblo* denunció la normalidad con que transcurrió la jornada y la complacencia con que la universidad valenciana se sometía a los deseos clericales:

Los profesores y los escolares de la universidad de Valencia —de éstos últimos hemos de consignar algunas escasísimas excepciones— nada hicieron contra la fiesta inmoral, reaccionaria, atentatoria a su dignidad y a la autonomía universitaria<sup>126</sup>.

En los días que siguieron, alentada por la prensa anticlerical, ya se produjeron algunas leves protestas contra Silió y el clericalismo estudiantil. Era el primer enfrentamiento abierto entre estudiantes clericales y laicos desde hacía años<sup>127</sup>.

---

<sup>123</sup> L. Batanaz Palomares, *La educación española en la crisis de fin de siglo*, Córdoba, 1982, pp. 157-158.

<sup>124</sup> *El Mercantil Valenciano*, 10 de marzo de 1922, p. 4. Parece que Salamanca fue de las que abrieron.

<sup>125</sup> *El Pueblo*, 5 de abril de 1922, p. 1. También E. González López, *El espíritu ...*, 1931, p. 49.

<sup>126</sup> *El Pueblo*, 9 de marzo de 1922, p. 1.

<sup>127</sup> *El Pueblo*, 18 de marzo de 1922, p. 1.

Es cierto que Silió era católico practicante, pero no un reaccionario. Posiblemente, el acto se justificó por su interés en mantenerse en el cargo ante la llegada del nuevo gobierno y poder así culminar su sueño. Prueba de su alejamiento de posiciones integristas, es que desde hacía tiempo era criticado desde las filas clericales por su «neutralidad»; especialmente cuando se comprometió a no reconocer ninguna universidad más que las existentes —públicas y laicas— al menos hasta que se aprobara una ley de creación de nuevas universidades, que por las circunstancias parecía imposible. Se había despertado el viejo y temido fantasma de los liberales de la inmisión de lo religioso en los asuntos de la instrucción. La prensa de izquierdas se preguntaba si la libertad concedida no era más que un señuelo para someter las universidades al clero. Se extendieron rumores de que los católicos se tomaban grandes molestias en acondicionar y mejorar sus centros, y que se interesaban especialmente en los estudios de humanidades —veta de los cuadros gobernantes y políticos—<sup>128</sup>.

La amenaza de que los religiosos pudieran controlar la universidad pública asustó. Los liberales que gustosamente hubieran defendido la reforma de haberla planteado un ministro de su ideología, temieron una añagaza, una trampa, encaminada a ganarse su favor. Luego de admitirse el nuevo sistema, y sin posible marcha atrás, podían dictarse prerrogativas dañinas para la enseñanza superior pública y laica. Como muchos escolares eran de origen burgués y conservador, pensaron que nada desagradaría a un buen número de padres, enviar a sus hijos a centros regentados por clérigos o doctores neocatólicos si estos podían conceder títulos en iguales condiciones que los centros públicos. El temor estaba justificado. Tiempo después el gobierno primorriverista, pretendió reconocer en el controvertido artículo 53 de su decreto de reforma universitaria<sup>129</sup>, la facultad de conceder grados a todos los centros superiores que tuvieran un cierto renombre, o lo que era lo mismo, los dos centros de estudios superiores católicos. Sólo la firme oposición de los profesores y escolares liberales detuvo la decisión<sup>130</sup>.

---

<sup>128</sup> *El Pueblo*, 12 de marzo de 1922, p. 1.

<sup>129</sup> Real decreto ley de 19 de mayo de 1928, J. M<sup>a</sup> Souvirón, *La universidad española. Claves de su definición y régimen jurídico institucional*, Valladolid, 1988, pp. 63-65.

<sup>130</sup> D. Jato Miranda, *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1953, pp. 35-ss.

En conclusión, el conflicto de las vacaciones le salió caro al ministro, pues fue el detonante que acabó con la transigencia de los liberales, que a partir de ese momento no dudaron en atacarlo severamente<sup>131</sup>. El mismo Silió, meses después de haber abandonado el cargo, se lamentaba en el Senado del desafortunado desliz que le privaría de consumir su proyecto de autonomía universitaria. Pero al fin y al cabo —se consolaba— los errores eran consustanciales a la tarea de gobernar:

En el Ministerio de Instrucción Pública (lo decía con palabras muy elocuentes hace un momento el Sr. Palomo) se necesita una labor de entusiasmo, de fe, de constancia, de convicción, de resolución de propósito (sólo esa labor puede salvar a España y sólo así puede hacerse presupuesto), en el que habrá errores hijos de las convicciones del Ministro ponente, habrá equivocaciones, acaso no hijas de sus convicciones, sino de su torpeza; pero, al menos, habrá un ideal, habrá un propósito, habrá un sistema, habrá un plan<sup>132</sup>.

No terminó el mes de marzo en el poder, a pesar de que Sánchez Guerra —heredero de Dato y Maura— lo ratificó en el puesto en el gobierno nacido el día 8 de marzo de 1922<sup>133</sup>. Enrique Esperabé el 17 le pedía cuentas en la Cámara alta por haber encrespado a la sociedad universitaria y por el motivo de una medida tan reaccionaria:

Disposición que, como no ignora S.S. ha venido a resucitar viejos antagonismos, el problema religioso, ya olvidado, y las luchas que habían desaparecido por completo desde hace larga fecha [...] Yo deploro que el Sr. Silió, con su actuación lamentable y equivocada, sin duda alguna, en esta ocasión, haya producido una honda división entre los estudiantes españoles (El Sr. Ortega Morejón: ya existía)<sup>134</sup>.

El 31 de marzo abandonó, acosado y decepcionado<sup>135</sup>. Le sirvió de excusa que el presidente del gobierno, Sánchez Guerra, devol-

<sup>131</sup> *La Voz Valenciana*, 26 de enero de 1923, p. 1.

<sup>132</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1922, VI, p. 1.838.

<sup>133</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1922, I, p. 36. Deja constancia de su ratificación.

<sup>134</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1922, I, pp. 90-91.

<sup>135</sup> Abandonó el gobierno acompañado del ministro de gracia y justicia, Beltrán y Musitu. Sus bajas se sustituyeron por otros dos conservado-

viera las garantías constitucionales a Barcelona sin haberle consultado a él, ni al resto de sus colaboradores<sup>136</sup>. La realidad era seguramente otra. Estaba cansado de defender una reforma que gustase a todos y que además no podía ejecutarse inmediatamente por impedirlo la situación económica. Sin el respaldo del ministro de hacienda, no podía llevarse a cabo.

### *El final*

César Silió dimitió agotado por las presiones de las Cámaras a finales de marzo. Su sucesor, Tomás Montejo<sup>137</sup>, se encontró con la difícil encrucijada de desgastarse políticamente derogando la autonomía o continuarla con la creciente oposición de los liberales y con las dificultades económicas que el nuevo régimen universitario suponía. Aunque también era conservador, renunció a continuar el proyecto de su predecesor por varios motivos: el plan no era suyo, había enfrentado a los universitarios y no se identificaba con su ideología por las excesivas libertades que propugnaba. Montejo, cara a la galería prometió acelerar en lo posible la redacción de la ley para estabilizar la situación y a procurar las dotaciones necesarias a los estudios superiores. Pero pronto se delató, pues arrinconó la com-

---

res, Montejo y Ordóñez. J. Pabón, *Cambó II parte primera, 1918-1930...*, p. 363. También, *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1922, I, p. 286. Sobre el acoso a que se vio sometido, véase: E. González Rodríguez, *Sociedad y educación...*, pp. 302-306. También A. Reyna en «Reforma Silió de autonomía universitaria...», p. 56.

<sup>136</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1922, I, pp. 287-292. El 4 de abril daba cuenta ante la Cámara Alta de la desconsideración del presidente del gobierno.

<sup>137</sup> Nació en Jaén en 1856. Se doctoró en derecho y logró la plaza de oficial letrado del Consejo de Estado. Fue catedrático por oposición de derecho mercantil y penal desde 1882. Por nueva oposición lo fue de procedimientos judiciales que desempeñaba en la Central de la que fue vicerrector en 1920. Pertenecía a la Academia de Jurisprudencia, a la real de Ciencias Morales y Políticas, era vocal de la Comisión General de Codificación y de la Junta consultiva de la Comisaría de Seguros. En política, fue diputado por Morón en 1887 y 1891 y por Santa Cruz de la Palma en 1898. En el momento de ser designado ministro era Senador vitalicio. *Las Provincias*, 30 y 31 de diciembre de 1920, pp. 5 y 1, respectivamente.

pleja situación universitaria para dedicarse a la enseñanza primaria, secundaria y a retomar la cuestión religiosa. Ante la dura disyuntiva había optado por lo más sencillo, esperar<sup>138</sup>.

Silió se desesperó por la pasividad de su compañero de partido. A pesar de haber abandonado la cartera ministerial, creía en la necesidad de culminar su proyecto. Confiaba en él y no deseaba pasar como un gobernante más que había fracasado al intentar transformar las cosas. Precisamente un gesto significativo de su derrota acaeció en su visita a Valencia. Cuando vio peligrar su plan en la primavera de 1922, se dirigió a la universidad que le había prometido el nombramiento de doctor *honoris causa* para impartir unas conferencias en favor del nuevo régimen<sup>139</sup>. El 30 de mayo el ex ministro volvió a presentarse en Valencia acompañado de su fiel Zabala y del ex director general de instrucción pública, conde de Vallengano. El fin que pretendía era defender, a toda costa, su gestión en el ministerio e iniciar una campaña para salvar la autonomía. A fin de cuentas, el valenciano era uno de los distritos universitarios que más interés habían demostrado hacia su proyecto.

El ambiente que encontró, era bien distinto al que dejó pocos meses atrás. El conflicto de Santo Tomás había quebrado la cohesión universitaria y las esperanzas en su proyecto. Apenas llegado a la ciudad, se dirigió sin perder tiempo al paraninfo universitario donde se respiraba un ambiente de derrota y hostilidad. Las conferencias no pudieron darse por el boicot de algunos miembros del colegio médico de Valencia que protestaban contra una disposición que tomó tiempo atrás referida a validación de los estudios cursados en el extranjero. Ciertamente había algo más. Desde la intelectualidad de izquierdas, se rechazaba su presencia y por extensión, la actividad que había desarrollado<sup>140</sup>. La prensa republicana acusó injustamente al rector, Rafael Pastor González, de clerical por abrir el Paraninfo para un discurso político cuando antes se lo había negado al literato Vicente Blasco Ibáñez, o al científico Fernando de los Ríos<sup>141</sup>.

---

<sup>138</sup> *Las Provincias*, 16 de abril de 1922, p. 5.

<sup>139</sup> *Las Provincias*, 20 de mayo de 1922, p. 1.

<sup>140</sup> *Las Provincias*, 31 de mayo y 1 de junio de 1922, pp. 1 y 2, y 1, respectivamente; *La Voz Valenciana*, 31 de mayo de 1922, p. 1.

<sup>141</sup> La negativa del rector fue protestada por los catedráticos de derecho Gómez y Salom Antequera. La excusa de aquél fue que la sala no fue solicitada ni por el conferenciante ni por ningún claustro, sino por la Agru-

Los licenciados de medicina eran de talante izquierdista y ante la pasividad de los escolares y docentes —temerosos de que volviera al ministerio de nuevo— tomaron la iniciativa contra Silió. Las protestas fueron la exteorización definitiva de la ruptura de la etapa de entendimiento que había reinado meses atrás entre liberales y conservadores <sup>142</sup>. El ministro aunque no pudo hablar, siguió creyendo en la autonomía universitaria.

Aún tendría fuerzas para defenderlo en la Cámara alta. La indecisión ministerial hizo que comenzaran las presiones desde el sector liberal del Senado. Otra vez Esperabé, Ortega Gil, Casares y otros, solicitaron que se suspendiera la autonomía hasta que se aprobase el proyecto de ley <sup>143</sup>. Por otra parte tampoco había dinero para llevar adelante la reforma en toda su amplitud <sup>144</sup>. Algunos senadores se resistieron a las críticas y lucharon por mantener la autonomía a mediados de julio. Se discutía de los presupuestos para instrucción y no se pudo evitar la cuestión. Silió intervino a favor de su proyecto, sin duda, porque temía su final <sup>145</sup>. Fuera de su sereno tono habitual, tuvo palabras muy duras contra su compañero de partido, por su indolencia y por finiquitar un proyecto por el que tanto se había luchado:

Lo que no puede hacerse en el Ministerio de Instrucción pública es no opinar, no trabajar sobre las cosas, sestear, aguardando a que las cosas se resuelvan por sí solas; y esto, dicho sea con todos los respetos, es lo que viene haciendo el Sr. Ministro de Instrucción pública. Esto y otra cosa, que es practicar el cómodo flirteo con las extremas izquierdas en condescendencias que seri-

---

pación Socialista. Lo había denegado porque se trataba de un grupo político. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 21. *Borrador del acta de la sesión del claustro ordinario celebrado el 16 de junio de 1922*.

<sup>142</sup> *El Pueblo*, 1 de junio de 1922, p. 1.

<sup>143</sup> *Las Provincias*, 21 de junio de 1922, p. 6. No debe extrañarnos que se produjera en este foro ya que como señaló Mariano Gómez: «los senadores universitarios se opusieron, porque creían ver en peligro la organización electoral del claustro, y contra todos estos recelos, no hubo una minoría selecta que se impusiera». *La Voz de Valencia*, 26 de enero de 1923, p. 1.

<sup>144</sup> Así lo advirtió el senador Pagés en la Cámara Alta. *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1922, VI, pp. 1.785-1.786.

<sup>145</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1922, VI, pp. 1.769-1.787 y 1.837-1.846.

an punibles si no fueran bien intencionadas, en las que se entregan las propias convicciones, si estas se tienen, para lograr comodidades y lograr facilidades, confiando en que los hombres que nos sentamos en estos bancos nunca haremos campañas estrepitosas ni dificultaremos el que se apruebe, en definitiva, una obra ministerial y se legalice una situación económica <sup>146</sup>.

Tomás Montejo, pocos días después, optó por suspender el proceso de autonomía remitiéndose a una futura ley que se discutiría en las Cortes. Fue en el real decreto de 31 de julio de 1922 <sup>147</sup>. Se inhabilitaba la reforma pues el panorama político imposibilitaba seguir con ella. La suspensión equivalía a condenar a muerte la autonomía, debido a que la pulverización del sistema canovista impedía cualquier proyecto de envergadura <sup>148</sup>. Se suspendió para suavizar el trauma que una derogación suponía, cuando tantas esperanzas y esfuerzos se empeñaron. En la exposición de motivos, reconocía el interés por la autonomía de la que casi todos los universitarios se manifestaban a favor. La mejor manera de detener la obra sin perjudicarles en exceso fue alegar elementos objetivos para ello. Éstos que en demasiadas ocasiones y durante mucho tiempo se habían ignorado por los ministros-legisladores, como la jerarquía legal, fueron utilizados por Montejo para detener el tren de la independencia universitaria sin pagar un alto precio político.

Montejo quiso abordar la suspensión como algo ordinario e imprescindible dentro de la legalidad democrática. Se presentó como si no hubiera otra alternativa que paralizar un acto ilegal, un lastimoso error. Tres fueron los argumentos de los que se valió. El jurídico, el económico y el político. Respecto al primero, el decreto de 1919 y los que lo desarrollaron, vulneraban el principio de legalidad y de jerarquía normativa. César Silió se había

---

<sup>146</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1922, VI, p. 1.838.

<sup>147</sup> *Colección legislativa de instrucción pública*, Madrid, 1922, pp. 375-377. También *Las Provincias* y *El Mercantil Valenciano*, ambos de 4 de agosto de 1922, p. 3 y *La Voz Valenciana*, 3 de agosto, p. 1.

<sup>148</sup> El catedrático de hacienda, José M<sup>a</sup> Zumalacárregui, calificaba de eufemismo el término «suspensión» pues en realidad equivalía a la aniquilación del proyecto iniciado en 1919. *Las Provincias*, 10 de septiembre de 1922, p. 1.



extralimitado en sus funciones al violar leyes de rango superior: la de instrucción, la del timbre, la de presupuestos, la del régimen administrativo y la electoral, y al abarcar ramos que no le competían. Eran demasiadas contravenciones que tolerar. Recordó que el mismo Silió en su decreto de 21 de mayo de 1919 reconocía que las disposiciones relativas a las finanzas no entrarían en vigor sino hasta la aprobación del nuevo régimen. Si el ministro admitía que no se aplicaría su decreto en lo económico hasta que se acordara por ley, no había razón para admitir la vulneración en las demás disposiciones.

La cuestión financiera enlaza con el segundo motivo, pues se hacía imposible ir más lejos ya que en la ley de presupuestos del Estado —de la que dependía la mayor parte de los cambios— no se había logrado el consenso para destinar las cantidades requeridas. Junto a las razones administrativas, estaban las políticas pues en las Cortes se estaba discutiendo ampliamente sobre la forma y extensión del nuevo régimen, de manera que era preferible esperar los partidos políticos se pusieran de acuerdo antes de continuar.

En cuatro artículos, se aniquiló el esfuerzo y la esperanza de muchos hombres por cambiar la vieja institución universitaria. El artículo primero suspendió el decreto de 21 de mayo de 1919 y las disposiciones posteriores que lo desarrollaron. Se restableció la legislación derogada, manteniendo las normas dictadas durante el periodo autonómico que no se relacionaran con el régimen de independencia. También se confirmaron en sus cargos a los rectores, vicerrectores y decanos elegidos por los claustros. Se previno una cláusula de cierre, en la que reservaba al ministerio la potestad de decidir en torno a cuantas cuestiones surgieran como consecuencia de la suspensión. Tal y como habían pronosticado los catedráticos más veteranos, había bastado la llegada de un nuevo ministro y algo de presión política para que se fuera al traste la tan deseada transformación universitaria.

### *Las reacciones*

El decreto de Tomás Montejo evidenció a las tres universidades que más se destacaron en la reforma. El rector de Barcelona protestó ante un ministro que frustraba sus esperanzas de autonomía, su universidad había querido y quería la descentralización, pues era la

mejor manera de intensificar los estudios<sup>149</sup>. Barcelona desde que se implantó el centralismo a mediados del siglo XIX, demostró siempre su intención por lograr una cierta independencia intelectual y cultural. A principios del siglo XX se acentuó tal intención, hasta el extremo de que, por lograr libertad organizativa, respaldó todo intento de autonomía sin importarle la ideología del partido dinástico que la impulsara<sup>150</sup>. No debemos olvidar que desde las Bases de Manresa —1892— se ligaba la *Renaixença* catalana a la catalanización de la universidad. «La reconstrucción nacional de Cataluña pasaba, para la clase dirigente en Cataluña por la modernización y la racionalización de la enseñanza científica y tecnológica, y por un decidido impulso a la alta cultura e investigación»<sup>151</sup>. El *Segón Congrés Universitari Català* sirvió para congregar a numerosos profesores y alumnos universitarios que formularon un proyecto de estatuto de universidad catalana. Sus conclusiones fueron profusamente repartidas a otras universidades, prensa y personalidades importantes. Desde entonces, siempre que se suscitó el tema de la renovación universitaria surgían de ella voces que solicitaban la autonomía<sup>152</sup>.

Otra universidad que intentó inútilmente salvar el proyecto mediante la intervención de su senador fue Zaragoza<sup>153</sup>.

Autonomía universitaria. Claramente, rotundamente, categóricamente, la Universidad de Zaragoza es entusiasta de la autonomía. Desde hace cincuenta años todas las universidades españolas han venido hipando por la autonomía y atribuyendo a la falta de desarrollo de sus iniciativas la vida mezquina que en las mismas se lleva.

---

<sup>149</sup> *Las Provincias*, 1 de agosto de 1922, p. 7.

<sup>150</sup> E. González Rodríguez, *Sociedad y educación...*, p. 275. Al poco de promulgarse el decreto de 1919, Augusto Pi y Suñer, catedrático de Barcelona, declaraba la satisfacción entre sus compañeros pues les era «posible insertar nuestro estatuto de 14 de enero de este año, aspiración del II Congreso Universitario Catalán, en el que colaboramos fraternalmente catedráticos y alumnos. Se ha producido, por ello en nuestra universidad un fuerte movimiento de opinión favorable al decreto». «La autonomía universitaria», *BILE*, (1919), p. 335.

<sup>151</sup> P. Sola, «La autonomía universitaria...», p. 24.

<sup>152</sup> «La autonomía universitaria en la actualidad. Antecedentes», *La Correspondencia de Valencia*, 2 de septiembre de 1921, p. 1.

<sup>153</sup> Royo Villanova, *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1922, VI, p. 1.784.

Allí, al igual que en Valencia, la reforma había sido muy ardua y provechosa en el plano científico. En ambos estudios se había luchado por salir de la apatía que hasta entonces el sistema centralista había impuesto a las universidades de provincias<sup>154</sup>. Seguramente en ello tuvo que ver el creciente regionalismo pues los contados meses de libertad, habían producido una actividad febril en las universidades de la corona de Aragón<sup>155</sup>. No olvidemos que el Tercer congreso histórico de Aragón había estrechado los vínculos entre ellas<sup>156</sup>.

Valencia a pesar de que el esfuerzo y la decepción eran grandes —especialmente entre los conservadores— se hizo oír menos. Significamos dos testimonios. Ramón Velasco Pajares, catedrático de geografía de la facultad de filosofía y letras, en el discurso de apertura del curso 1922-1923 se declaró derrotado. Dijo avergonzarse del escalofriante desinterés que en esta situación demostraron los representantes de las universidades pues en el momento de discutirse el asunto del presupuesto para la instrucción pública —clave en la autonomía universitaria— sólo ocho senadores acudieron a la cámara cuando las universidades solas ya contaban con diez. Amargamente reconoció desconocer el auténtico sentir universitario acerca del tema y lamentó lo oscura que estaba para él la regeneración intelectual del país. Sin fuerzas para continuar con reivindicaciones, se limitó a cumplir con su deber y habló sobre los «Intereses españoles derivados de la oceanografía»<sup>157</sup>.

También nos ilustra el silencio en la Cámara alta del senador de la Universidad de Valencia. Altamira, que en otras ocasiones había fomentado el resurgir intelectual, y que seguramente era partidario de la autonomía; prefirió callar y favorecer a los suyos, los liberales. Éstos quedaron aliviados con la suspensión, pero molestos por haber favorecido la caída de un proyecto, que de haber sido plante-

---

<sup>154</sup> La universidad de Zaragoza fue la que con más encono puso en lograr y mantener su independencia, como prueba que remitió su estatuto al ministerio a los 12 días de haberse publicado el decreto de Silió. A. Reyna, «Reforma Silió de autonomía universitaria...», p. 75.

<sup>155</sup> *Las Provincias*, 1 de septiembre de 1922, p. 3.

<sup>156</sup> *La Voz de Valencia*, 11 de abril de 1923, p. 1. El primero se celebró en Valencia. *El Correo*, 17 de noviembre de 1905, p. 1.

<sup>157</sup> *Las Provincias*, 3 de octubre de 1922, p. 1. También, *Anales de la universidad de Valencia, años 1922-1923*, Valencia, 1924, pp. 7-92.

ado por un ministro «amigo», hubieran secundado sin dudar...<sup>158</sup>. El consuelo que les quedaba a todos era que al menos se había logrado revolucionar la vida científica. La parte más negativa fue la ruptura general de la convivencia ideológica. El periódico conservador *Las Provincias* describía el estado anímico tras el fracaso.

Por obra del real decreto de 31 de julio, quedan anulados unos estatutos y una reglamentación complementaria que, con la mejor voluntad y abnegada intensidad redactaron y vivían ya todas las universidades del reino; se quita a los escolares toda participación en la vida universitaria; se dificulta a las universidades la aceptación de subvenciones, donativos y legados: la universidad pierde el gobierno de sí misma; queda condenada a no renovar sus planes de estudios y a no poder adaptarlos a las peculiaridades regionales [...] catedráticos reducidos a la misión de empleados, al quitarles participación en su gobierno, ¿quién sabe la depresión que el repudio oficial de la autonomía puede causar en ellas, si no aciertan sus claustros a compensar la equivocación del poder?<sup>159</sup>

Era muy triste el resultado vano de tanto esfuerzo. Los catedráticos más veteranos ya habían advertido con su experiencia a jóvenes que como Deleito Piñuela convirtieron en su «pesadilla» el proyecto autonómico. El trabajo intensivo fracasó y la oportunidad perdida sería lamentada:

Reseñar cuánto la Universidad de Valencia ha trabajado para implantar la autonomía, desde la elaboración de su estatuto —uno de los más extensos y minuciosos— hasta la de los planes de estudio en las facultades respectivas, exigiría un tomo voluminoso. Ni hay espacio para resumir aquí ese punto de nuestra vida corporativa, ni sería demasiado interesante hacerlo, ya que se refiere a una obra abortada, laboriosísima en su gestación, pero que no llegó, y no por nuestra culpa, a ser una realidad tangible y vigente<sup>160</sup>.

---

<sup>158</sup> La aparente incoherencia entre el profesorado liberal que atacó la autonomía universitaria cuando tantos años la había demandado, fue puesta de manifiesto por la profesora M. I. Gutiérrez Zuloaga, «Autonomía universitaria en la España contemporánea...», pp. 363-364. Hoy podemos confirmar que su actitud de oposición fue el resultado de los temores ya citados. Poco después, retomarán los trabajos para independizar a los estudios superiores con garantías.

<sup>159</sup> *Las Provincias*, 1 de septiembre de 1922, p. 3.

<sup>160</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la universidad de Valencia...», p. 391.

M<sup>a</sup> Fernanda Mancebo reconoce también la frustración del claustro ordinario, que guardó silencio ante la derogación <sup>161</sup>. Pero no todo se perdió. Aunque dañado, el sueño de la autonomía siguió adelante y ya en noviembre de 1922, Rafael Altamira, advertía de su intención de entrevistarse con los catedráticos y demás autoridades docentes, con el fin de que le informaran de las necesidades y proyectos planteados para pertrecharlas de lo preciso. No se descartaba tratar la cuestión autonómica. Altamira no se desmoronó, pues si el fracaso del proyecto era un golpe duro, desde luego no era definitivo <sup>162</sup>. De nuevo la junta de medicina apostó por la autonomía universitaria con tres condiciones: que se concediera personalidad jurídica propia a las universidades, que se las dotara de medios suficientes, y que las reformas se regularan por una ley que afianzara los cambios <sup>163</sup>.

Al poco de producirse el golpe de Primo de Rivera se volvió a consultar a los catedráticos. La facultad de derecho de Valencia planteó una serie de reformas urgentes para los estudios. Entre ellos estaba un plan que respetaba la mayor parte de los cambios y proyectos que se habían planteado durante el periodo autonómico. Sin duda, la libertad, independencia y actividad que despertó la autonomía no sería nunca olvidada por los académicos <sup>164</sup>. La vida intelectual ya no se detendría pues mucho quedó de la libertad que se disfrutó: las conferencias de extensión universitaria continuaron, se consolidó el deseo por el estudio y el trabajo científico para profesores y alumnos. Se abrió algo a la sociedad valenciana y aumentó el compromiso político entre los universitarios. Pero la independencia universitaria aún debería esperar muchos años... <sup>165</sup> Deleito Piñuela aseguraba en 1925 que tras el fracaso de la reforma, el número de los autonomistas era menor, pero que, sin embargo, aún quedaban bastantes hombres de mérito entre sus filas. Una vez probada la libertad, la volun-

---

<sup>161</sup> M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, *La universidad de la república...*, pp. 47-48.

<sup>162</sup> *Las Provincias*, 3 de noviembre de 1922, p. 3.

<sup>163</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta del 27 de noviembre de 1922, pp. 241-243.

<sup>164</sup> Junta de 15 de octubre de 1923, *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 18/V/1920 a 6/XII/1924*, pp. 82 v.-89 v.

<sup>165</sup> *El Mercantil Valenciano*, 19 de abril de 1923, p. 1 y *Anales de la universidad de Valencia, 1923-1924*, Valencia, 1925.

tad de cambio y las ganas de trabajar ya no decaerán hasta la tragedia del 36:

Pero, con autonomía o sin ella, este claustro, formado por hombres de buena fe, con amor a la Universidad y a las facultades especiales a las que pertenecen, anhela la mejora de nuestra organización, la cooperación más viva del elemento escolar, el aumento de dotación para servicios de cultura [...] Clamamos por la reforma de nuestros arcaicos planes de estudios, que con la autonomía universitaria hubiéramos transformado de modo radical<sup>166</sup>.

El esfuerzo desarrollado por las universidades no fue vano, pues dejaron definidas sus ideas y deseos para la mejora universitaria que defenderían en adelante. Quien quisiera realizar una política universitaria satisfactoria, no podía descartar sus propuestas. Así lo expresó Joaquín Salvatella, poco antes del golpe riverista:

Los estatutos formulados por las diversas universidades para regir su propia vida autonómica, constituyen una fuente de información inmejorable, que debe guiar a los gobiernos en las futuras reformas que afecten la vida universitaria<sup>167</sup>.

No faltarán ejemplos; el claustro universitario de Santiago de Compostela un mes después de la llegada de Primo de Rivera presentó por medio de su claustro una memoria-plan en el que proponía una serie de reglas precisas para mejorar el funcionamiento de la universidad<sup>168</sup>.

---

<sup>166</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la universidad...», p. 392.

<sup>167</sup> Exposición de motivos del real decreto de 18 de mayo de 1923, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1923*, Madrid, 1924, pp. 195-197.

<sup>168</sup> Sorprende por la variedad de los contenidos: Solicitaban el restablecimiento de los exámenes de grado. La asistencia obligatoria a las clases. Que los exámenes oficiales se hicieran ante tribunal y que los catedráticos explicaran su programa con el fin de crear un *minimum* aplicable a todas las universidades. Que las clases teóricas durasen una hora. Que se derogara el decreto Salvatella referido a la formación de un tribunal de oposiciones a cátedra. Que se estableciera los estudios de doctorado en todas las universidades y que para cualquier reforma que se quisiese llevar a cabo desde el gobierno se tomara en consideración la voluntad de las universidades. *La Voz Valenciana*, 20 de octubre de 1922, p. 3.

El decreto Silió inspiraría las reformas que se desarrollaron durante la dictadura. En 1924 se concedió a las universidades personalidad jurídica, en 1926 la posibilidad de tener patrimonio propio. Y por último, en el plan Callejo de 1928 se decretó una reforma de los planes de estudio<sup>169</sup>. No en vano, al poco de llegar la Segunda República, los catedráticos de leyes tuvieron entre una de sus tres directrices recuperar la autonomía universitaria<sup>170</sup>. Manuel de Puelles afirma que los decretos de Silió inspiraron reformas muy posteriores como la de la ley Villar de 1970<sup>171</sup>. Lo que no nos cabe duda es que al menos en esencia su espíritu de dotar de libertad e independencia a las universidades ha llegado hasta nuestros días.

#### 4. *La autonomía Silió en Valencia*

##### a) *La redacción previa del proyecto estatutario*

La noticia del decreto de mayo de 1919 y la perentoriedad que imponía en la redacción de un estatuto que regulara el régimen de la universidad en sus elementos más esenciales hizo que se actuara con urgencia: tan sólo se disponían de cuatro meses para redactarlo. Los catedráticos de Valencia trabajaron duro pues no querían desaprovechar la posibilidad que se les brindaba. Esta vez no parecía una de tantas consultas del gobierno que acababan en la papelera. El plan parecía ir en serio, y así lo tomó el claustro valenciano; tampoco olvidemos que el mismo decreto contenía una velada amenaza de que en el futuro las universidades más débiles y las más incapaces podrían desaparecer. En un momento de transición y fuerte crisis como la que atravesaba España, cualquier cosa, por muy disparatada que fuese, era factible y desde luego la desaparición de alguna universidad no era, ni de lejos, descabellada. El rector Pastor y los catedráticos pronto

---

<sup>169</sup> M. de Puelles Benítez, *Política universitaria...*, pp. 47-52. Coincide en la importancia de este esfuerzo A. Reyna, «Reforma Silió de autonomía universitaria...», p. 60.

<sup>170</sup> M.<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «El primer rectorado republicano en la universidad de Valencia: Mariano Gómez González», *Vida, instituciones y universidad en la historia de Valencia*, Valencia, 1996, p. 178.

<sup>171</sup> M. de Puelles Benítez, *Educación e ideología...*, p. 269.



pusieron manos a la obra. El claustro universitario hasta entonces dividido entre conservadores y liberales hizo frente común: los primeros, para respaldar al ministro de derechas que impulsaba el proyecto; los segundos, por consolidar prerrogativas que venían disfrutando con cierta provisionalidad como la libertad de cátedra y de opinión. Aunque los conservadores se destacaron en los trabajos, todos los catedráticos participaron, pues negarse ello suponía abandonar en manos de la oposición la configuración de la futura universidad. La actividad universitaria después de tantos años de tensa quietud se volvió frenética.

Más pasó el tiempo. Y he aquí que hoy se entera, con alegría y sorpresa, nuestra pariente cercana, de que aquellos viejos que la molestaban y aburrían no eran sus verdaderos padres; de que sus padres son unos señores «contemporáneos», agradables, afales y hasta sabios; y de que van a renovarla, educándola para el verdadero bien, embelleciéndola y sincerándola <sup>172</sup>.

El 22 de mayo de 1919 la *Gaceta de Madrid* publicaba el decreto. El 2 de junio el claustro universitario acordó telegrafiar al ministro felicitándole y Jordana de Pozas propuso que una comisión compuesta por tres catedráticos de cada facultad redactara un anteproyecto que sería discutido y aprobado por el claustro. La idea contaba con la bendición de los decanos <sup>173</sup>. Cinco días después el rector tenía sobre su mesa los nombres de los designados <sup>174</sup>. Había que actuar de prisa pues el ministerio había concedido el estrecho mar-

---

<sup>172</sup> *Las Provincias*, 19 de noviembre de 1921, p. 1.

<sup>173</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 18, *Borrador del acta del claustro ordinario celebrado el 2 de junio de 1919*. También: *Libros*, l. 2.513, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, pp. 56-58.

<sup>174</sup> Por la facultad de medicina: Juan Bartual Moret, Enrique López Sancho y Jesús Bartrina Capella —su enfermedad le impidió intervenir apenas en los trabajos—. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta de 4 de junio de 1919, pp. 119-121. Por la de derecho, Joaquín Ros Gómez, Mariano Gómez González y Luis Jordana de Pozas. Junta de 30 de mayo. *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 7/XII/1912 a 10/II/1920*. También AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/3. Por la de ciencias: Juan Antonio Izquierdo y Gómez, Ignacio Tarrazona Blanc y José Gascó Oliag. Junta de 3 de junio. Por la de filosofía y letras: Pedro M<sup>a</sup> López Martínez, José Ventura Traveset y Luís Gozalvo

gen de cuatro meses para ejecutar una de las mayores obras que jamás se le había asignado a una universidad: la redacción de su régimen, es decir, su definición, su financiación, la disciplina, el sistema de nombramiento de sus profesores y autoridades..., en una palabra: todo.

El tiempo apremiaba, el 9 de junio se constituyó oficialmente la ponencia y se iniciaron los trabajos. Es significativo que la primera reunión se celebrara en la sala-biblioteca de la facultad de derecho. Esta facultad sería la principal impulsora de la autonomía en Valencia. Para evitar suspicacias el presidente sería el liberal Juan Bartual, catedrático de medicina; la secretaría corrió a cargo del conservador Jordana de Pozas, administrativista. La primera decisión que tomaron fue la de que presentarían su proyecto al claustro universitario hacia el mes de agosto. Sacrificarían sus vacaciones de verano para finalizar dentro del plazo<sup>175</sup>. El apremio del ministerio y la amenaza de la competencia fueron acicate para acelerar los trabajos en todas las universidades<sup>176</sup>.

La comisión quiso que la universidad no estuviera como hasta entonces de espaldas a la sociedad, por ello trataron de hacerla partícipe... Si aquélla iba a ser independiente y estar al servicio de la comunidad, debía escuchar la opinión del pueblo en el momento de su transformación. Quisieron que el conjunto de ciudadanos e instituciones valencianas participaran indirectamente en la redacción del estatuto. Sabían que la invocación al regionalismo y a la necesidad de una universidad fuerte, podría atraer dinero de la burguesía que, a imitación de Cataluña, iba paulatinamente adquiriendo cierta conciencia regionalista. Echaron mano a la historia para recordar que el pueblo valenciano mantuvo en el pasado por medio de su ayuntamiento el Estudio general. Se abrieron las puertas a las sugerencias de quienes quisieron colaborar en el estatuto. La universidad dejaba de ser algo cerrado y opaco para convertirse en una institución flexible y transparente<sup>177</sup>. Se hizo un llamamiento a todas

---

Paris. Junta de facultad de filosofía y letras el 3 de junio. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/3. También en los *Anales de la universidad de Valencia, 1921-1922*, Valencia, 1923, p. 81 y en el AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095.

<sup>175</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2.

<sup>176</sup> *El Mercantil Valenciano*, 7 de junio de 1919, p. 1.

<sup>177</sup> *La Voz Valenciana*, 20 de julio de 1919, p. 1.

las instituciones, asociaciones culturales y particulares que tuvieran interés, para que expresaran sus puntos de vista. Se redactó un listado de catorce temas de muy diversa índole, referidos todos ellos a los extremos más importantes de la universidad<sup>178</sup>. Las sugerencias deberían redactarse de manera legible y remitirse antes del 30 de junio a su secretaría<sup>179</sup>.

La respuesta de la sociedad valenciana fue muy favorable. Se recibieron numerosos informes que, a decir de los ponentes, se tuvieron en cuenta<sup>180</sup>. Pero los escritos tampoco fueron tantos como hubieran deseado los organizadores, o al menos no los que ellos hubieran preferido, pues muchas entidades —algunas tan importantes como los colegios de médicos y de abogados— se excusaron de enviar dictamen por haberles sido imposible tratar del asunto, bien por encontrarse de vacaciones o por no haber dispuesto de tiempo suficiente<sup>181</sup>.

Los ponentes trabajaban sin descanso reuniéndose a diario en los calurosos días de junio para lograr su objetivo. Debían concluir, imprimir y repartir el proyecto entre sus compañeros a mediados de julio si se quería discutir en agosto<sup>182</sup>. La junta de la facultad de medicina protestaría por su escasa participación y pidieron más comisiones de trabajo; no se atendió para no dilatar más el proceso de redacción<sup>183</sup>. Éste fue sencillo: se repartieron diez bases, que coincidían en esencia con los catorce temas, sobre los que ya se habían manifestado las instituciones y particulares valencianos,

---

<sup>178</sup> Nosotros los resumiríamos en: fines que debía atender; organismos que debían integrarla o con los que relacionarse; organización, gobierno y régimen; clases, nombramiento y dotación del personal docente, burocrático y subalterno; hacienda universitaria; plan y régimen de los estudios profesionales, científicos y del doctorado; establecimiento y régimen de la extensión universitaria; instituciones protectoras, educativas y complementarias; la inspección universitaria; la —compleja— cuestión disciplinaria; el régimen transitorio hasta la aplicación definitiva del nuevo estatuto.

<sup>179</sup> *Las Provincias*, 15 de junio de 1919, p. 1.

<sup>180</sup> Más de veintisiete escritos se remitieron al rectorado de destacadas entidades públicas y privadas, así como de particulares. AUV, Sección general, *documentos*, caja: 1.095/1.

<sup>181</sup> *Las Provincias*, 11 de noviembre de 1921, p. 4.

<sup>182</sup> *Las Provincias*, 29 de junio de 1919, p. 1.

<sup>183</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta de 18 de junio de 1919, pp. 105-106.

entre los miembros de la comisión. Sobre cada una de ellas, cada profesor redactaba con suma rapidez un borrador básico que en la siguiente reunión se discutía, modificaba —si llegaba el caso—, y se aprobaba por el resto de delegados. Nada más concretarse su contenido se enviaba a la imprenta para abreviar los trabajos de impresión. Una vez concluyeron, los profesores de derecho Mariano Gómez y Jordana de Pozas le dieron una revisión y ordenación final. La lectura y aprobación definitiva se hizo entre los días 7 y 12 de julio, cumpliendo escrupulosamente con los plazos fijados. El 15 comunicaron al rector que era hora de convocar claustro para discutir el proyecto. Rafael Pastor había acordado a finales de junio con la comisión redactora que así se haría en cuanto se lo solicitara ésta. La convocatoria se cursó el 18 de julio y se citaba a todos los catedráticos para el 25. Un día antes los comisionados celebraron la última reunión en la que se aseguraron de que el proyecto estaba en la imprenta, de que sus colegas habían contado con copias para estudiarlas y presentar las enmiendas y reformas que creyeron oportunas. Como éstas se depositaron antes del claustro, pudieron preparar las réplicas. Acabaron agradeciendo al profesor de derecho, José M<sup>a</sup> Zumalacárregui, y al de filosofía y letras, Carlos Riba, sus respectivos informes sobre las finanzas universitarias y sobre el patrimonio histórico de la Universidad de Valencia<sup>184</sup>.

El encargo de dichos escritos no era en absoluto inocente. El primero se hizo para conocer al detalle cuáles eran las necesidades económicas de la universidad, el segundo para saber las prerrogativas y bienes que ostentó la universidad antes de la centralización liberal. No olvidemos que a mediados de 1919, el ministro Prado Palacio reconoció en el Senado, el derecho de la Universidad de Salamanca a reclamar del ministerio de hacienda un equivalente de los ingresos que en el antiguo régimen había disfrutado<sup>185</sup>. A los redac-

---

<sup>184</sup> Del extracto de los acuerdos alcanzados por la comisión responsable de la ponencia referida a la redacción del estatuto de autonomía universitaria. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. El trabajo historiográfico de Riba se publicó bajo el título de «El antiguo patrimonio de la universidad de Valencia (1492-1845). Memoria histórica de sus vicisitudes y el estado de sus rentas en la época en que perdió su autonomía», *Anales de la universidad de Valencia, años 1922-1923*, Valencia, 1924, pp. 133-263.

<sup>185</sup> *Diario de sesiones del Senado*, Legislatura de 1919-1920, I, p. 320.

tores del estatuto no les pareció descabellada la idea de reclamar al ayuntamiento y diputación valencianos, las cantidades actualizadas a las que en su tiempo recibió el *Estudi general*. La financiación era clave para la subsistencia.

Pero volvamos a la discusión del estatuto universitario. Ésta se vio marcada por la falta de tiempo. El 25 de julio comenzaran las discusiones que tuvieron lugar ininterrumpidamente hasta el 5 de agosto —sólo descansaron los dos domingos intermedios—, tal y como había ordenado el rector, pues había que remitir cuanto antes los resultados al ministro. La comisión encargada del proyecto estatutario sugirió que, para acabar en el plazo, sólo se discutiese los añadidos, supresiones o enmiendas que se presentaran previamente por escrito. Rafael Pastor estuvo de acuerdo para no eternizar las discusiones; con el mismo fin, se redujo el número de alegatos y su duración<sup>186</sup>. Sobre la mesa quedaron las enmiendas y tras su lectura, el presidente y el secretario del proyecto lo defendían. Después de discutir, se votaba<sup>187</sup>. La discusión despertó un notable interés entre los catedráticos y destacaron las intervenciones de cinco profesores: Salvador Salom, Adolfo Gil y Morte, Pascual Testor, Carlos Riba y Peset<sup>188</sup>.

El estatuto en líneas generales no sufrió apenas modificaciones con respecto al anteproyecto, pues surgió como resultado del acuerdo. Todos los catedráticos eran conscientes de que la falta de tiempo imposibilitaba una discusión a fondo de cuestiones ideológicas, como la del fin último de la universidad. Además, no era prudente

---

<sup>186</sup> Se restringió a dos turnos a favor y dos en contra de una duración máxima de diez minutos para aquellas cuestiones susceptibles de debate y cinco para las rectificaciones. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Extracto de los acuerdos alcanzados por la comisión responsable de la ponencia el 30 de junio de 1919.

<sup>187</sup> Se felicitó a los miembros de la ponencia, en especial a Jordana de Pozas quien en beneficio de la universidad «ha dejado de lado sus peculiares puntos de vista». De nuevo se reconoció a José M<sup>a</sup> Zumalacárregui y Carlos Riba.

<sup>188</sup> Veintinueve profesores se dieron cita. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 18. *Borrador de las actas de los claustros ordinarios celebrados entre los días 25 de julio a 5 de agosto de 1919*. También en la misma sección, *Libros*, l. 2.513, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, junta de 25 de julio de 1919, pp. 60-62.

comenzar la nueva etapa con duros debates. La autonomía permitió ver a los profesores transigir y negociar, en torno a los más espinosos asuntos. Cabrera Warleta, catedrático de derecho canónico y clerical de primer orden, hizo constar en el acta que, si omitía enmiendas favorables a los principios católicos, ello no significaba que no simpatizase con algunos escritos remitidos a la comisión redactora por asociaciones o individuos clericales, ni mucho menos por falta de adhesión a la doctrina; simplemente obedecía a que ciertas afirmaciones eran más propias de leyes fundamentales que de un estatuto universitario y que otras debían desarrollarse en los reglamentos. Las que él consideraba que debían incluirse en el estatuto, las había dejado por la falta de tiempo para su discusión y porque el debate se había desarrollado «en un ambiente de mutuas concesiones entre los representantes de las más opuestas tendencias doctrinales siempre que en conciencia ha sido posible»<sup>189</sup>.

El proyecto se mantuvo casi intacto gracias a ese espíritu de tolerancia. Su presentación y discusión no fue partidista y casi todos los cambios consistieron en pequeños retoques técnicos, dados por una mayoría de profesores liberales o republicanos. De aquellas jornadas destacamos dos aspectos: el temor referido a la financiación de la universidad —no se convencían de que fuera suficiente el plan ministerial—, y el segundo, una cierta obsesión por la pugna con el resto de universidades públicas y por la posible competencia con los centros de estudios superiores privados. El 5 de agosto el claustro ordinario aprobó el definitivo proyecto del que se envió copia al ministerio<sup>190</sup>.

#### b) *El estatuto*

Se componía de docientos artículos repartidos en siete títulos que a su vez se subdividían en capítulos. Tenía tres disposiciones complementarias y diez transitorias. En su contenido se establecían

---

<sup>189</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 18. *Borrador de las actas...* Junta de 2 de agosto de 1919.

<sup>190</sup> Junta de las reuniones de 4 y 5 de agosto de 1919. *Borrador de las actas...* AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 18. También en AUV, Sección general, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 60-62.

las normas fundamentales que regirían la universidad, pero además un plan de trabajo para el futuro inmediato <sup>191</sup>. En palabras de uno de sus creadores:

En el anteproyecto [...] se establece y regula todo lo referente a la Universidad autónoma, de tal manera que, además de ser una carta fundamental universitaria, es un verdadero programa de acción, expresivo de lo que podría y debería hacer la universidad autónoma <sup>192</sup>.

### *Integración, fines y organización*

El estatuto definía la universidad como una institución federativa compuesta por profesores, alumnos y amantes de la cultura, congregados en las facultades y demás corporaciones que la integrasen. La definición nos habla de una universidad como *Alma mater*, en la que sus miembros constituían una gran familia, en donde las posiciones enfrentadas estaban llamadas a desaparecer. Era una declaración tan espiritual como estéril, una promesa de igualdad universal de profesores y alumnos profesando amor a la ciencia. Pero no pasaba de ahí... El poder quedaba en manos de un solo sector: los profesores. Quienes redactaron el estatuto supieron reservarse todos los poderes importantes que podían derivarse del nuevo régimen. Las escuelas superiores siguieron sin ser reconocidas como facultades, aunque ya quedaron incorporadas a la universidad junto al jardín Botánico, el instituto de idiomas, el observatorio astronómico y las demás facultades, centros y escuelas que la universidad fundara o se añadieran.

En general se respetaron las deficiones y contenidos que Silió había propuesto en su decreto de 1919, si bien del articulado se desprende una profunda preocupación por la financiación de la uni-

---

<sup>191</sup> El estatuto definitivo quedó recogido en los *Anales de la universidad de Valencia, 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 81-126. También se reproduce el proyecto y las leves reformas que se hicieron por el ministerio para su aprobación. M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «Estatutos de 1921», *Bulas Constituciones y estatutos de la universidad de Valencia*, 2 vols., Valencia, 1999, II, pp. 133-184.

<sup>192</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095.



versidad. La universidad sería un centro de preparación profesional, científico y encargado de fomentar la cultura por tanto debería subvencionarse y protegerse por el Estado. Pero también dejaron abierta la puerta a las aportaciones de los particulares y demás asociaciones. Claro es que para poder actuar con plena independencia, necesitaba de libertad para obrar en el campo económico; por ello se reconoció personalidad jurídica a la universidad y a cuantas instituciones educativas dependieran de ella<sup>193</sup>. En este sentido se quiso evitar intromisiones desde el ministerio, por ello en las cuestiones competenciales propias, primaría la normativa estatutaria por encima de cualquier ley estatal. En los casos imprevistos o de urgencia, la universidad se confería poderes para actuar libremente, con posterior informe al ministerio<sup>194</sup>.

### *Órganos colegiados*

El estatuto valenciano depositó en las asambleas de profesores el gobierno de la universidad. El poder que hasta entonces ostentaba el ministerio fue ocupado por las juntas de académicos. La cuestiones importantes serían gestionadas siempre por las juntas docentes. En el fondo, sólo se cambió la titularidad del poder. El resto de entidades corporativas tenían facultades orientadoras de su política, complementarias de sus acciones, o en algún caso fiscalizadoras. Ese interés por atraerse el poder se debió la desconfianza de los catedráticos a ceder poderes a órganos no formados exclusivamente por ellos<sup>195</sup>.

El Estado no ha hecho nada por preparar a la universidad para una vida autónoma. Si del trance sale airoso la universidad,

---

<sup>193</sup> Los litigios que pudieran darse se resolverían por la asamblea general de la universidad sin posibilidad de recurso. Si el problema se suscitaba entre ésta y un centro dependiente de ella, se establecería un sistema de arbitraje compuesto de miembros de ambos claustros.

<sup>194</sup> Artículo 10.

<sup>195</sup> Manuel García Morente tras criticar el decreto, recomendaba prudencia para no provocar la aniquilación de las universidades. «La autonomía universitaria», *BILE*, (1919), p. 172. Repite lo recogido por *El Sol* de 26 de mayo de 1919.

el mérito será de ella. Si sale vencida y maltrecha, es injusto [...] Este decreto es una anormalidad más que se suma a las anteriores. Por eso, a pesar de su claridad, no está claro. ¿Qué se propone? ¿Hacer o deshacer la universidad? ¿Suscitar, bajo el manto benévolo de la libertad, la pujanza aparente de nuevas instituciones y acelerar el desmedro de las universidades? [...] La universidad, al reorganizarse, debe, si quiere salir triunfante del apretado trance, proceder con la cautela que al ministerio le ha faltado.

Veamos las diferentes entidades que se formularon:

*El claustro ordinario*<sup>196</sup>. Algo más generosos que Silió en su decreto, los redactores permitieron la presencia de los auxiliares numerarios en los claustros, con voz pero sin voto. Entre otras funciones ejercía la inspección del cumplimiento estatutario; revisión de los acuerdos que adoptara la comisión ejecutiva en los casos imprevistos, urgentes o extraordinarios. También resolvería los conflictos de competencia que surgieran e incluso se le facultó para acordar la separación del personal administrativo y subalterno. También contaba con capacidad decisoria en asuntos económicos<sup>197</sup>. Por último, una potestad general que abarcaba cuantas atribuciones se pudieran establecer en desarrollo del estatuto o de los reglamentos universitarios, cuya aprobación y reforma también se le concedía.

*Las juntas de facultad*<sup>198</sup>. Se componían de los profesores de cada facultad.

*La comisión ejecutiva de la universidad*<sup>199</sup>. La constituía el rector, el vicerrector y los decanos de las facultades. Venía a sustituir la junta de decanos que ya funcionaba desde hacía años, si bien ahora se les exigía mayor trabajo y dedicación. Sus funciones principales eran de información e inspección.

---

<sup>196</sup> Regulado en los arts. 11-12 y 36.

<sup>197</sup> Se le concedió la facultad de resolver sobre la aceptación de donación o disposición *mortis causa* siempre que no se hicieran a alguna facultad en concreto. Podía acordar la adquisición para la universidad de bienes inmuebles siempre que no fuera preciso apelar al crédito así como autorizar operaciones de transferencia de bienes y emisión de empréstitos. Tenía facultades fiscalizadoras para controlar y aprobar en su caso el presupuesto de la universidad y las cuentas de las facultades.

<sup>198</sup> Artículos 11, 13, 42-45 del estatuto.

<sup>199</sup> Artículos 11, 14 y 37.

A continuación nos detendremos en las instituciones que por su composición no exclusivamente académica, contaron con una escasa relevancia en el gobierno universitario:

*El claustro extraordinario*<sup>200</sup>. Sus componentes además de los establecidos por el real decreto de 1919, eran también unos que por su trascendencia los redactores del estatuto no quisieron dejar fuera: el cancellor, los doctores *honoris causa* que nombrase la universidad<sup>201</sup>, así como aquellos particulares que el claustro ordinario admitiera en consideración de los donativos o servicios prestados a la universidad y las corporaciones y asociaciones de padres<sup>202</sup> y alumnos que el claustro ordinario determinara. Sus reuniones se harían siempre previa convocatoria del rector. Sus funciones serían ceremoniales.

*Las asociaciones de estudiantes*<sup>203</sup>. Era la primera vez que se admitía a las agrupaciones de alumnos y antiguos discípulos en el gobierno universitario, aunque se les concedió un escaso poder, era un detalle importante<sup>204</sup>. Se les reconoció la facultad de proponer las mejoras que creyeran convenientes al rector, que las recogería y las remitiría a la institución correspondiente. También, podían formar parte de la representación escolar en la asamblea general de la universidad y en los claustros de facultad —siempre que se solicitara y concediera—, aunque en la última tendrían voz pero no voto. La habilitación de una vía de comunicación vertical, permitía a las autoridades universitarias conocer las sugerencias y quejas del alumnado sin que éste se viera necesitado —como hasta entonces— de recurrir más a las huelgas y motines para expresarlas.

---

<sup>200</sup> Artículos 11, 15 y 38.

<sup>201</sup> El real decreto de 6 de febrero de 1920, *Gaceta de Madrid* de los días 7 y 15, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1920*, Madrid, 1921, pp. 99-100; disponía que mientras no se aprobara su estatuto de ésta y el de las otras universidades podría concederse exclusivamente cuando en virtud de propuesta razonada fuera aceptado por las 4/5 partes de la junta de la facultad respectiva y con posterior aprobación del claustro universitario.

<sup>202</sup> La inclusión de los padres y tutores en el gobierno de la universidad se debió al catedrático Carlos Riba. Su desarrollo se dejó para reglamentación posterior. Junta de 28 de julio. *Borrador de las actas...*, AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 18.

<sup>203</sup> Artículos 11, 16, 17 y 39.

<sup>204</sup> M. Peset Reig y M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «Un intento de autonomía universitaria...», p. 543.

*Asamblea general de la universidad*<sup>205</sup>. Lo componía el claustro extraordinario y dos alumnos de cada facultad elegidos por sus compañeros, también por los representantes legales de las asociaciones estudiantiles reconocidas; los directores y presidentes de las juntas o patronatos de los institutos, escuelas y centros de cualquier institución especial creada por la universidad en el futuro. Era obligatorio para ella reunirse al menos una vez al año y siempre que lo acordase la comisión ejecutiva. Sus funciones —que podían aumentarse en caso de ser necesario— eran aprobar la memoria anual y las cuentas generales de la universidad, así como el inventario general de bienes del patrimonio corporativo<sup>206</sup>. Era competente para solicitar la reforma de los estatutos, plantear sugerencias para mejorar el sistema, nombrar el canciller y los doctores *honoris causa* —con el asentimiento de las dos terceras partes de sus miembros—. Sobre ella recayó el fallo en los conflictos en que se vieran comprometidas varias facultades.

### *Órganos unipersonales. Constitución y competencias*

Se rescató una figura de vieja raigambre en la universidad<sup>207</sup>. El canciller se constituía como presidente de honor. Su designación se dejó al claustro extraordinario y debía recaer siempre en una eminencia científica. El gesto es importante pues aunque se mantuvo el arcaico título, ya no será un personaje ligado al mundo religioso sino al científico. Su naturaleza y funciones no eran muy distintas a las originarias: colacionar grados —dotar de validez oficial a los estudios—<sup>208</sup>, y se le siguió considerando como el más alto recono-

---

<sup>205</sup> Artículos 11, 17 y 40.

<sup>206</sup> Capítulo I, título V del estatuto.

<sup>207</sup> M. Peset Reig y M.<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «Un intento de autonomía universitaria...», p. 516. Sobre la figura del canciller en la fundación del Estudio general valentino véase, A. Felipe Orts, *La universidad de Valencia durante el siglo XVI (1499-1611)*, Valencia, 1993, pp. 25-28.

<sup>208</sup> M. Velasco y Santos, *Reseña histórica de la universidad de Valencia. Su origen y fundación: sus progresos y vicisitudes: influjo que ha ejercido en el movimiento general científico y literario de España hasta el año de 1845*, Valencia, 1868, pp. 42-43, señala que a pesar de que sobre el papel de la Bula de Alejandro VI el Canciller ostentaba una notable importancia, en la

cimiento honorífico aunque como figura simbólica que era estaba fuera del gobierno universitario<sup>209</sup>. En el corazón de muchos profesores estaba el deseo de que la ocupara el premio Nobel, Ramón y Cajal<sup>210</sup>.

Quien mantenía mucho poder era el rector que continuaba siendo el jefe inmediato de la universidad y presidente nato de sus órganos representativos. El vicerrector lo sustituiría cuando se precisara. El rector mantuvo sus atribuciones e incluso se le aumentaron algo más. Entre otras se le encargó la función ejecutiva, cumplir y hacer cumplir las leyes y acuerdos, así como estudiar las sugerencias y quejas que la colectividad universitaria<sup>211</sup>.

El decano era para la facultad lo que el rector a la universidad<sup>212</sup>. Al igual que aquél, sería un catedrático titular elegido por sus compañeros —cabía reelección— y su mandato duraría cinco años. Era jefe de la facultad y presidente de sus juntas. El vicedecano ocupaba su lugar caso de producirse cualquier contingencia. También tenía funciones burocráticas y representaba a la facultad en juicio y fuera de él. En materia económica, se le encargó la dirección de la administración económica de los bienes y recursos propios de la facultad.

Ahora bien si la universidad contaba con libertad —parcial— para configurarse, las facultades no fueron menos pues contaron casi con total independencia económica y pedagógica<sup>213</sup>. Podían

---

práctica no era así. Para la universidad de Salamanca véase M. Paz Alonso Romero, *Universidad y sociedad corporativa. Historia del privilegio jurisdiccional del estudio salmantino*, Madrid, 1997, pp. 247-251.

<sup>209</sup> M. Peset Reig y M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso en «Un intento de autonomía universitaria...», pp. 516-517, manifestaron que Carlos Riba fue el artífice de la figura. Él mismo lo solicitó en el claustro ordinario del 28 de julio. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 18. *Borrador de las actas...*

<sup>210</sup> Así se acordó. *Borrador del acta de la sesión del claustro ordinario celebrado el 26 de abril de 1922*. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 21. También *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 95-96.

<sup>211</sup> Sus facultades se contenían en los artículos 20, 26-28 del estatuto. M. Peset Reig y M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «Un intento de autonomía universitaria...», pp. 519-520.

<sup>212</sup> Sus atribuciones quedaron configuradas en los artículos 21, 30-33.

<sup>213</sup> Artículos 42 a 45.

administrarse y gobernarse por sí mismas siempre que respetaran los mínimos contenidos en el decreto, el estatuto y los reglamentos universitarios que se desarrollaran. Su gobierno se dejaba en manos de la junta de catedráticos, presidida por el decano. Además de contar con plena personalidad jurídica, en materia económica gozaría de total independencia para administrar sus bienes, aceptar legados, herencias, fundaciones, subvenciones y donaciones que se hicieran a favor de la facultad, así como acordar compra-ventas o permutas de bienes.

La autonomía científica fue absoluta, tal y como durante años demandaron los catedráticos liberales. Las facultades organizarían sus propios planes de estudio, horarios, distribución y configuración de las clases y enseñanzas, etc. Para regirse por ellas mismas se les encargó la redacción y aprobación de su propio reglamento —abarcaría el régimen interno, pedagógico y administrativo—. Se les impuso el deber de presentar un informe anual de su funcionamiento y de dar cuentas a la comisión ejecutiva cuando esta lo requiriese. A cada facultad se le concedió lo que más deseaba, el nombramiento de su personal docente<sup>214</sup>. Por otro lado se reconoció la libertad individual del catedrático tanto en la manera de exponer sus lecciones como en el contenido de estas. Sin embargo muy preocupados por garantizar una adecuada docencia, los redactores del estatuto plasmaron una serie de reglas o consejos pedagógicos que orientaran a los docentes para obtener mayores y mejores progresos entre sus estudiantes<sup>215</sup>.

Las comisiones y comisarios especiales se establecieron para dotar de flexibilidad y eficacia a la vida universitaria<sup>216</sup>. Surgieron porque el claustro creía positivo establecer un sistema que facilitase la relación entre las facultades y su cooperación. Bajo la presidencia del rector podrían crearse comisiones mixtas de profesores

---

<sup>214</sup> No dejó muy claro la real orden de 20 de marzo de 1922 el modo de hacerse. Una vez recibida las universidades las cantidades destinadas, éstas las distribuirían en sus facultades que a su vez decidirían cómo emplearlas, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1922*, Madrid, 1922, p. 163.

<sup>215</sup> Se recomendó una mayor participación e implicación del alumno en la vida académica y el desarrollo de la observación, la reflexión y la práctica. Artículos 69 a 76 del estatuto.

<sup>216</sup> Artículos 46-49.

para conferencias, excursiones, actividades comunes... A su vez, todos los órganos representativos podrían delegar sus funciones en comisiones especiales o en comisarios o delegados individuales cuando lo creyeran preciso. Estos nuevos entes reflejaban una doble intención: por un lado, dotaban de mayor efectividad a sus instituciones gracias a la descentralización de funciones; por el otro, agilizaban las actuaciones. La universidad valentina del futuro debería reaccionar adecuadamente a las necesidades que pudieran surgir.

### *Régimen académico*

Aunque las facultades respectivas fueron autorizadas para determinar la mayor parte de los elementos del régimen académico, en el estatuto se determinaron una serie de componentes generales que todas las carreras debían respetar. Para que el curso fuera mejor aprovechado se estableció su duración en nueve meses —uno más de lo que se venía dando— y sólo se concederían las vacaciones indispensables —fiestas nacionales y religiosas—. Con criterio pedagógico, se determinó que las clases orales serían de una sola hora —antes tenían treinta minutos más—. Para ser estudiante se exigía además de la matrícula, contar con dieciséis años, poseer el título de bachiller y superar el examen de ingreso en las facultades que lo estableciesen. En la futura universidad se rechazó la discriminación sexual de manera que las mujeres gozarían de los mismos derechos y obligaciones que los varones<sup>217</sup>.

Las clases serían públicas o privadas. Se quiso hacer de la universidad un lugar cómodo y digno. Para evitar la masificación, podrían desdoblarse clases para el mejor aprovechamiento del curso. Las clases contarían con todo tipo de comodidades: cada cátedra tendría aula propia y un despacho para el profesor<sup>218</sup>. No olvidemos que la mayor parte de los ingresos dependería directamente de la capacidad y calidad de las instalaciones. Para mejorar la disciplina y alentar al trabajo se haría una libreta escolar y en el estatuto se enumeraron una serie de obligaciones para los estudiantes<sup>219</sup>.

---

<sup>217</sup> Artículo 59.

<sup>218</sup> Así lo establecía el artículo 170.

<sup>219</sup> Respeto y obediencia al rector, decano y profesores, también debían prestar atención a las amonestaciones de los dependientes y encarga-



Se concedió libertad de asistencia, pero esta prerrogativa era engañosa ya que en la realidad el profesor tenía mucho que decir. Si apreciaba que el alumno no estaba suficientemente preparado podía negarle el certificado de suficiencia. De manera que era el catedrático quien tenía la última palabra en el ejercicio de dicha prerrogativa. La asistencia a las cátedras prácticas o experimentales era en todo caso obligatoria. Esto también serviría como freno a las «fugas» de clase, ya que por ejemplo, los catedráticos de leyes tenían la intención de declarar prácticas todas sus asignaturas. De ese modo se esperaba acabar con las algaradas que eran un verdadero problema en el régimen anterior al estatuto. Con el reconocimiento de aquella libertad ya nada justificaría los convenios para promover huelgas o perturbar al resto de alumnos. Quienes lo hicieran serían severamente castigados. Dejaron la concreción de las penas a la redacción posterior de un reglamento disciplinario. Los redactores del estatuto tenían claro que debían acabar definitivamente con los desafueros pasados. La futura y competitiva universidad no podía permitirse el lujo de dañar su imagen ante la sociedad y, menos aún, la de granjearse malas famas<sup>220</sup>.

También para ganar prestigio científico, se abrió la posibilidad de que las respectivas facultades pudieran restablecer el doctorado<sup>221</sup>. Esto era muy importante para la universidad, no sólo desde el punto de vista científico y psicológico —dignificación del estudio— sino desde el académico, pues facilitaba la provisión de las cátedras con doctores valencianos. Muestra de la importancia que ganaba la investigación científica fue que en todos ellos para obtener el grado además de superar los cursillos, se debería presentar una tesis.

En cuanto a los exámenes se mantuvo la diferencia entre los alumnos oficiales y los libres. Los primeros se matriculaban por cursos que establecerían las facultades y que comprenderían un grupo de asignaturas —supuestamente afines o relacionadas—, y al final del curso, que podía ser anual o semestral, el profesor entregaría a aquellos alumnos que él considerase que habían aprovechado el

---

dos de la conservación del orden y la disciplina. Eran los responsables de reponer y reparar los daños que causaren. Por último, quedaban obligados a concurrir a los actos académicos y conducirse de manera decorosa así como a cumplir las leyes, estatutos y reglamentos.

<sup>220</sup> El régimen escolar se contemplaba en los arts. 55 a 68.

<sup>221</sup> De esto se ocuparon los artículos 77 a 82 del estatuto.

curso, una papeleta de suficiencia<sup>222</sup>. La valoración quedaría a su libre criterio. Una vez alcanzado el certificado de suficiencia de todas las asignaturas de cada grupo, se estaba capacitado para acudir a la prueba de aptitud. Ésta se realizaría dos veces al año. Consistía en un examen ante un tribunal compuesto por los profesores del grupo de asignaturas que se tratase. Una vez superadas todas las pruebas de aptitud que integraban la carrera —el sistema estableció incompatibilidades que impedían examinarse del grupo superior sin haber aprobado el anterior— la universidad expediría el certificado de capacidad. Con el que ya podría acudir al examen de Estado del que se obtenía el grado de licenciado que capacitaba para el ejercicio profesional.

Los alumnos no oficiales tuvieron una especial regulación por su problemática particular. Al prepararse fuera de la facultad, su evolución no podía ser controlada a diario por el profesor, de manera que para lograr la papeleta de suficiencia, se les exigió pasar un examen por cada asignatura ante un primer tribunal. Una vez se aprobaban las disciplinas de cada grupo, se examinarían de las pruebas de aptitud. Superadas éstas, se les entregaría el certificado de capacidad para que pudieran presentarse al examen de Estado.

La flexibilidad caracterizaría las pruebas que podrían ser orales, escritas, prácticas o componerse de varios tipos a la vez. Los docentes gozarían de completa libertad a la hora de apreciar la preparación del discípulo. Las de asignatura serían extraídas del temario del profesor. Las de aptitud serían eminentemente prácticas y deberían relacionarse, en lo posible, con los conocimientos teóricos de las disciplinas que la compusieran. Para evitar que los estudiantes se eternizaran en los cursos y que aprobaran más por constancia que por conocimientos, se determinó que si un alumno suspendía en la prueba de aptitud tres veces, quedaría inhabilitado para volver a examinarse. Creemos que por motivos económicos se suprimieron las matrículas de honor —a cambio se estableció un generoso sistema de becas—, pero se mantuvo el premio extraordinario de licenciatura y se creó el de doctorado<sup>223</sup>.

---

<sup>222</sup> La influencia de Giner de los Ríos es importante. Él mismo, treinta años atrás, argumentó contra los exámenes de curso. El catedrático debía valorar las capacidades y conocimientos del alumno a lo largo del año que pasaba en su compañía. F. Giner de los Ríos, «Sobre la reorganización de los estudios...», p. 212.

<sup>223</sup> La cuestión de los exámenes se contempla en los artículos 83 a 97 del estatuto.

La universidad quería abrir sus puertas a la sociedad. Debía convertirse en el referente cultural de la región. Sobre el papel se observaba un deseo enorme en aumentar sus instituciones científicas, mejorar laboratorios, clínicas, salas de trabajo, bibliotecas<sup>224</sup>. También de ayudar al desarrollo científico mediante la adjudicación de pensiones para profesores y alumnos, celebración de concursos y certámenes, así como la publicación de anales y demás trabajos que exteriorizaran la labor universitaria. Tampoco se olvidaron de los cursos de extensión universitaria. La universidad que se decía muerta, tenía que resucitar y mostrar su interés por la ciencia y el trabajo. Sólo mediante el esfuerzo se ganaría el respeto y la consideración social. Al contrario que años atrás, el estatuto iba más allá de los discursos huecos y pasaba a la acción.

### *Personal docente*

En esta cuestión poca novedad pudieron incluir, pues el decreto de 1919 ya configuró las figuras del profesorado bastante detalladamente. Se respetaron los derechos de los catedráticos en ejercicio<sup>225</sup>. La novedad se introdujo en la selección de los profesores que serían personas idóneas que gozasen de especial prestigio y previa propuesta unánime de la junta de facultad donde se produjera la vacante. El nombramiento correspondería al claustro ordinario. Si la unanimidad no se daba —lo que era casi seguro a menos que el aspirante fuera una verdadera eminencia científica—<sup>226</sup>, actuaba un sistema transitorio de elección, durante los cinco años siguientes<sup>227</sup>.

---

<sup>224</sup> De la biblioteca se ocupó el artículo 101 del estatuto. Sus bienes se declararon inalienables y se comprometieron a mejorar sus servicios. Para permitir mayores facilidades a los investigadores se establecerían «salas de distinguidos» para los estudiantes, los investigadores más competentes y responsables, y los profesores. Las bibliotecas de las respectivas facultades serían independientes.

<sup>225</sup> Artículo 110.

<sup>226</sup> M. Peset Reig y M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, «Un intento de autonomía universitaria...», p. 534.

<sup>227</sup> Pasado el plazo, cabía modificación por el claustro ordinario con el voto de las dos terceras partes de los individuos que los componen, sin que se entendiera cambio estatutario para la que existía otro procedimiento.

La oposición continuó como la mejor manera de valorar a los aspirantes. Se celebraría en Valencia ante un tribunal de cinco catedráticos. Para evitar acusaciones de endogamia, sólo uno sería de la misma facultad y el resto se elegiría entre nacionales o extranjeros de la misma o análoga cátedra vacante. No quedó resuelto el eterno problema de designar tribunales objetivos y no politizados, pues si la intervención política externa a la universidad quedaba excluida, se dejaba en manos del claustro ordinario a propuesta de la facultad respectiva su designación. Es una lástima no poder contrastar con la realidad, los resultados que el nuevo sistema hubiera producido. La forma de los ejercicios y demás detalles quedaba a la determinación de un reglamento posterior del que tampoco sabremos nunca sus resultados. La propuesta del tribunal sería unipersonal y el aspirante que obtuviese los tres votos alcanzaría la plaza.

El estatuto extendía este sistema de elección a los profesores especiales que tuvieran carácter permanente. Los especiales temporales —duración anual—, serían nombrados por la facultad respectiva mediante concurso. Los extraordinarios debían ser requeridos por la facultad y su enseñanza sería transitoria —no se precisó tiempo—. Cabía la posibilidad de que se hiciera permanente, ahora bien, para evitar corruptelas endogámicas, se exigía la aprobación del claustro ordinario por mayoría de dos terceras partes de sus miembros.

Para los auxiliares se reservaba el acceso por concurso. La valoración correspondía al claustro de la facultad en la que pretendiera servir. Estos cargos no serían perpetuos y una vez transcurrido el tiempo que se determinara en los reglamentos de desarrollo, no podrían seguir en la universidad. Los ayudantes de laboratorios, clínicas, gabinetes y demás clases especiales o de repetición, serían nombrados por el decano previo acuerdo del claustro y a propuesta del profesor de la asignatura. Para evitar fraudes, impusieron ciertas abstenciones e incompatibilidades. No podemos dejar de reconocer con Altamira que el sistema de elección de los profesores era altamente «localista» y peligroso<sup>228</sup>. Endogámico porque en todos los nombramientos se pasaba por el control del claustro de la facultad donde estuviera la vacante. Esta cerrazón era peligrosa pues era fácil que una «familia» ideológica dominara el acceso a la universidad.

---

<sup>228</sup> *El Mercantil Valenciano*, 23 de junio de 1919, p. 1.

La extensa normativa no varió demasiado las obligaciones académicas<sup>229</sup>. En este punto los profesores no se exigieron demasiado. Quedaban sujetos a impartir las clases y a atender todos los encargos que con motivo de su posición les fueran encomendados por la universidad: asistir a oposiciones, formar parte de comisiones, etc. El estatuto incidió en perseguir una antigua lacra académica: el absentismo. Se declaraba incompatible con los cargos de profesores permanentes, todas las funciones que obligasen a residir fuera del término municipal valenciano o cualquier otro ejercicio de cargo público o privado que a juicio de la junta de facultad fuera incompatible con las obligaciones académicas. Caso de sobrevenir la incompatibilidad, quedaba en régimen de excedencia. Ningún profesor se ausentaría sin licencia; ésta se otorgaría para asuntos personales o por enfermedad<sup>230</sup>. La excedencia y la jubilación se reconoció únicamente a los catedráticos numerarios y profesores permanentes. En la excedencia se distinguían dos tipos: la voluntaria, a solicitud del profesor y que tenía el límite de diez años. Con ella no se percibía salario alguno. Y la forzosa, cuando el profesor fuera elegido senador o diputado, en cuyo caso cesarían en sus funciones pero continuaría percibiendo su salario y demás derechos.

### *El patrimonio de la universidad, su hacienda y régimen económico*

Éste era uno de los puntos capitales de la reforma. Claro está que todo lo anteriormente expuesto quedaba en papel mojado si no había dinero para llevarlo a efecto. Al patrimonio universitario se dedicó todo el título V del estatuto. Se configuró con el conjunto de bienes, derechos y acciones pertenecientes a la universidad. Diferenciaron claramente entre sus propiedades y las de las facultades, institutos y demás centros docentes que se crearan. Para conocer-

---

<sup>229</sup> La referida al profesorado se contiene entre los artículos 109 a 152.

<sup>230</sup> El artículo 144. Para asuntos propios correspondía al decano hasta quince días. El rector podía dar hasta treinta. Éstas eran con salario. Cuando se solicitaran en diversas ocasiones, las que pasaran de treinta días en total quedarían sin retribuir y en ningún caso la suma total podría exceder de tres meses. En caso de enfermedad, la autorización se haría por el rector sin merma salarial. Caso de hacerse crónica o incurable se concedería la jubilación.

las, se encargó a la comisión ejecutiva que en un año hiciese inventario de todos los bienes que integrasen la universidad y demás instituciones. Se precedería de una memoria histórica de los bienes que engrosaron el patrimonio universitario que ya vimos redactó Carlos Riba<sup>231</sup>. La idea era que el inventario se revisara anualmente por la misma comisión que vigilaría además el patrimonio y que reclamaría inversiones de la Diputación, el Ayuntamiento y rogaría donaciones de los patricios valencianos.

El desarrollo del regionalismo en la sociedad valenciana, permitió que muchos vieran en la autonomía universitaria el primer paso de la marca hacia la libertad del pueblo valenciano<sup>232</sup>. La posibilidad de ser financiado por diversos medios, permitía que la universidad recuperara la participación de las instituciones locales. La esperanza de crear una facultad a imagen de los valencianos y que impulsara el progreso regional, era algo que animó al nacionalismo incipiente.

Francisco Puig Espert, articulista de *Las Provincias* y estudiante en la universidad<sup>233</sup>, se felicitó porque ésta pasaba de ser una pieza del Estado centralista, a convertirse en estandarte de la cultura valenciana<sup>234</sup>. El decano de derecho Zumalacárregui, recogió el sentimiento de algunos intelectuales:

Íbamos, por fin, a sustituir la Universidad en Valencia por la Universidad de Valencia y era ésta empresa de altos vuelos, que exigía el rendimiento total de nuestro máximo esfuerzo, y hacía, además, inútil que se distrajese la menor cantidad de energía para otros fines, porque todos habían de hallar satisfacción cumplida en el seno de nuestra madre Universidad<sup>235</sup>.

El nuevo sistema permitía la financiación de las entidades públicas y privadas. A pesar de que el fervor político-autonomista no era destacado en nuestra universidad, tampoco cerró las puertas a un

---

<sup>231</sup> Artículo 107.

<sup>232</sup> Imprescindible en este punto es el estudio de la obra de A. Cucó, *El valencianisme polític: 1874-1936*, Catarroja, 1999.

<sup>233</sup> F. Puig, «Hablemos de autonomía. Nuestra universidad», *Las Provincias*, 9 de noviembre de 1921, p. 5. Solicitaba la creación de una cátedra de derecho consuetudinario valenciano para el doctorado de leyes y otra cátedra de Legislación foral valenciana.

<sup>234</sup> *Las Provincias*, 17 de junio de 1922.

<sup>235</sup> *Las Provincias*, 10 de septiembre de 1922, p. 1.

regionalismo que podía engrosar sus arcas. No fue la única universidad que pensó en la financiación de entidades locales para aumentar su patrimonio<sup>236</sup>. Si la universidad aportaba riqueza a la región en que se asentaba, de ella debía recibir auxilio:

Las Universidades Autónomas, en nuestro sentir, serán todas para la ciencia y para la Patria única y amada, pero recibirán de la Región su asistencia, arraigarán en ella, producirán para ella y a ella devolverán sus primeros beneficios<sup>237</sup>.

El fervor valencianista de algunos profesores, no era ni mucho menos mayoritario y quedó en evidencia cuando el diario regionalista *La Correspondencia de Valencia*, abordó la cuestión frontalmente. No cabe duda que el ejemplo de Barcelona animó a los valencianistas a ver en la universidad una buena arma en la lucha por la autonomía política —en 1918 se creó la cátedra de lengua valenciana—<sup>238</sup>. La universidad debía convertirse en bastión sobre el que defender la diferenciación cultural e histórica<sup>239</sup>. Se recogieron parte

---

<sup>236</sup> La de Zaragoza percibió fuertes inversiones de la Junta Municipal. *El Mercantil Valenciano*, 11 de febrero de 1922, p. 1.

<sup>237</sup> M. Lasala, «Crónica», *Universidad...*, p. 213.

<sup>238</sup> En 1916 el director-decano del Centro de Cultura Valenciana, José Martínez Aloy y el director ponente Falcó, se entrevistaron con el rector Machí para que transmitiese al ministerio su deseo de que se aprobase creación de una cátedra de lengua valenciana como se había logrado en Barcelona cuatro años antes. Así se hizo y se consiguió: «Centro de cultura valenciana. Creación de una cátedra de lengua valenciana», *Las Provincias*, 4 de octubre de 1916, p. 1. Las clases fueron impartidas por el filólogo, Padre Luis Fullana, desde el día 29 de enero de 1918. Las clases se impartían en la universidad. «La lengua valenciana», *Las Provincias*, 26 de enero de 1918, p. 1.

<sup>239</sup> *La Correspondencia de Valencia*, 7 de octubre de 1921, p. 1. En la misma línea, al poco de promulgarse el decreto, Augusto Pi y Suñer catedrático de esta universidad, manifestaba respecto al temido peligro al separatismo alegado por algunos —Cajal— de que las universidades se convirtieran en focos del mismo: «la perfecta identificación de la universidad con el país en que radique, que la preserve de constituir uno de tantos instrumentos de ocupación, será motivo de que la universidad sea amada y popular; por lo tanto fuerte y sana. Es la opresión, la inadaptación lo que fomenta el separatismo; nunca la eficacia y la comprensión». «La autonomía universitaria», *BILE*, (1919), p. 335.



de los discursos de Augusto Pi y Suñer y algunos de sus compañeros de cátedra en Barcelona manifestando que la descentralización universitaria, sin la cesión de la potestad educativa a Cataluña, no era más que una triste ficción... *La Correspondencia* más preocupada por fomentar la independencia política que la universitaria, se preguntaba por la opinión de los catedráticos de Valencia. Se vio decepcionado porque los escolares no tenían demasiado interés. Igual con los profesores que salvo alguna excepción, estaban bastante insensibilizados respecto al tema<sup>240</sup>.

El diario comprobó la falta de compromiso nacionalista del claustro. Envío una carta a los catedráticos para sondear su opinión en torno a la relación entre la autonomía universitaria y el desenvolvimiento de la región que contenía el estatuto<sup>241</sup>. El resultado fue decepcionante pues esperaba una exaltación de los valores regionales y en su lugar recibió educadas excusas, o respuestas en las que se decían sorprendidos por la excesiva importancia que el diario daba al asunto. Sólo unos pocos satisficieron con sus respuestas. A continuación mencionamos algunas de los catedráticos de derecho y filosofía y letras que eran los que llevaban el mayor peso de los trabajos.

Luis Gestoso Acosta se limitó a señalar que el texto sólo podía ser entendido en consonancia con los artículos cuarto y quinto que se referían al resto de fines de la universidad: preparación de profesionales, de científicos, el fomento de la ciencia y la cultura..., no el de la política. Para comprender su espíritu recomendaba la lectura del resto del estatuto. Joaquín Ros Gómez fue más barroco: la universidad estaba llamada a liderar el ámbito científico y cultural de la región<sup>242</sup>, y debería mostrarse en el futuro más sensible a las manifestaciones culturales valencianas, así como dedicar más tiempo al estudio del arte, la literatura, la historia, etc. La autonomía

---

<sup>240</sup> *La Correspondencia de Valencia*, 10 de octubre de 1921, p. 1.

<sup>241</sup> Capítulo primero, art. 3º, apartado tercero. Reconocía como misión preferente «iniciar, recoger y estimular todas las actividades y colaboraciones de orden científico que puedan contribuir al progresivo desenvolvimiento de la región valenciana y de sus primordiales necesidades».

<sup>242</sup> En la misma idea un año atrás su colega: J. Mª Zumalacárregui Prat, *Misión de la universidad en la vida económica contemporánea. Discurso leído en la solemne inauguración del curso de la universidad literaria de Valencia, 1919-1920*, Valencia, 1919.

universitaria era una oportunidad para conocer el universo que la circundaba y fomentar en la sociedad, el cultivo de la cultura y del estudio para beneficio de todos los valencianos. No desaprovechó la ocasión de reclamar subvenciones de aquellas instituciones que se enorgullecieran de ser valencianas.

Juan A. Bernabé Herrero se mostró frío ante la visión regionalista de la universidad. Se limitó a reconocer que ésta sería un centro de alta cultura nacional y que ello beneficiaría a los valencianos. Pedro M<sup>a</sup> López, José Ventura y Ramón Velasco —de la facultad de filosofía y letras—, contestaron de manera conjunta y eludieron implicarse a pesar de simpatizar con el estatuto.

Roberto Gómez Igual, haciendo alarde de sus dotes como articulista, se ocupó del tema a satisfacción de los editores. Además de señalar las numerosas deficiencias de la universidad, tuvo palabras para la esperanza en el futuro y en el nuevo sistema. Dijo confiar en el respaldo de la sociedad para impulsar a la universidad. El dinero de las instituciones valencianas, le permitiría dotarse de medios con los que trabajar en favor de la región. El hermanamiento entre la universidad y los valencianos permitiría seguir el camino del progreso pues cualquier iniciativa requeriría de dinero. Retomó el añejo discurso que desde los albores de siglo venían martilleando los institucionistas: las inversiones en investigación y desarrollo eran las más beneficiosas para el progreso de las naciones. Pues bien, ahora se cambiaba el término «nación» por el de «región»<sup>243</sup>.

A pesar de los esfuerzos del diario regionalista y de algunos académicos en arrancar declaraciones a favor de la descentralización política, éstas fueron muy tímidas. Sin embargo, en todo el tiempo no se dejó en impulsar desde su editorial el renacer de la universidad valenciana del pasado, ligada a su ayuntamiento, a su pueblo, a sus raíces...

Y eso fue la universidad valenciana en el pasado. Nació por el anhelo de nuestros padres, y las instituciones de la Valencia libre le dieron vida floreciente.

Las vicisitudes de la vida valenciana repercutieron en ella como en un espíritu y corazón.

---

<sup>243</sup> *La Correspondencia de Valencia*, 31 de octubre, 1 y 4 de noviembre de 1921, todos en p. 1.

Ella, a su vez, infundió nueva alma y vida a nuestro Reino. [...] Luego de cerrar sus puertas Felipe V, luego de salir desterrados por mandato del vencedor o por miedo a las represalias distinguidos maestros, y luego de caer con nuestros *Furs* los *Capitols* que las regían. Podía decirse que con la libertad de Valencia habían enterrado el alma de su universidad. [...] Hoy, en la hora en que aflojan las ligaduras y se les permite iniciativas de renacer, será con Valencia, con su espiritualidad íntegra <sup>244</sup>.

Aunque la autonomía en Valencia iba por otros cauces, el profesorado aceptaría de muy buen grado las aportaciones que las instituciones públicas o privadas valencianas quisieran hacer.

Pero además de las subvenciones, también se dejó abierta la posibilidad de que la universidad pudiera tomar dinero prestado. Para esta posibilidad así como para disponer del patrimonio transferible o realizar cualquier otra operación financiera que afectase a los bienes comunes, sería necesaria autorización del claustro extraordinario a propuesta del ordinario. En el caso de las facultades, la decisión recaía en el claustro ordinario a petición de la junta de facultad.

El claustro ordinario quedó encargado de votar anualmente el presupuesto general de la universidad. La comisión ejecutiva realizaría el proyecto de presupuesto y lo comunicaría a las asociaciones escolares y demás órganos universitarios para su estudio. Las juntas de facultad harían lo mismo respecto de la administración de cada carrera. La administración económica de las futuras instituciones u organismos vinculados a la universidad se aplazó hasta ese momento. Los redactores del estatuto sabían que la cuestión económica era clave en la reforma. Una quiebra era lo único que podía acabar con la universidad. De este modo, entendieron como fundamental el control de los actos de sus representantes económicos. No podía en ningún caso producirse la bancarrota; para ellos se arbitraron una serie de medidas que impidieran cualquier desmán. Entre otras, se declararon nulos todos los acuerdos que dieran lugar a que los ingresos fueran menores que los gastos y aquellos que habilitasen gastos sin res-

---

<sup>244</sup> V. Tomás y Martí: «La universidad *alma mater*. La universidad ha abierto sus puertas», *La Correspondencia de Valencia*, 19 de octubre de 1921, p. 1.

pectiva dotación<sup>245</sup>. Para persuadir de cualquier decisión apresurada, se determinó que serían responsables de los daños que se produjeran quienes votaran esos acuerdos<sup>246</sup>.

Los presupuestos ordinarios quedaban para el pago de los servicios que se desarrollaran con normalidad así como para subvenir al pago del material, cumplir cualquier concordia o pacto y cualesquiera otros compromisos con entidades públicas o corporaciones y gastos imprevistos. Asimismo, se reconoció la posibilidad de realizar presupuestos adicionales —caso de descubierto—, y extraordinarios —para gastos urgentes no previstos—. Se respetó el decreto en lo referido a las fuentes económicas. La única rectificación se refirió a lo que parecía un pequeño descuido ministerial. Se añadió a la lista los ingresos de las universidades y de las facultades, sus rentas, productos, títulos, etc., y cualquier otro ingreso lícito que se integrara en su patrimonio. El claustro ordinario quedó encargado de determinar el coste de las matrículas, de los derechos de exámenes, de certificaciones de estudios, por trabajos de laboratorios así como cualesquiera emolumentos que hubiera que pagarse. Ello sin perjuicio de que pudiera delegarse en las juntas de facultad, la determinación de los derechos a abonar en concepto de clases prácticas o como retribuciones de sus servicios y enseñanzas no profesionales.

Precisamente para facilitar la labor referida a tantas y tan complejas funciones financieras, se creó una figura técnica: *La junta de efectos*. Era una comisión económica compuesta por miembros de cada facultad en idéntica proporción y nombrados por el claustro ordinario. Las actividades desarrolladas por la comisión ejecutiva y la junta de efectos se pondrían en conocimiento de la asamblea

---

<sup>245</sup> Artículo 174.

<sup>246</sup> En ningún caso podría contraerse obligación alguna que no estuviera aprobada en los presupuestos —art. 181—. Los contratos y suministros recibirían la publicidad necesaria para asegurar una competencia justa —y unos mejores precios—. La distribución e inversión de fondos se haría para la universidad por la comisión ejecutiva y para la facultad por el decano —art. 185—. La ordenación de pagos se dejó en manos del rector y de los decanos dependiendo de la entidad que realizara el gasto. Los servicios de recaudación, caja, contabilidad y habilitación se dejaron en espera de reglamentación adecuada, pero su inspección se depositó en el claustro ordinario.

general. En toda la cuestión económica destacamos el afán de los profesores por controlarla. Sabían que un error en la materia podía costarles muy caro. El paso por la asamblea general para la aprobación presupuestaria anual debemos entenderlo como un gesto más simbólico que de gobierno.

### *Inspección, procedimiento administrativo y régimen disciplinario*

Al ministro se le concedió la máxima facultad inspectora de la universidad. Pero la fiscalización de los actos también se extendió a los estudiantes, a los padres, tutores y entidades culturales o asociaciones estudiantiles. A ellos se les facultó para acudir ante las autoridades universitarias cuando tuvieran queja de la conducta de los docentes o del mal funcionamiento y resultado de los servicios. En el nuevo sistema, la primera interesada en corregir sus defectos era la propia universidad valenciana. De no vigilar atentamente sus imperfecciones y carencias para corregirlas, se corría el peligro de desaparecer.

La burocracia era uno de los más pesados lastres de las universidades por lo que también sobre este asunto resolvió el estatuto. Aunque su tratamiento se dejó a un reglamento posterior, en la mente de los redactores estaba simplificar en lo posible el procedimiento. Suprimieron trámites innecesarios, redujeron términos y procuraron mayor rapidez y eficacia. Para garantizar la transparencia y la justicia, se estableció que todas las providencias y acuerdos serían fundados y que en todos los expedientes se daría audiencia a los interesados. Contra todos los actos y decisiones del personal universitario, cabía recurso el jerárquicamente superior. Estaba legitimado para conocer de los recursos contra funcionarios o subalternos, el jefe de la oficina o establecimiento donde prestara sus servicios. Del recurso contra un profesor, entendía el decano respectivo y si era contra éste, le correspondía al rector. De las acciones de la junta de la facultad, de la comisión ejecutiva o del rector, conocía el claustro ordinario. Finalmente, los recursos interpuestos contra éste, del extraordinario o de la asamblea general, correspondían al ministro<sup>247</sup>. La resolución respecto al recurso era inapelable.

---

<sup>247</sup> Artículo 191.

Se quería una universidad entregada a la ciencia y al trabajo. Por ello tras abordar el título VI la cuestión administrativa, se ocupó del régimen disciplinario que se establecería como garante del estatuto<sup>248</sup>. Se remitieron a un posterior reglamento especial que sancionara las posibles actividades ilícitas de profesores y alumnos. Precisamente los profesores de la facultad de derecho se encontraban elaborando un informe sobre las medidas más convenientes para prevenir y castigar las algaradas escolares<sup>249</sup>. Pese a la remisión, el estatuto contemplaba unas directrices generales. Las faltas se distinguirían en tres tipos: leves, graves y muy graves. Las correcciones para los profesores serían: apercibimiento para las leves; privación de haberes de uno a quince días, prohibición de asistir a actos universitarios o suspensión de empleo y sueldo, de un mes a un año, para las graves; y postergación perpetua y cesantía, o separación, para las muy graves. Respecto a los estudiantes: en las faltas leves, amonestación privada o pública. Pérdida de becas, de derechos dispensados, de cargos y honores, o de matrícula y de curso, para las graves; las muy graves, se sancionarían con inhabilitación temporal o perpetua para estudiar en la Universidad de Valencia. Las penas graves y muy graves, en todo caso, precisarían de expediente previo con audiencia del interesado. Se restringió el recurso ante la asamblea universitaria para los casos extremos de separación del servicio o de prohibición de cursar en la universidad. La jurisdicción y el procedimiento, al igual que el régimen disciplinario del personal administrativo y subalterno, quedaron en espera de reglamento.

### *Reforma del estatuto. Disposiciones complementarias y transitorias*

La regulación de la universidad debía ser algo vivo y dinámico. Las críticas contra el sistema anterior se habían centrado en la lentitud de las reformas y la parsimonia del ministerio ante los acu-

---

<sup>248</sup> Artículos 192 a 194.

<sup>249</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 7/II/1912 a 10/II/1920*, junta de 15 de marzo y 24 de mayo de 1919, pp. 63-69, 69 v.-71 v., respectivamente; *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 18/V/1920 a 6/XII/1924*, junta de 18 de mayo, 14 de octubre y 13 de diciembre de 1920, pp. 1-9 v.; 11-13, 18-19, respectivamente.

ciantes problemas. En el nuevo las cosas no podían ser iguales<sup>250</sup>. En este asunto, como en otros muchos, el estatuto depositó todo el poder efectivo en manos de los profesores. Aunque se reservaron el poder de la modificación, legitimaron para pedir la reforma a un gran número de instituciones<sup>251</sup>. Para que fuera válida la solicitud, debía respaldarse por la tercera parte de los miembros de la entidad que la formasen y aprobada por dos tercios de los que tuvieran reconocido el derecho a votar en ellas. Una vez cursada la solicitud se daría publicidad por el rectorado y durante quince días se admitirían cuantas enmiendas u observaciones presentaran el resto de entidades. A continuación, se reuniría el claustro ordinario —imprescindible la presencia de dos tercios de sus miembros—, con el fin de conocer de todas ellas. Tendrían voz, pero no voto, para la defensa de la iniciativa o las enmiendas, dos representantes de las entidades solicitantes, pero en todo caso la modificación quedaba en manos de los profesores que debían aprobar en el claustro ordinario por mayoría absoluta de votos presentes la reforma. Caso de que se produjera, se remitiría copia al gobierno para que diera su visto bueno. Conocedores de la lentitud burocrática del ministerio, establecieron que el silencio ministerial se entendería aprobatorio una vez pasara un mes sin contestación<sup>252</sup>.

Para concluir, el estatuto contenía en sus disposiciones complementarias un listado de reglamentos que era preciso desarrollar para su adecuado funcionamiento. Aunque se decía que al menos trece de ellos eran imprescindibles, la reglamentación debía ir mucho más allá. Según se fueran redactando, correspondería al claustro universitario validarlos. Esta excesiva remisión a los reglamentos se explica por el poco tiempo con el que contaron los constituyentes. La regulación de la vida universitaria valentina requería de mucho más tiempo que los escasos cuatro meses que les había concedido el ministerio.

En las disposiciones transitorias se creó una comisión organizadora con el objetivo de implantar el estatuto una vez se aprobara

---

<sup>250</sup> La modificación estatutaria se contempla en el capítulo VII, artículos 195-200.

<sup>251</sup> El claustro ordinario, el extraordinario, las juntas de facultad, la comisión ejecutiva, las asociaciones de estudiantes reconocidas y la asamblea general.

<sup>252</sup> Artículo 200.



por el ministerio, que se disolvería cuando quedasen constituidos el claustro ordinario y la junta ejecutiva<sup>253</sup>. Los demás organismos se crearían en el plazo de tres meses, y seis para la redacción de los reglamentos de mayor interés. Hasta ese momento, las cuestiones serían resueltas por ellos, bajo la supervisión del claustro ordinario y la comisión ejecutiva.

c) *El escrito complementario*

Igual que las demás universidades, la de Valencia, envió un escrito acompañando a su estatuto. En él proponía una serie de medidas que entendía precisas para la consolidación de la reforma. Eran diecisiete bases en la que el principal ruego fue que se convirtiera el régimen creado en una ley que le dotara de estabilidad y seguridad. Otras dos ideas destacaron: por un lado, su apuesta por la reforma; por el otro, el de garantizar la supervivencia de la universidad.

Otra petición atendía a la cuestión de la competencia que tanto preocupaba a los catedráticos de Valencia. Tres fueron los ruegos en este sentido. El primero referido a la necesidad de armonizar la duración de las carreras y su coste. La competencia, si iba a producirse, debía ser por la ciencia, no por el precio de las matrículas o la duración de las carreras. No olvidemos el gran interés de las familias en que sus hijos acabaran al menor precio y cuanto antes, para incorporarlos a la actividad laboral. La segunda, se refería a los alumnos libres. Los ingresos que se obtuvieran por sus matrículas se depositarían en papeles del estado y luego se distribuirían equitativamente entre todas.

La de Valencia estima que éste es uno de los medios más eficaces para evitar el posible peligro de una competencia desleal, que rebajaría el nivel de todas las universidades o colocaría a las más severas en situación de inferioridad económica con respecto a las menos escrupulosas<sup>254</sup>.

---

<sup>253</sup> Estaba formada por el rector, vicerrector, decanos, secretarios de las facultades y un delegado por cada una de ellas —nombrados por los respectivos claustros—. Disposición transitoria primera.

<sup>254</sup> *Anales de la universidad de Valencia. Años 1921-1922*, Valencia, 1923, p. 127.

Los valencianos sabían bien de lo que hablaban. De todos era conocido el daño que a sus arcas había supuesto la creación de la Universidad de Murcia en 1915 y que se había hecho famosa por atraer con su benignidad examinatória a los estudiantes libres. De esta manera no importaría donde se examinaran estos alumnos pues su dinero se repartiría entre todos.

La tercera medida consistió, tal y como se había comentado durante la aprobación de los estatutos, en solicitar una ley que regulara la creación y supresión de las universidades<sup>255</sup>. Por un lado, se defendían de la potencial competencia del sector privado al determinar las condiciones para la fundación de nuevas universidades. Por el otro, conocerían los criterios del ministerio a la hora de declarar la supresión de una universidad<sup>256</sup>. La estabilidad de una ley, impediría cualquier arbitrariedad ministerial que pretendiera suprimir la universidad pública y laica de Valencia.

Otros ruegos nos muestran la antedicha voluntad de abrir las puertas a los estudiantes. Se solicitó la incorporación en el seno del poderoso claustro ordinario, de dos alumnos de cada facultad elegidos por sus respectivos compañeros, en las condiciones que determinase la comisión ejecutiva. Caso de que se les reconociese el voto, supondría cederles un considerable peso en las decisiones más importantes. En Valencia serían ocho representantes de un número aproximado de sesenta profesores que si bien no podían revolucionar la asamblea, sí tendrían cierta fuerza. También en beneficio de los escolares, solicitaron que cursaran el servicio militar en el periodo vacacional. La medida que parece muy simple, suponía evitarles

---

<sup>255</sup> En esa necesidad de ley coincidieron con la base segunda de la universidad de Oviedo. Fueron varias las ideas en las que coincidieron estas dos universidades lo que nos indica la existencia de una comunicación previa entre estos estudios para hacer frente común en sus solicitudes. De otro modo, sorprende la coincidencia en la solicitud referida al servicio militar, a la necesidad de celebrar un congreso interuniversitario...

<sup>256</sup> El temor era muy patente. Deleito Piñuela aún después de que cayera la autonomía daba razones por las que no podía eliminarse la universidad de Valencia. Apeló a la tradición, a la importancia del Levante y a lo necesaria que era su presencia en la ciudad para justificar que su existencia era tan indiscutible como la de los estudios generales de Barcelona, Zaragoza o Sevilla, *Anales de la universidad de Valencia. Años 1923-1924*, Valencia, 1925, p. 352.

acudir al frente del norte de África, pues en los tres meses que duraba el descanso, era imposible entrar en campaña.

La cuestión económica era la raíz de casi todos los problemas universitarios. Por lo que no dudaron en exigir mayores inversiones —en ningún momento se olvidaron de los edificios proyectados para medicina y ciencias— y que el gobierno concediera subvenciones que mantuvieran las cantidades que se venían percibiendo. Hasta que se constituyese un patrimonio universitario fuerte, solicitaron que el Estado aumentara las subvenciones conforme se crearan las nuevas cátedras y crecieran los gastos. También pidieron la exención en los tributos y que se le reservase el total de los ingresos que se obtuvieran por las matrículas del doctorado, pues los gastos del establecimiento de dichos estudios corrían íntegramente a cargo de la universidad constituyente. Solicitaron la cesión de los inmuebles que ocupaba la universidad y la biblioteca. También que se congregara a las universidades, al menos en una ocasión cada dos años, para mantener la comunicación y la unidad en sus labores<sup>257</sup>. El resto de universidades no divergieron mucho en sus solicitudes, lo que nos hace pensar en algún tipo de acuerdo previo al menos sobre los asuntos generales.

El ministerio añadió tres pequeños matices y aprobó el estatuto de la Universidad de Valencia en el artículo cuarto del real decreto de 9 de septiembre de 1921<sup>258</sup>. El estatuto no hacía sino seguir el

---

<sup>257</sup> La discusión referida a estas peticiones se recoge en el borrador del acta del día 4 de agosto de 1919. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 18. De la nota de prensa enviada a los diarios regionales y a la Asociación de la prensa. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095. Estas decisiones se discutieron y aprobaron junto con el proyecto de autonomía en el claustro celebrado el 5 de agosto de 1919. *Anales de la universidad de Valencia. Años 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 127-130. El resto de solicitudes de las universidades se recogieron en las pp. 131-149.

<sup>258</sup> Que el número de premios de doctorado era cosa del ministerio porque al Estado correspondía expedir la titulación de doctor. La segunda corrección decía que sería preciso permitir enseñanza no oficial en los estudios puramente profesionales y en los profesionales de carácter complementario siempre que fueran precisos para realizar el examen de estado. La tercera, fue que para que los bienes inmuebles pasaran a formar parte del patrimonio de la universidad, era preciso que se elaboraran disposiciones de mayor amplitud que regulasen y formalizasen la entrega o cesión de los mismos, no pudiendo entre tanto alterarse su condición legal. *Gaceta de Madrid* de 14 de septiembre de 1921.

espíritu que impulsó el ministro. La universidad se declaraba autónoma y capaz de gobernarse a sí misma sin ningún complejo. Además, dejaba una absoluta libertad a sus facultades para determinar sus estudios, horarios, disciplinas, así como administrar los bienes y nombrar a sus profesores. Como señalaron Mariano Peset y María Fernanda Mancebo, el estatuto fue más tímido que el ministerio a la hora de conceder libertades. Algunas instituciones se contuvieron en el estatuto más por la obligación que tenían de admitirlas en base al decreto que por interés de los constituyentes.

La autonomía multiplicó la efervescencia científica que desde hacía meses se detectaba en las filas universitarias. No es de extrañar, pues, que en el estatuto se destaque un enorme interés en crear nuevas instituciones y entidades para el desarrollo. Resalta su constante referencia a las creación de institutos, laboratorios y centros de investigación. El nuevo amor a la ciencia se filtraba por las grietas de las mohosas universidades. Era voluntad de las mismas mejorar su nivel científico-técnico, ser más competitivas. El instituto de idiomas, el observatorio astronómico y otros proyectos, aún en ciernes, dan prueba de ello. La voluntad existía mayoritariamente pero nada podía lograrse sin medios. De ahí, la especial atención a administrar debidamente los fondos de la universidad y demás centros y a actuar con rigor contra las infracciones. Tampoco podemos desear los continuos requerimientos desde la prensa, y las repetidas peticiones demandando el respaldo de las entidades públicas y privadas valencianas. Hacía falta dinero si se quería ver el resurgir de la ciencia que a fin de cuentas beneficiaría a la región. En las condiciones en las que se encontraban tenían muy difícil la competencia con otras —especialmente, la vecina y poderosa Barcelona—. Pero a pesar de todo, no renunciaron a intentar comenzar una nueva etapa de prestigio y trabajo en la Universidad de Valencia.

Como señala la profesora Mancebo, la estructura de poder destaca por su complejidad<sup>259</sup>. Numerosos organismos, distintos niveles..., se crean nuevas figuras en la universidad: el canciller, las juntas de efectos, las asociaciones estudiantiles..., el número no era cerrado pues nuevas secciones o comisiones quedaron en espera de desarrollo reglamentario. Sin embargo, los catedráticos no ceden cuota de poder alguna sino que las concentran sobre sí. El hecho de

---

<sup>259</sup> M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, *La universidad de Valencia...*, pp. 29-48.

que la autonomía descansara en manos de estos nos permite detectar un serio temor a perder el control de la universidad. El resto de instituciones no compuestas exclusivamente por docentes tuvieron una presencia casi simbólica en el gobierno universitario. Su actividad podemos clasificarla en: asesora y económica. La primera a través de las propuestas de profesores, padres y tutores. La segunda, con la inclusión de sociedades o fundaciones que proveyeran económicamente a sus necesidades. Un ejemplo serán las sociedades de antiguos alumnos. Tanta precaución de los profesores se explica fácilmente. Si algo fallaba en el nuevo sistema y la universidad decaía, los primeros perjudicados serían los catedráticos. La mejor forma de realizar el cambio, era evitar injerencias de elementos externos.

Destacamos la pérdida de control del poder central que quedó restringido a la inspección del cumplimiento de la ley y de los estatutos. También, a conocer de algún recurso administrativo y de las inversiones en la universidad. En el nuevo sistema ya no podría manipularse la vida universitaria. La ciencia quedaba libre de toda atadura, puesto que el contenido de las asignaturas mínimas determinadas por el ministerio, quedaba a la independiente voluntad de cada universidad. Especialmente intenso fue en Valencia, donde el claustro concedió plena independencia a las facultades y a los profesores para que actuaran conforme a sus criterios. Todo esto en teoría, la imposibilidad de conocer el desarrollo de la autonomía, nos impide conocer si todos estos planteamientos optimistas hubieran podido materializarse.

Sería interesante conocer con profundidad la reacción de los distintos claustros universitarios. Mariano Peset y María Fernanda Mancebo han hecho un estudio comparativo de sus estatutos, pero sería conveniente conocer más concretamente la opinión de cada universidad. En espera de otros trabajos, podemos decir que el de Valencia obedeció a un pacto entre los profesores que por falta de tiempo se vieron obligados a salvar discusiones profundas. Las referencias posteriores de los catedráticos alusivas a la necesidad de mejorar o completar su articulado, sumado a un general compromiso de desarrollarlo en múltiples reglamentos, nos lleva a pensar que, las cuestiones más controvertidas se dejaron pendientes para evitar el choque.

### 5. *La vida universitaria bajo el estatuto*

El 9 de septiembre de 1921 el ministro aprobaba el régimen autonómico que fue acogido con tibieza, pues no todos los catedráticos estaban tan entusiasmados como el republicano Adolfo Gil y Morte se había mostrado un año atrás<sup>260</sup>. El periódico *Las Provincias* manifestó que el estado anímico no era de euforia. El desencanto que se produjo tras el primer paro del plan, había hecho mella y se tenía miedo a que los duros esfuerzos que realizaran se volatilizasen tan pronto como volviera a caer Silió. Estaba fresca en la memoria la facilidad con que se había detenido el proceso en 1919. Por si fuera poco, los liberales no las tenían todas consigo... Entre los académicos se observaban tres tendencias muy marcadas: optimistas, indiferentes y detractores.

La diferencia generacional e ideológica fue importante en este asunto. Los jóvenes y los conservadores eran los más entusiasmados por llevar adelante el proyecto. Especialmente los de derecho que tenían ambos requisitos. Los más mayores, formaban parte del grupo de indiferentes que más que indolencia o desinterés, mostraban cansancio. La veteranía de los años transcurridos luchando por alcanzar lo que en aquellos momentos se concedía desde el ministerio, les llevó a medir muy bien sus fuerzas, y a vigilar que no se agotaran en ilusiones que pudieran desvanecerse. Eran muchos años haciendo planes, proyectos e informes, aparentemente inútiles, para depositar demasiadas esperanzas en que el nuevo ministro realizara el ideal... Un gran número se dejó llevar atento a las maniobras que pudieran hacerse de tipo político, o en perjuicio de la universidad o de los derechos que les pudieran asistir. Junto a estos dos grupos de académicos estaban los escépticos, inmovilistas que durante años se habían opuesto a cualquier reforma que mejorara la instrucción por exigirles mayores esfuerzos. Eran los que se desentendían completamente de la universidad, los que más allá de sus sueldos nada querían de ella<sup>261</sup>.

Pero pese a la tibieza inicial, la Universidad de Valencia pronto se puso a trabajar por la autonomía pues tampoco era lógico cruzarse de

---

<sup>260</sup> A. Gil y Morte, «El presente de las Universidades y el porvenir en sus relaciones con el régimen autonómico. Discurso leído en la solemne apertura del curso de 1920 a 1921», *Anales de la universidad de Valencia, 1920-1921*, Valencia, 1923.

<sup>261</sup> Puig Espert, *Las Provincias*, 2 de noviembre de 1921, pp. 1 y 2.

brazos. El 28 de septiembre, tal y como establecía la disposición transitoria primera del estatuto, se reunía por vez primera la comisión organizadora encargada de facilitar la emancipación universitaria <sup>262</sup>. Su principal cometido fue convocar al claustro ordinario para elegir al rector y vicerrector <sup>263</sup>. Como en el discurso inaugural de curso, el joven catedrático de ciencias Enrique Castell Oria apenas trató la candente cuestión de la autonomía <sup>264</sup>, la prensa consideró el sufragio del rector como el primer acto de la independencia <sup>265</sup>. Los diarios, conscientes de la división ideológica del claustro, se esforzaron en apaciguar los ánimos. Recordaron que en el resto de universidades no se habían producido altercados y que para evitarse enfrentamientos se había ratificado la confianza en el rector anterior. Sólo en Salamanca la escisión era tan seria que en las primeras votaciones no se logró acuerdo. Posteriormente, parece que Unamuno logró la plaza <sup>266</sup>. Se advertía también lo dañina que sería para la imagen de la universidad que la primera vez que su claustro manifestaba libremente sus preferencias, se enzarzara en luchas cruentas por controlar el rectorado <sup>267</sup>.

---

<sup>262</sup> Presidía Pedro M<sup>a</sup> López. Vocales: Juan Antonio Bernabé Herrero, Ramón Gómez, Luis Gestoso Acosta, Juan Antonio Izquierdo, José Gascó, Ramón Velasco, Rafael Pastor, Juan Bartual, Joaquín Ros, Ignacio Taronza, José Ventura. Como secretario actuó Carlos Viñals.

<sup>263</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2, junta de la comisión organizadora del 28 de septiembre de 1921.

<sup>264</sup> Abordó la *Influencia de la química en la economía nacional*. *La Correspondencia de Valencia*, 1 de octubre de 1921, p. 1. *Las Provincias*, 2 de octubre de 1921, p. 6; *El Pueblo*, mismo día, p. 1 y *La Voz Valenciana*, 1 del mismo mes y año, p. 2. También, *Anales de la universidad de Valencia. Años 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 1-42.

<sup>265</sup> El diario *Las Provincias* en la página primera de su tirada del 2 de noviembre de 1921 denunció la lentitud con que se desarrollaba la reforma. Mientras en la universidad de Zaragoza ya se había inaugurado el curso en nombre de la autonomía, en Valencia se había hecho en el del rey. Quedó en evidencia que la voluntad de este diario de derechas, como el de otros, era favorecer el progreso rápido de la autonomía. Ayudar en su tarea al ministro conservador en lograr la rápida consolidación del sistema antes de que la llegada de un nuevo ministro acabara con la obra. Ello explica que espoleara a los catedráticos para adelantar en los trabajos que desarrollaban el estatuto.

<sup>266</sup> *El Pueblo*, 7 de octubre de 1921, p. 1.

<sup>267</sup> *Las Provincias*, 7 de octubre de 1921, p. 1.



El deseo de no beligerancia caló en la elección celebrada el 7 de octubre<sup>268</sup>. La victoria por mayoría aplastante fue para reafirmar en sus cargos al rector Rafael Pastor González, y al vicerrector e historiador del derecho Juan Antonio Bernabé Herrero<sup>269</sup>. La ausencia de enfrentamiento por la designación del primero se debió al acuerdo entre los catedráticos de evitar confrontamientos políticos. Se ratificó a los responsables anteriores hasta ver el desarrollo autonómico. *Las Provincias* alabó el sacrificio hecho para que el proyecto pudiera salir adelante:

Sabemos que la elección no fue del gusto de todos y que el descontento es grande entre un importante sector del claustro.

Se dice que el reelegido, representante en el anterior régimen centralista de un cacicato de todos conocido, no es el más indicado para encauzar y fomentar las aspiraciones universitarias<sup>270</sup>.

Días después cada claustro —esta vez sin pactos— eligió a su decano y vicedecano. En dichas votaciones se observa que los claustros sí eligieron representantes más acordes con el ideario político de la mayoría de la junta de facultad<sup>271</sup>. El siguiente paso era poner en marcha la comisión ejecutiva<sup>272</sup>. El 17 de octubre de 1922 se reunieron el rector, el vicerrector y los decanos para constituirse ofi-

---

<sup>268</sup> Artículos 23 y 24 del estatuto.

<sup>269</sup> En la universidad se presentaron 34 votantes, el claustro se componía de 46 catedráticos numerarios y 4 honoríficos, o sea 50. El *quorum* de dos tercios se obtuvo y Pastor salió victorioso con 30 sufragios sobre los dos candidatos liberales: Juan Bartual, —de medicina— y Pedro María López —de filosofía y letras—. *El Pueblo*, 8 de octubre de 1921, p. 4. También el claustro ordinario de 7 de octubre de 1921. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 20 y *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 71-72.

<sup>270</sup> *Las Provincias*, 2 de noviembre de 1921, pp. 1 y 2.

<sup>271</sup> Derecho lo hizo el 14 de octubre de 1921: Zumalacárregui Prat desposeyó del decanato a José M<sup>a</sup> Gadea. Cabrera Warleta fue vicedecano. *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 18/V/1920 a 6/XII/1924*, p. 32 v.; medicina el 11 de octubre ratificó a su decano Rafael Gómez Ferrer y como el vicedecano nombró a Juan Bartual Moret. Ambos por unanimidad. La posesión de todos ellos se hizo en la asamblea de 12 de octubre. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, pp. 175-178.

<sup>272</sup> Artículo 14 del estatuto.

cialmente y conocer de los primeros asuntos. Este acto también supuso la culminación de los trabajos de la comisión organizadora que se disolvió<sup>273</sup>. A partir de ese momento las cuestiones importantes pasaron a estudiarse por la ejecutiva.

#### a) *La comisión ejecutiva*

El 29 de octubre se reunió para tratar de los reglamentos que desarrollaban el estatuto. El decano de derecho y miembro de la ejecutiva —Zumalacárregui Prat— advirtió la imposibilidad de presentarlos en el plazo de seis meses por carecer de algunas disposiciones ministeriales y del tiempo preciso para resolver los complejos temas. Muchas cuestiones fundamentales se habían remitido a éstos por acabar y enviar cuanto antes el estatuto al ministro. La asamblea ordinaria les concedió una prórroga de medio año más, porque los de leyes estaban muy atareados con otros trabajos de la autonomía<sup>274</sup>. En la siguiente reunión que alcanzó tintes maratonianos, se presentó a la comisión encargada de elaborar los reglamentos<sup>275</sup>.

El 10 de noviembre se planteó, entre otros asuntos, la constitución de la asamblea general. ¿De qué manera iban a participar los padres de los alumnos en dicha institución? El problema era complejo y decidieron posponerlo para un estudio detenido<sup>276</sup>. Las

---

<sup>273</sup> Acta de reunión celebrada por la Comisión organizadora el 17 de octubre de 1921. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2.

<sup>274</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 20. *Borrador del acta de la sesión del claustro ordinario celebrado el 5 de noviembre de 1921*. También, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 77-79.

<sup>275</sup> Fueron 4 por cada facultad, excepto la de filosofía y letras que nominó a tres. Derecho: Enrique de Benito, Mariano Gómez, Luis Jordana y Ricardo Mur, elegidos en la junta de facultad de 9 de noviembre de 1921. Ciencias: Luís Bermejo, Enrique Castell, Francisco Beltrán y José Gascó. Medicina: Juan y Vicente Peset, Vicente Navarro y Juan Campos. Por la de filosofía y letras: José Casado, Ramón Velasco y Carlos Riba. *Borrador del acta de la sesión del claustro ordinario celebrado el 18 de diciembre de 1921*. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 20. También, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, p. 90.

<sup>276</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Junta de la comisión ejecutiva del 10 de noviembre de 1921.

siguientes dos reuniones giraron en torno a la visita del ministro de instrucción pública. En la segunda además, resolvieron de la manera más fácil y democrática posible la cuestión de la forma en que participarían los representantes de padres y tutores: cada facultad determinaría libremente su presencia e intervención<sup>277</sup>. Poco antes de terminar el año, se reunió en asamblea especial la comisión ejecutiva y la junta de efectos<sup>278</sup> para la distribución de fondos de la universidad<sup>279</sup>. La normalidad era la característica de las asambleas. El profesorado asumía sin traumas la autonomía; como prueba en enero se aprobó algo impensable en los ochenta años anteriores: la facultad de derecho designó a su primer empleado. El gesto, aunque minúsculo, era significativo<sup>280</sup>.

Poco después se frenaron las actividades. Casi dos meses, febrero y marzo de 1922, estuvo sin reunirse la ejecutiva cuando el estatuto obligaba a hacerlo cada quince días... Durante aquellos días, se produjeron tres acontecimientos que influyeron sin duda. En primer lugar, se celebró la asamblea interuniversitaria. Ésta detuvo las actividades pues era mejor aguardar hasta conocer las conclusiones de las universidades y el modo en que el ministro las tradujo en el decreto que poco después dictó. El segundo fue la gran decepción que supuso no ver reconocido en los presupues-

---

<sup>277</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Acta de la reunión celebrada los días 23 de noviembre y 6 de diciembre de 1921 por la comisión ejecutiva. La de ciencias convocó una asamblea de padres para el día 10 de abril en el aula de química general, con el objeto de elegir el representante que en nombre de dicha facultad fuera a intervenir en el claustro extraordinario. No creemos que dicha reunión llegara a celebrarse debido a la suspensión de la autonomía. «Universidad de Valencia. Facultad de ciencias. Anuncio», *Las Provincias*, 31 de marzo de 1922, p. 2.

<sup>278</sup> La formaba: José Gascó Oliag —ciencias— Mariano Gómez González —elegido por el claustro de derecho, el 29 de octubre—. En medicina, Rafael Pastor Reig —no confundir con el rector Rafael Pastor González, fue elegido en la junta de 5 de noviembre— y Ramón Velasco Pajares —filosofía y letras—. *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, acta de 5 de noviembre de 1921, p. 79.

<sup>279</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Acta de la comisión ejecutiva de 22 de diciembre de 1921.

<sup>280</sup> Ambrosio Cuevas que venía desempeñando como interino el puesto de mozo. AUV. Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Acta de la comisión ejecutiva de 26 de enero de 1922.

tos la inyección económica precisa para el sistema autonómico. Al mantener los del año anterior, se dejaba a la autonomía sin el respaldo prometido.

Sin embargo, fue el tercero el que dañó mortalmente los cimientos de la autonomía y la convivencia académica que la hacía posible. Hablamos del duro enfrentamiento que se produjo entre los universitarios cuando Silió pretendiera imponer la celebración de Santo Tomás. Hubo que esperar a que se calmaran los ánimos para que el 23 de marzo, poco después de las fiestas de San José, se reuniera la comisión ejecutiva para conocer la propuesta de la activa Universidad de Zaragoza de realizar un homenaje a Santiago Ramón y Cajal<sup>281</sup>. En dicha reunión ni una palabra se escapó de la ruptura espiritual en la universidad. En Valencia la autonomía seguía adelante aunque en Madrid se la había herido de muerte. Notamos un cambio progresivo de actitud entre los catedráticos liberales que, desde posiciones más o menos participativas, se desentenderían paulatinamente de la cuestión autonómica. La consigna era oponerse a un ministro que no sólo era incapaz de defender la independencia y libertad de las universidades o de sustentarlas, sino que las atacaba en beneficio de la religión. Aunque los catedráticos avanzados de Valencia no impidieron las actividades, las dificultaron con su desinterés<sup>282</sup>. La facultad de medicina, que hasta entonces había demostrado un notable interés en concretar su plan de estudios, ralentizó infinitamente la obra.

La caída de Silió no desalentó al rector de Valencia que siguió apoyando su proyecto porque entendía que era positivo. Todos sabían que era el momento de las «vacas flacas» y que la empresa se podía venir abajo en cualquier momento. Así lo hizo saber José M<sup>a</sup> Zumalacárregui a la comisión ejecutiva en la asamblea del 24 de mayo. El decano de derecho advirtió que para el 27 de mayo determinaría las personas que iban a representar a los padres/tutores y a los estudiantes por su facultad<sup>283</sup>. Precisamente, el retraso de la siguiente reunión —casi de un mes— se justifi-

---

<sup>281</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Acta de la comisión ejecutiva del 7 de abril de 1922.

<sup>282</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Acta de la comisión ejecutiva de 23 de marzo de 1922.

<sup>283</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Acta de la comisión ejecutiva de 24 de mayo de 1922.

có en las elecciones de dichos representantes el día 31. De esta manera se configuró otra institución autónoma, la asamblea general<sup>284</sup>. La reforma, a pesar de todo, progresaba.

Una vez que se determinó la última de las entidades que debían componer la universidad, el rector propuso abordar, aunque fuera con carácter interino, la cuestión del régimen económico<sup>285</sup>. El asunto abrió la caja de los truenos cuando se quiso determinar la normativa que regía. Si bien esto no era discutible poco tiempo atrás, la caída de Silió y el fin de la protección ministerial presagiaba el derrumbe de su obra. El conflicto surgió a instancias del decano de la facultad de ciencias —Juan Antonio Izquierdo— que reclamó la distribución de las ganancias obtenidas por expedición de títulos, certificaciones y demás. El solicitante pretendió evitar un engorroso debate y dijo no querer entrar en el problema de la ley aplicable. Sabía de las tensiones entre sus compañeros y cualquier chispa podía hacer estallar el conflicto. Mientras se nombraban comisiones y las decisiones no eran importantes, la cosa no parecía seria. Además, el ministro con su poder garantizaba el orden. Tras su dimisión, las hostilidades podían romperse en el momento menos esperado y desde luego, no quería ser él quien las provocase. Pero era el momento de decidir qué hacer con el dinero y determinar si aplicarían la legislación antigua o el régimen estatutario.

El nuevo régimen económico dependía para su puesta en marcha de la prometida aprobación en los presupuestos. El hecho de que no se consiguiera —el fracaso de Silió en este punto fue clave—, hizo que los profesores se encontraran con el dilema de qué hacer

---

<sup>284</sup> Un día antes, el de filosofía y letras, había convocado para el 29, con el fin de elegir a estos representantes y a los delegados que formarían parte de la junta de facultad. *La Voz Valenciana*, 27 de mayo de 1922, p. 1. Los delegados quedaron del siguiente modo: En representación de los padres: derecho, Pablo Meléndez Gonzalo. Filosofía y letras, José M<sup>a</sup> Calatayud Soler. Medicina, Antonio Crespo. Ciencias, José M<sup>a</sup> Ordeig Ortega. En nombre de los estudiantes: Mariano del Pino y Juan Bosch por medicina. Fernando González Granda-Renan y José Morera Arrix por la de ciencias. Francisco Almela Vives y Fernando Dicenta Vera por la de filosofía y letras. Así como al presidente de la asociación de alumnos y antiguos alumnos de la facultad de ciencias.

<sup>285</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Acta de la comisión ejecutiva de 22 de junio de 1922.

con las cantidades recaudadas por diversos derechos y que no se habían remitido a Madrid. Cabrera Warleta solicitó que por delicadeza se consultara a quienes habían venido administrándolo hasta entonces —la Junta económica—<sup>286</sup>. El vicerrector, Juan Antonio Bernabé Herrero, más deseoso de poner en práctica el estatuto, tenía claro que esto era labor de la junta de efectos. Ésta se había formado el 5 de noviembre por cuatro profesores, uno por facultad con la finalidad de asesorar a la universidad en los asuntos económicos<sup>287</sup>. Juan Antonio Izquierdo respaldó la vigencia del estatuto sobre la normativa anterior. Juan Bartual catedrático de medicina y declarado liberal, se mostró contrario al nuevo régimen económico. Bernabé solicitó la lectura del artículo 1 del decreto de 1919 que declaraba la autonomía de todas las universidades; para él era claro que el sistema estaba en vigor y que debía acudir a la junta de efectos. Algo más conciliador y respaldado por Cabrera Warleta, solicitó que su acción se supervisara por la comisión ejecutiva y que a falta del desarrollo reglamentario que regulase la distribución del dinero, se aplicara la legislación estatal como supletoria. Para evitar más tiranteces, decidieron que una vez hecho el reparto, el claustro universitario decidiera definitivamente acerca de las actuaciones<sup>288</sup>. La siguiente reunión, convocada para la segunda quincena de septiembre, nunca llegó a producirse por la suspensión de la autonomía.

De los trabajos que se desarrollaron destacamos tres rasgos. La normalidad con que se asumió el nuevo sistema. Sin estridencias,

---

<sup>286</sup> Se componía por el rector —que actuaba como presidente— los decanos y secretarios de las facultades y de la universidad. Acerca de su composición y funcionamiento véase además del reglamento de 1859, la real orden de 5 de mayo de 1915, *Gaceta de Madrid* de 6. *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1915*, Madrid, 1915, pp. 287-289.

<sup>287</sup> Acta de la comisión ejecutiva de 26 de octubre de 1921. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Artículo 186 del estatuto. De la facultad de filosofía y letras: Ramón Velasco Pajares. De la de derecho: Mariano Gómez González. De la de medicina: Rafael Pastor Reig y de la de ciencias: José Gascó Oliag. Borrador del acta de la sesión del claustro ordinario de 5 de noviembre de 1921. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 20. También, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 77-79.

<sup>288</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2. Acta de la comisión ejecutiva de 6 de julio de 1922.

en el plazo de poco más de un año, los profesores fueron organizando —entre otras muchas labores simultáneas— la nueva estructura de la universidad. El segundo, la relativa rapidez con que se ejecutó el proceso. En general las facultades mostraron un gran interés por sacar adelante la autonomía. Piénsese que en este estrecho periodo se cumplieron casi todos los plazos para la creación de comisiones, de asambleas y de juntas. Una excepción importante fue la falta de los tan numerosos como necesarios reglamentos que hubieran desarrollado el estatuto y que de seguro les hubiesen ocupado muchas más horas para alcanzar acuerdos. La comisión encargada de ejecutarlos se creó, pero discrepancias internas llevaron a la detención de los trabajos hasta que Montejo acabó con la autonomía. Es una lástima no disponer de estos trabajos, pues estamos convencidos de que el calado y diversidad de los temas, hubiese provocado discusiones profundas y acaloradas, que nos hubieran permitido conocer con precisión las ideologías, planes y esperanzas de los distintos catedráticos. En derecho según se produjo la ruptura con los profesores liberales de las otras facultades, su interés se desvió a concretar sus trabajos en la redacción de su nuevo plan de estudios. Mucho más interesante y agradable que la regulación del régimen administrativo, el disciplinario, el de la hacienda, etc., que podían aguardar, pues al menos con carácter transitorio cabía aplicarse de forma supletoria la regulación anterior. El tercero se refiere al miedo de algunos profesores a aplicar el estatuto una vez se perdió la protección ministerial. No eran pocos —especialmente los más veteranos— los que tenían la absoluta certeza de que la destitución de Silió iba a provocar como consecuencia inmediata el derrumbe de su proyecto, ¡había ocurrido tantas veces! El mismo decano de medicina por ejemplo, se negó a aplicar el nuevo régimen económico por «miedo a incurrir en responsabilidad». ¿Por qué esas reticencias si sólo cumplían la ley? Necesariamente hemos de concluir que, una vez más, y por mucho que le doliera a Silió, se había repetido la historia. Sólo su mano protectora permitió sustentar artificialmente una reforma, que aunque deseada por todos los universitarios, fracasó por la desconfianza que generó la crisis política entre sus originales impulsores, los liberales<sup>289</sup>.

---

<sup>289</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.095/2, acta de la comisión ejecutiva de 6 de julio de 1922.



*b) Los acuerdos de desarrollo*

El claustro universitario no requirió constituirse como otras instituciones autonómicas de especial nombramiento y poseyó desde el principio un peso fundamental en la reforma. Se atribuyó en los estatutos la soberanía universitaria; el peso de las decisiones más complejas y la vigilancia de las actividades del resto de comisiones fueron sus principales atribuciones en aquellos días. A continuación, señalaremos las principales intervenciones que tuvo. Uno de los mayores problemas a los que se enfrentó fue el controvertido de los exámenes de Estado. En Zaragoza Silió mencionó los riesgos que podían suponer. Nosotros sintetizamos en dos: la especialización de la enseñanza universitaria para superar las pruebas y las posibles injusticias que pudieran darse en ellas. El ministro que ya contaba con las universidades como aliadas, dijo que esperaba de éstas que elaboraran reglamentos y trabajos que allanaran los obstáculos<sup>290</sup>. El claustro de Valencia preocupado por el tema, un mes antes de que el ministro lo propusiera, ya lo estudiaba<sup>291</sup>. Tras una acalorada discusión se acordó que los decanos redactaran un informe para enviarlo al ministerio.

Los tribunales se formarían únicamente por catedráticos numerarios de las universidades —dejaron meridianamente claro que no iban a permitir la entrada a profesores de centros privados— y los profesionales respectivos que se reclutarían en los cuerpos a los que pertenecieran. Para no perder nunca el control científico-académico, decidieron que el presidente del tribunal fuera siempre un catedrático. El resto, se formaría a partes iguales entre profesionales y académicos. En todo caso, uno de estos profesores debería ser de la universidad, facultad y sección en que actuaran. El resto sería de otros distritos universitarios. Se buscaban dos objetivos: la no intervención de los profesores provenientes de universidades privadas que existieran o pudieran constituirse, y mantener el criterio universitario sobre el profesional. En ningún caso, nadie —un oscuro

---

<sup>290</sup> M. Lasala, «Crónica», *Universidad...*, pp. 217-219.

<sup>291</sup> Fue en la sesión del 13 de octubre de 1921. Primero se leyó por el secretario la real orden de 31 de agosto relativa a los tribunales de estado —al que también se refería en el artículo 1º de la base III del decreto de autonomía— y debatieron acerca de esta figura que tanto les desagradaba —composición, modo de actuar, pruebas exigibles, renovación de sus miembros, retribuciones, etc.—.

acuerdo corporativo o colegial— podría impedir el acceso a la profesión de los estudiantes cualificados. El tribunal debería actuar en las capitales del distrito y quienes pretendieran examinarse deberían hacerlo en el lugar en el que terminaran los estudios. Esta segunda imposición tenía como fin evitar fraudes de quienes cursaran en una universidad famosa por su benignidad y a la hora de examinarse de aptitud cambiaran de distrito, buscando el aprobado fácil. Las pruebas en todo caso deberían ser teóricas y prácticas. Su doble carácter obedecía no sólo a un mayor interés pedagógico sino a la intención de dificultar la labor de las academias que pudieran constituirse con el único afán de preparar para la superación del examen de Estado. Los cuestionarios que se redactaran para dicha prueba deberían contener los estudios complementarios que implantara la universidad correspondiente y los mínimos determinados por el ministerio. El examen se realizaría anualmente y en ningún caso estarían obligados a sufrirlo quienes ya estuvieran cursando los estudios superiores<sup>292</sup>.

Como decía, el claustro ordinario conoció de los asuntos más importantes referidos a la autonomía y especialmente de aquellos que no hubieran sido desarrollados o regulados aún. El 14 de octubre, abordaron la cuestión de las becas. En espera de un reglamento apropiado, decidieron que quienes las solicitaran al ingresar en la universidad, deberían superar un examen relacionado con las materias de los estudios de secundaria que más cerca quedaran de la facultad a la que quisieran acceder. Si el aspirante era universitario, las cuestiones se referirían a materias propias de la disciplina respectiva. Se rechazó el sistema de elección propuesto en un informe por Jesús Bartrina en el que basaba su admisión en el requisito de pobreza y contar con un inmejorable expediente en bachillerato. El claustro rechazó el segundo elemento seguramente porque no se fiaba de la seriedad de las calificaciones. En un sistema en el que la libertad de enseñanza en los estudios redundaba en un serio perjuicio de la calidad, prefirieron dejar su concesión al criterio de la universidad y no al de los institutos<sup>293</sup>.

---

<sup>292</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 20. *Borrador del acta de la sesión del claustro ordinario celebrado el 13 de octubre de 1921*. También *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 73-77.

<sup>293</sup> *Borrador del claustro ordinario de 14 de octubre de 1921*. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 20.

En el claustro universitario también detectamos el frenazo en los trabajos durante las mismas fechas en que sucedió con la comisión ejecutiva. Pero hubo una mayor pereza por seguir los trabajos relativos a la autonomía tras la crisis de Santo Tomás. Probablemente se debe a que entre sus miembros había un mayor número de profesores desinteresados en continuar. En las reuniones del 30 de marzo y 26 de abril de 1922 se espoleó a los comisionados para que aceleraran sus trabajos al máximo, con la finalidad de que antes de comenzar el nuevo curso estuvieran a punto para aplicar los reglamentos<sup>294</sup>. La suspensión de la autonomía nos impide conocer los resultados que hubieran podido producirse de haberse seguido adelante. El retraso en la redacción de los reglamentos llevó a Gómez González a proponer que, hasta su definitiva aprobación, en el claustro universitario se dispusiera de un periodo de ruegos, preguntas y propuestas de las facultades, para conocer e ir resolviendo las dudas y sugerencias que surgieran conforme se desarrollara la autonomía. A fin de cuentas era el órgano más importante de todos.

El otro asunto fundamental junto con los reglamentos era el de los planes de estudio. Aunque no decidieron nada definitivo en el último claustro ordinario del periodo autonómico, establecieron que debían adaptarse en todo caso al estatuto. La preocupación principal era si el nuevo sistema y el anterior iban a ser compatibles. Para no perjudicar a los alumnos, habían acordado no forzar a los que ya estaban insertos en el antiguo sistema a cambiarse. Los catedráticos de leyes, Mariano Gómez González, Salvador Salom Antequera y Joaquín Ros, estuvieron de acuerdo en que la autonomía podía quebrarse si en el momento de ejecutarla se producía una anarquía de asignaturas y planes. Por ello, aprobaron conceder para el curso siguiente las plantillas de profesores que cada facultad había demandado con el fin de satisfacer las necesidades educativas. Tres fueron las medidas que se solicitaron para obtener los fondos necesarios. Por una parte solicitaron la aprobación de las nuevas tarifas académicas —que eran algo mayores—. En segundo lugar, que se concedieran las autorizaciones que mencionaba el estatuto<sup>295</sup>, referidas a que el claustro ordinario pudiera otorgar a cada facultad determi-

---

<sup>294</sup> Borradores del claustro ordinario de 30 de marzo y 26 de abril de 1922. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 21. También *Libro de claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 92-96.

<sup>295</sup> Artículo 181.

nar las cantidades exigibles a sus escolares por los servicios, certificados, derechos, etc., que prestara. Sabían que no bastaba para cubrir las necesidades, por lo que la tercera petición se dirigió al gobierno. Para evitar el caos absoluto y la precariedad se le pidió que desarrollara el contenido del decreto de autonomía, en lo referente a la promesa ministerial de que se tomarían los acuerdos oportunos para facilitar la implantación del nuevo sistema<sup>296</sup>.

Los catedráticos sabían lo importante que era tener a los escolares contentos y a favor de la reforma. Ello explica el especial tacto que se tuvo con ellos. Incluso acordaron concederles un plazo prudencial de seis años para que quienes tuvieran sus estudios paralizados pudieran finalizarlos sin traumas. Pasado ese tiempo, nadie sería matriculado en el antiguo plan. El hecho de que se aprobara por unanimidad habla del interés de los profesores de presentarse unidos frente al estudiantado<sup>297</sup>. Sin embargo, de las actas se desprende un claro pesimismo, un dejar hacer que presagiaba la caída del sistema a pesar de los esfuerzos de muchos catedráticos, o de la actitud de la prensa que se deshacía en alabar los nuevos planes de enseñanza de las facultades y los progresos que se habían alcanzado. A pesar de las concesiones, escritos y reuniones que se celebraron, era evidente a finales de julio de 1922 que el proyecto de Silió se derrumbaba sin solución<sup>298</sup>.

### c) *Los frutos de la independencia*

Sería injusto afirmar que toda la labor desarrollada por la Universidad de Valencia obedeció al impulso de satisfacer los deseos de un ministro conservador. En las universidades tiempo antes de que llegara al poder Silió se veía un cierto resurgir, un creciente interés

---

<sup>296</sup> Artículo 5.

<sup>297</sup> Borrador de los claustros de 14 y 16 de junio de 1922. AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 21. También *Libro de claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 96-102.

<sup>298</sup> A pesar de ello, las respectivas juntas de facultad llegaron a discutir y a aprobar sus planes de estudio que nunca llegarían a impartirse. *Las Provincias*, 15 de junio de 1922, pp. 3 y 4 y 17 de junio, p. 1; *El Mercantil Valenciano*, 15, 16, 18 y 20 de junio, pp. 4, 1, 4 y 1, respectivamente; y *El Pueblo*, 17 de junio, p. 2.

por la vida universitaria y científica. Los profesores paulatinamente tomaban conciencia de la necesidad de mejorar y progresar desde el plano científico y pedagógico. Los escolares volvieron a reclamar su protagonismo a través de nuevas asociaciones. Fueron muchas las actividades que se ejecutaron en la universidad valenciana como consecuencia del impulso autonómico. De ellas, Deleito Piñuela tomó buena nota que nosotros no recogemos para no extendernos en demasía<sup>299</sup>. Sin embargo no podemos resistirnos a dar cuenta de las más importantes y de aquellas que muestran las inquietudes que desazonaron al cuerpo universitario.

### *Conferencias*

Se estaba produciendo una evolución hacia una nueva forma de ver la cultura, la ciencia. Una nueva generación de profesores asumía valores distintos e innovadoras formas de trabajo. El proceso autonómico favoreció el aumento y la mejora de las charlas de extensión universitaria y las de ampliación de estudios. La prensa se hizo eco del esfuerzo, «las conferencias de filosofía, de historia, de arte, de derecho en todas sus manifestaciones, de previsión y de carácter social, de ciencias positivas, etc., en feliz hora iniciadas, continúan con el mayor éxito». También se realizaron excursiones científicas<sup>300</sup>. La universidad, al margen de las cuestiones burocráticas y políticas que se desarrollaran en Madrid, luchaba por mejorar su calidad de enseñanza y mostraba una mayor preocupación por cultivar a la sociedad<sup>301</sup>.

---

<sup>299</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la Universidad de Valencia...», pp. 349-393.

<sup>300</sup> De estas actividades quedó constancia: *El Mercantil Valenciano*, 13 de abril de 1921, p. 1. También «Crónica de la labor realizada en la primavera de 1921 por los profesores Rocasolano y Bermejo», *Anales de la universidad de Valencia*, Años 1920-1921, Valencia, 1923, pp. 205-207. *La Voz Valenciana*, 25 de abril de 1922, p. 1. *Anales de la universidad...*, Años 1923-1924, Valencia, 1925, p. 382.

<sup>301</sup> *La Voz Valenciana*, 13 de abril de 1921, p. 1. También otros periódicos que en general se habían mostrado hostiles a los universitarios comenzaron a ablandar sus posturas. Por ejemplo, *El Pueblo*, 4 de agosto de 1921, p. 2, trató acerca del gran beneficio que había supuesto para la

La prensa diaria respondió positivamente al afán pedagógico y compitió para ilustrar acerca de los modelos universitarios que existían entre las potencias que intervinieron y vencieron en la primera guerra mundial. Si los españoles pretendían ser como ellos, debían conocerlos. El modelo americano comenzaba a ganar adeptos muy rápidamente sobre el inglés o el alemán. El peso geopolítico de los Estados Unidos era ya indiscutible y para asemejarse a este país, se hacía preciso imitar su universidad, fuente de su sistema productivo<sup>302</sup>. Muestra del deseo de aperturista a los países vencedores, será la presencia de profesores extranjeros de estas potencias: el académico de la facultad de letras de París, Pául Hazard<sup>303</sup> y el estadounidense profesor Wilkins<sup>304</sup>. También los catedráticos de Valencia dieron su ejemplo, especialmente se destacaron los de filosofía y letras y derecho. Uno de los principales impulsores de la autonomía universitaria en Valencia, Luis Jordana de Pozas, impartió un curso de cuatro lecciones acerca de «El nuevo régimen de los seguros sociales en España». En él demostró conocer bien la legislación comparada<sup>305</sup>. A iniciativa de un catedrático de filosofía, Manuel Hilario Ayuso, se acordó realizar una asamblea de humanistas espa-

---

cultura nacional en general y la de los obreros en particular el desarrollo de la extensión universitaria en Inglaterra.

<sup>302</sup> No es de extrañar el cambio de modelo, pues no era sino una copia del efecto que tiempo antes había producido la victoria de Alemania sobre Francia en 1870. Además, el modelo americano era mucho más rico y flexible de manera que permitía acomodarse a cualquier necesidad. *El Pueblo*, 7 de agosto de 1921, p. 1 y *El Mercantil Valenciano*, 12-13 de julio, ambos en p. 3.

<sup>303</sup> Ofreció dos discursos «Las aventuras del último de los Abencerrajes» y «España y los románticos franceses». *El Pueblo*, 20 de abril de 1921, p. 2.

<sup>304</sup> Lawrence A. Wilkins. Lingüista hispanófilo y director de la enseñanza de lenguas modernas en las escuelas superiores (institutos de segunda enseñanza) en Nueva York. También habló ante el centro de estudios históricos de Madrid y ante el *Departament d'ensenyament tècnic i professional de la Mancomunitat Catalana*. En Valencia abordó el tema de la lingüística en noviembre de 1921. *La Voz Valenciana* y *La Correspondencia de Valencia*, ambos de 18 de noviembre de 1921, p. 1. Un amplio extracto de su obra quedó en los *Anales de la universidad de Valencia. Años 1921-1922*, Valencia, 1923, pp. 179-330.

<sup>305</sup> *Las Provincias*, 15, 23 y 29 de mayo de 1919, p. 2, 1 y 2, respectivamente, y *El Mercantil Valenciano*, 25 y 29 de mayo, ambos en p. 1.

ñoles entre los días 29 y 31 de octubre<sup>306</sup>. Pero los trabajos y conferencias crecieron a principios de 1922. Deleito Piñuela ofreció una serie de ocho charlas de historia. La facultad de derecho invitó a José María Yanguas y Messía, catedrático de derecho internacional en Madrid<sup>307</sup> y a Juan Moneva y Puyol catedrático de Zaragoza<sup>308</sup>. Asimismo, realizó una serie de tres ciclos de conferencias. En el primero tomaron la palabra un grupo de profesores y juristas locales de renombre<sup>309</sup>. El segundo ciclo se produjo como consecuencia de un acuerdo tomado en la junta de derecho de realizar una serie de charlas referidas a lo municipal, lo social y lo jurídico, y que los profesores de leyes impartieran también algunos cursillos breves de su libre elección<sup>310</sup>. A falta de otros conferenciantes, del tercer ciclo se ocupó el catedrático de derecho canónico, Manuel Cabrera Warleta que se refirió en cuatro charlas a la ciencia de las religiones para retomar el discurso integrista en el que aseguró que la religión cató-

---

<sup>306</sup> *La Voz Valenciana*, 21 de marzo de 1921, p. 1

<sup>307</sup> Además era asesor jurídico de la delegación de España en la Asamblea de Naciones. Dio tres charlas entre el 21 y 23 de febrero sobre asuntos internacionales: la cuestión marroquí y de Tánger; la situación de España en la Sociedad de Naciones y sobre la libertad de tránsito y las comunicaciones internacionales. *Las Provincias*, 17 de febrero de 1922, p. 1.

<sup>308</sup> Desde el 8 al 12 de mayo dio una serie de cinco conferencias tituladas: «La crisis del poder moderador en el siglo XX», *El Mercantil Valenciano*, 9 de mayo de 1922, p. 1.

<sup>309</sup> La inauguración corrió a cargo de Blas Ramos Sobrino que ofreció cinco conferencias en marzo sobre asuntos relacionados con la filosofía social contemporánea. Asimismo entre los días 18 a 23 de abril Enrique de Benito ofreció seis lecciones referidas al derecho penal. El presidente jubilado de la Audiencia provincial de Valencia —Sebastián Aguilar— dio tres lecciones acerca de asuntos penales los días 7 al 9 de abril. El decano del colegio de abogados de Valencia —José Barberá Falcó— abordó en dos conferencias el tema del socialismo —11 y 12 de abril—. También habló un notario —Augusto de Villalonga—, acerca de los bienes propios y comunes. De tres lecciones referidas a la cuestión procesal, se encargó Lorenzo Gallardo, teniente fiscal de la audiencia territorial de Valencia, los días 14 y 15 de mayo.

<sup>310</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 18/V/1920 a 6/XII/1924*, acta de 18 de mayo de 1920, pp. 1-9v. Intervinieron los catedráticos de derecho Zumalacárregui Prat y Luis Jordana de Pozas. *El Pueblo*, 11 de marzo de 1921, p. 2.



lica debía iluminar al resto de disciplinas humanas<sup>311</sup>. Podemos imaginar, por las fechas en que se produjo —cuatro días después de los enfrentamientos por la cuestión de Santo Tomás—, la hostilidad y el temor que sumió a los profesores liberales cuando escucharon estas palabras de uno de los paladines de la autonomía universitaria en Valencia. El cierre de los ciclos corrió a cargo de José Gascón y Marín, catedrático de Madrid y ex subsecretario del ministerio de instrucción, que pronunció tres conferencias acerca del derecho público a mediados de mayo. Exaltó el principio democrático y la defensa de la división de poderes. Agradó al auditorio, pues estaba deseoso de que se defendiera la cesión de una cierta independencia y facultad de autogestión para los órganos públicos inferiores al gobierno central<sup>312</sup>.

También la universidad abrió sus puertas a la pedagogía. El 16 de enero se impartió la primera clase a impulso del catedrático de la asignatura, Ramón Velasco Pajares. La exposición corrió a cargo de un alumno<sup>313</sup>. No fue la única que se hizo, la llegada de la autonomía universitaria avivó a los intelectuales de la provincia<sup>314</sup>. El interés por compartir la cultura y por reavivar la vida científica e intelectual valenciana de los académicos universitarios no fue un fenómeno coyuntural fruto del decreto Silió. Así lo demuestra no sólo la creación de nuevas instituciones sino el mantenimiento de las conferencias más allá de la suspensión de la autonomía<sup>315</sup>. La universidad con o sin reforma legal continuaría con su proceso de mejora científica y académica.

---

<sup>311</sup> Un extracto de casi todas las conferencias antedichas se contiene en los *Anales de la universidad de Valencia. Años 1920-1921*, Valencia, 1923, pp. 345-532.

<sup>312</sup> *Las Provincias*, 17 de mayo de 1922, p. 5; *El Pueblo* 20 de mayo, p. 2; *El Mercantil Valenciano* y *La Voz Valenciana*, ambos de 19 de mayo de 1922, p. 1.

<sup>313</sup> Mateu y Llopis: *La facultad locomotriz. El juego como medio de educación* *La Voz Valenciana*, 18 de enero de 1922, p. 1.

<sup>314</sup> Ejemplo de ello fueron las charlas que se produjeron en el Ateneo como consecuencia de la Asamblea de 1922. *La Voz Valenciana*, 11 de marzo de 1922, p. 1.

<sup>315</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la Universidad de Valencia...», pp. 378-382.

*Los Anales de la Universidad de Valencia*

Fue resultado de la autonomía universitaria. Dirigido por una junta de catedráticos de las cuatro facultades, se insertaban en ellos informaciones y estadísticas referidas a la vida corporativa y de las disciplinas que la integraban. También recogía estudios monográficos, doctrinales y de investigación, así como crónicas de las instituciones científicas y del movimiento cultural de Valencia. Todos los años se publicaban ocho cuadernos o fascículos, cada uno de los cuales era monográfico o trataba de un conjunto de materias conexas. Tampoco faltaba un listado de matrículas y de los profesores que asistían las cátedras. Para estos últimos se hacía imprescindible avivar el esfuerzo científico y crear una revista en la que publicar sus trabajos y también informar del estado de la universidad.

Su constitución se aprobó en el claustro ordinario de 23 de junio de 1920 y se encargó a una junta de redacción, formada por los secretarios de la universidad y de las facultades, para que organizaran y dieran efectividad a los servicios cuya dirección y ejecución se encomendaran<sup>316</sup>. El primer número salió en 1921 y durante sus primeros meses militó en defensa de la autonomía universitaria. Dedicó casi todos sus números a respaldar e informar puntualmente de la labor referida al proceso. No puede negarse el éxito inicial de las publicaciones que llevaron a nuestra universidad a intercambiarlas con otras nacionales y extranjeras, así como con centros de investigación diversa<sup>317</sup>.

*El Instituto de idiomas*

Uno de los efectos más claros del progresivo interés pedagógico y científico en los claustros valencianos, y concretamente en el de derecho, lo tenemos en la creación del Instituto de idiomas<sup>318</sup>. Se buscaba que los alumnos mejoraran sus conocimientos lingüísticos

---

<sup>316</sup> *Anales de la universidad de Valencia. Años 1920-1921*, Valencia, 1923, pp. 60-61.

<sup>317</sup> *La Voz Valenciana*, 5 de diciembre de 1923, p. 3.

<sup>318</sup> Su origen data de la primavera de 1918. Gómez González propuso a la facultad establecer cursos de idiomas. «Todos hemos podido comprobar lo muy deficiente que es el conocimiento de idiomas con que nues-

para desarrollarse adecuadamente como científicos o como profesionales. La propuesta fue acogida con entusiasmo por el resto de facultades y por el ministerio<sup>319</sup>. Éste le reconoció la oficialidad y la dejó bajo el patronato de la Universidad de Valencia<sup>320</sup>. El curso comenzó el 15 de enero de 1919<sup>321</sup>. Según Deleito Piñuela, funcionó con regularidad y con éxito. Las clases se impartían en las aulas de derecho. Las cátedras eran de griego clásico y moderno, latín, árabe vulgar —este curso estaba especialmente destinado a los policías o militares que ocasionalmente pudieran ser trasladados al protectorado del norte de África—, alemán, francés, inglés, italiano, castellano para extranjeros y valenciano —el último era gratuito y sin limitación de estudiantes—<sup>322</sup>. Los cursos eran semestrales y voluntarios para los alumnos de la universidad. Con el fin de facilitarles la asistencia y hacerla compatible con los estudios superiores, las clases eran vespertinas y junto a los cargos civiles, militares o eclesiásticos, tenían prioridad en la matrícula. Aunque no se limitó la entrada por razón de sexo, el mismo orden de acceso, unido al escaso peso de la mujer en la cultura, supuso que muchas quedaran fuera. Los cursos se limitaron a diez personas para lograr buenos resultados.

El instituto tuvo una notable resonancia. *La Vanguardia* en Barcelona se hacía eco de su creación y alababa sin rubor la idea, pues aunque en la universidad catalana existían cursos de idiomas, en la de Valencia era el claustro universitario el que impulsaba la idea:

---

tros alumnos llegan a la Universidad», *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 7/II/1912 a 10/II/1920*, junta de 8 de mayo de 1918, pp. 49-51 v. Ese verano se aprobaron las lenguas objeto de estudio. *Las Provincias*, 6 de julio de 1918, p. 3. No nos extendemos en su estudio por haberlo hecho con sumo detalle en su tesis doctoral M<sup>a</sup> F. Mancebo, *La universidad de Valencia...*, I, pp. 412-455.

<sup>319</sup> Ejemplo de la buena acogida entre todo el colectivo universitario fue la colaboración que ofreció la facultad de medicina *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta de 19 de junio de 1918, pp. 84-85.

<sup>320</sup> Real orden de 16 de octubre de 1918, *Gaceta de Madrid* del 5 de noviembre, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1918*, Madrid, 1918, pp. 413-415.

<sup>321</sup> *Las Provincias*, 10 de enero de 1919, p. 1.

<sup>322</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la universidad de Valencia...», pp. 375-377. La cátedra de valenciano se fundó en 1918 y al poco pasó a estudiarse en el Instituto de idiomas.

El acelerado movimiento científico de nuestra época, que en veinte años ha recorrido un trayecto o etapa de evolución incalculablemente más largo que las generaciones pasadas en veinte siglos [...] No caigamos de nuevo en el error de exclamar inconscientemente: «Menos doctores y más industriales». Procuremos que los doctores entrefundan corazón y mente con los industriales<sup>323</sup>.

El instituto será no sólo un lugar donde aprender lenguas sino que además se configuró como el símbolo de la independencia de la universidad, del europeísmo y el progreso. Reflejó el esfuerzo de una generación por reformar los estudios, un paso adelante en la renovación de la universidad valentina. De ello tenemos prueba al menos en dos discursos. En primero fue el inaugural a cargo de Deleito Piñuela, bajo el expresivo título *La enseñanza de la historia en la universidad y su reforma posible*, que aprovechó para abordar el asunto de los estudios superiores a lo largo del tiempo y presentarlos como necesitados de transformación. Defendió a la clase escolar diciendo que era el reflejo de la atonía general de la nación, había que motivarlos con el aprendizaje de idiomas, con viajes y con la creación de academias españolas en el extranjero. En un discurso en línea con el institucionismo, abogó porque las universidades fueran lugares donde aprender ciencia. Hizo memoria del pasado glorioso de los estudiantes, en defensa de las libertades y de la patria —Guerra de la Independencia incluida—.

El segundo discurso fue durante la autonomía universitaria, en la inauguración del segundo semestre del curso. Se invitó al conservador Adolfo Bonilla y Sanmartín, catedrático de la Universidad de Madrid, que no ahorró palabras de encomio a la universidad valentina y a Luis Vives.

#### *d) Los estudiantes en el proceso de autonomía*

Como dijimos, el protagonismo en la reforma universitaria recayó sobre los catedráticos. No existió la intervención directa de los escolares en la redacción del estatuto de autonomía —aunque como asociaciones o individualmente pudieron remitir escritos a la comi-

---

<sup>323</sup> Federico Climent Terrer, *La Voz Valenciana*, 17 de enero de 1919, p. 1.

sión redactora—. Dos son las causas que apuntamos: la escasez de tiempo para su redacción y la falta de seriedad que a los ojos de los académicos tenían los alumnos. Sólo resolver en el plazo de cuatro meses qué estudiantes y de qué forma intervendrían en los trabajos de redacción estatutaria, habría sido arduo trabajo. Sin embargo, se quería contar con su respaldo en el desarrollo de la autonomía por dos motivos. El primero porque en el nuevo modelo universitario y pedagógico exigía su intervención para que al sentirse parte del gobierno universitario ayudaran a mejorar y corregir los defectos del sistema. El segundo consistía en la intención de ganarse la voluntad de los estudiantes para impedir que su oposición pusiera en grave peligro la reforma. A partir de entonces la actitud de muchos académicos cambió para bien. Era preciso aunar esfuerzos para llevar a cabo la regeneración total de la universidad, así lo hacía ver un escolar:

Los hombres eran los mismos; las ideas eran nuevas [...] absolutamente todos los profesores han brindado su amistad a los discípulo, y sus dulces y reposadas frases han inspirado confianza a los muchachos [...] La cátedra, además, ha solicitado ayuda al discípulo para que la autonomía no fracase; ha pedido asiduidad y trabajo; ha demandado voluntad firme, y el discípulo no debe desoír este llamamiento.

La universidad necesita ahora, más que nunca, de hombres y de ideas <sup>324</sup>.

Estas dos fueron las causas para que se desarrollaron diversas actividades con el fin de atraer el interés de la masa estudiantil y hacerle partícipe de la reforma.

### *Las conferencias informativas y las charlas culturales*

Fueron dos las causas que creemos motivaron estas reuniones. La primera era acallar las críticas referidas al desinterés que los catedráticos habían tenido hacia la opinión de los escolares durante la redacción del estatuto. Las facultades de derecho y filosofía y

---

<sup>324</sup> F. Puig Espert, «De nuestra colaboración. Hombres e ideas», *Las Provincias*, 6 de octubre de 1921, p. 1.

letras, las más activas, ofrecieron la oportunidad de escuchar lo que tuvieran que decir sus estudiantes. La segunda causa era que los promotores también veían las conferencias como un medio útil para animar más aún los trabajos de reforma, haciendo ver que a los alumnos les interesaba la reforma y que podían influir en ella. Era la mejor manera de que emitieran sus opiniones y prevenir motines o revueltas. El ciclo de conferencias se celebró en la universidad y el rector interesadamente ofreció todo tipo de facilidades. A cada exposición de los alumnos, seguía una intervención más o menos larga de un catedrático que respaldaba o justificaba las razones por las que se había tomado una u otra decisión. En general los profesores tomaron mucho interés acudiendo con asiduidad a escuchar las opiniones de sus discípulos.

La expectación entre el elemento escolar fue enorme pues era la primera vez que se les permitía intervenir en asuntos relacionados con la política universitaria. La inauguración de las conferencias tuvo lugar el 15 de noviembre de 1921 y corrió a cargo de uno de sus impulsores, el penalista Enrique de Benito. Tuvo unas palabras de ánimo y esperanza ante la nueva etapa que se abría. Animó a la unión entre docentes y alumnos. Además, aseguró que la universidad iba a dejar de ser un lugar donde soportar tediosas explicaciones pues el debate y la valoración libre de corrientes e ideales sería el mejor camino para la conseguir la verdad científica. Ya dijimos que la tolerancia y la generosidad imperaron en los claustros durante esos meses.

En las charlas que se sucedieron, los estudiantes evidenciaron muy diversas opiniones que nos hace ver una importante efervescencia ideológica. Hubo quien criticó su propia falta de entrega y prometieron cambiar hasta lograr un nuevo modelo de estudiante universitario más responsable por el estudio<sup>325</sup>. La mayoría criticaría el mal estado del bachillerato, de la enseñanza superior y la necesidad de mayores inversiones: «sin comodidad, sin higiene, sin holgura, es imposible idealizar y soñar»<sup>326</sup>. Tampoco faltó la intervención del creciente sindicalismo católico. El valenciano

---

<sup>325</sup> José Ramón Medina Echeverría, estudiante de derecho de Castellón. *Las Provincias*, 16 de noviembre de 1921, p. 3.

<sup>326</sup> Arturo Perucho y Badía, alumno de leyes nacido en Burriana (Castellón). *El Pueblo*, 18 de noviembre de 1921, p. 4; *La Correspondencia de Valencia* y *Las Provincias* 17 de noviembre, ambos en p. 1.

José María Costa Serrano —matriculado en filosofía y letras y derecho— y representante de la Federación de estudiantes católicos de Valencia, culpó de la postración universitaria a los profesores y a los alumnos. Los primeros abusando comercialmente de los manuales y abandonando sus aulas para fugarse al extranjero o para dedicarse a sus asuntos. El despectivo tono que empleó no era sino la respuesta clerical a Ramos Sobrino que en la sesión anterior había atacado a los tradicionalistas. Recordemos que éste profesor había sido becado por la JAE. Los segundos dañaban a la universidad porque marchaban repetidamente a la huelga con el único fin de acabar el curso y no aprender<sup>327</sup>. Lamentó la marginación sufrida por los escolares a la hora de redactar los estatutos de los que ni tan siquiera tenían copia<sup>328</sup>; además se les había excluido de toda responsabilidad en el gobierno universitario<sup>329</sup>. También defendió los intereses de su asociación cuando afirmó que los escolares católicos, tenían todo el derecho a llevar sus ideas a la universidad. Reprochó que a los estudiantes se les impusieran grandes obligaciones mientras a los catedráticos sólo se les pedía acudir a clase, y que respecto a éstos no hubiera un control de suficiencia y aptitud profesional<sup>330</sup>.

---

<sup>327</sup> Coincidió en línea generales con Gonzalo Vallejo Martínez Raga, otro alumno de derecho, nacido en Cuenca apostó por un adecuado sistema de becas que permitiera estudiar a quienes demostraran aptitudes. No dudó en ensalzar los beneficios de la actividad católica —era colegial del centro Juan de Rivera— *Las Provincias*, 27 de noviembre de 1921, p. 1 y *La Correspondencia de Valencia*, 26 de noviembre, p. 1.

<sup>328</sup> La misma queja manifestó el articulista V. Tomás y Martí. «Sé que si alguno se quiere enterar, tropezará con la dificultad de que no aparecen ejemplares del proyecto por ninguna parte y tendrá que recurrir a la «Gaceta», que lo publicó aprobado. Por lo vital que es para todos, profesores y alumnos, debía hacerse una tirada del estatuto y repartirlo a todos los alumnos para que tengan conocimiento de los deberes y derechos que les otorga el nuevo régimen». *La Correspondencia de Valencia*, 11 de noviembre de 1921, p. 1.

<sup>329</sup> Sólo una nula o errónea lectura de los estatutos valenciano y vallisoletano justifica la alusión hecha pues no se concedían mayores derechos en el de Valencia. Artículos 27-29 del estatuto de Valladolid. Aprobado por real decreto de 9 de septiembre de 1921, *Gaceta de Madrid* de 14 de septiembre.

<sup>330</sup> *Las Provincias*, *El Pueblo* y *La Correspondencia de Valencia*, todos de 18 de noviembre de 1921, pp. 4, 4 y 1, respectivamente.



Vicente Alfaro Moreno coincidió en la demanda de una mayor intervención para los estudiantes en el gobierno universitario, pero con respecto a las tiranteces políticas entre las distintas asociaciones escolares, solicitó una mayor unidad del alumnado<sup>331</sup>. Rafael Núñez Lagos, retomó el discurso institucionista que pedía que la universidad preparara profesionales con bagaje cultural. Se mostró optimista respecto al futuro, alabó a las universidades anglosajonas y germanas y señaló a la investigación científica, como la mejor vía para el engrandecimiento patrio<sup>332</sup>.

Puig Espert habló sobre las huelgas escolares y las distinguió en dos tipos: las forzadas de las que no lo eran. Las primeras eran las que se hacían con el fin de mejorar el sistema universitario. Era preciso que los alumnos se alzaran por las cosas necesarias y contra las injusticias. Rechazó las segundas porque se realizaban con el vergonzoso fin de adelantar las vacaciones. También pidió una mayor preocupación de los progenitores por el rendimiento de sus hijos. No se resistió a dar una nota regionalista reclamando que la universidad se abriese más a la sociedad en la que se desenvolvía. Propuso el estudio de su propia cultura, de su pasado..., así como la creación de una facultad de filosofía —se refería a la sección que faltaba— y de farmacia. No faltó el recuerdo a Vives y a Cavanilles<sup>333</sup>.

Pero la exposición más regionalista corrió a cargo de Vicente Almela Vives, que se dirigió al público en valenciano. Defendió el derecho que todo estudiante a defender su credo político ante la cátedra —lo que nos hace ver la existencia de un cierto control ideológico del profesorado—. También pidió que la universidad se relacionara con fluidez con el resto de la sociedad valenciana sin olvidar sus relaciones internacionales. Asimismo, mantuvo el interés que tendría la creación de una revista en la que colaboraran profesores y estudiantes así como que se potenciara el deporte entre los universitarios como medida saludable<sup>334</sup>.

---

<sup>331</sup> Estudiante de derecho valenciano. *Las Provincias* y *La Correspondencia de Valencia*, 19 de noviembre de 1921, pp. 2 y 1, respectivamente.

<sup>332</sup> Estudiante de derecho de Madrid. *Las Provincias*, 20 de noviembre de 1921, p. 1 y *La Correspondencia de Valencia*, 21 de noviembre de 1921, p. 2.

<sup>333</sup> *Las Provincias* y *La Correspondencia de Valencia*, 23 de noviembre de 1921, pp. 2 y 1, respectivamente.

<sup>334</sup> Era estudiante de filosofía y letras. *Las Provincias*, 26 de noviembre de 1921, p. 4 y *La Correspondencia de Valencia*, 25 de noviembre, p. 1.

Las contestaciones de los catedráticos fueron tan diversas como las interpelaciones de los alumnos. Blas Ramos Sobrino por ejemplo reconoció el mal estado del material y las instalaciones y criticó a aquéllos de sus compañeros que creían que la cátedra no era más que una fuente de ingresos. La universidad debía acabar con los inútiles y atraer a los capaces. Ricardo Mur por su parte reconoció que era cierto que la representación del elemento escolar era exigua, pero si se les había dotado de ciertas competencias. Ahora bien, no se atrevió a declarar que en el fondo su escaso protagonismo en el gobierno de la universidad, se debía a la poca confianza que los redactores del estatuto tenían en los estudiantes.

Sí tuvo valor Gómez González en señalarles a los escolares que si querían mayores cuotas de poder debían demostrar mayor responsabilidad. Molesto por las actitudes de algunos de ellos les recordó que las conferencias eran un acto de simpatía porque sin obligación alguna los catedráticos se sentaban voluntariamente a escuchar los reproches, ideas y sugerencias de sus alumnos en un ambiente de libertad y tolerancia. Algo que hasta entonces nunca se había hecho. También les hizo memoria de que la pésima situación de las instalaciones no era culpa de los catedráticos sino del Estado que les había regateado todo tipo de ayudas. En cuanto a las críticas referidas a la poca difusión del estatuto, señaló que estaba a la disposición de los jóvenes y precisamente era vergonzoso que no hubieran sido capaces de desprenderse de unas monedas para comprarlo. Por último, animó a estudiantes y profesores al trabajo, y a dejar de lado toda tirantez ideológica que impidiera la andadura de la nueva etapa, «sin invadir atribuciones ni propósitos de zaherir ni conquistarse clientelas»<sup>335</sup>.

Cabrera Warleta como fiel tradicionalista manifestó que el modelo español era el mejor y criticó el afán por acudir al extranjero para encontrar las respuestas a los problemas hispanos. La tradición era la mejor vía para satisfacer las necesidades españolas. Admitió las deficiencias del estatuto, pero recordó que era susceptible de reforma y que se mejoraría con el tiempo. Recordemos que era fruto del pacto y de las prisas... Fuera del discurso religioso, criticó la enseñanza primaria que, al no preparar adecuadamente a los niños,

---

<sup>335</sup> *Las Provincias y La Correspondencia de Valencia*, 19 de noviembre de 1921, pp. 2 y 1, respectivamente.

hacía que arrastrasen su ignorancia por el resto de grados. Clerical de primer orden, alabó la labor desarrollada en la institución de Santo Tomás de Villanueva. Finalizó perorando contra la pornografía y confiando en la seriedad de los estudiantes para llevar adelante la reforma.

Pedro María López declaró que la universidad no se convertiría en monolítica sino que cuidaría sus vínculos con las instituciones del exterior, asimismo se avanzaría en la mejora de todas las instalaciones, mientras fuera imposible la construcción de una ciudad universitaria. Se opuso a la intromisión de la política en la institución porque enturbiaba las relaciones y dificultaba la convivencia —especialmente contrario se mostró a las afirmaciones nacionalistas—. Recordó que sí existía ya un lugar donde profesores y estudiantes pudieran publicar, eran los *Anales de la Universidad de Valencia*.

Le contestó el catedrático Luis Jordana de Pozas. En una alocución cargada de notas clericales, dijo que los escolares se habían quejado mucho de la cuestión material, pero muy poco de la espiritual. Insistió en la mejora de la educación primaria y secundaria así como en permitir a los más desfavorecidos el acceso a los estudios. Hizo una tímida apología del caciquismo al señalar que el mencionado acceso debía fomentarse desde la protección desinteresada de los poderosos, no del Estado. Respaldó la necesidad de incrementar las asociaciones escolares y de mantener las disputas ideológicas en el seno de la universidad. Finalmente disculpó al profesorado de los muchos ataques que recibía y justificó el malestar general en la precaria situación económica en que estaban.

En conclusión, las conferencias para estudiantes sirvieron para oír numerosas y no siempre bien informadas críticas acerca de la reforma universitaria. Dos temas repitieron los estudiantes incesantemente. La necesidad de que se les ofreciera una mayor intervención en el gobierno universitario, y la que se dotaran de medios adecuados para satisfacer las actuales y futuras necesidades.

Los estudiantes también quisieron despojarse de la mala fama que arrastraban. Además de denunciar las algaradas como un mal a erradicar, excusaron sus acciones por dos graves razones que impedían la normalidad: la absoluta precariedad de todas las instalaciones universitarias y «el profesor a la antigua», un viejo achacoso que enseñaba a gritos por impedir la ley y el poco instinto

pedagógico que lo hiciera a palos<sup>336</sup>. Con las charlas culturales buscaban romper el molde de holgazanes en que se les tenía encasillados. Entre febrero y mayo de 1922 se vivió una febril actividad en las aulas. En *Las charlas para amigos*, se abrió una etapa de trabajos donde los alumnos podían utilizar las aulas para ofrecer monografías y discutir en torno a asuntos culturales. La rancia universidad dejaba espacio para la iniciativa juvenil. El 4 de marzo, en un acto que podríamos calificar de inaugural, Fernando Dicenta Vera, estudiante de derecho, expuso el objeto de las *charlas*: permitir la crítica literaria, dentro de un margen de libertad y juventud «fecundo para los disertantes, pedagógico para todos». Los actos serían públicos en la línea marcada de extensión universitaria<sup>337</sup>. Dos días después se produjo la primera disertación por el estudiante Manuel Zapater García, acerca de la generación del 98<sup>338</sup>. La libertad de temas permitió que los escolares, en su mayoría de expediente impecable, abordaran variados asuntos. El 8 Josefina Peris abordó la educación y prácticas religiosas en la escuela<sup>339</sup>. Entre los días 22 y 24 se habló acerca de la lucha de la juventud en las colonias africanas; de cuestiones pedagógicas relacionadas con la disciplina escolar y de la literatura actual<sup>340</sup>.

La buena acogida y el interés de los ciudadanos y universitarios por *las charlas* que llevaban a cabo los de derecho y filosofía y letras, animó al decano de esta facultad —Pedro María López— a organizar una serie de discusiones relacionadas con los temas que explicaba. Era una buena ocasión para favorecer la investigación y la participación estudiantil. Se les pedía que mostraran en público sus conocimientos en una materia. En marzo, otro doctor —Gómez Martí— dio tres conferencias referidas a cuestiones de lógica<sup>341</sup>. Sin embargo, todos estos trabajos sufrieron un duro revés cuando poco

---

<sup>336</sup> A. Perucho, «De actualidad. El estudiante y la universidad autónoma», *El Pueblo*, 18 de noviembre de 1921, p. 3.

<sup>337</sup> Los locales que se destinaron para las conferencias fueron las aulas 8 y 10 de la universidad.

<sup>338</sup> Alicante y alumno de derecho.

<sup>339</sup> *Las Provincias*, 7 de marzo de 1922, p. 5.

<sup>340</sup> Intervinieron los estudiantes Jesús M<sup>a</sup> Cabedo y Torrens, Clemente Carrasco Torromé, y el publicista Juan Lacomba. *Las Provincias*, 23 de marzo de 1922, p. 2.

<sup>341</sup> *Las Provincias*, 26 de marzo de 1922, p. 5.

después Silió caía y su reforma se derrumbaba por causas ajenas a la voluntad de los universitarios.

### *El desarrollo del asociacionismo escolar*

Fueron los meses de la autonomía febriles en el alineamiento de los escolares en diversas agrupaciones políticas. Ya vimos la crisis en que cayó el asociacionismo estudiantil tras los fracasos de las asambleas escolares. Aunque se produjeron algunas actividades políticas entre los alumnos desde 1914, en su mayoría estaban vinculadas a la cuestión pedagógica o a la política universitaria<sup>342</sup>. No será sino hasta 1917 cuando el asociacionismo de tipo ideológico retome fuerzas. La dura situación nacional e internacional despertó a muchos intelectuales y científicos. No podían seguir sustrayéndose a la realidad española tal y como la generación anterior había hecho:

Nadie puede permanecer ajeno a estos grandes y graves acontecimientos, y las dudas de la vida a todos atañen; pues es pasado el tiempo de las inhibiciones, y no puede ya el investigador de Ciencia vivir encerrado en su torre de marfil y sin enterarse, y permanecer indiferente a cuanto en torno suyo sucede, antes bien, ha de participar en ello y poner su Ciencia y su saber al servicio de los grandes ideales humanos; que al cabo la Ciencia, que es la verdad, debe inspirarlos y realizarlos hasta donde sea posible<sup>343</sup>.

Los escolares necesitaban organizarse, hacer algo, cambiar las cosas... En Valencia se desenterró la Federación escolar, pero esta vez, su forma y contenido no eran iguales. Estaban más politizados y sus objetivos eran más excluyentes. Ya no se buscaba la unión

---

<sup>342</sup> En 1914 las miserables asignaciones que el gobierno había destinado a la instrucción, movilizó a los estudiantes que se aliaron a los liberales. En Valencia desde finales de noviembre hubo problemas. *Las Provincias*, 25 y 26 de noviembre y 2 de diciembre de 1914, pp. 3, 2 y 4, respectivamente. El ministro Bergamín tuvo que dimitir por esta cuestión. *Diario de Valencia*, 11 de diciembre de 1914, p. 1.

<sup>343</sup> «Memoria que presenta a la primera Junta General celebrada en 1920 la Directiva que actuó el año de 1919», *Anales de la Sociedad Española de Física y Química*, t. 18, 2 vols., Madrid, (1920), I, p. 9.

absoluta y abstracta de la clase estudiantil, sino que se hablaba de lucha de clases y de rebeldía frente al poder. El compromiso político en favor de la libertad era firme. No descartaban la búsqueda del bienestar escolar, pero su dialéctica se presentaba más agresiva. Amenazaron con no tolerar más actos afrentosos o abusos que desde la palestra o gobernación civil pudieran producirse. En un artículo publicado por *El Pueblo*, un estudiante de medicina —Ramón Calatayud Benavent— con tintes revolucionarios se erigía como voz del sindicato para clamar en favor de Moliner, en contra del caciquismo y de las frecuentes represiones ideológicas ejercidas por sus profesores:

Hagamos también del estudiante un individuo con más libertad de hechos y de ideas pues es denigrante que los estudiantes de derecho, de ideas avanzadas, tengan que ahogarlas y aparentar otras, por temor a ser víctimas de la furia de sus retrógrados catedráticos<sup>344</sup>.

También defendió la necesidad de instruir al pueblo para que adquiriese conciencia de clase y para que la cultura le permitiese proteger sus intereses. El reclamo de la autonomía universitaria para el adecuado progreso de la ciencia, de mayores inversiones en las universidades y la crítica por el despilfarro de la guerra de África, dicen mucho del nuevo talante de los asociados.

La Federación nacional escolar, nunca representó a la totalidad de los escolares valencianos. Tras evidenciarse las serias diferencias ideológicas entre los estudiantes en la asamblea de 1911, los clericales fundaron en 1912 el Centro escolar mercantil (CEM) para las reuniones del alumnado católico<sup>345</sup>. Incluso contaron desde 1916 con un órgano de expresión: *Oro de ley*. La Federación contó con las simpatías del profesorado liberal aunque nunca en el alto grado en que los catedráticos clericales respaldaron a las agrupaciones católicas. A pesar de lograr la personalidad y el carácter oficial el 7 de

---

<sup>344</sup> «Renovación», *El Pueblo*, 12 de noviembre de 1917, p. 2.

<sup>345</sup> Ya antes de 1900 existía la Academia de la juventud católica que tenía como finalidad agrupar a los estudiantes cristianos, adoctrinarlos y discutir de asuntos intelectuales diversos, normalmente relacionados con cuestiones universitarias. Sin duda surgió como la respuesta tradicionalista a los trabajos desarrollados en el Ateneo Escolar, de tendencia liberal.

marzo de 1920<sup>346</sup>, no sería reconocida por la comisión ejecutiva de la universidad como órgano representativo de los estudiantes en los claustros. Seguramente lo impidió su desaparición o la suspensión de la autonomía universitaria.

La Federación se componía de estudiantes universitarios y de las escuelas superiores especiales. En el acto de reconocimiento tomó la palabra el profesor de medicina Gómez Ferrer para señalar las consignas que iban a guiarla. Se evidenciaron las notas institucionistas y liberales: la federación debía tomar lo que interesaba de Europa para el adelanto de la ciencia española y huir del aislamiento que había ocasionado la ruina científica. Buscarían la concordia adecuada entre discípulos y profesores. Pero sobre todas estas cosas, lucharían por mantener la armonía y la libertad de pensamiento<sup>347</sup>.

La acogida por la opinión pública fue buena porque gustó que los estudiantes crearan una entidad que mirase por sus intereses. Sin embargo, es evidente la progresiva inclinación hacia posiciones liberales que se aumentará con las deserciones de los moderados que marcharon a las asociaciones católicas a partir de 1920<sup>348</sup>. Estos escolares mostraban nuevas inquietudes. Paulatinamente tomarán conciencia de clase y de la necesidad de involucrarse en la realidad social que les circundaba para cambiar las cosas. Asimilaron el peso que el estudiantado había tenido en el pasado revolucionario y de lo profundo que podían conmover los cimientos universitarios si se lo proponían<sup>349</sup>. A partir de entonces comenzaron a nacer numerosos grupos de diversas ideologías, la mayoría de talante liberal: republicanos, socialistas...<sup>350</sup>

---

<sup>346</sup> Fueron testigos del acto el vicerrector, Juan Antonio Bernabé, y los decanos de filosofía, ciencias y medicina, entre otros profesores. Participaron alrededor de 100 estudiantes. La ausencia del decano de derecho es significativa porque entraña su rechazo a la ideología liberal de esta asociación, *La Voz Valenciana*, 8 de marzo de 1920, p. 1.

<sup>347</sup> *El Mercantil Valenciano*, 8 de marzo de 1920, p. 1.

<sup>348</sup> *La Voz Valenciana*, 10 de marzo de 1920, p. 1.

<sup>349</sup> *El Pueblo*, 31 de octubre de 1917, p. 1 y *El Mercantil Valenciano*, 29 de octubre, p. 1 para la reacción de los escolares madrileños.

<sup>350</sup> Con el lema «Todos para cada uno y cada uno para todos» se constituyó en Madrid el *Grupo de estudiantes socialistas*. Su sede se estableció en la Casa del Pueblo. Su presidente fue Aurelio Alonso y el secretario, Antonio Buendía. *El Pueblo*, 28 de abril de 1918, pp. 1 y 2.



Por si fuera poco, la autonomía universitaria de Silió concedía la posibilidad de que las asociaciones de estudiantes reconocidas, intervinieran en el gobierno universitario<sup>351</sup>. Sorprende ver como la posibilidad de participar hizo que la militancia se multiplicara. Dos clases de asociaciones se formaron. Las de origen político: revolucionarias, liberales<sup>352</sup> o tradicionalistas —carlistas—. Apenas tenemos datos de ellas, pues parece que no sobrevivieron mucho tiempo, bien por la escasa acogida entre los escolares, bien porque su militancia se desvió a los sindicatos obreros. Los regionalistas también formaron su propia entidad. En marzo de 1920 tenemos noticia de la existencia de una Federación valenciana de estudiantes<sup>353</sup>.

Las otras agrupaciones, las apolíticas o *neutras* serán forjadas conforme al viejo sistema, sin finalidad ideológica clara, que sólo pretendían atender los intereses del alumnado, de la enseñanza y la ciencia. Asociaciones de carácter exclusivamente científico, sin fines reivindicativos. Los profesores y decano de la facultad de ciencias, favorecieron la creación de la Unión escolar científica. Idealistas que recordaban sus tiempos de juventud y en los que había calado ya el pensamiento institucionista, impulsaron esta asociación que tenía como finalidad el fomento de la ciencia<sup>354</sup>. La constituyeron el 30 de diciembre de 1918 con casi todos los estudiantes de esa facultad, pues estos se vieron muy atraídos

---

<sup>351</sup> Nos referimos a la base cuarta párrafo 5 del real decreto de 21 de mayo de 1919, *Gaceta de Madrid* de 22 de mayo, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1919*, Madrid, 1921, p. 207. «Son órganos de la universidad [...] Las Asociaciones de estudiantes legalmente constituidas, cuyo Estatuto haya sido aprobado por la Comisión ejecutiva de la universidad.»

<sup>352</sup> Como la asociación de estudiantes socialistas. Su bandera fue el recuerdo de Moliner, héroe de los escolares que perdió su puesto por lograr la mejora universitaria. Este personaje será el punto de referencia de estos estudiantes más politizados. La Casa del Pueblo sirvió de sede y respaldó el movimiento. *El Pueblo*, 29 de abril de 1918, p. 1.

<sup>353</sup> La sede social estuvo en la calle Vicente Peris, 4. Su presidente era José Antonio Botella y se componía de estudiantes de las facultades de ciencias, derecho y filosofía y letras. *Las Provincias*, 3 de marzo de 1920, p. 3.

<sup>354</sup> Emilio González López menciona el grato recuerdo existente entre los hombres que habían formado en su juventud parte del movimiento de la UE, «La Unión Escolar fue una verdadera comunidad de espíritus que el tiempo no pudo destruir; todavía hoy existe un grupo, «los novecentistas», en el que forman unidos por el lazo inquebrantable de la fraternidad, los estudiantes que hace treinta años constituyeron la Unión Escolar.», *El espíritu...*, pp. 21-22.

por la posibilidad de disfrutar de conferencias científicas y sus objetivos nada tediosos: creación de una biblioteca, intercambios científicos, excursiones, concursos y otros actos para impulsar la cultura científica, atrajo a los jóvenes<sup>355</sup>. Prueba de su talante pedagógico y científico fue el concurso que convocaron para los meses de verano con el fin de evitar que el paro vacacional relajara el ejercicio intelectual<sup>356</sup>. En enero de 1920 de la mano de José Gascó Oliag —catedrático de química inorgánica— y Rodríguez Monrelo se convirtió en socio numerario de la Sociedad española de física y química<sup>357</sup>. Sirvió asimismo como un mecanismo de presión para que el gobierno avanzara la construcción de la facultad de medicina y ciencias cuya creación amenazaba eternizarse<sup>358</sup>. De similar estilo se formó poco después la Unión escolar de filosofía y letras<sup>359</sup>. A medio camino entre la política y la ciencia estuvo la Sociedad libre de estudiantes valencianos —obsérvese la similitud de su denominación con la Institución libre de enseñanza— que aspiraba a cubrir un vacío que nadie llenaba, el de promover desde el apoliticismo la defensa de la cuestión escolar<sup>360</sup>.

Ésta y otras entidades se constituyeron como reflejo de la crisis que recorría la sociedad española y la universitaria. Grandes o microscópicas la mayoría de ellas aparecían con la misma rapidez que se extinguían. En todo caso ninguna de ellas pudo satisfacer a la masa escolar y mucho menos unirlos siquiera para reivindicar derechos. Deleito Piñuela las recordaba en 1925:

Diferentes veces se han formado sociedades de estudiantes constituidas y disueltas con la inconsistencia de las olas del mar. El último ensayo para agrupar a toda la juventud universitaria será hace cosa de un lustro<sup>361</sup>.

---

<sup>355</sup> *El Mercantil Valenciano*, 30 de enero de 1919, p. 1.

<sup>356</sup> El concurso consistió en una serie de trabajos que los estudiantes tenían que desarrollar conforme a un temario que se dividió en 4 secciones: química, física, naturales y matemáticas.

<sup>357</sup> «Sesión del 14 de enero de 1920», *Anales de la Sociedad Española de Física y Química*, t. 18, 2 vols., Madrid, (1920), I, p. 6.

<sup>358</sup> *El Pueblo*, 27 de marzo de 1920, p. 1.

<sup>359</sup> Su presidente era García de Fuentes. *La Voz Valenciana*, 18 de marzo de 1920.

<sup>360</sup> Su sede fue el Ateneo Científico en calle del Mar, 23, duplicado. *El Mercantil Valenciano*, 18 de enero de 1919, p. 1.

<sup>361</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la universidad de Valencia...», p. 388.

*Las nuevas asociaciones confesionales*

La sociedad española en los años veinte mostraba una clara diferenciación en la concepción del mundo. La universidad tampoco escapó a este problema. Si las asociaciones estudiantiles laicas se originaron a impulso de los profesores liberales, de sindicatos o partidos políticos, más o menos aisladamente; las asociaciones escolares clericales, nacerán como un fenómeno generalizado en toda España. Pío XI se pronunció a favor del sindicalismo católico en cada una de las ramas productivas de la sociedad, en especial entre los trabajadores. Era preciso unirse para hacer frente espiritual a las olas anticlericales y los ataques del liberalismo —especialmente los socialistas—. Los estudiantes que en un principio parecían avenirse al asociacionismo «neutro», pronto obedecieron la consigna de Roma:

Marchaban los mozos hacia la consolidación de un grupo de tipo único, netamente escolar, desnudo de adjetivos, cuando los reaccionarios que usurpan el nombre de católicos en España, escindieron la gran masa estudiante, arrojando en su regazo la discordia confesional<sup>362</sup>.

Respaldados por numerosas instituciones y personalidades católicas, crearon distintas entidades que tras breves distensiones acabaron por configurar la Federación de Estudiantes Católicos, con un considerable número de miembros y un gran peso en las universidades españolas.

Dos fueron las causas que favorecieron su aparición. La primera y principal fue la voluntad de Silió de contar en los claustros con la presencia de representantes escolares que intervinieran en el gobierno universitario. Sin duda era una oferta llamativa al asociacionismo. Especialmente —como era el caso— para los católicos que velaban por alcanzar la conversión de la sociedad, y la vuelta a la moral y valores cristianos, que veían diluirse paulatinamente entre la comunidad universitaria. Los tradicionalistas veían claro que la creación de un sindicato escolar confesional y fuerte, permitiría defender e intervenir en favor de la fe y de los principios cristianos en los claustros. No faltaron durísimas críticas desde las posiciones radicales de izquierdas a este planteamiento:

---

<sup>362</sup> L. Jiménez, *Al servicio...*, p. 139.

La Iglesia sintió siempre apetencia de dominar a la Universidad, por ver en su sistema de libertad de cátedra el mayor enemigo de su dogmatismo [...] sólo le faltaba dar con el procedimiento adecuado para emprender convenientemente la intervención anhelada, y esto lo encontró fácilmente trasplantando a España las asociaciones de estudiantes católicos que existían en otros países, por la razón de profesar distintas religiones los estudiantes de aquellas Universidades <sup>363</sup>.

Con este plan, era lógico que para defender sus intereses buscaran entre los estudiantes a sus aliados. Se hacía precisa la existencia de una asociación estudiantil más conservadora que defendiese la fe y contrarrestase las influencias del resto de asociaciones liberales o «neutras». No olvidemos que el asociacionismo universitario existente, derivaba hacia posiciones liberales <sup>364</sup>.

Las Asociaciones de estudiantes católicos pretendían [...] luchar contra las Asociaciones oficiales de estudiantes —a las que tenían por entidades de influjo izquierdista— para reducirlas a la nada <sup>365</sup>.

La segunda causa fue el impulso que hacia el asociacionismo católico se dio desde el Vaticano en todas las profesiones. Los estudiantes católicos no podían desobedecer la consigna. No en vano Ángel Herrera director del diario clerical *El Debate*, suscitó en 1920 la Conferencia de Estudiantes Católicos que defendió la enseñanza religiosa en el bachillerato, la libertad de enseñanza —entendida como posibilidad de abrir centros educativos sin control estatal— y devolución de los estudios teológicos a la universidad <sup>366</sup>. Ese mismo año nació la Confederación nacional de estudiantes católicos en torno a la cual se agruparían y cohesionarían las diversas asociaciones y federaciones de alumnos católicos <sup>367</sup>. Era hora de organizarse para la defensa de los intereses tradicionales:

---

<sup>363</sup> E. González López, *El espíritu...*, p. 35.

<sup>364</sup> M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso recoge esta misma idea. *La universidad de Valencia...*, pp. 85 y ss. Algo más agriamente es comentado por L. Jiménez, *Al servicio...*, p. 142. «Los reaccionarios y los clericales —plaga de nuestro suelo— quisieron fabricarse un organismo estudiantil para oponerlo a la verdadera estudiantina».

<sup>365</sup> E. González López, *El espíritu...*, p. 39.

<sup>366</sup> P. Cuesta Escudero, *La escuela en la reestructuración...*, pp. 228-229.

<sup>367</sup> La Confederación Nacional de Estudiantes Católicos fue fundada en 1920. Tenía su sede en la calle Mayor nº 1 de Madrid. Su presidente en

El deseo de cambiar el régimen político español —deseo que tuvo su exteriorización violenta el año de 1917, con la huelga general revolucionaria— se acentuó en los años de 1918 y 1919. La tendencia izquierdista, más pujante cada día, amenazaba dar al traste con todas las instituciones tradicionales [...] con la creación del sindicalismo católico no se había hecho más que comenzar la obra de contención. En la universidad, donde se forma lo más destacado de la juventud, estaba el mayor peligro<sup>368</sup>.

Como hemos visto, en Valencia ya había alguna tradición de asociaciones clericales, pero en general su peso entre los universitarios no era demasiado notable...<sup>369</sup> Sin embargo la llegada del nuevo y potente asociacionismo católico de ámbito nacional disgustó —como era de esperar— a la prensa republicana y anticlerical. *El Pueblo* con motivo de la fundación en Madrid de la primera aso-

---

1924 era F. Martín Sánchez, su secretario J. M. Carbonell García. Sus fines eran: procurar el mejoramiento moral y material de sus miembros y defender sus intereses; coadyuvar al progreso de la enseñanza en España; intervenir cuando fuere pertinente en asuntos de interés general para la Religión o para la Patria; defender los derechos profesionales de los trabajadores intelectuales; fomentar e intervenir en las relaciones internacionales con los estudiantes de todo el mundo, principalmente con los católicos y los de Portugal e Hispano-América. Sus socios —que abonaban pequeñas cuotas— eran 14.500 unidos en 24 federaciones o asociaciones. Se gobernaba a través de una asamblea confederal formada por los delegados de las asociaciones y federaciones. Tenía una junta suprema de 15 miembros; un comité asesor formado por antiguos asociados con la misión de «perpetuar el verdadero espíritu de la Confederación»; un consejo federal compuesto de representantes del profesorado oficial de facultades, institutos, escuelas especiales y escuelas normales, del profesorado privado y personas que, por su cultura, influencia o posición social, pudieran cooperar eficazmente al progreso de la confederación. J. Montí, *Manual de las organizaciones católicas*, Madrid, 1924, pp. 130-131.

<sup>368</sup> E. González López, *El espíritu...*, pp. 35-36.

<sup>369</sup> Ya hemos visto algunas intervenciones de agrupaciones católico-carlistas con motivo de los congresos escolares, además de la existencia del C.E.M. y de otros centros como el Colegio del Beato Juan de Ribera. También R. Reig en su obra *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Valencia, 1986, pp. 112-113. Destacó en su colaboración Rafael Rodríguez de Cepeda.

ciación católica —en la que no faltaron numerosos profesores y religiosos— denunció el cambio de estrategia de los clericales; dijo que pasaban del ataque a la libertad de cátedra a ser los mayores valedores de una autonomía universitaria que siempre habían reprimido. La idea de que estas nuevas asociaciones buscaran convertir la universidad en un templo —no precisamente de ciencia— asustaba a los intelectuales laicos. La autonomía podía volverse contra quienes tanto habían luchado por la libertad si acababa entregándose al catolicismo<sup>370</sup>. La crisis de Santo Tomás aumentó el temor «¿Qué uso van a hacer las universidades de la autonomía? Entregarla a los jesuitas, emplearla en obedecer y creer muy justo cuanto en sentido reaccionario se les ordene.»<sup>371</sup> En sus críticas contaron con los miembros de la Federación nacional escolar que no querían perder el liderazgo en la representación estudiantil. Las atacaron porque excluían a compañeros por sus creencias religiosas o políticas y por haberse constituido por causas ajenas a la universidad. Finalmente amenazaron con que la división escolar acarrearía la radicalización ideológica y el enfrentamiento<sup>372</sup>.

En Valencia el nuevo movimiento cristiano se originó en la conservadora facultad de derecho. Los profesores, sumamente religiosos —algunos rayanos en el integrismo católico—, defendieron con saña y protegieron hasta la coacción a ciertos estudiantes para que una pequeña asociación de leyes, creada originalmente con fines amistosos, fuera declarada católica. Será la Asociación universitaria de derecho (católica)<sup>373</sup>. Sus militantes además contaron con la asistencia del arzobispo y de diversas entidades religiosas<sup>374</sup>.

---

<sup>370</sup> *El Pueblo*, 16 de mayo de 1920, p. 1.

<sup>371</sup> *El Pueblo*, 8 de marzo de 1922, p. 2.

<sup>372</sup> Lo mismo argumentó diario laico *El Sol* en Madrid. J. M<sup>a</sup> Guasch Borrat, «*El Debate*» y *la crisis de la restauración (1910-1923)*, Pamplona, 1986, p. 403.

<sup>373</sup> Donderis Tatay criticó la manera en que se había presionado para convertir la agrupación en católica. «Todavía hay quienes recuerdan cómo se transfiguró la primera Asociación de estudiantes de derecho, arrebatado con políticas de cuchicheo y encrucijada lo que había sido fruto de nuestros más que caros deseos». *Las Provincias*, 21 de noviembre de 1920, p. 3.

<sup>374</sup> *Las Provincias*, 18 de noviembre de 1920, p. 1. M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso ya lo advierte en su libro *La universidad de Valencia...*, pp. 78 y ss.

Precisamente un alumno de leyes —Federico Salmón Amorín— alabó las asociaciones cristianas como la Asociación de estudiantes católicos o Asociación de estudiantes confesional católica. De las acusaciones de separatismo del que le acusaban los de la Federación se defendió alegando que si los alumnos cristianos emprendían su propio camino, era porque su religión les impedía militar con compañeros que no creían lo mismo, que podían burlarse de sus valores o impedirles su desarrollo. Si los católicos debían defender sus creencias, la mejor manera de evitar resquemores y conflictos entre estudiantes era que cada ideología se separara. Le era imposible compartir experiencias y esfuerzos con quienes no participaban de una unidad espiritual y de principios. La separación era la mejor manera de conservar las buenas relaciones pues así nadie se vería obligado a acatar las órdenes o voluntad de los demás. Decía seguir las órdenes de Roma pero ofrecía su amistad a todos sus compañeros incluso a quienes no opinaran como él, pues la diferencia religiosa no tenía por qué ser un obstáculo para el buen orden y el respeto mutuo<sup>375</sup>.

Sus palabras, suavizadas para no dañar la maltrecha solidaridad universitaria, reflejan una realidad: la voluntad firme de abandonar una asociación cada vez más avanzada y laica. No querían volver a caer en la trampa de militar con estudiantes liberales que ya en el pasado habían pretendido arrancarles declaraciones nada favorables a los intereses de la Iglesia —ejemplo tenemos con las asambleas de la FNE—. Un compañero suyo denunció la desviación a posiciones democráticas y liberales:

Todas las asociaciones que se bautizaron con el nombre de neutras, degeneraron pronto en políticas, con grave perjuicio de aquellos miembros que de buena fe siguieron agrupados en ellas. Y la misma labor exclusivamente profesional o de clase quedaría obstaculizada por el choque frecuente de opiniones inspiradas en las convicciones de cada cual, por el resquemor de los distintos sectores que mirarían con natural perjuicio toda iniciativa que partiese del lado opuesto<sup>376</sup>.

---

<sup>375</sup> *Las Provincias*, 18 de noviembre de 1920, p. 3.

<sup>376</sup> Julio Colomer Vidal, *Las Provincias*, 19 de noviembre de 1920, p. 2.



Se abrió un importante debate entre los universitarios que quisieron exponer sus posturas a la opinión pública. Donderis Tatay reprochó a los clericales que no fue sino hasta la llegada de la orden desde Madrid de constituir las asociaciones católicas de estudiantes, cuando descubrieron que la convivencia era inviable. Les recriminó su sometimiento al centralismo y les responsabilizó de la previsible fractura de la unidad estudiantil. Si hasta ese instante se habían podido celebrar funciones de teatro y reuniones que animaban la vida escolar, no entendía por qué la Federación ya no era lugar para aquéllos. Recordó que en su seno siempre había libertad y respeto para todos y que precisamente esa norma les había servido para mantenerse unidos. No entendía que la cuestión religiosa pudiera separarles cuando nunca antes se había planteado y que caso de hacerse se habría respetado todo tipo de posturas. La tolerancia a todos los principios era la regla básica de sus reuniones<sup>377</sup>. Se preguntaba con qué derecho los confesionales se atribuían el monopolio del regeneracionismo universitario, y el por qué de que su talante excluyente —que él señalaba como causa de la ruptura de las relaciones escolares—. Precisamente por ese carácter sectario y por su finalidad no exclusivamente académica sino religiosa, Donderis negaba la representatividad de los alumnos a las asociaciones católicas en los órganos de gobierno de la universidad. Donderis defendía la apoliticidad, las agrupaciones únicamente debían mirar por el cuidado de la clase escolar. Unidad, unidad y unidad...<sup>378</sup> La respuesta de los clericales se limitó a evidenciar que era natural la polarización de la sociedad universitaria en un momento de lucha ideológica generalizada:

---

<sup>377</sup> Este mismo alegato hizo años más tarde L. Jiménez de Asúa cuando se preguntaba el por qué de crear asociaciones católicas cuando todos los escolares lo eran por bautismo. Realmente dicho nombre encubría al asociacionismo conservador. *Al servicio...*, pp. 139-142.

<sup>378</sup> *Las Provincias*, 21 de noviembre de 1920, p. 3. Precisamente la falta de decisión en la militancia política de la Federación Escolar, será criticada desde posiciones republicanas. Un periodista, Vicente Alfaro, señaló que carecía de sentido declarar una institución neutra, ya que ello suponía ausencia absoluta de ideales, de valores..., los católicos por ejemplo tenían los suyos que aunque eran rechazables desde su óptica, les permitía ser consecuentes en sus acciones. Era imposible declarar neutra una asociación compuesta de personas. *El Pueblo*, 26 de noviembre de 1920, p. 1.

Si la confesionalidad ha dividido en dos campos a los obreros manuales, ¿cómo no ha de dividir también, con mayor motivo, a los trabajadores intelectuales, cuyo idealismo esencial nunca podrá avenirse sola o primordialmente el aspecto económico de la vida, sino también y en particular el filosófico? Como los labradores verbigracia, se preocupan por el progreso de la agricultura, los estudiantes se afanan por la reforma y el progreso de la instrucción. Hacia esta meta no puede caminarsen sin un criterio. Para unos será la libertad de enseñanza; para otros, el monopolio del Estado; según el concepto que se profesa del Estado, de la sociedad, de la enseñanza. No concebimos Asociaciones de estudiantes que se limiten a organizar veladas a obtener rebajas en los precios de los espectáculos, tranvías, trenes, etc., etc., ni aún a abaratar el coste de las carreras. A todo esto hay que ir, pero sin perder de vista su calidad de fines secundarios<sup>379</sup>.

Los católicos pretendían intervenir más directamente en la vida universitaria. Al mismo tiempo deseaban desgajarse de unas asociaciones ideológicamente neutras, que por otro lado nunca lo fueron completamente pues sus planes de reforma casi siempre fueron innovadores y liberales. Los esfuerzos dialécticos de la Federación escolar, serían inútiles pues la decisión estaba tomada y la ruptura se materializó. Por un lado la *Federación escolar católica* que unificó las diversas asociaciones confesionales que desde 1920 habían ido constituyéndose en cada facultad<sup>380</sup>. Se creó oficialmente el 8 de enero de 1921, fuertemente asentada en la universidad —especialmente en derecho— y protegida por los catedráticos clericales y demás autoridades católicas. Por el otro, la Federación escolar, inconexo, heterogéneo, de ideas y tendencias liberales, más abierto al debate, que aunque era bien visto entre los profesores avanzados, carecía de un firme respaldo institucional o privado. Estos dos bloques serán la semilla del desarrollo asociacionista entre la clase estudiantil durante los años siguientes.

---

<sup>379</sup> J. M<sup>a</sup> Guasch Borrat, «*El Debate*» y *la crisis...*, p. 403.

<sup>380</sup> En cuanto a la configuración de estas entidades, véase M<sup>a</sup> F. Mancebo Alonso, *La universidad de Valencia...*, pp. 80-82.

*La búsqueda del reconocimiento oficial*

Como hemos dicho, la actividad de las asociaciones estudiantes se multiplicó tras la reforma de Silió que permitía la participación de aquéllas en el gobierno universitario. De su declaración de legalidad, dependerían parte de las decisiones que atañían a la nascente autonomía. El rector de Valencia mostró su preocupación sobre el tema en el claustro de 24 de noviembre de 1920. Consultó al resto de catedráticos qué hacer respecto del reconocimiento de las asociaciones escolares. No quería conflictos ideológicos entre los universitarios. A pesar de que el estatuto de Valencia no dotó a aquéllas de gran participación —poco más que la supervisión presupuestaria, de intervenir con voz pero sin voto en las juntas, o denunciar carencias o defectos— era un primer paso. Además existía esperanza de ampliar su relevancia pues los mismos redactores del estatuto habían asegurado a la opinión pública y a los escolares que, conforme se comprobara la mayor seriedad de los jóvenes, se les aumentarían sus cuotas de poder y participación. En el debate intervinieron diez profesores que finalmente acordaron tres requisitos para admitir a las asociaciones: que fueran lícitas, que estuvieran compuestas por estudiantes y que sus fines fueran universitarios. No quisieron ir más allá para evitarse conflictos y remitieron al rector la responsabilidad de resolver en cada caso en concreto si admitir o no a una entidad <sup>381</sup>.

Al día siguiente, los estudiantes confesionales entonaron un *mea culpa* a los problemas universitarios para obtener reconocimiento legal. Acusaron a la masa estudiantil de causar buena parte del malestar universitario incumpliendo sus obligaciones y haciendo huelgas injustificadas. Se declararon enemigos de todo tipo de protestas para convencer a los profesores de la enorme utilidad que les supondría su reconocimiento oficial <sup>382</sup>. La discusión quedó aparcada en los claustros, hasta que fue preciso elevar un informe sobre la cuestión del reconocimiento a la asamblea de 1922. La junta de la facultad de derecho no trató del asunto, como sí lo hizo medicina para oponerse al reconocimiento de las asociaciones con-

---

<sup>381</sup> AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.094, legajo 19. Claustro de 24 de noviembre de 1920. También, *Libro de actas de los claustros ordinarios*, l. 2.513, pp. 65-66.

<sup>382</sup> *Las Provincias*, 26 de noviembre de 1920, p. 3.

fesionales<sup>383</sup>. Sin embargo creemos que los profesores de leyes algo hablaron oficiosamente, pues fue patente su unión en el claustro ordinario de universidad que se celebró para unificar criterios. José M<sup>a</sup> Zumalacárregui, Jordana de Pozas, Pastor Reig y Enrique de Benito se manifestaron a favor de que cada universidad resolviera el problema a su manera, con lo que facilitaban el camino del reconocimiento a las sociedades católicas. El liberal Gómez González se negó a dejar en el aire la cuestión, mientras Adolfo Gil y Morte buscó la vía pacificadora y de diálogo. El problema era interuniversitario y para no dividir a los claustrales en un momento en el que se requería calma, manifestó que era prudente dejar el «debate de las ideas» para otra ocasión. Fruto de la cordialidad imperante en el momento, resolvieron solicitar libertad para las universidades, sin perjuicio de postergar en Valencia la cuestión, hasta celebrar una profunda discusión<sup>384</sup>. Ya vimos que esta propuesta de dejar libertad a las universidades fue aceptada en la citada asamblea. La conclusión fue aceptada de buen grado por el ministro ya que así depositaba sobre los hombros de los respectivos claustros la sensible solución del problema, sin que a él le supusiera desgaste político alguno.

Pero el importante esfuerzo de los estudiantes católicos por ganarse el reconocimiento oficial fracasó a nivel nacional<sup>385</sup>. El carácter religioso de sus planteamientos y finalidades, y el apartamiento de quienes no participaran de su credo, les cerró las puertas a una universidad que temió su presencia en los cuadros de gobierno<sup>386</sup>. A nivel

---

<sup>383</sup> Acordaron que el claustro debería fomentar aquellas que tuvieran como principal objetivo levantar el nivel moral, intelectual y físico de quienes la constituyeran, que en ningún caso se excluyera a ningún escolar por razones religiosas, políticas o filosóficas. *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta del 5 de diciembre de 1921, pp. 188-190.

<sup>384</sup> AUV, Sección general, *claustros*, libro 2.513, pp. 80-92. También *documentos*, caja 1.094, legajo 20. *Borrador del acta de la sesión del claustro ordinario de 18 de diciembre de 1921*.

<sup>385</sup> «Las asociaciones católicas gestionaron de un modo tenaz su reconocimiento por la universidad, poniendo especial empeño en anular a las asociaciones oficiales de estudiantes [...] A pesar de su esfuerzo, el éxito no acompañó a la empresa», E. González López, *El espíritu...*, p. 45.

<sup>386</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la universidad de Valencia...», p. 388.

internacional su intento por liderar a la masa escolar también naufragó. Silió en 1921 había creado en cada facultad universitaria la Asociación oficial de estudiantes, que unidas todas formaban la Unión nacional de estudiantes<sup>387</sup>. Ésta pretendía convertirse en el órgano cohesionador del asociacionismo y vocero de la opinión estudiantil. No lo logró por dos motivos: el primero porque muchos universitarios no toleraban la presencia de los estudiantes de las escuelas superiores a quienes veían como inferiores. El segundo sería el religioso, bien porque en algunas universidades los estudiantes confesionales no quisieron someterse a esta asociación; bien porque acapararon dichas entidades exigiendo confesionalidad para pertenecer a ellas —Valencia sería buen ejemplo—.

Como decía, en el primer congreso internacional de estudiantes que se celebró en Praga en 1921, se presentó la Unión nacional con cuatro delegados<sup>388</sup>. En la sesión de apertura —30 de marzo— después de intervenir el representante de España, se presentó un estudiante católico que provisto de documentos y avales de altos políticos españoles pretendía ocupar su puesto justificando su deseo en la superioridad numérica de los sindicalistas católicos. La presidencia le rechazó al representante de las asociaciones cristianas porque el carácter de estas era esencialmente confesional-político y por no ser exclusivamente universitarias —pues abarcaban diversos estudios como los de primaria—. La única asociación española que se reconocería ante el congreso sería la Unión nacional. El revés no frenó el interés clerical por introducir sus creencias en la educación española<sup>389</sup>. Al año siguiente, en febrero, se celebró una asamblea de estudiantes. Los responsables de la Unión nacional junto con alumnos de derecho, profesores y autoridades universitarias de la Universidad Central, apostaron por la fraternidad escolar y por enviar una representación al congreso internacional de estudiantes

---

<sup>387</sup> J. Cepeda Adán, *Los movimientos estudiantiles...*, p. 13.

<sup>388</sup> Victoria Ken Siano, estudiante de derecho y delegada de la Juventud Feminista en la UN, Manuel Salas Vice, presidente de la UN, Fernando Díaz Aguirre, vicepresidente, y Domingo Sánchez-Hernández, delegado de la facultad de filosofía y letras de Madrid en la UN, E. González López, *El espíritu...*, pp. 31-34.

<sup>389</sup> *El Mercantil Valenciano*, 18 de abril de 1921, p. 1. También se hizo eco E. González López, *El espíritu...*, pp. 45-46.

que se iba a celebrar en septiembre<sup>390</sup>. Poco después, los alumnos acababan a golpes por cuestiones políticas.

Los estudiantes católicos no fueron los únicos que quisieron formar parte del gobierno universitario. En Valencia tampoco tuvieron éxito los miembros del Ateneo de alumnos internos de la facultad de medicina. Fracasaron por solicitarlo erróneamente a la junta de facultad y no a la comisión ejecutiva<sup>391</sup>. Quienes sí lograron el reconocimiento para participar en el gobierno, fueron los de la Unión escolar científica. Lo tuvieron fácil por su historia pasada, por la neutralidad política de sus reglamentos y por su cercanía a los catedráticos. Para conseguirlo bastó que entregaran una copia de sus reglamentos a las autoridades docentes que aprobaron sus fines y actividades. Fueron los únicos que adquirieron el rango de órganos representativos de la universidad<sup>392</sup>. La Federación escolar tampoco lo conseguiría, seguramente por haber desaparecido o por carecer de tiempo para solicitarlo. La caída de la autonomía universitaria, acabó con la más que segura discusión en los claustros sobre qué organizaciones podrían participar en el gobierno de la universidad.

### *El arrollador crecimiento del corporativismo católico*

Si algo debe destacarse de la sociedad católica de entonces, es la manera ejemplar en que se volcó sobre sus escolares. En una comunidad cada vez más enfrentada, era evidente que si tenían que «luchar» contra los *neutros* era preciso apoyarles. Bien pronto se evidenció la diferencia abrumadora entre las asociaciones confesionales y las que no lo eran; si el equilibrio existía en el plano numérico, no era así en el económico y social<sup>393</sup>. Desde su constitución el res-

---

<sup>390</sup> «Asamblea de estudiantes», *El Mercantil Valenciano*, 4 de febrero de 1922, p. 5.

<sup>391</sup> *Libro de actas de la facultad de medicina. Años 15/I/1912 a 28/IX/1927*, junta del 9 de marzo de 1922, pp. 216-218.

<sup>392</sup> Su presidente era Manuel Ferriol, vicepresidente: José Botella y secretario: Francisco Bosch, *Las Provincias*, 22 de abril de 1922, p. 5. El reconocimiento se recoge en: AUV, Sección general, *documentos*, caja 1.905, legajo 3, junta de la comisión ejecutiva de 6 de mayo de 1922.

<sup>393</sup> El rápido crecimiento de la asociación sorprendió a todos. «En 1921, constituida ya la Confederación de Estudiantes Católicos, *El Debate*

paldo de la sociedad clerical quedó de manifiesto. Para aumentar y desarrollar su militancia, celebraron numerosos concursos y certámenes científicos en los que sólo podían participar alumnos que pertenecieran a asociaciones católicas<sup>394</sup>. En sus actividades estos estudiantes contaron con la asistencia y simpatía de numerosos catedráticos —especialmente los conservadores de derecho—.

Prueba de lo que decimos fue el ciclo de conferencias que se ofreció en la sede social de la Federación valenciana de estudiantes católicos al poco de retomarse la autonomía. En la presidencia encontramos al vicedecano de leyes Cabrera Warleta y tres profesores de derecho: Jordana, Mur y De Benito. El discurso lo ofreció el doctor en teología Vicente Martínez Falcó. El tema sobre los *Caracteres sobrenaturales del magisterio católico*, sirvió para disertar acerca de la bienhechora influencia de la Iglesia en la sociedad y en todas las ramas del saber humano<sup>395</sup>. Un año después recibieron la visita de la hija de los duques del Infantado —señorita Arteaga—, que en Teatro Principal ofreció una conferencia en su honor<sup>396</sup>.

El 9 de febrero de 1922 en el local de la Federación Católica, el periodista y abogado Federico Salmón Amorín, en plena crisis universitaria por el conflicto de Santo Tomás, conferenció sobre la *Confederación de estudiantes católicos de España y su situación actual*. Es significativo que la presidencia la ocupara el catedrático de derecho internacional y neocatólico Luis Gestoso Acosta. Trató del problema del reconocimiento de las asociaciones escolares clericales. Manifestó su satisfacción porque en la asamblea universitaria se había aprobado que cada estudio decidiera conforme a su estatuto.

---

daba los siguientes datos: en período de organización nacional contaba con cuarenta y ocho entidades locales, diez federaciones y otras once estaban en formación. Se integraba en ella tanto a los estudiantes universitarios, como a los de Bachillerato». Incluso contaba con contactos en el extranjero que le permitieron ostentar un notable peso en el Congreso Internacional de Estudiantes Católicos celebrado en Friburgo (Suiza) ese mismo año. J. M. Guasch Borrat, «*El Debate*» y *la crisis...*, p. 404.

<sup>394</sup> *La Voz Valenciana*, 29 de enero de 1921, p. 1 y *Las Provincias*, 5 de julio de 1921, p. 3; mismo diario, 6 de abril de 1922, p. 2.

<sup>395</sup> *Las Provincias*, 25 de noviembre de 1921, p. 4.

<sup>396</sup> El tema fue la educación de la juventud antigua. *Las Provincias*, 26 de enero de 1922, p. 1.



En su opinión eso equivalía a dejar vía libre para la inclusión del asociacionismo católico en el gobierno de la universidad. No dijo la verdad cuando afirmó que mientras las asociaciones «neutras» habían sido impulsadas por los catedráticos de Madrid para servir a sus intereses, las católicas eran las verdaderamente universitarias. En ambos casos los profesores tuvieron una importancia considerable. Si los orígenes del movimiento asociacionista escolar respondía a las necesidades de los regeneracionistas liberales de crear un nuevo frente —el escolar—, con el que luchar por la libertad y la reforma universitaria. El católico gozó no sólo del respaldo sino incluso de sospechosas coacciones para extender y afirmar su existencia. Él mismo se delató al concluir su discurso.

No quiero terminar sin dedicar antes un recuerdo cariñoso a los catedráticos católicos. Nunca dudaron en defendernos, y de ello da muestra lo acaecido estos días en el claustro de derecho. Ellos merecen que con su ayuda laboremos siempre por el engrandecimiento de la universidad <sup>397</sup>.

Ante tales «colaboradores» los heterodoxos tenían razones para echarse a temblar. No es necesario ahondar más en el peso que adquirieron las asociaciones católicas gracias a las personalidades que la respaldaban. Los liberales apenas tenían nada que ofrecer. Deleito Piñuela, catedrático de filosofía y letras, describió en 1925 el abismo existente entre los católicos y el resto de asociaciones:

Vivió la agrupación con el entusiasmo de todas las de orden escolar; pero pronto surgió el cisma. Los católicos, contando con el apoyo de poderosos elementos, ávidos siempre de reclutar la juventud entre sus falanges, formaron en 1920 una sociedad estudiantil exclusivamente confesional. Los disidentes constituyeron otra neutra, que, falta de base pecuniaria, no pudo subsistir; y actualmente sólo la primera, dividida en ramas facultativas, consigue mantenerse; pero sin contar con la cooperación de toda la masa escolar.

Entre los retraídos, los hay por discrepancia de convicciones; pues ya no es posible lograr en pleno siglo XX la unidad ideológica entre quienes tienen *la funesta manía de pensar*. Pero los hay también que, profesando sinceramente el catolicismo [...] y saben

---

<sup>397</sup> *Las Provincias*, 9 de febrero de 1922, p. 2.

el sentido político de regresión e intransigencia que suelen dar al adjetivo *católico* los organizadores de grupos que pretenden monopolizarle <sup>398</sup>.

En Valencia, los regalos, beneficios y simpatías de los poderosos durante aquellos días tuvo efectos devastadores entre el asociacionismo laico no científico. Seguramente la Federación escolar pudo haber desaparecido tras una gran desertión de los escolares hacia las filas católicas. *El Pueblo* denunciaba con amargura lo atractivas que eran las entidades confesionales:

Los estudiantes que siguen hoy a la «Compañía» (obsérvese que es nombre militar) van unos engañados, otros inconscientemente y los más alucinados y deslumbrados por sus dulces palabras, juegos de foot-ball, billar y toda clase de recreos, por lo que no advierten, como dice el doctor Albiñana, que llevan camino de ser verdaderos esclavos <sup>399</sup>.

Su seguimiento era tan importante en Valencia que incluso se vio necesitado de realizar purgas a finales de 1922 para esclarecer competencias internas <sup>400</sup>. Por contrapartida, la crisis imperó en las asociaciones aconfesionales, mucho más desorganizadas y carentes de un rumbo ideológico claro <sup>401</sup>.

### *La inevitable ruptura*

La más que probable desaparición de la Federación escolar, no supuso la erradicación del ideario liberal, ni el absoluto predominio

---

<sup>398</sup> J. Deleito Piñuela, «La vida de la universidad de Valencia...», p. 388.

<sup>399</sup> *El Pueblo*, 8 de marzo de 1922, p. 2.

<sup>400</sup> La Federación Regional de Estudiantes Católicos de Valencia (FREC), se declaraba totalmente ajena a la Unión Escolar Católica de derecho a la que consideraban «sedicente» por no gozar de la bendición del prelado. La primera formaba parte de la Confederación Regional de Estudiantes Católicos de España, la segunda no. *Las Provincias*, 20 de diciembre de 1922, p. 3.

<sup>401</sup> J. López Rey, *Los estudiantes frente a la dictadura*, Madrid, 1930, p. 5. Al hablar de la fundación de la Federación Universitaria Escolar (FUE) de Madrid, recordaba que eran «escasas [las] organizaciones estudiantiles existentes en 1924».

de lo religioso entre los estudiantes. Claro es que los laicos habían recibido un duro golpe con la desarticulación de su sociedad. Sin embargo la desorganización no les impidió que resistieran ante la cesión de Silió a las asociaciones católicas al configurar el día de Santo Tomás como fiesta del estudiante <sup>402</sup>.

En Valencia los estudiantes liberales —sin una agrupación política que les representase— advertían por medio de *El Pueblo* de su intención de oponerse a las asociaciones dogmáticas o de cualquier otra clase que tendieran «a formar banderías y levantar capillitas en el seno de la agrupación estudiantil». Denunciaron que sus compañeros eran manipulados para lograr la presencia de lo religioso en las aulas y advirtieron que se opondrían con todas sus fuerzas y que defenderían la libertad por encima de todo. Si era preciso estaban dispuestos a sindicarse en su contra. Era el inicio de una larga confrontación <sup>403</sup>. La Universidad de Valencia concedió vacaciones como deseaba el ministro. En las facultades principales, medicina y derecho, los ánimos estaban exaltados. En la primera por estar contra unas disposiciones referidas a la convalidación de títulos extranjeros <sup>404</sup>. En la segunda por las sanciones que les impusieron los catedráticos por adelantar las vacaciones de las Navidades anteriores:

A continuación el Sr. Decano dio cuenta a la Junta de la situación creada por el conflicto escolar. Dijo que esa situación se expresa en una sola palabra: anarquía. Nunca —agregó— he visto en los estudiantes un estado de ánimo tan rebelde a toda disciplina <sup>405</sup>.

Como era previsible, al poco de comenzar el pulso, los alumnos conservadores se pusieron de parte del ministro. El presidente y secretario de la Asociación católica de derecho se dirigieron al decano y a los catedráticos de la facultad para garantizarles su respaldo y el de quince mil compañeros de la Confederación. La valiosa

---

<sup>402</sup> Real orden de 21 de febrero de 1922, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1922*, Madrid, 1922, pp. 65-66.

<sup>403</sup> *El Pueblo*, 14 de febrero de 1922, p. 2 y *El Mercantil Valenciano*, 13 de febrero de 1922, p. 1.

<sup>404</sup> *El Pueblo*, 3 de marzo de 1922, p. 1.

<sup>405</sup> *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 18/V/1920 a 6/XII/1924*, junta de 7 de febrero de 1922, p. 43 v.

mediación y apoyo ofrecidos aquel día, fueron recompensados por la autoridad académica con el levantamiento de las citadas sanciones. Esta maniobra fortaleció la posición de la asociación católica que quedó ante sus compañeros como la única capaz de cambiar las cosas ante el profesorado y de conseguirles extraordinarias ventajas <sup>406</sup>.

El choque entre los escolares no fue especialmente intenso en Valencia. Pero benefició a todos pues aunque los clericales salieron reforzados, sus adversarios se concienciaron de la necesidad de reconstituir o crear nuevas agrupaciones que les permitieran defender su ideología y principios laicos. En Madrid poco antes se reorganizó la Federación libre de estudiantes para protestar contra las vacaciones y en otros centros también se actuaba en el mismo sentido. Por ejemplo en La Coruña se boicoteó un mitin católico y en Salamanca, la Asociación general de estudiantes, asistió a un discurso de Unamuno en el que les exhortó a mantener a la universidad alejada de la teología y el confesionalismo <sup>407</sup>. La lucha política se reavivaba. Al año siguiente se repitieron los conflictos cuando el ministro Salvatella, próximo a Romanones, en la real orden de 3 de enero de 1923 eliminó ese día del calendario como vacacional. La excusa fue que se había dictado durante el periodo de autonomía entonces «desaparecido». En realidad, lo que pretendió inútilmente con esta medida, era prevenir los enfrentamientos estudiantiles <sup>408</sup>:

Aquella fiesta, si se considera necesario celebrarla, nazca del acuerdo de todas las asociaciones de estudiantes y de las autoridades académicas, sin que el determinar la fecha de la misma y la organización que deba dársele pueda constituir motivo de disensiones, cuando se trata precisamente de lograr entre todos los elementos escolares mayor confraternidad <sup>409</sup>.

---

<sup>406</sup> *Las Provincias*, 9 de febrero de 1922, p. 2 y *Libro de actas de la facultad de derecho. Años 18/V/1920 a 6/XII/1924*, junta de 25 de abril de 1922, p. 44 v.

<sup>407</sup> *El Pueblo*, 18 de marzo de 1922, p. 1.

<sup>408</sup> E. González Rodríguez, *Sociedad y educación...*, p. 309. Los enfrentamientos se reprodujeron con mayor intensidad incluso que en 1922. E. González López, *El espíritu...*, pp. 49-53.

<sup>409</sup> Real orden de 3 de enero de 1923, *Colección legislativa de instrucción pública. Año 1923*, Madrid, 1924, p. 5.

En Valencia fallaron los trabajos para recuperar la hermandad estudiantil. De nada sirvió el esfuerzo de Augusto Ruiz tratando de poner paz y advirtiendo lo negativo de la radicalización y del error de que la militancia ideológica o religiosa invadiera los claustros: «Debemos ser estudiantes y nada más que estudiantes. Desde el momento en que ingresamos en la universidad, debemos consagrarnos al estudio»<sup>410</sup>. Algún destello de concordia se produjo ante el temor de un próximo golpe militar. Con motivo de las protestas contra Millán de Priego y las Juntas militares, se planteó la posibilidad de crear un sindicato de unidad en la que se fundieran todas las asociaciones existentes para defender la democracia. Se abrió una lista de asociados que rápidamente se llenó de firmas. Sus fines serían la lucha por la unión de los estudiantes, el apoyo mutuo y el mejoramiento de los estudios<sup>411</sup>. Los regionalistas fundaron la Agrupación escolar valenciana en los locales de *Lo rat penat* el 25 de noviembre de 1922<sup>412</sup>. Posiblemente sobrevivió al golpe primorrista<sup>413</sup>. Estas entidades evidenciaron la impotencia del asociacionismo confesional para satisfacer las inquietudes de todo el alumnado. Posiblemente la llegada del general supuso un retraimiento del asociacionismo escolar laico que pudo pasar a la clandestinidad. No olvidemos que fue hacia abril de 1930 cuando se constituyó en Valencia la Federación escolar universitaria. Seguramente los universitarios heterodoxos valencianos se agruparon en pequeñas células hasta entonces, aunque fuera clandestinamente. El 7 de marzo de 1922 marcó un hito que separó a los estudiantes de izquierdas —laicos— y derechas —clericales—. Desde entonces, mantendrían apasionantes diferencias hasta la guerra civil, lo que queda ya lejos de nuestro estudio.

---

<sup>410</sup> *El Mercantil Valenciano*, 24 de abril de 1922, p. 1.

<sup>411</sup> La acogida fue muy buena y el día 22 de noviembre ya contaba con casi doscientos inscritos. *Las Provincias*, 22 y 23 de noviembre de 1922, p. 2 y 5, respectivamente.

<sup>412</sup> *El Mercantil Valenciano*, 26 de noviembre de 1922, p. 6.

<sup>413</sup> Mantuvo una buena relación con la *Federación nacional de estudiantes catalanes* (FNEC), J. Creixell i Ferrer y X. Ferré i Trill, «Panoccitanisme a la Universitat, 1930-1934: una fugida endavant?», *Història de la Universitat de Barcelona*, Barcelona, 1988, p. 677. También «Regionalismo», *FUE...*, p. 3.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Piñal, F., *Historia de la Universidad de Sevilla*, Sevilla, 1991.
- Aguiló Lúcia, Ll., *Sociología electoral valenciana (1903-1923). Las elecciones en Valencia durante el reinado de Alfonso XIII*, Valencia, 1976.
- Aller, R. M<sup>a</sup>, *La política en la universidad española*, Madrid, 1975.
- Alonso Romero, M<sup>a</sup> P., *Universidad y sociedad corporativa. Historia del privilegio jurisdiccional del estudio salmantino*, Madrid, 1997.
- Álvarez de Morales, A., *Estudios de historia de la universidad española*, Madrid, 1993.
- Andrés-Gallego, J., «Los grupos políticos del 98», *Hispania. Revista española de historia*, 138, (1978), pp. 121-146.
- «La crisis del partido liberal español, 1903-1907», *Hispania. Revista española de historia*, 130, (1975), pp. 391-428.
- Artola, M. y otros, *El siglo XX. Los primeros treinta años*, Madrid, 1981.
- Baldó Lacomba, M., *La universitat de València*, Valencia, 1986.
- *Profesores y estudiantes en la época romántica. La Universidad de Valencia en la crisis del Antiguo Régimen (1786-1843)*, Valencia, 1984.
- «La facultat de filosofia i lletres de València, 1857-1977. Esbós històric», *Saitabi*, 47, (1997), pp. 21-87.
- Baratas Díaz, L. A., «Influencia francesa en el proyecto de reforma universitaria española de principios de siglo XX: una analogía incompleta», *Hispania*, 190, (1995), pp. 643-672.
- Bastos Ansart, M., *De las guerras coloniales a la Guerra Civil. Memorias de un cirujano*, Barcelona, 1969.
- Batanaz Palomares, L., *La educación española en la crisis de fin de siglo*, Córdoba, 1982.
- Bayen, M., *Historia de las universidades*, Barcelona, 1978.
- Bernad, E., *Regeneracionismo, industrialización e «instrucción pública»*. Zaragoza (1894-1914), Zaragoza, 1986.
- Blanco Aguinaga, C. y Laín Entralgo, P., *La universidad*, Madrid, 1969.
- Blasco Gil, Y., *La facultad de derecho de Valencia durante la Restauración (1875-1900)*, Valencia, 2000.
- *La facultad de derecho de Valencia durante la Restauración. (1875-1900)*. 2 vols., tesis doctoral, Valencia, 1996.
- «Planes de estudio en la facultad de derecho de Valencia, durante la Restauración», *Torrens. Estudis i investigacions de Torrent i Comarca*, 8, (1994), pp. 37-66.

- «Procedencia geográfica y edad de los estudiantes de derecho de Valencia durante la Restauración», *Doctores y escolares*, 2 vols., Valencia, 1998, I, pp. 81-92.
- Bosch Gimpera, P., *La universitat i Catalunya*, Barcelona, 1971.
- Cacho Viu, V., *La Institución libre de enseñanza. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*, Madrid, 1962, pp. 134-189.
- Calero Amor, A. M<sup>a</sup>, *Historia del movimiento obrero en Granada (1909-1923)*, Madrid, 1973.
- Campo Alange, M<sup>a</sup> F., *Concepción Arenal. 1820-1893*, Madrid, 1973.
- Campos, R. y Martí, J., «Crónica de la facultad de medicina de Valencia (1866-1946), ochenta años de la vida de una facultad,» *Apuntes para la historia de la medicina de Valencia. Real Academia de medicina de Valencia*, Valencia, 1955.
- Canes Garrido, F., «Las asambleas universitarias españolas de comienzos del siglo XX (1902-1915)», *L'Université en Espagne et en Amérique*, Tours, 1991, I, pp. 273-283.
- Canes Garrido, F. y Gutiérrez, I., «La primera asamblea universitaria española (1902)», *Higher education and society historical perspectives*, II, Salamanca, 1985, pp. 75-89.
- Cano, J. A., *El poder político en Valladolid durante la Restauración. La figura de César Silió*, Valladolid, 1996.
- Capel Martínez, R. M<sup>a</sup>, *Trabajo y educación de la mujer en España (1900-1930)*, Madrid, 1986.
- Capitán Díaz, A., *Historia de la educación en España*, II, Madrid, 1994.
- Cárcel Ortí, V. «La Santa Sede ante las revueltas universitarias de 1865», *Hispania. Revista española de historia*, 126, (1974), pp. 199-210.
- Caro Baroja, J., «El miedo al mono o la causa directa de la cuestión universitaria, en 1875», *En el Centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1977, pp. 23-41.
- Carr, R., *España 1808-1975*, Barcelona, 1982.
- Castillejo, D., *Los intelectuales reformadores de España. El epistolario de José Castillejo*, I, Madrid, 1997.
- Castillejo, J., *Guerra de ideas en España*, Madrid, 1976.
- Cepeda Adán, J., *Los movimientos estudiantiles (1900-1936)*, Madrid, 1985.
- Ceprián Nieto, B., *Del Consejo de Instrucción Pública al Consejo Escolar del Estado. Orígenes y evolución (1836-1986)*, Madrid, 1991.
- Comas Caraballo, D., *Autonomía, reformas y movimientos estudiantiles en la Universidad de Valencia. (1900-1922)*, tesis doctoral, Valencia, 2001.



- *El IV Centenario de la fundación de la Universidad de Valencia*, en prensa.
- «Los orígenes del movimiento estudiantil, 1890-1923», *Els estudiants al segle XX, Saitabi*, en prensa.
- Comes Iglesias, V., «Movilización católica en una capital republicana: Valencia, 1901-1910», *Estudios sobre la derecha española contemporánea*, Madrid, 1993, pp. 121-131.
- Connelly, J., *La semana trágica. Estudio sobre las causas socio-económicas del anticlericalismo en España. (1898-1912)*, Barcelona, 1972.
- Cucó, A., *El valencianisme polític: 1874-1936*, Catarroja, 1999.
- «Sobre el radicalismo valenciano», *Hispania. Revista española de historia*, 111, (1969), pp. 117-129.
- Cuesta Escudero, P., *La escuela en la reestructuración de la sociedad española, (1900-1923)*, Madrid, 1994.
- Delgado, B., «La generación del 98 y la universidad española», *Las universidades hispánicas: de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal*, 2 vols., Salamanca, 2000, II, pp. 139-156.
- Díaz, E., *La filosofía social del krausismo español*, Madrid, 1973.
- Díaz, R. y otros, *Clasificación económica de los gastos e ingresos del Estado (1850-1957)*, 2 vols, Madrid, 1976.
- Domínguez, M. R., «El acceso de la mujer a la Universidad de Zaragoza: proceso histórico (1900-1934)», *Mujer y educación en España, 1868-1975. VI Coloquio de historia de la educación*, Santiago, 1990, pp. 407-419.
- Esteban Mateo, L., *La Institución Libre de Enseñanza en Valencia*, Valencia, 1974.
- *Boletín de la Institución libre de Enseñanza, nómina bibliográfica (1887-1936)*, Valencia, 1978.
- Esteban Mateo, L. y Lázaro Lorente, L. M., *La Universidad Popular de Valencia*, Valencia, 1985.
- Felipo Orts, A., *La Universidad de Valencia durante el siglo XVI (1499-1611)*, Valencia, 1993.
- Figuroa, A. de, *Obras completas del conde de Romanones*, 3 vols., Madrid, 1959.
- Flecha García, M<sup>a</sup> C. *Las primeras universitarias en España. (1870-1910)*, Madrid, 1996.
- Fuente, V. de la, *Historia de las universidades, colegios y demás establecimientos de enseñanza en España*, 4 vols., facsímil, Frankfurt, 1979.

- Gaos, J., *Epistolario y papeles privados. Obras completas*, 19 vols., México, 1999, XIX.
- García Venero, M., *Santiago Alba. Monárquico de razón*, Madrid, 1963.
- García Trobat, P., «Libertad de cátedra y manuales en la facultad de derecho (1845-1868)», *Cuadernos del instituto Antonio de Nebrija de estudios sobre la universidad*, 2, (1999), pp. 37-58.
- García Regidor, T., *La polémica sobre la secularización de la enseñanza en España (1902-1914)*, Madrid, 1985.
- Garrido González, E. y otras, *Historia de las mujeres en España*, Madrid, 1997.
- Gil Cremades, J. J., *Krausistas y liberales*, Madrid, 1975.
- Giner de los Ríos, F.; Azcárate, G.; Nicolás, P., *La cuestión universitaria: 1875: Epistolario de Francisco Giner de los Ríos, Gumerindo de Azcárate, Nicolás Salmerón*, Madrid, 1967.
- Glick, T. F. y López Piñero, J. M<sup>a</sup>, *Darwin en España*, Barcelona, 1982.
- Gómez Molleda, M<sup>a</sup> D.: *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, 1966.
- *Unamuno «agitador de espíritus» y Giner de los Ríos*, Salamanca, 1976.
- «Unamuno de una revolución a otra. La etapa rectoral». *Estudios de historia moderna y contemporánea. Homenaje a Jesús Pabón (II)*. *Revista de la Universidad Complutense*, Madrid, 1978, pp. 269-318.
- Gómez García, M<sup>a</sup> N., *Educación y pedagogía en el pensamiento de Giner de los Ríos*, Sevilla, 1983.
- González Hernández, M<sup>a</sup> J., *El universo conservador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, 1997.
- González Rodríguez, E., *Sociedad y educación en la España de Alfonso XIII*, Madrid, 1988.
- Guasch Borrat, J. M<sup>a</sup>, «*El Debate*» y la crisis de la restauración (1910-1923), Pamplona, 1986.
- Gutiérrez Zuloaga, I., «Autonomía universitaria en la España contemporánea. Historia de una etapa: 1868-1919», *Homenaje al Dr. D. Juan Reglà Campistol*, 2 vols., Valencia, 1975, II, 351-366.
- Hernández Sandoica, E. y Peset Reig, J. L., *Universidad, poder académico y cambio social (Alcalá de Henares 1508-Madrid 1874)*, Madrid, 1990.
- Jato Miranda, D., *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1953.
- *La rebelión de los estudiantes*, Madrid, 1968.
- Jiménez-Landi, A., *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*. 4 vols., Madrid, 1996.

- Jutglar, A., *La sociedad española contemporánea. Ensayo de aproximación a una problemática polémica*, Barcelona, 1973.
- Lacomba Abellán, J. A., *La crisis española de 1917*, Madrid, 1970.
- Lain Entralgo, P., *La universidad en la vida española*, Madrid, 1958.
- *Sobre la universidad hispánica*, Madrid, 1953.
- *España como problema*, Madrid, 1957.
- Laporta, F.; Ruiz, A.; Zapatero, V. y Solana, J., *Arbor*, n<sup>os</sup> 493, 499-450, (1987).
- López Piñero, J. M<sup>a</sup>, *Medicina moderna y sociedad española (siglos XVI-XIX)*, Valencia, 1976.
- «La enseñanza de la historia natural y de la agronomía en le Valencia del s. XIX», *Doctores y escolares*, 2 vols., Valencia, 1998, I, pp. 375-392.
- López Piñero, J. M<sup>a</sup> y Ballester, R., «Demografía de los estudiantes de medicina en la facultad de medicina de Valencia», *Medicina española*, 66, (1971).
- López Piñero, J. M<sup>a</sup>, Glick, T. F., Navarro Brotóns, V. y Portela Marco, E., *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, 2 vols., Barcelona, 1983.
- López Piñero, J. M<sup>a</sup> y Navarro Brotóns, V., *Història de la ciència al País Valencià*, Valencia, 1995.
- López Piñero, J. M<sup>a</sup> y otros, *Las ciencias médicas básicas en la Valencia del siglo XIX*, Valencia, 1988.
- Lorca Navarrete, J. F., *Autonomía y libertad de cátedra en Adolfo Posada*, Málaga, 1980.
- Macías Picavea, R., *El Problema Nacional*, edición facsímil, Madrid, 1996.
- Mancebo Alonso, M<sup>a</sup> F., *La Universidad de Valencia. De la monarquía a la república (1919-1939)*, Valencia, 1994.
- *La Universidad de Valencia de la Dictadura de Primo de Rivera a la Guerra Civil. La F.U.E.*, 4 vols., tesis doctoral inédita, Valencia, 1990.
- «La universidad en el exilio. El estado franquista editor pirata (1939-1945)», *La universidad española bajo el régimen de Franco (1939-1975)*, Congreso de Zaragoza, dirigido por J. J. Carreras y coordinado por M. A. Ruiz Carnicer, Zaragoza, 1991, pp. 158-195.
- *La Universidad de Valencia en guerra. La FUE (1936-1939)*, Valencia, 1988.
- «Algunos datos sobre movimientos estudiantiles», *Historia y actualidad de la universidad española*, 6 vols., s/l, 1984, I, pp. 382-385.

- «El primer rectorado republicano en la Universidad de Valencia: Mariano Gómez González», *Vida, instituciones y universidad en la historia de Valencia*, Valencia, 1996, pp. 173-196.
- Mainer, J. C., *Regionalismo, burguesía y cultura. Los casos de la revista de Aragón (1900-1905) y Hermes (1917-1922)*, Valencia, 1974.
- «La redención de los paraninfos: asambleas y regeneracionismo universitarios». *VIII Coloquio de Pau: la crisis del estado español 1898-1936*, Madrid, 1978, pp. 213-244.
- Malagón, J. y Zabala, S., *Rafael Altamira y Crevea. El historiador y el hombre*, México, 1971.
- Martín, J. L., Martínez, C. y Tusell Gómez, J., *Historia de España*, Madrid, 1998.
- Martínez Cuadrado, M., «La burguesía conservadora (1874-1931)», *Historia de España*, VI, Madrid, 1973.
- Maurice, J. y Serrano, C., *Joaquín Costa: Crisis de la Restauración y populismo (1875-1911)*, Madrid, 1977.
- Mayordomo Pérez, A. y Ruiz Rodrigo, C., *La universidad como problema en los intelectuales regeneracionistas*, Valencia, 1982.
- Medina, E., *Educación y sociedad. La lucha por la educación en España, 1770-1970*, Madrid, 1977.
- Millán, J. L., «La generación española de 1868 en la historia», *Hispania. Revista española de historia*, 142, (1979), pp. 379-391.
- Niño Martínez, E., *Perfiles universitarios. Ciencias (1858-1923)*, Valladolid, 1991, pp. 97-98.
- Ollero Tassara, A., *Universidad y política: tradición y secularización en el siglo XIX español*, Madrid, 1972.
- Onís, F. de, *Unamuno en su Salamanca*, Salamanca, 1988.
- Pabón, J., *Cambó II, parte primera, 1918-1939*, Barcelona, 1969.
- Palacio, I., «El impulso regeneracionista y la educación», *Cuestiones histórico-educativas. España. Siglos XVIII-XX*, Valencia, 1991.
- Palacio Atard, V., *La España del siglo XIX, 1808-1875*, Madrid, 1978.
- Pérez Garzón, J. S., «Luis Morote: regeneracionismo y democracia», *Hispania. Revista española de historia*, 128, (1974), pp. 579-608.
- Peset, J., «El interés por lo Universitario», *FUE. Órgano de la Federación Universitaria Escolar*, nº 1, (1932), Edición facsímil 2000.
- Peset Reig, J. L., «El real consejo de instrucción pública y la restauración canovista», *Hispania. Revista española de historia*, 170, (1988), pp. 989-1.030.
- Peset Reig, J. L. y otros, *Ciencia y enseñanza en la revolución burguesa*, Madrid, 1978.

- Peset Reig, M., «El primer modelo liberal en España (1821)», *Università in Europa*, Extracto del Congreso Internacional de Estudios celebrado en Milazzo del 28 septiembre a 2 de octubre de 1993, Rubbettino, 1995, pp. 602-624.
- «Autonomía universitaria y libertad de cátedra: una síntesis histórica a través de los siglos XVIII XIX y XX», *Cuadernos constitucionales de la cátedra Fadrique Furió Ceriol*, 22/23, (1998), pp. 7-33.
- «Política universitaria tras el desastre del 98», *Las universidades hispánicas: de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal*, 2 vols., Salamanca, 2000, II, pp. 425-447.
- «Altamira y el 98», *Anuario de historia del derecho español*, 67, (1997), pp. 467-483.
- Peset Reig, M. y J. L., *La universidad española (siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid, 1974.
- Peset Reig, M. y Mancebo Alonso, M<sup>a</sup> F., *Historia de las Universidades valencianas*, 2 vols., Alicante, 1993.
- «Un intento de autonomía universitaria: el fracaso de la reforma Silió de 1919», *Homenaje a Juan Berchmans Vallet de Goytisolo*, Madrid, 1990, VI, pp. 505-557.
- Peset Reig, M. y otros, *Universidades valencianas*, Valencia, 1987.
- *Historia de la Universidad de Valencia*, 3 vols., Valencia, 1999-2001
- *Bulas Constituciones y estatutos de la Universidad de Valencia*, 2 vols., Valencia, 1999.
- Petit, C., «La administración y el doctorado: centralidad de Madrid», *Anuario de Historia del Derecho Español*, 67, (1997), pp. 593-613.
- Puelles Benítez, M. de, *Educación e ideología en la España contemporánea. (1767-1975)*, Barcelona, 1980.
- Reig, R., *Blasquistas y clericales: la lucha por la ciudad en la Valencia de 1900*, Valencia, 1986.
- Reyna, A., «Reforma Silió de autonomía universitaria», *Revista de Educación*, 227-228, (1973), 54-80.
- Riaño Paniagua, S., «Alumnas de filosofía y letras en la Universidad de Sevilla. 1900-1930», *La universidad en el siglo XX (España y Iberoamérica)*, Murcia, 1998, pp. 594-603.
- Ribas, A., *La universidad autónoma de Barcelona (1933-1939)*, Barcelona, 1976.
- Robles, L., «La Universidad de Valencia», *Temas valencianos*, nº 7, Valencia, 1977.

- Rodríguez, L., López, J. Barja y Ruiz de Gordejuela, L., *Códigos penales españoles*, Madrid, 1988.
- Romeu Alfaro, S., *Eduardo Pérez Pujol: vida y obra*, Valencia, 1979.
- Ruiz Rodrigo, C., *Catolicismo social y educación. La formación del proletariado en Valencia (1891-1917)*, Valencia, 1982.
- Rupérez, P., *La cuestión universitaria y la noche de San Daniel*, Madrid, 1975.
- Sánchez Santiró, E., «La crisis del 98 y la autonomía universitaria», *Millars. Espai i Història*, 21 (1998), pp. 91-106.
- *Científics i professionals. La facultat de ciències de València (1857-1939)*, Valencia, 1998.
- Sánchez Ron, J. M., *1907-1987. La junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas 80 años después*, 2 vols. Madrid, 1987.
- *Cíncel, martillo y piedra. Historia de la ciencia en España (siglos XIX y XX)*, Madrid, 1999.
- Santoveña Setién, A., *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Santander, 1994.
- Sauras, C., *Conservadores y liberales ante la autonomía universitaria. La reforma Silió (1919-1922)*. Tesis doctoral inédita dirigida por E. Redondo García. Facultad de filosofía y letras de la Universidad de Navarra.
- Seco, C., *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*, Barcelona, 1969.
- Serrano Poncela, C. *El pensamiento de Unamuno*, Méjico, 1964.
- Silió Correa, C., *Los Silió de la Montaña y Valladolid*, Valladolid, 1995.
- Silla, F. de Asis, *El anticlericalismo en el reinado de Alfonso XIII. Inicio y antecedentes (1900-1906)*, tesis doctoral inédita dirigida por Sevilla Andrés, s.f.
- Sola, P., «La autonomía universitaria en España, de César Silió a González Seara (1919-80)», *Historia* 16, 49, (1985).
- Souto Blanco, M. J., «A universidade de Santiago de Compostela (1857-1936)», *Revista galega do ensino*, nº 11, (1996).
- Souvirón Morenilla, J. M<sup>a</sup>, *La universidad española. Claves de su definición y régimen jurídico institucional*, Valladolid, 1988.
- Suárez Rodríguez, M<sup>a</sup> C., *La Universidad de Oviedo desde «El Carbayón» (1898-1902)*, Oviedo, 1990.
- Terrón Abad, E., *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, Barcelona, 1969.
- Torres Campos, M., *Nociones de bibliografía y literatura jurídicas de España*, Madrid, 1884.



- Tuñón de Lara, M., *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, 1971.
- Tuñón de Lara, M. y otros, *La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*, Madrid, 1986.
- *España entre dos siglos (1875-1931): continuidad y cambio: VII Coloquio de Historia Contemporánea de España*, Madrid, 1991.
- Turin, I., *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902. Liberalismo y tradición*, Madrid, 1967.
- Tusell Gómez, J., *Política y sociedad en la España del siglo XX*, Torrejón de Ardoz, 1978.
- Unamuno, M., *Miguel de Unamuno. Epistolario americano (1890-1936)*, Edición, introducción y notas de Laureano Robles, Salamanca, 1996, pp. 95-96.
- Valle de Juan, M<sup>a</sup> A. y Pérez Sampeiro, A., *Próceres y Senadores 1834-1923*, Madrid, 1993.
- Valls, R., *El partit catòlic*, Valencia, 1993.
- Varela, I., *La Universidad de Santiago. 1900-1936. Reforma universitaria y conflicto estudiantil*, A Coruña, 1990.
- «La incorporación de la mujer y los inicios del asociacionismo estudiantil en la universidad (1890-1936)», *Gallaecia fulget (1495-1995)*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 444-453.
- Vega, L., «Regeneracionismo social y universidad en España», *Las universidades hispánicas: de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal*, 2 vols., Salamanca, 2000, II, pp. 375-386.
- Velarde Fuertes, J., «El socialismo de cátedra en España. Relato de una polémica», *Aportaciones del pensamiento económico iberoamericano. Siglos XVI-XX*, Madrid, 1986, pp. 241-261.
- Villacorta Baños, F., *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Madrid, 1989.
- *Burguesía y cultura: los intelectuales españoles en la sociedad liberal. (1808-1931)*, Madrid, 1980.
- «El ateneo de Madrid (1896-1907), la escuela de estudios superiores y la extensión universitaria», *Hispania. Revista española de historia* 141 (1979), pp. 101-157.
- VV.AA., «Historia de España. El siglo XX», *Historia de España*, 6 vols., Barcelona, 1985, VI. Dirigida por J. Tusell Gómez.
- VV.AA., *La España de la Restauración: política, economía, legislación y cultura*, Madrid, 1985.
- VV.AA., «Revolución burguesa oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)», *Historia de España*, 13 vols., Barcelona, VIII, 1988.



VV.AA., *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, 2 vols., coordinado por J. Pan-Montojo, Madrid, 1998.

VV.AA., *La universidad del siglo XX (España e Iberoamérica)*, Murcia, 1998.

VV.AA., *Història de la Universitat de Barcelona*, Barcelona, 1988.

# INSTITUTO ANTONIO DE NEBRIJA

## PUBLICACIONES

### CUADERNOS

- Vol. 1 (1998)
- Vol. 2 (1999)
- Vol. 3 (2000)
- Vol. 4 (en preparación)

### BIBLIOTECA

1. *Estado de la Universidad de Alcalá (1805)*  
Estudio preliminar de José Luis Peset  
Edición de Diego Navarro
2. *La investigación en la universidad*  
Edición de Carmen Merino
3. *Orientalismo y nacionalismo español*  
Aurora Rivièrè
4. *El estudio del derecho*  
Manuel Martínez Neira
5. *Autonomía y reformas en la Universidad de Valencia*  
Daniel Comas Caraballo

Textos y manuales en la universidad liberal  
Edición de Manuel Ángel Bermejo Castrillo  
En preparación